Sombras del pasado



Sombras del pasado

Palmira Cortés Martínez

Contenido

Página del título
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Copyright © 2025 Palmira Cortés Martínez
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798313442235

Capítulo 1

Arfa, Lleida, 1962

—¡Estate quieta, Sara! ¿No ves que no puedo peinarte bien si no paras de moverte?

—Es que vas muy despacio, deja, yo lo haré —dijo con soltura arrebatando el cepillo de las manos de su niñera y dejándolo sobre la mesita de su habitación.

—Pero...

La niña terminó de hacer la larga trenza con más desparpajo que gracia poniendo una minúscula gomita en la punta. —¿Ves? ¡Ya está! ¡Tengo casi diez años, puedo peinarme solita!

—¡Niña! ¿Pero es que tú te crees que si por mi fuera iba a estar todo el día detrás de ti? —respondió la mujer contrariada.

—No te enfades Dana; mira, cuando mamá vuelva del hospital, le diré que no te dé tanto trabajo conmigo. Ya sé que a veces soy un poco traviesa, pero te quiero mucho —dijo rodeando con sus bracitos el cuello de la mujer para darle un sonoro beso.

—Yo también a ti, nenita —contestó ésta sin poderse reprimir de retocarle el lazo del vestidito.

—Hablando de mamá: el otro día cuando papá me llevó a verla, me despidió de una manera muy rara; me dijo que me portara bien con papá y contigo y que no la olvidase nunca porque ella estará siempre a mi lado. ¿Qué querría decir, Dana? ¿no será que mamá cree que la he olvidado porque ha estado un tiempo fuera, verdad? —preguntó preocupada.

—Claro que no, cariño, puedes estar tranquila, mamá sabe que la quieres mucho... ¿Has oído? Tu padre ya ha vuelto —dijo la mujer aprovechando la distracción de la niña para secar las lágrimas que habían brotado de sus ojos.

—¡Es verdad! —exclamó saliendo de la habitación para bajar corriendo por las escaleras. —¡Papá, papá! ¡Cuánto has tardado! ¿Cómo está mamá? ¿Va a venir pronto? —lo ametralló a preguntas.

—¡Hola pequeñina! —su padre la rescató al vuelo del salto que ella, confiada, siempre daba para recibirlo.

Jon miró a Dana y, haciendo un gesto negativo con la cabeza, dejó a su hija en el suelo. La niñera se llevó las manos a la cara sin poder reprimir el llanto.

—Pero, Dana, ¿por qué lloras? —preguntó la niña extrañada.

—Ven, Sarita —dijo su padre cogiéndola de la mano y llevándola a su despacho —tengo que decirte una cosa, cariño.

Cuando estuvieron a solas, Jon explicó a su hijita de la mejor manera que supo, la repentina e inevitable muerte de su madre.

La puerta del despacho se abrió a los pocos minutos con tal fuerza, que produjo un gran estruendo al chocar de pleno contra la pared; la leve figurita de Sara salió disparada de allí. Dana se acercó a Jon, que también había salido.

—No va a ser fácil para ella.

—Tampoco para mí, Dana, cuando Dios te regala un ángel como Jenny, te angustia el pensar que pronto se lo puede volver a llevar. Los años que he pasado junto a ella, han sido lo único bueno de mi vida y por supuesto, los más maravillosos; no sé si voy a poder seguir adelante sin ella. —suspiró dejando que las lágrimas corrieran sin freno por sus mejillas.

—Jon, no puedes venirte abajo ahora, debes ser fuerte porque tu hija te necesita más que nunca.

—Afortunadamente la tengo a ella; Sarita es un pedacito de mi Jenny. Te aseguro Dana, que nunca me apartaré de su lado, nunca voy a dejarla sola y voy a brindarle todo el amor que su madre ya no podrá darle.

—Me parece muy bien —respondió Dana secando de nuevo sus ojos con el pañuelo de seda que Jenny le había bordado con su inicial.

Sentada en un rincón de la casita que su padre le había construido en su árbol preferido, Sara, acariciaba maquinalmente el pelo de la ardilla con la que compartía su refugio. Le encantaba vivir en un pueblo tan precioso, lleno de robustos árboles, donde se respiraba un agradable y dulzón aroma de flores silvestres, donde el aire era tan puro que parecía inundarle los pulmones de vida. Pero ahora todo eso carecía de importancia para ella, porque su madre había muerto y no volvería a verla jamás. Tenía las pestañas mojadas y sus brillantes ojos parecían haberse perdido en algún remoto recuerdo.

— "¿Tú crees que a papá le gustará lo que le he preparado?"

— "Por supuesto, Sarita, estará encantado, ya lo verás. Date prisa" —le había contestado su madre con la acostumbrada melodiosa voz.

— "Sí, mamá".

Recordó que al intentar levantarla en brazos de la cama, su madre se había inclinado bruscamente hacia adelante ahogando un gemido y provocando que ella cayera nuevamente en su cama.

— "Mami" —había gritado ella muy asustada.

—No es nada cariño mío —le contestó su madre llevándose la mano al pecho. —Anda, vamos ya, o no veremos la cara que pone tu

padre...

Una semana más tarde se habían llevado a su madre al hospital en una ambulancia. A ella le dijeron que solo tenía un fuerte resfriado, pero hoy su padre le había hablado de una enfermedad muy mala que se había llevado a su mami al cielo. Nunca volvería a verla. Ya no serían sus dulces ojos azules lo primero que vería cada mañana al despertar; ya no la esperaría en la puerta del colegio, cogida del brazo de Dana, su amiga de toda la vida que vivía con ellos tras la pérdida de sus padres en un mortal accidente de tráfico y que la ayudaba en todo; ni pasearían juntas cogidas de la mano; ni vería los progresos que había hecho con Yuma, el caballo que le había regalado el día de su cumpleaños; ya no podría consolarla cuando algo la afligiera; ni podrían bañarse juntas en el río aunque el agua estuviese tremendamente fría, sin importarles, como les encantaba hacer los primeros rayos de sol de cada primavera.

—¡Eh, Sara! ¿Estás ahí? —gritó de repente una vocecita desde abajo.

Sara salió bruscamente de sus pensamientos y se asomó a la puerta de su casita para ver a Marc.

—Ya creía que no estabas, como no me contestabas. ¿Puedo subir?

Sin obtener respuesta alguna, el niño comenzó a trepar por el árbol hasta llegar a la casita.

—¿Qué te pasa, Sara? ¿No me oías? Te he esta...

—¡Se ha ido, Marc! —le interrumpió echándose a llorar —¡Se ha ido para siempre! ¡Mi mami!...

—¿Qué? —fue lo único que articuló a decir su amigo.

—No volverá nunca, Marc, no la veremos más. ¡Se ha muerto, se ha muerto! —lloró desconsoladamente abrazándose a él.

—Lo... lo siento mucho, de verdad, lo siento, Sara —dijo llorando.

"Vamos, Sara, dale la bienvenida a Marcos, tienes que ser su amiga y enseñarle todo esto. No seas tímida".

Sara había salido corriendo sin decirle una palabra y entonces Jenny se había dirigido a él para decirle, con inmenso cariño:

— "No te preocupes, verás como dentro de nada vais a ser dos buenos amigos, lo presiento..."

Marc no podía creer que la madre de Sara hubiera muerto así, de repente. Ella que siempre lo había tratado como a un hijo, que lo defendía cuando su hija cogía una de sus rabietas contra él; que le preparaba tartas y fiestas de cumpleaños; ella que lo llamaba por su nombre completo como nadie lo hacía, consiguiendo que se creyera mayor a pesar de sus escasos diez años. Tan solo habían pasado cuatro años desde que su familia y él llegaron desde Barcelona a Arfa. Jenny tenía razón: Sara era su mejor amiga, ella misma lo había sido. Marc había creído que echaría de menos el bullicio de la ciudad, pero nada le encantaba más que recorrer las calles estrechas y empedradas de su querido pueblo; pasear con Sara, o con su bicicleta, y llegar enseguida a todos los rincones del pequeño pueblo, que sin embargo, tenía una gran vida gracias a sus entrañables tiendecitas donde podías encontrar de todo, y donde "te fiaban" si no llevabas dinero ese día porque conocían a toda tu familia; también se lo pasaba en grande viendo cómo funcionaban las enormes máquinas que había en la fábrica de los padres de Sara, donde confeccionaban la ropa que llevaba todo el pueblo, o llegar hasta la estación del tren y subir a los vagones vacíos hasta que el señor Ruiz, el revisor, le "echaba el alto" para que se bajase de allí. Pasear por la pradera, merendar cerca del río, sentarse junto a las ovejas a veces, otras, al lado de los terneros casi recién nacidos de don Cristóbal, y correr y correr, y reír sin parar. Esas eran maravillas de su nueva vida que no cambiaría por nada en el mundo, pero sobre todo, lo que jamás cambiaría era a su segunda familia, la de

Sara, quien ahora lo necesitaba tantísimo. No podía defraudarla, tenía que ser valiente, por los dos.

—No debes llorar, Sara, tu madre no te ha abandonado, te vigilará toda la vida desde el cielo —intentó consolarla.

—Eso es lo que quiso decir... —murmuró ella como para sí.

—Ahora debes volver a tu casa, tu padre estará preocupado... te necesita.

—Yo también necesito a mamá y ella no viene ¡Ya no vendrá! —lloró amargamente la pequeña.

—Tu mamá no puede venir Sara, si pudiese ya estaría aquí. No estás sola, nos tienes a nosotros: a tu padre, a Dana, a mí; todos estaremos siempre contigo. Vamos, tu madre no querrá verte tan triste, harás que ella también lo esté.

La niña siguió a su amiguito cuando empezó a bajar del árbol para dirigirse, cabizbajos, mudos y cogidos de la mano, a la casa de Sara.

La mente de Jon no descansaba un instante: "¿Cómo ha podido suceder algo así?", se preguntaba continuamente. ¡Todo había sido tan rápido y desconcertante!. Apenas si había pasado un mes desde que Jenny tuvo los primeros dolores y le habían diagnosticado un cáncer de pecho. ¡Qué cruel había sido la vida con él regalándole una mujer maravillosa para arrebatársela tan solo once años después! Jenny había sido el timón de su vida, su alegría, sus ganas de vivir, su todo... Jon sabía que, aunque debía ser fuerte y sacar adelante a su pequeña, no le sería nada fácil dejar de pensar en su esposa cada minuto de su existencia.

Los padres de Jenny habían llegado a Arfa cuando la pequeña tenía once años, y al poco tiempo montaron una fábrica de textiles para seguir la tradición familiar por parte paterna, y una tienda de moda en la cual vendían las confecciones que hacían a un precio más bajo,

dado que salían directamente de su propia fábrica. Una tarde, Jon se acercó a la fábrica aún en obras: sentía curiosidad por saber cómo era, pues en el pueblo no había una tan grande como aquella. Pasó por la parte de atrás y se escondió tras una ventana desde donde pudo ver una enorme sala vacía en la cual dos hombres mantenían una conversación, y a una niña más o menos de su edad, que estaba sentaba en los escalones que llevaban al piso superior de la enorme estancia. Cuando más interesado estaba, la niña levantó la cabeza y lo descubrió, ésta se levantó de un salto, y empezó a subir de dos en dos los escalones; salió disparada por la puerta gritando que había visto a un ladrón. Jon, asustado, también huyó hacia donde tenía aparcada su bicicleta. En su loca escapada, el niño tropezó con algún objeto y cayó al suelo golpeándose en la frente. La niña, que no había dejado de correr tras su supuesto ladrón, llegó hasta donde él estaba y cuando se dio cuenta de que tan solo se trataba de un niño, avergonzada por el error que había cometido, se llevó la mano a la boca en señal de asombro. Jon se levantó precipitadamente sin darle tiempo a disculparse y cogiendo apresuradamente su bicicleta, se alejó de allí lo más deprisa que sus pedales le permitieron. El padre de la niña que, alarmado por los gritos de ésta había salido también tras el ladrón, se acercó a ella:

—Pero Jenny ¡Qué imaginación tienes! ¡Mira que confundir a ese pobre niño con un ladrón! ¡Menudo susto se habrá llevado! —rió.

—¡No me he dado cuenta, papá, pobre niño! ¿Se habrá hecho daño? —preguntó la niña angustiada al interrogar a su padre.

Al cabo de unos días, Jenny vio a la salida del colegio a un niño que tenía un ojo morado; no le dio importancia hasta que se fijó en que iba a subirse a su bicicleta, entonces corrió a su encuentro y le dijo:

—Lo siento, lamento lo que pasó, ¡en serio pensé que eras un ladrón! — exclamó, y sus labios se apretaron para hacer una mueca que quería representar una sonrisa de disculpa. ¿Te duele mucho?

—No demasiado —se sonrojó él.

—Ni siquiera nos conocemos y ya te he hecho daño —le sonrió ella tras un breve silencio.

—Bueno, espero que de ahora en adelante nos llevemos mejor —dijo el niño estrechando la débil mano que la niña le ofrecía…

La fábrica y la tienda fueron los regalos que los padres de Jenny les hicieron a su hija y a su yerno cuando contrajeron matrimonio, así como la casa en la que vivirían, y que para su comodidad, construyeron justo enfrente de la fábrica. Unos años antes del enlace, y por un periodo de dos años, Jenny se había trasladado a vivir a París para matricularse en una academia de alta costura; durante esos años, la capital francesa se había convertido en la cuna de la moda; Jenny había oído hablar del "prêt-à-porter", un estilo de confección que requería de una importante mano de obra humana y que por su gran volumen de producción, se podía vender a más bajo precio. Jenny pretendía involucrarse totalmente en el negocio familiar, no solo conocer los tejidos que confeccionaban en su fábrica, sino también poderlos tratar desde su manufactura hasta su venta. Tal vez podrían de esta manera crecer, y evitar así el cierre de su empresa, como ya había ocurrido con otras en el pueblo que no habían podido hacer frente a la enorme inversión que suponía la compra de gran maquinaria para tener una constante y notable producción.

—¡Papá! —la voz de su hija interrumpió bruscamente sus recuerdos.

La niña, que lo había sorprendido llorando, embelesado mirando el cuadro que representaba a su madre, se arrojó a sus brazos.

—¡Papá, quiero que vuelva mamá! ¡Quiero que vuelva! —lloraba amargamente. ¿Por qué se ha ido? ¿por qué se ha ido, papá?

—Mi niña— la cobijó entre sus brazos—. Yo también quisiera que estuviera aquí. La echo mucho de menos ¿sabes? pero tenemos que

aceptar la voluntad de Dios nos guste o no. Tienes que ser fuerte, cariño, y muy valiente, porque ahora eres la mujer de mi vida y no me puedes fallar. Mamá estará siempre contigo, así es que no debes llorar porque cada vez que cierres los ojos, la verás sonriéndote y ella te dará la fuerza cuando creas que estás sola; por eso debes pensar mucho en ella, pero con alegría, así ella también estará contenta.

Sara, apartándose ligeramente del hombro de su padre y retirándole una lagrimita que corría libremente por su mejilla, le dijo:

—Papá, me gustaría que mamá me ayudase a cuidarte tan bien como ella lo hacía. Me esforzaré en ser tan buena como ella era.

Su padre la abrazó emocionado: —Tú eres un ángel, mi vida.

Padre e hija permanecieron abrazados durante largo rato sin decir una palabra, tan solo pensando en ella. Era como si ambos intentasen recuperarla a través de la unión y la fuerza de sus pensamientos.

—Pobre hija mía. ¡Qué egoísta he sido! Solo pensaba en mí, perdóname —le susurró Jon al ver que la pequeña se había quedado dormida arropada entre sus brazos. —Te has quedado sin madre a tan corta edad... pero no te preocupes hija, yo estaré siempre a tu lado, nunca te abandonaré, te lo prometo.

Pasaron los meses y Sara, forzada por la cruda realidad de cada día, se vio obligada a acostumbrarse a la falta de su madre. Convencida por los suyos de que su mamá no querría verla triste, comenzaba a esbozar alguna sonrisa. Estaba contenta porque a pesar de todo, había conseguido acabar el cuarto curso del colegio con muy buenas notas. Su madre estaría orgullosa de ella: cada año la esperaba a la salida, llevándole una pequeña sorpresa y su postre sería ese día el pastel que más le gustaba. Esa era su manera de compensarla por haber aprovechado satisfactoriamente el año escolar. Este año su mamá no la esperaría ni su postre favorito la estaría aguardando al

llegar a casa pero ella le enseñaría a su madre sus notas como siempre había hecho. Marc la acompañó. Sara arregló con esmero el ramo de rosas que había cogido para su madre y lo puso con sumo cuidado sobre la losa donde descansaba.

—Hola mami. Hoy ha sido el último día de colegio y nos han dado las notas; el año que viene empezaré otro curso, ya ves que te he hecho caso y aun pensando en ti a cada momento, me he tenido que aprender un montón de cosas difíciles. Me... me gustaría que estuvieras aquí, no solo hoy, mami, sino siempre— sollozó la pequeña.

—Tranquila, Sara —le dijo Marc.

—También está aquí Marc, mamá. Ha querido acompañarme y la mitad de las rosas las cogió él para ti, es muy bueno ¿verdad? Dana me ha hecho un pastel de fresas; me hubiera gustado más que me lo hubieras podido hacer tú.

La niña empezó a llorar desconsoladamente y su amiguito le dijo que debían marcharse ya. Sara se despidió de su madre esforzándose en regalarle una sonrisa; cabizbaja, se aferró a la mano que Marc le ofrecía.

Faltaba una semana para que Marc cumpliese sus definitivos diez años, edad que desde hacía meses decía tener aunque nadie lo creyera, pues los penetrantes ojos negros pertenecientes a una cara demasiado pequeña, sin duda le hacían aparentar menos edad de la que tenía en realidad. A pesar de que Sara no estaba muy entusiasmada con la idea que tuvieron su padre y Dana de prepararle una fiesta sorpresa, la organizó de buen grado. A mediodía fue a buscarlo a su casa para ir al río como tenían por costumbre. Marc ya estaba preparado.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí? ¿no habíamos quedado en que yo pasaría a buscarte? — le preguntó el niño al abrir la puerta.

—Me he adelantado porque quería pedirte que te dieras prisa, mi padre te está esperando para hablar contigo. No sé que quiere decirte.

—¿Tu padre? ¿Qué quiere decirme? —preguntó notandola nerviosa —Todo esto me parece muy extraño, actúas de una forma rara, Sara.

—Yo que sé, y no estoy rara —dijo tirándole del brazo— ¡Venga vamos, vamos, Marc!

—Pero si tu padre quiere decirme algo y yo ya iba a tu casa... no tenías por qué haber venido hasta aquí. —razonó muy serio.

Sara se quedó un instante pensativa al comprobar que Marc tenía toda la razón del mundo, y molesta por no haber encontrado una excusa mejor para asegurarse de que su amigo iba a ir hasta su casa, frunció el ceño a modo de enfado y le dijo:

—Bueno, yo no sé nada, no me sermonees.

Cuando llegaron a casa de Sara, el niño se extrañó al no ver luz adentro.

Sara abrió la puerta y se apartó un poco para que él fuera el primero en entrar. Marc entró sin sospechar nada.

—"¡Sorpresa!" —gritaron a la vez varios niños.

—¡Feliz cumpleaños! — vociferaron otros.

Las luces se encendieron inmediatamente y Marc, sorprendidísimo, saludó con su más inocente sonrisa a sus amigos. Todos lo miraban felices, luciendo gorritos de fiesta y tirando serpentinas al aire.

—Vaya, no sé qué decir... no me lo esperaba —dijo emocionado.

—Mira, Dana ha hecho pastel de manzana, el que a ti te gusta; yo he adornado todo, bueno, papá me ha ayudado a colgar algunas cosas, todos han venido y... pero, ¿qué haces que no abres los regalos?— le regañó.

Marc sonrió y cogió uno de los paquetes que había en la mesa. Conocía a su amiga: ¿qué le podía decir, que estaba esperando que ella se callase para abrirlos?. De haberlo hecho, le habría contestado: "¡Oh, siempre tienes una excusa para justificar tus actos".

Los niños se lo pasaron en grande en la fiesta. Sara había tenido una buena idea sugiriendo a su padre que sacasen algunas mesas y sillas fuera de la casa para trasladar la celebración al jardín. Allí organizaron juegos, competiciones, bailaron y pusieron todo patas arriba, sin embargo, Jon y Dana se sentían felices pues ellos habían insistido en que Sara preparase todo para que la pequeña se distrajera un poco. Lo habían conseguido porque Sara parecía estar pasándoselo bien con sus amigos. Cuando al caer la tarde, los niños comenzaron a marcharse de la fiesta, Sara le preguntó a Marc:

—Bueno, ¿qué, te ha gustado tu fiesta?

—Me lo he pasado muy bien, ha sido el mejor cumpleaños que recuerdo. Gracias por acordarte de mi. Oye, ¿cómo lo haces para que todo te salga siempre tan bien? —preguntó sentándose en el columpio del porche.

—No, no todas las cosas me salen bien, en realidad, nada me sale como yo quisiera —contestó ella como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—No te pongas triste Sara, es mi cumpleaños —pidió el niño cogiéndole la mano.

—Ya lo sé, perdona Marc —contestó en un murmullo.

—Yo no puedo compararme con tu madre pero quiero que sepas que siempre estaré a tu lado, nunca te dejaré sola, estaremos juntos toda la vida.

—Eres muy bueno Marc ¿Qué haría yo sin ti? —intentó sonreírle.

—¡Nada! —la respuesta del niño fue tan contundente que hizo reír a carcajadas a su amiga, a la que imitó de inmediato con gusto.

Capítulo 2

En verano, las huidas de los jóvenes al río eran más numerosas. Casi siempre se sentaban en la hierba, apoyados en el árbol más espeso, el mismo que de niña, Sara había escogido para que su padre le hiciera su casita y el mismo que había soportado en su corteza la grabación de un corazón con sus nombres dentro. Habían pasado casi siete años ya de la repentina muerte de su querida madre y los dos adolescentes seguían unidos, siempre juntos, como Marc le había prometido que estarían. Se quitaban los zapatos y observando a los peces y a las ranas, los imitaban saltando de piedra en piedra. A veces, Marc se subía a los árboles más altos que se hallaban repletos de frutas y Sara, desde abajo, recogía las frutas que éste le tiraba como si fueran Adán y Eva en el Paraíso. Al atardecer, con el estómago lleno, se dirigían a sus casas cogidos de la mano.

Un día, al llegar al río se encontraron con un grupo de compañeras del Instituto que habían organizado un partido de fútbol. Les invitaron a unirse a ellos pero Sara y Marc denegaron el ofrecimiento pues preferían tumbarse a descansar, guarecidos del abrasador calor bajo la sombra de algún árbol. Al cabo de un rato, un pequeño golpe en el pie derecho que recibió Marc, hizo que se incorporara para ver qué se lo había causado.

—¡Oh perdona, cuánto lo siento! —dijo una chica acercandose.

—Tranquila, no pasa nada —dijo Marc devolviéndole la pelota.

—No era mi intención hacerte daño. Soy Carla, la prima de Lisa —se presentó —mi familia y yo llegamos hace unos días y nos quedaremos bastante tiempo, al menos, eso espero porque este lugar me gusta mucho. El año que viene iré a vuestro instituto, supongo que no me tendrás en cuenta este incidente y podremos ser amigos —concluyó como si alguien le hubiera dado cuerda y sin dejar de mostrar sus blancos dientes un solo segundo.

—¡Vamos Carla! —le gritaron —¡Vuelve aquí que Marc ya está comprometido!

— No les hagas caso, siempre se meten conmigo cuando hablo con un chico guapo ¡actuan como si me tuvieran celos!

Sara, a quien le encantaba hacer amistades, se acercó a ellos para saludar a la joven, pero ésta, desvió su mirada hacia Marc y le dijo:

—Tengo que irme o me matarán, ya nos veremos.

Marc, que apenas si había entendido todo lo que aquella chica había dicho, no le contestó.

—¡Vaya! ¡Qué maleducada! Ni siquiera se ha dignado a mirarme, en cambio a ti, por pocas y te suelta la mano. ¿Quién es? ¡Marc!, ¿no me oyes?

—¿Eh? Ah, sí, sí, es Carla, prima de no sé quién.

—¿Te acuerdas de su nombre y no del de su prima que seguramente debe ser amiga nuestra? —le preguntó dubitativa.

—Porque tengo una tía que se llama como ella —contestó él algo desconcertado.

—No te quita los ojos de encima —dijo con sorna Sara.

—¿Es que le has cogido manía? —se burló Marc.

—¿Por qué iba a cogérsela? —se encogió de hombros —ella no me quiere conocer, pues yo a ella tampoco.

—¡Por supuesto que no! —corroboró Marc imitando la voz de ella y tocándole la nariz como si pulsase un timbre.

Sara se echó a reír observada desde lejos por Carla con cara de pocos amigos. La prima de Lisa era una joven muy guapa que

acababa de llegar al pueblo. Marc ni siquiera lo recordaba pero ya había visto a la joven en otra ocasión. Fue cuando tuvo que ir a la estación hacía unas semanas a recoger a su abuela que llegaba en el mismo tren en el que Carla viajaba. Marc miraba desde el andén todas las puertas; por una de ellas, Carla intentaba bajar lo más delicadamente posible sin tropezar con la enorme maleta que su padre le había obligado a llevar. Marc, que había observado sus serias dificultades para conseguirlo, se acercó para ayudarla. Carla ni siquiera pudo darle las gracias porque casi en un abrir y cerrar de ojos, el joven solícito había desaparecido de su lado. Carla, acostumbrada a deslumbrar a todos los chicos, se quedó muy decepcionada al ver que éste no le había hecho ningún caso, por eso, desde ese mismísimo instante se propuso conquistarlo como fuera. La pelota que supuestamente había ido a parar a los pies del joven por accidente, solo había sido una estratagema suya para entablar una primera conversación. Tampoco ahora parecía estar Marc deslumbrado por su belleza pero ya inventaría ella algo...

Se acercaban las fechas en las que el pueblo celebraba sus fiestas. Entre las innumerables diversiones, estaba prevista una espectacular carrera que tenía una doble emoción porque en el transcurso de la misma, los participantes debían superar una serie de difíciles obstáculos que la hacían ser la carrera más esperada por todos. Sara, que pronto cumpliría los diecisiete años, participaría este año por primera vez. Estaba muy ilusionada por dos motivos muy especiales: si ganaba la carrera podría demostrarle a su padre que los agotadores esfuerzos por enseñarle a montar con presteza habían dado un buen resultado; por otra parte, la copa que se otorgaba como premio al ganador, reposaría en el mueble del recibidor, junto a la que su madre ganó cuando tenía su edad.

Todas las calles estaban adornadas con farolillos y globos de colores. La gente, haciendo gala de un gran espíritu comunitario, se desvivía por colaborar en cualquier actividad que estuviera relacionada con los festejos. Sara llevaba unos días muy preocupada porque, ahora

que se acercaba el día en que tendría lugar la carrera, dudaba si debería apuntarse para participar en ella.

—No te preocupes más, ganarás, ya lo verás —le dijo Marc.

—Estoy muy nerviosa, no sé si hago bien al querer participar...

—Por supuesto que haces bien. —la animó Marc cogiendo la mano de su novia con especial dulzura —Mira, lo que tienes que hacer es estar tranquila, piensa que lo importante es tomar parte en la carrera, si no ganas, te lo habrás pasado muy bien y si ganas, pues mejor que mejor —le sonrió amorosamente, intentando animarla esgrimiendo cualquier argumento que la pudiera calmar un poco.

—Ojalá yo lo viera de esa manera, no sé por qué estoy tan nerviosa —suspiró como si le faltase el aire para poder respirar tranquila.

—¡Hola! —oyeron efusivamente a sus espaldas.

Ambos se volvieron para encontrarse cara a cara con Carla.

—Hola —respondió Marc sin pena ni gloria.

—¿Participarás en la carrera? ¡Qué sorpresa! —dijo la joven especialmente emocionada.

—No, no, yo no. Me basta con sufrir viendo participar a mi novia —dijo señalando a Sara.

—¡Ah! —dijo sin molestarse en retirar de su cara el gesto de desagrado al desviar su mirada hacia Sara y saludarla. Ésta respondió al saludo con igual indiferencia. —¿Por qué no te animas, Marc?. Será divertido —le insistió.

—No, gracias, soy un patoso montando, prefiero dejarlo en manos de profesionales —sonrió mirando a Sara.

—Bueno, tú te lo pierdes —dijo dando media vuelta y alejándose de ellos como si le hubieran hecho una gran ofensa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Marc a Sara.

—Nada, que es una envidiosa —le sonrió ella.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó.

—Que soy muy afortunada —dijo pellizcándole suavemente la mejilla sin que Marc entendiera el por qué se lo decía.

Sara entrenaba durante horas todos los días. Sabía que sería muy difícil ganar esta dura carrera, que incluso la suerte jugaba un papel muy importante en este caso, pero se propuso realizar el máximo esfuerzo posible por su parte y el empeño y la voluntad en intentar ganar, no la abandonarían. Decidió no flaquear en su ánimo por conseguirlo. Por ella y por su madre.

El día de la carrera amaneció con un sol espléndido. El bullicio de la gente esparcida por los alrededores del río, lugar en donde tendría lugar la competición, las risas y gritos de los más pequeños, los globos revoltosos ondeando al viento, amenazando con explotar en cualquier momento, o, en el mejor de los casos, escaparse, la ensordecedora música de la orquesta, el olor a chucherías y comidas que se respiraba en el ambiente, los saludos efusivos, a veces, demasiados forzados, todo era sinónimo de que la celebración que hoy los reunía, era el espectáculo más esperado por todos.

Sara estaba especialmente alterada, tanto que, de buen grado, Dana le hubiera preparado una gran taza de tila para tranquilizarla un poco. Sin embargo, Sara prefería estar nerviosa a demasiado relajada, pues quería estar bien despierta mientras corriera y luchar con todas sus fuerzas por conseguir llevarse la codiciada copa. De las conversaciones que tuvo con algunos de los participantes,

comprobó con satisfacción que ella no era la única que tenía los nervios a flor de piel y el saber esto la tranquilizó enormemente. Carla fue la última en presentarse, probablemente buscase que todos los presentes fijasen en ella su atención, como en verdad ocurrió. No se dirigió a saludar y desear suerte a ninguno de sus compañeros como ella sabía era la costumbre. Este feo detalle que tuvo, sumado a su porte arrogante, le supuso ganarse la antipatía y murmuraciones de algunos de los presentes. Ajena a todos y a todo, se dirigió tranquilamente hacia donde ya estaban los jinetes esperando oír en cualquier momento el pistoletazo de salida. Sara buscó con la mirada a su familia. Dana le mandó un beso mientras que su padre y Marc le alzaron el pulgar de su mano derecha para darle confianza. La orquesta dejó de tocar. Poco a poco se acallaron los murmullos de los congregados allí. Sara aguantó la respiración, no quería que nada la distrajera de escuchar el pistoletazo de salida, aunque lo único que retumbaba en su cabeza en ese momento eran los increíbles bombeos de su imparable y alocado corazón. Pero sí que lo oyó y reaccionando inmediatamente salió a toda velocidad. Ya no estaba nerviosa en absoluto. Perfectamente controlaba los ágiles movimientos de Yuma, el caballo que su madre le había regalado el último cumpleaños que habían podido celebrar juntas. Los primeros obstáculos se divisaban ya: no podía permitirse un solo error de cálculo. Todo debía ser perfecto y de momento, así estaba siendo.

—¡Muy bien! —exclamó acariciando orgullosa a su caballo cuando éste saltó. Vamos muy bien, Yuma, sigamos así —lo alentaba.

No quería mirar atrás. Podía ser peligroso. Tal vez alguien se encontraba demasiado cerca. Pero no tenía de qué preocuparse: estaba haciendo una buena carrera, de momento parecía ir en cabeza y Yuma y ella se compenetraban a la perfección, eran uno consiguiendo sortear y salir airosos de los diferentes retos que debían afrontar. Saltos, charcos imprevistos... Se adentró en la espesura de los inmensos árboles que tan bien conocía. Pronto vería los últimos obstáculos por superar. Solo entonces se atrevió a mirar atrás: los dos jinetes que tenía más próximos todavía tardarían unos

minutos en alcanzarla. Volvió a mirar al frente. De repente, como salida de la nada, una jinete, se colocó a su lado, "¡Carla! —se dijo alarmada —¿De dónde ha salido?"

Ésta la miró con sorna desafiante, como quien tiene la seguridad de que las cosas le van a salir bien. Pero Sara no iba a consentirle que le robase la carrera. Estaba segura de que había empleado algún truco sucio, que habría hecho servir algún atajo para colocarse impunemente a su lado, saliendo de pronto de entre los árboles. Hubiera jurado que la estaba esperando pero se preguntaba el por qué. Sara obligó a Yuma a forzar la marcha que hasta ahora habían llevado. Carla quedó atrás y también su sonrisa de triunfo, pues se daba cuenta de que tal vez, a pesar de sus esfuerzos, no podría ganar a su enemiga tan fácilmente. Hincó fuerte y salvajemente las espuelas a su caballo, y éste, emitiendo un desconsolado relincho, aceleró la marcha. Sara, entretanto, había pasado sin dificultad los obstáculos que le quedaban antes de alcanzar la meta. Ya podía verla, en pocos segundos la alcanzaría. La victoria era suya si nada imprevisto lo impedía. ¡Sería la ganadora!. Sin embargo, pronto se desvaneció este pensamiento, pues nuevamente Carla se había colocado casi a su altura. Sara levantó en el aire sus riendas para avanzar, pero Carla, dispuesta a emplear cualquier artimaña para ganar y desprestigiar así a Sara ante los ojos de Marc, levantó su pie derecho justo en el momento en que su enemiga iba a adelantarla. Sara sintió una increíble punzada en su pierna izquierda: ¡Carla le había clavado sus espuelas!. No obstante, a pesar del fortísimo dolor que sentía y de haber estado a punto de caer, Sara recuperó el equilibrio y siguió adelante. Faltaban unos metros para llegar a la meta. No le fue difícil alcanzar a Carla y ésta, dejando que se pusiera a su altura, volvió a golpearla. Sara no pudo soportar esta vez el fuerte impacto y cayó al suelo con la pierna llena de sangre. Finalmente no pudo evitar que Carla, aunque empleando la violencia, fuese la primera en alcanzar la meta. Ella había sido la ganadora, sin embargo, nadie la aclamaba. Había alguien más importante a quién prestar atención. Sara había caído, podía estar mal herida o ser arrollada por los demás jinetes. Todo el mundo

comenzó a alborotarse, a hacer conjeturas mientras se acercaban a Sara.

Marc se abrió paso entre la multitud: —¡Sara! —gritó —¡Dios mío, estás sangrando mucho!

Jon llegó en décimas de segundo y arrodillándose, incorporó a su hija, dejándola sentada y sin dejar de sujetarla pidió que llamaran a un médico. Casi al instante éste se presentó, ya que afortunadamente, era uno de los espectadores de la carrera.

—La herida tiene mal aspecto, pero cuando la limpiemos y podamos ver con más claridad, verás que no hay de qué asustarse, la sangre es muy escandalosa —intentó tranquilizarla.

—Me duele mucho —sollozó la chica haciendo verdaderos esfuerzos por no llorar.

—Pero, ¿cómo te has hecho esta herida tan fea? —le preguntó el doctor. —¡Parece una cuchillada!.

—Carla me clavó sus espuelas cuando vio que la estaba adelantando. Lo intentó dos veces, la primera pude evitarlo, pero la segunda me fue imposible —contestó la joven entre sollozos pero con tono firme en su declaración acerca de lo ocurrido en la carrera.

Los murmullos de los presentes no se hicieron esperar. Todas las miradas llenas de odio se dirigieron hacia donde estaba Carla, quien, por no levantar sospechas se había acercado también.

—¿Es eso verdad? —preguntó el patrocinador de la carrera mirando a Carla —¿golpeaste a Sara para evitar que ella ganase la carrera?

—¡Claro que no! yo solo... intentaba hacer correr más a mi caballo, por eso levanté mis espuelas, naturalmente; Sara pasaría despistada en ese momento y accidentalmente yo le daría sin darme cuenta con ellas en su pierna, pero no lo hice intencionadamente, lo juro, yo no

tengo la culpa de que se pusiera tan cerca de mí —concluyó poniéndose colorada.

—¡Mentirosa! —exclamó Sara casi en un quejido. Pasaste por mi lado y te pegaste a mí, para herirme intencionadamente e impedir que ganase.

—¡No es justo que Carla se lleve el premio! —gritó alguien.

—¡Sara es la ganadora, la otra es una tramposa! —corroboró otro espectador.

—Un momento, tranquilidad —rogó el patrocinador. Sara —dijo dirigiéndose a ésta —lo siento mucho pero, no se puede hacer nada. Carla ha sido la primera en llegar a la meta, no... no es que no crea que dices la verdad pero, lo cierto es que los accidentes ocurren y estabais algo lejos para saber lo que realmente pasó. El año que viene...

—¿El año que viene? —le interrumpió Sara con sorna. —¿Quién quiere participar en una carrera amañada? Carla, puedes quedarte con la copa que me has robado suciamente, te la regalo y que la disfrutes, tramposa.

—¿Amañada? ¿no lo dirás en serio? —preguntó el patrocinador algo pálido, sintiendo el calor de las miradas desaprobatorias de todos los presentes clavándose en él.

—Basta ya de charlas, el espectáculo se ha acabado, señores —cortó el médico cogiendo en brazos a Sara y dirigiéndose a su coche seguido por Jon y por Dana — Abran paso, por favor, me gustaría poder curar a esta jovencita como Dios manda, hagan el favor.

En el transcurso de la semana que tuvo que hacer de reposo absoluto, Sara no se sintió desamparada. En todo momento contaba

con el apoyo de los suyos. No le faltaron cuidados y mimos de ninguno de ellos: Dana le preparaba sus comidas y postres favoritos como hacía cuando era pequeña; su padre pasaba mucho más tiempo con ella, dejando que sus ayudantes se encargasen de la fábrica textil, y Marc hacía lo imposible por divertirla y entretenerla, intentando devolverle lo antes posible su fácil y dulce sonrisa. Todos compartían su dolor y, aunque comprendían el odio que sentía hacia Carla, nada podía hacer cambiar lo sucedido. Sin embargo, Sara había prometido no darse por vencida y no dejaría pasar la primera ocasión que tuviera para devolverle a Carla el daño recibido. Ni siquiera pensaba en sí misma al hacer esta promesa: Yuma no volvería a correr como antes, los mejores veterinarios estaban tratando su grave lesión en una de sus patas traseras a consecuencia de la fuerte e inesperada caída, y suerte tuvo de no haber vivido años atrás, cuando, por falta de medios y conocimientos, lo hubieran sacrificado para que no sufriera tanto dolor. Así, el primer día que pudo salir a la calle tras cumplir su convalecencia, quiso el destino que se encontrase con Carla. La engreída joven estaba rodeada de un grupo de chicas a las que parecía estar enseñándoles algo. Aprovechando que desde donde ella se encontraba Carla no podía verla, Sara detuvo sus pasos y las observó con más detalle. Ahora distinguía con claridad: Carla estaba mostrando orgullosa su vestido, probablemente, el que luciría en el baile de disfraces que, a finales del mes de agosto, se celebraba cada año en el ayuntamiento para recaudar fondos y ayudar así tanto al hospital, como a las familias más necesitadas del pueblo. De repente, por la mente de Sara pasó una idea genial y perversa... Marc le había dejado unos libros para leer, los mismos que ahora ella llevaba para devolvérselos, metidos en una caja para transportarlos con más comodidad; pero si los sacase de la caja y se los pusiera bajo el brazo, si accidentalmente, torpe aún, tropezase y la caja fuera a caer en el charco de barro que tan propiciamente se hallaba bajo los pies de Carla... sería una verdadera lástima porque lo más probable sería que su nuevo y precioso vestido saliera mal parado... sonrió para sus adentros, la idea la sedujo. Decidida a hacer realidad esta fabulosa fantasía, sacó los libros de la caja, los puso bajo su

brazo y cogió la caja con ambas manos dirigiéndose al grupo de chicas. Lisa, la prima de Carla la vio y la saludó alzando su mano, ésta se giró para ver a quien saludaba, quedando justo frente a frente con Sara. Fue en ese preciso instante cuando ella, fingiendo tropezar con algo invisible, hizo que la caja cayera de sus manos al fortuito charco, salpicando de pleno el inmaculado vestido de Carla, que ésta, astutamente para provocar su envidia, había puesto pegado a su cuerpo para demostrarle lo bien que le quedaba. Sara logró su objetivo: Carla y su maravilloso vestido estaban chorreando de barro. Algunas chicas ahogaron unas risitas.

—Oh, ¡qué torpe! ¡Mira, lo que has hecho! —exclamó Carla fuera de sí.

—Sara, ¿estás bien? —le preguntó Carmen, una de sus amigas.

—Sí, gracias, parece que mi pierna aún no está demasiado en forma —respondió mirando a Carla maliciosamente.

—¡Claro que está bien! —contestó y protestó ésta —pero mira mi pobre vestido. ¡Está destrozado!. ¿Qué llevaré ahora al baile?

—Bueno Carla no te preocupes, puedes llevar igualmente tu vestidito, así no te extrañará que nadie se acerque a ti —replicó Sara con tan mala intención como pudo.

Las chicas no se escondieron de reír por su ocurrencia y Carla, enfurecida, dio media vuelta profiriendo insultos para todas.

—Por cierto, ¡bonito vestido! —le gritó Sara.

Sus amigas volvieron a reír. —Gracias Sara, has venido como caída del cielo, ya no sabíamos cómo quitárnosla de encima —dijo Marta.

—A ella y a su dichoso vestidito —corroboró su propia prima.

—Pero dinos, ¿con qué has tropezado? —preguntó Carmen extrañada.

—Pues, con esa piedra de ahí—respondió señalando al suelo —¿no la veis? —se hizo la sorprendida abriendo en exceso los ojos.

—¿Qué piedra? Yo no veo ninguna piedra... —dijo Lisa sonriendo— ¡Qué mala has sido Sara, lo has hecho a propósito! ¡Lo tiene bien merecido, por tramposa! —continuó riendo contagiando inmediatamente a todas las amigas de Sara, que estuvieron un rato divirtiendose a costa de la engreída Carla.

En su afán de recuperar su forma física lo antes posible, Sara pidió a su padre que le dejase su caballo para no anquilosar por demasiado tiempo su pierna herida y hacer un poco de ejercicio. Éste, aunque no demasiado conforme, pensando que tal vez sería pronto para volver a montar, no le negó este deseo. Así, una soleada mañana, Sara se levantó muy temprano y se acercó cabalgando hasta el río. Estaba muy contenta porque durante el paseo, su pierna apenas le había molestado. Respiró el intenso aroma que la naturaleza le ofrecía, casi comparable al agradable sabor de boca que le había dejado el ganar esta pequeña batalla con su enemiga. Desmontó. Estaba completamente empapada en sudor pero no le importaba, se sentía en forma. Se arrodilló en la orilla, sin importarle mojar su larga falda y, juntando sus manos para formar un cuenco, las sumergió para recoger algo de agua y refrescarse las sonrosadas mejillas. El agua, bastante fría, la hizo estremecerse un poco cuando salpicó sus hombros desnudos y la parte frontal de su blusa inmaculada. Luego se mojó el rubio y rizado cabello, recogiéndoselo lateralmente en una espesa trenza, como cuando era pequeña. Sus grandes ojos, de color caramelo heredados con acierto de su padre, brillaban intensamente. Se sentía bien. Feliz. Tuvo la tentación de remojar sus pies, y se quitó sus blancas deportivas, sin ningún reparo se levantó la falda estampada en grandes flores hasta la

altura de los muslos y se adentró en el río esquivando algunas de las piedrecitas más puntiagudas para no hacerse daño, cosa que la forzaba a realizar pequeños y graciosos saltitos.

—¿No te parece que está demasiado fría? —oyó que decía una voz masculina a sus espaldas.

Se sobresaltó, e inmediatamente bajó su falda y pudo sentir como un calor que nada tenía que ver con el sol abrasador, había aparecido automáticamente en sus mejillas. Se giró en redondo y fijó su mirada en unos altos matorrales que había a sus espaldas, el lugar de donde pensó que podría haber salido esa voz.

—¿Quién está ahí? —¿me estaba espiando? ¡Salga de su escondite! — ordenó valientemente, pero en el fondo, estaba muy asustada al no ver a nadie a su alrededor.

—Un momento por favor, no puedo salir, me estoy vistiendo — contestó el intruso con voz visiblemente sofocada y entrecortada.

Sara se quedó unos instantes pensativa, no sabía qué hacer. Recogió sus deportivas del suelo y empezó a caminar deprisa hasta donde había dejado a Relámpago, el caballo de su padre. Frente a ella, de entre la maleza, de repente salió un joven dándole un susto de muerte: —¡Hola! —saludó con una gran sonrisa — Oh, perdona, —se disculpó sinceramente ante la lógica reacción de Sara —no quería asustarte.

Sara no lo había visto jamás, sin duda se trataba de un forastero. Debía tener unos dieciocho o diecinueve años, o tal vez, lo que le hacía aparentar esa edad, fuera el hecho de peinar su negro pelo mojado hacia atrás. La joven se fijó casi de inmediato en el increíble brillo, en la luz y vida que desprendían sus preciosos ojos de un color azul intenso, que al igual que los de su adorada madre, parecían bailar de contentos al mirarla atrevida y directamente a los suyos. Era alto, no muy corpulento pero sí más que Marc y tenía la extraña impresión de que llenaba con su presencia todo el espacio

que los rodeaba. Sin duda, desprendía un especial magnetismo y le pareció muy atractivo. Sara se sorprendió al pensar esto y se puso colorada solo por el hecho de hacerlo.

—¡Hola! —repitió él —sacándola de sus pensamientos.

—Hola —dijo ella por fin, algo intranquila.

—Siento mucho haberte asustado, perdóname —le sonrió.

Sara no le contestó. Se sintió algo descolocada, extrañada por su propia actitud, no sabía qué decir ni qué hacer. Ella, que siempre actuaba con gran desparpajo ante cualquiera.

—Bueno, como no dices nada, quiero creer que me perdonas, me llamo Walt —dijo estirando su mano cortesmente para saludarla.

—Soy Sara Puig —se oyó decir la joven, estrechando la fuerte mano que él le ofrecía. —Tú no eres de por aquí —se le ocurrió asegurar.

—No, —sonrió de nuevo —parecía emocionado por poder entablar una conversación con ella. —Nací en Atlanta pero mi padre era español y tengo un familiar que vive en este precioso pueblo. Acabo de terminar mis estudios superiores y aún no he decidido si quiero seguir estudiando yendo a la universidad, o actuar "por libre", viviendo mis propias experiencias; repetí mi último año precisamente por esto, porque no tenía claro tener que aprenderme cosas que después no me iban a servir en mi futuro profesional. Me gustaría dedicarme al arte, pero no tengo claro a qué rama dedicarme. Tal vez la pintura.

—¡Vaya, un artista! —sonrió Sara que parecía estar perdiendo un poco la vergüenza y cogiendo confianza con aquél desconocido— creo que nunca había escuchado tu nombre antes. ¿De dónde viene? —quiso saber, curiosa.

—Es el diminutivo de Walter, como Walt Disney, ¡supongo que habrás oído hablar de él! Bambi... Dumbo... La Dama y el Vagabundo... —le recordó.

—¡Ah, claro, es verdad! —exclamó sonriendo por primera vez — Ya soy mayor para ver estas películas pero las recuerdo.

—Yo sí que había escuchado tu nombre, lo que lamento es no haberte conocido antes, ¿todas las chicas de por aquí son tan bonitas como tú y tienen esa sonrisa tan encantadora? —preguntó descaradamente.

Sara creyó que en cualquier momento, sus mejillas explotarían a causa del increíble e insoportable calor que las había envuelto. Este revelador "contratiempo" no pasó desapercibido para el joven, se diría que este hecho parecía divertirlo, por su tono de voz, cuando volvió a elogiarla:

—Bueno, en realidad ¿qué me importan las demás si he tenido la inmensa suerte de conocer a la más guapa de todas ellas, aunque le dé tanta vergüenza que se lo digan?

Sara pareció entonces darse cuenta de que mientras habían estado hablando, él no le había soltado la mano en ningún momento y lo aprovechó como excusa, omitiendo cualquier comentario al respecto, para que Walt, que parecía un poco burlón, no se diera cuenta de que no le habían molestado demasiado sus continuos piropos.

—Si eres tan amable de devolverme mi mano, por favor— exclamó deseando que su fingido enfado pareciese lo más real posible.

—¡Claro! — exclamó él apartando poco a poco su mano de la de ella, de manera que pudiera seguir acariciando algunos de sus dedos antes de soltarlos definitivamente con suma delicadeza. —Guapa, con carácter y poco amable con los forasteros —sentenció Walt.

Sara frunció el ceño: —¡Tú no me conoces para saber si soy amable o no, me has dado un susto de muerte!. ¿Cómo quieres que te trate? —ahora sí estaba enfadada.

—La verdad es que... ya que lo has insinuado... me gustaría conocerte mejor —se atrevió a volver a coger su mano, especialmente contento.

En esta ocasión, ella la retiró inmediatamente y más enfadada aún, casi le gritó al contestarle:

—¡Yo no he insinuado nada! ¿Te enteras? —parecía amenazarle alzando su dedo cerca de su cara.

—¡Qué genio! —rió él divertido.

Sara dio unos pasos hacia adelante, dispuesta a marcharse sin más. "Él sí que es un antipático", pensó.

—Espera, no te vayas... por favor —su voz le delataba realmente arrepentido.

—¿Para qué quieres que me quede? —preguntó Sara volviéndose hacia él— ¿para que puedas seguir burlándote de mí?

—¿Quién se ha burlado de ti? —trató de disculparse, y parecía ser sincero. —Siento si te lo ha parecido, tal vez haya sido un poco...

—¿Desagradable, arrogante? —le interrumpió ella —lo has sido.

—Bueno, no son exactamente los adjetivos que iba a emplear pero si tú lo dices, aunque se me ocurre que, si algún día quisieras, podrías tener el honor de conocerme mejor, parece que no hemos empezado nuestra amistad con buen pie...

—¡Oh, pero ¿cómo puedes ser tan engreído? ¡en todo caso querrás decir que tú podrías tener el honor de conocerme a mí! —estaba

realmente contrariada.

—¡Has picado! —se alegró Walt dando una palmada —dime cuándo y dónde y allí estaré, estoy dispuesto a sacrificarme... — concluyó guiñándole un ojo y llevándose la mano al corazón para reafirmar su confesión.

Sara ahogó una risita, rebajando la tensión y admitiendo con este espontáneo gesto la gracia de la ocurrencia del joven. Había caído en la trampa rápida y sutil que le había tendido. Había algo en aquél chico que le gustaba, no solo su indiscutible atractivo físico, sino su manera de ser, su manera de "desarmarla" la atraía. Era como si, de alguna manera, supiera que no debía temer nada estando con él.

Walt también reía y mientras lo hacía, sus bailarines ojos no dejaban de juguetear tanto o más que su dueño. —Bueno, entonces, ¿cuándo quedamos? —dijo seguro de sí mismo.

—No puedo... —se disculpó.

—¿Quieres decir que no puedes hoy, mañana?

—Salgo con alguien... —balbuceó volviendo a ponerse colorada pues no sabía si habría malinterpretado su petición.

—¿Y por eso no puedes salir conmigo algún día? —se puso serio de repente.

—No creo que a él le hiciera demasiada gracia.

—Lo que a él le guste o no me trae sin cuidado mientras te agrade a ti —dijo acercando su cara a la de ella de un modo que la paralizó.

—Eres un poco atrevido ¿no crees? —se apresuró a apartarse de él.

—Soy sincero— respondió sonriendo como una criatura.

—Bueno, lo que sea... pero ahora debo irme, se ha hecho tarde...

—Espera, entonces, ¿volveré a verte? —parecía suplicar.

—Si te quedas por aquí... —evadió la concreta respuesta antes de alejarse.

—¡Desde luego! —sus ojos volvieron a iluminarse ante la respuesta abierta al sí —estaré con mi tío un tiempo; desde que llegué, he venido cada día a esta parte del río, más tranquila y solitaria, realmente silenciosa e inspiradora —le explicó mientras la acompañaba hasta donde estaba Relámpago. —Aprovecharé este año para estudiar estos parajes... —sonrió intencionadamente.

—Tenemos unos paisajes preciosos, te gustarán —le aseguró Sara montando en su caballo para marcharse de allí lo antes possible.

—Estoy seguro de ello —dijo acercandole las riendas que la joven se apresuró a coger, alejandose sin apenas despedirse.

Amaneció un día muy nublado. Sara abrió los ojos aunque, perezosa, dio media vuelta en su cama para continuar durmiendo. Alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¿Estás despierta? —la voz de Dana era casi un susurro.

—Pasa, Dana.

—¿Te he despertado? —preguntó la mujer en tono de disculpa cuando entró en la habitación sigilosamente para no molestarla.

—¡No, que va! lo que pasa es que he visto que hacía un día tan malo que me apetecía quedarme un ratito más en la cama —contestó abrigándose entre las sábanas juguetona y perezosa.

—Entonces volveré más tarde, no tengo ninguna prisa, cariño, descansa tranquila y más tarde ya hablaremos, no te preocupes.

—No, Dana, seguro que ya no me hubiera vuelto a dormir, quédate. ¿Qué es eso? —preguntó señalando un paquete que Dana traía.

—Ah, ¿esto? Había pensado que tal vez te gustaría tenerlo... ten, ábrelo.

Sara se incorporó cogiendo la caja adornada con un hermoso lazo de satén azul. Emocionada, lo deshizo mientras decía a su querida "niñera":

—¿Qué es? Hoy no es mi cumpleaños, ni mi santo...

—Ábrelo y lo verás.

Sara retiró la tapa de la caja así como el papel de seda que cubría el regalo y pudo ver su contenido: un hermoso vestido, un disfraz de la bella durmiente.

—¡Oh, Dana! ¡Es precioso! ¿Es para mí? —preguntó dichosa.

—Sí, claro que es para ti, para que lo luzcas en el baile de disfraces y deslumbres a todos los presentes igual que hizo tu madre en el primer baile al que asistimos de jovencitas.

—¿Mamá? ¿quieres decir que... este vestido... era de mamá? —sus palabras se entrecortaban por la emoción.

—Sí, mi niña, ella tenía la misma edad que tu cuando lo estrenó en el baile, tu abuela lo confeccionó especialmente para aquella ocasión.

—¿De verdad? —preguntó llorando.

—¡Estaba preciosa, no en vano tu padre se le declaró esa noche! Era la primera vez que asistíamos al baile, como tú mañana y también estarás maravillosamente preciosa.

—Tenía pensado comprarme hoy cualquier disfraz —sonrió con tristeza —Dana, gracias —dijo abrazándose a ella sin poder reprimir su llanto. —No sabes lo feliz que me siento, ¡significa tanto para mí tener algo tan especial que perteneció a mi mamá.¡Gracias!

—Me lo imagino, por eso se me ocurrió guardarlo para una ocasión especial. Ella lo hubiera hecho también, o tal vez te hubiera confeccionado uno nue... empezó a llorar sin poder terminar la frase.

—Ya lo sé Dana, lo sé —sollozó abrazada a ella. ¿Sabes? para mi tú siempre has sido mi segunda mamá, de hecho —le confesó esbozando una sonrisa —durante un tiempo pensé que papá y tú os casaríais, sí —aseguró al ver la cara de asombro de Dana —siempre has estado conmigo... y con él...

Dana le acarició la mejilla y le agradeció su confesión diciéndole que su padre y ella jamás habían hablado de eso:

—No hacía falta decir nada, supongo que a ambos nos hubiera parecido una especie de traición hacia tu madre y que tanto para uno como para otro no cabía semejante posibilidad. Ya sabes que cuando yo me quedé huérfana siendo aún una niña, tus abuelos me criaron junto a tu madre, como si fuera su hija, pues eran muy amigos de mis padres. Mamá y yo siempre fuimos como dos hermanas, nos adorábamos, por eso, cuando tú ibas a nacer, tu madre me pidió que viniera a vivir a esta casa, para ayudarla contigo y poder compaginar su trabajo en la fábrica con tu educación. Así se aseguraba de que si ella no estaba, tú jamás estarías desatendida y que estarías con "su hermana", que te quería con locura y que te querrá toda su vida.

—Dana —lloró la joven —gracias, gracias por estar siempre a mi lado. Yo también te quiero, mucho, mucho —repitió contagiando su llanto mezcla de alegría y tristeza a su queridísima segunda madre.

La noche del día siguiente, muy nerviosa y emocionada, Sara se puso el vestido de su madre y bajó al piso de abajo donde la

estaban esperando Dana y su padre. Jon se quedó paralizado al verla: por unos segundos le pareció que Jenny volvía a estar frente a él, precisamente el día del baile en el que se le había declarado. Dana, que también había observado el tremendo parecido físico de la joven con su madre, secó sus húmedos ojos para no entristecer a su pequeña en un día tan increíblemente especial para ella y Marc.

—Estás preciosa, hija mía, realmente preciosa, cariño mío —la piropeó su padre abriendo sus brazos para acogerla entre ellos.

—Gracias, papá —lo abrazó tremendamente ilusionada.

—Es verdad, no habrá una Bella Durmiente más bella que tú esta noche en el baile —dijo Dana asintiendo con la cabeza.

—Gracias, Dana, gracias a los dos —se emocionó.

—Vamos, vamos, ¿qué es eso? ¿quieres estropear el maquillaje? —le regañó la mujer secándole las lágrimas con sus pulgares.

Llamaron a la puerta. Jon fue a abrir. Un apuesto príncipe lo saludó efusivamente.

—Ya estoy lista, Marc —gritó Sara desde adentro al ver a su novio.

Jon hizo pasar al muchacho, quien al ver a Sara no pudo ocultar su agradable y admirable sorpresa. Pocas veces Sara vestía con faldas o vestidos, salvo cuando en verano hacía demasiado calor. Normalmente, prefería ponerse un vaquero y cualquier camiseta. Su cuerpo, bien formado, era más visible ahora y el joven no dudó en elogiarla.

—¡Caray, estás... ¡estás muy guapa! —tartamudeó —quiero decir, siempre lo estás pero hoy... —rectificó pues conocía a Sara y no sabía cómo iba a tomarse este comentario.

Dana se echó a reír quitando tensión al momento.

—Gracias, príncipe —rió también entonces Sara —usted tampoco está nada mal.

La pareja se despidió y salieron de la casa cogidos de la mano.— Estás muy guapa —repitió Marc cuando estuvieron a solas.

—Eso ya me lo has dicho, pero gracias —bromeó ella.

Marc se interpuso de repente en su camino: —entonces, —su tono de voz intentó transmitir la importancia de lo que iba a decirle —te preguntaré algo que nunca te he preguntado y que ansío saber.

—Adelante, parece algo serio —sonrió intrigada y divertida.

—Sara ¿quieres ser mi novia? —preguntó en un tono solemne.

—Pensé que ya lo era —dijo frunciendo el ceño fingiéndose malhumorada, para volver a sonreír inmediatamente después.

—Sí pero ahora será oficial ¿qué me contestas? —se acercó para besarla.

Por toda respuesta, Sara le correspondió dichosa el beso. Todo era maravilloso esa noche, casi mágico: el vestido de su madre, el baile, Marc, el amor, su compromiso...

Se sorprendieron del espectáculo que tenían ante sus ojos. La gran casa donde se hallaba ubicado el ayuntamiento del pueblo se había convertido aquella noche en el lugar ideal para celebrar el baile de disfraces que cada año despedía el verano. El mes siguiente, los alumnos mayores deberían empezar sus clases tanto en el instituto de bachillerato superior, como en el de orientación universitaria, como era el caso de Sara y Marc.

Las enormes columnas estaban adornadas con guirnaldas de flores naturales, el pórtico, de forma triangular, estaba rodeado por luces de neón que se encendían y apagaban con armoniosa elegancia. La

música de la orquesta contratada para la ocasión, no sonaba de manera estridente, pero sí que se escuchaba desde afuera. Sara creyó estar dentro de una película donde podría ser la protagonista, una película romántica, y aunque ella no lo fuera especialmente, reconoció que se sentía feliz, diferente, y hasta incluso, de alguna manera, algo más adulta. Por el inmenso jardín paseaban algunas parejas cogidas del brazo.

—¿Vamos allá? —preguntó Marc ofreciendo su brazo a su novia tras ponerse la máscara, condición obligatoria que requería el baile.

—¡Vamos! —dijo ella haciendo lo propio, y respirando hondo como quien se da fuerzas para atreverse a hacer algo difícil o muy importante.

El centro de la improvisada pista de baile, se hallaba decorada para la ocasión con motivos de fiesta: serpentinas colgantes, globos de colores, guirnaldas de todos los tamaños. Ya estaba repleto de jóvenes del pueblo de Arfa y de los de alrededor que también se apuntaban para todas las celebraciones; misteriosos y elegantes personajes tras sus máscaras que se movían con más o menos acierto al compás de la música atemporal. Los voluntarios camareros, disfrazados todos de época, pelucas con "rulos" incluidas, iban y venían llenando las copas de los invitados al baile.

Sara se sentía aún más como en una nube. No dejaba tampoco de venir a su mente el recuerdo de que años atrás, su padre y su madre habían estado bailando, dichosos, tan unidos como estaban Marc y ella. No era la primera vez que los dos bailaban juntos, pero lo parecía, de algún modo, tal vez porque este era un baile especial, en el que solo participaban los jóvenes con cierta edad, no como en los que siempre habían bailado, rodeados de niños. Este baile era como un paso hacia su madurez, hacia su estabilidad. O así lo sentía. Marc y ella se habían comprometido hacía un instante formalmente, según éste le dijo. Ambos se miraban sin dejar de sonreírse ni un instante. Parecían entenderse con la mirada. Estaban

totalmente compenetrados, eternamente. Se sentían cómplices, solo existían ellos dos, la melodía, que los fundía en uno solo mientras bailaban, flotando entre los demás bailarines inexistentes para ellos. Bailaron una y otra vez, sin cansarse, sin soltarse, hasta que unos amigos de Marc vinieron a buscarlo.

—Marc, como Toni se va mañana temprano, hemos pensado ir todos los chicos a su casa para despedirlo más íntimamente y darle una sorpresa.

—Ahora no puedo ir —despedirme vosotros —dijo mirando a Sara.

—¿Cómo vas a hacerle eso, Marc? Tú eres uno de sus mejores amigos.

—Volveremos enseguida —intentó convencerlo otro.

—Ve tranquilo, Marc, no te preocupes por mi —Sara "le dio su permiso" —así descansarán un rato mis doloridos pies.

—Está bien, iré, pero solo estaré un momento, regresaré enseguida —aseguró dando a su novia un rápido beso en los labios.

A Sara no le hizo ninguna gracia que Marc se fuera dejándola sola en una noche tan especial para ellos, pero no quería impedirle que fuera a ver a su amigo, teniendo en cuenta además, que esta podría ser la última vez que se vieran en mucho tiempo, ya que Toni, que ya había cumplido los dieciocho, se había alistado voluntariamente a la Marina tras sufrir un terrible desengaño amoroso por el cual no lo estaba pasando demasiado bien.

Se sentó en un rincón de la sala. Desde lejos, distinguió la inconfundible figura de Carla, demasiado alta y desgarbada para su gusto y de quien, si algo podía ser destacado, era su poca común melena pelirroja que siempre llevaba suelta y cuyo volumen, le hacía parecer tener la cara más pequeña de lo que realmente la tenía. Sonrió para sus adentros al fijarse en su vestido, nada que ver con el

que intentaba dar envidia a las chicas, el disfraz de Reina Blanca; eso significaba, sin duda, que las manchas que accidentalmente le habían caído encima, aún seguirían impresas en él. De repente le pareció sentir la presencia de alguien detrás de ella y se giró para comprobar si era cierto. No reconoció a Walt tras la oscura máscara y el disfraz de El Zorro y se sobresaltó.

—He vuelto a asustarte.

Sara no comprendió hasta que él se quitó la máscara y descubrió sus bailarines ojos azules.

—Ah, hola, no te había reconocido —intentó mostrar un nulo interés.

—¿Dónde está tu príncipe, tan pronto te ha abandonado? —preguntó con sorna.

—Ha tenido que marcharse un momento. —respondió molesta por tener que dar explicaciones —Espera un momento, ¿nos has estado espiando? —le preguntó incrédula aún conociendo la respuesta.

—Si yo fuera tan afortunado como él de estar con una chica como tú, no habría nada que me apartase de tu lado un solo momento —dijo con gran serenidad.

Este comentario irritó a Sara, quien, decidida a que no le amargase la noche un personaje como Walt, se levantó con intención de marcharse pero él la retuvo sujetándola suavemente de una mano.

—Lo siento Sara, perdóname, parece que cuánto más me esfuerzo en acercarme a ti, peor me sale. Puede que mis modales, mis comentarios, hayan sido algo bruscos pero, lo cierto es que... bueno, estoy algo nervioso, desde que nos conocimos no he hecho otra cosa que pensar en ti. ¿Te parece extraño? Sin embargo, no estoy mintiéndote. No sabía si tendría la suerte de poder volver a verte, de hablar contigo y ahora... comprende que el verte en compañía de otro me ponga de mal humor.

Ella no le contestó, tan solo lo miró con incredulidad. No sabía a qué cuento venía todo esto; no entendía cómo un desconocido podía atreverse a decirle cosas tan bonitas, demasiado para ser ciertas, al menos, no creía que fuera posible que alguien pudiera sentir amor por una persona a la que acababa de conocer y con la que había cruzado cuatro palabras. Palabras que prácticamente Marc no le había dicho en toda su relación. Seguro que Walt era un caradura que siempre había conseguido todo lo que se proponía, seguro que tan solo pretendía engañarla, desconcentrarla, conquistarla... No parecía ser mala persona pero no dejaba de ser un desconocido.

—Sara, no quería molestarte, no pretendo asustarte; tengo muchos defectos pero no soy un mentiroso, de eso no tengo que acusarme —dijo con cierto aire de tristeza —en el fondo no soy tan mala persona.

—Yo no creo que lo seas y no me gusta juzgar a quien no... —se interrumpió pues se dio cuenta enseguida de que él podría malinterpretar sus palabras como efectivamente ocurrió.

—¡A quien no conoces, claro! —se apresuró a decir —por eso tienes que conocerme ¿ves como tengo razón? —sonrió de manera contagiosa.

Parecía tan emocionado que a la joven le dio lástima contrariarlo, pero debía hacerlo para no crearle falsas esperanzas: —estoy segura de que eres una buena persona, incluso me caes muy simpático, te lo digo de verdad, sin embargo, entiende que...

—¿Solo simpático? no es gran cosa —la interrumpió frunciendo la comisura de sus labios en señal de decepción por esquiva respuesta.

—Lo siento de verdad Walt, ya sabes que estoy acompañada y que él no tardará en venir —dijo tratando de ser algo más dulce —puedo presentarte a mis amigas, seguro que todas estarán encantadas de conocerte.

Walt volvió a coger su mano, esta vez, algo más firme: —No quiero conocer a ninguna chica que no seas tú. Ya nadie podrá suplantarte en mi corazón. Cupido me ha dado de lleno, en pleno corazón. No me preguntes cómo lo sé, pero estamos predestinados —casi le susurró, mirandola directamente a sus dubitativos ojos.

Sara estaba estupefacta, tenía que ser una broma, algo inexplicable, incomprensible, ¡imposible! ¿cómo podía ser que un chico al que acababa de conocer le estuviera diciendo locuras semejantes?

De pronto, Walt hizo algo que la sorprendió más aún. Hincó una de sus rodillas en el suelo y le suplicó:

—Aunque su corazón ya esté ocupado ¿querría concederme el honor de bailar conmigo esta pieza y así permitir que este pobre enamorado muera tranquilo al haber hecho realidad su más bello e inalcanzable sueño?

Parecía estar hablando en serio pero Sara no le contestó inmediatamente, entre otras cosas porque no sabía qué decir. Las palabras que el joven había pronunciado tan solemne como dulce y respetuosamente, la habían dejado "fuera de combate". ¿Qué debía hacer? tan solo le había pedido un baile pero, o mucho se equivocaba, o algo en su interior le decía que no se conformaría con eso. ¿Qué tenía que contestar a este ruego? Y si venía Marc, ¿qué pensaría de ella?

—No sé qué contestarle —dijo sinceramente y utilizando el término de usted que él había empleado. — Es usted muy persistente, si le digo la verdad, sus palabras me confunden soberanamente.

—¿Es que tu príncipe nunca te ha dicho que está enamorado de ti? —se sorprendió al preguntarle, volviendo a emplear el tono de sarcasmo de un modo tan natural que casi espantaba al escucharlo. Sara revisó rápidamente su memoria y no le costó recordar que, efectivamente, Marc nunca se lo había dicho, pero, ¿hacía falta?.

—Levántate ya ¿quieres? deja de hacer el ridículo, hazme el favor, —fue la respuesta de ella al cogerlo de la mano para ayudarlo a levantarse. —Supongo que, bailar contigo no me hará ningún daño.

Walt se dejó ayudar y una vez en pie, se puso su máscara y ofreció a la señorita su brazo de manera solemne, mientras su rostro dibujaba una inmensa sonrisa y sus bailarines ojos volvían a brillar entusiasmados, tanto como él. Sara también ocultó su rostro tras la máscara y se cogió del brazo que el joven le ofrecía. Se dirigieron a la pista de baile. Muchos pensamientos se agolpaban en la cabeza de Sara en ese momento, pero la mayoría se centraban en Marc porque ahora, no dejaba de golpearle una gran verdad: Marc nunca le había dicho que la quería, que estaba enamorado de ella, supuso, y quiso convencerse, de que no había necesidad de decirlo, ella ya lo sabía pero aún así... hubiera sido bonito que alguna vez se lo hubiera dicho, tal vez, posiblemente habría sido tan bonito como había sonado en boca de "aquél desconocido".

Walt se movía al compás de la música con increíble soltura. Sin duda era un gran bailarín y ella sentía que flotaba junto a él y sacudió la cabeza rogando por que él no la hubiera visto hacer este gesto, con el cual pretendía, como si fuera posible, borrar de su cabeza la imagen de sus muy recientes bailes con Marc, con el cual, si bien se sentía dichosa, no le había golpeado el corazón en el pecho con la misma alocada velocidad como estando con Walt. —Bailas muy bien —le dijo de repente como para distraer su atención adulándolo.

—Con una pareja como tú ¿quién no bailaría bien? —contestó él verdaderamente satisfecho y visiblemente emocionado ante el comentario de Sara. — Bueno, si exceptuamos a tu inexperto príncipe, claro.

—No lo estropees Walt, por favor, vamos a bailar y a disfrutar de la música. Y no te metas con Marc, no quiero enfadarme contigo — rogó mirando al joven y haciendo una mueca de fingido desagrado.

—Está bien —repuso dejando caer las palabras con un tono socarrón y de disgusto, como si el hacerlo le supusiera un gran esfuerzo.

Cuando la música cesó, Sara agradeció el baile a Walt y recogió en su antebrazo parte del bajo de su vestido para retirarse de la pista de baile sin tropezar con él.

—No te vayas todavía —le rogó él, deteniendo su paso para impedir que se marchara —hemos salido a bailar cuando el vals ya estaba empezado. Me debes un baile entero —aseguró convencido.

—No te debo nada —contestó ella en cierto modo dubitativa.

—Por favor... —insistió como si fuera un niño malcriado demandando atención —prometo portarme bien y no meterte con tu patoso príncipe, quiero decir Mat —rectificó enseguida.

—¡Marc! —corrigió Sara dudando seriamente de que él se hubiera equivocado sin intención.

—Además, todavía no ha regresado ¿vas a sentarte en un rincón hasta que decida volver?

—Estará aquí enseguida —contestó sin saber si lo que aseguraba sería cierto.

—Bueno... pero mientras tanto... —se interrumpió para estudiar el gesto de su cara y, adivinando que no le sería difícil convencerla, siguió hablando —te lo pido por favor, estoy solo y tú también lo estás en este momento... Un baile, tan solo uno, después te dejaré en paz. No creo que sea pedir demasiado.

Por toda respuesta y casi sin pensarlo demasiado, Sara puso su mano sobre la de él y Walt, enormemente complacido, rodeó su cintura diciéndole:

—¡Vamos a enseñar cómo se baila a estos aprendices!

Sara se dejó llevar. Allí estaba ella, bailando con un desconocido que continuamente le estaba dedicando frases ¿de amor? aún sabiendo que estaba comprometida. Esto parecía traerle sin cuidado, y lo que más la asustó fue darse cuenta de que, en ese momento, a ella tampoco parecía importarle demasiado. Se sentía cómoda al lado de Walt, era curioso, pero de alguna manera sentía como si ya lo conociera, como si para ella hubiera dejado de ser un extraño. Le parecía como si estando junto a él, nada debía temer. Había algo en él... que le provocaba un extraño sentimiento que no acababa de entender y que ya había sentido casi inmediatamente, durante su primer encuentro fortuito. Tal vez fuera el increíble brillo de sus ojos, ese tintineo que emitían y que había estado intentando eludir sin conseguirlo porque le producían una agradable sensación de alegría y bienestar.

Walt ni siquiera tuvo que volver a pedirle que continuasen bailando cuando los músicos acabaron la pieza que tocaban porque ella ya estaba tranquila, feliz, dispuesta a seguir con él, porque su corazón bombeaba aceleradamente, y sabía que no era por el esfuerzo del baile en sí, y porque un cosquilleo en su estómago le impedía ser capaz de moverse de su lado. Se extrañó, pero no se sorprendió demasiado cuando interior e íntimamente se admitió a sí misma que no le importaría pasar con Walt el resto de la velada. Sin embargo, este sentimiento aunque intenso y real, no podía crecer en su corazón a pesar de ya haber nacido. Debía ser irremediablemente cortado a tiempo, de raíz, ahora que no tenía la suficiente fuerza como para hacerse mayor.

Los habían dejado en el centro de la pista, solos; Walt parecía tan feliz, flotando en una nube... y ella con él. Su público les aplaudió entusiasmado cuando dejaron de bailar. Sara se sintió alguien diferente, especial y sonreía mirando entusiasmada a su compañero de salón. Walt, repentinamente, contagiado por la emoción de ese momento, la besó en la mejilla. Sara se quedó estupefacta, sin embargo, no mostró su enfado por este atrevimiento, y no lo hizo, sobretodo, para que los demás viesen este gesto como algo natural,

un beso inocente que se da por emoción, por complicidad, por haber incluso formado "un buen equipo" con tu pareja de baile, pero que en realidad, para ella, fue algo así como el detonante para hacerla despertar...

Pasados unos minutos, la orquesta volvió a sonar. Los bailarines se volvieron a agrupar en la pista. Sara aprovechó para coger al atrevido Walt del brazo y llevarlo a un rincón de la estancia, lejos de las miradas inquisidoras de todos los presentes en la pista de baile.

—¿ Qué pasa? —preguntó Walt contrariado —¿tan pronto vas a arruinarme la noche?

—Basta ya Walt, por favor, te lo ruego, —cortó ella a modo de repuesta —no... no está bien que sigamos bailando, yo...

—Te ha molestado que te besara ¿verdad? lo siento, siento que te haya molestado. Perdóname, por favor, ha sido un impulso. ¡Estabas tan guapa!. —sonrió recordando el color cereza de sus acaloradas mejillas — Parecías estar a gusto, no sé... creí que tú también lo sentías...

—¿Sentir... qué? —se atrevió a preguntar aún temiendo saber a qué se refería.

—El amor, mi querida Sara, este amor que se escapa descontrolado desde mi corazón y que ya me es imposible detener. Llámame soñador, loco tal vez, pero me pareció que me correspondías —se acercó a su cara peligrosamente y Sara, a pesar del obstáculo que los bailarines ojos tenían a causa de la máscara, supo con certeza que la estaba mirando a los labios.

—Walt, por favor... —lo detuvo poniendo su mano en el pecho de él.

—Tú también lo sientes, estoy seguro, puedo notarlo, puedo sentirlo, tus ojos me lo demuestran, brillando espectacularmente aún a través de ese antifaz —hizo ademán de retirárselo.

—Mis ojos no hablan por mí —titubeó dando un paso atrás.

—Sí que lo hacen y no saben disimular, igual que tú, aunque lo intentes, aunque te niegues a creer que lo que sientes es amor.

—¿Pero qué estás diciendo Walt? La verdad es que ya no sé qué pensar de ti. Seguro que crees que soy una tonta a la que puedes fácilmente engañar, conquistar, o lo que quiera que estés intentando hacer con tus bonitas palabras. Supongo que se las habrás dicho a muchas otras ingenuas, pero yo no voy a caer en...

—No sé de qué estás hablando —se defendió consternado — tampoco entiendo el por qué te niegas a admitir algo tan evidente, tan...

—No hay nada evidente —ahora fue ella la que le interrumpió — ¿pretendes hacerme creer que te has enamorado de mi de la noche a la mañana?

—Sí —aseguró con tanta seriedad y rotundidad que podría haberlo creído —y sé que tú también lo estás de mí.

—Walt, te pido que no vuelvas a acercarte a mí hasta que no tengas que decirme algo más que no sea una mentira —dijo retirando la mano que él le había cogido.

—No estoy mintiendo —dijo molesto —tú eres la que se empeña en no creerme ¿tan extraño te parece lo que te digo? aunque bueno, tal vez tengas razón y este no es el mejor sitio para hablar...

—Es que no hay nada de qué hablar y me molesta que des cosas por supuestas cuando no lo son.

—De acuerdo —suspiró como si no tuviera más remedio que resignarse. ¿Y un último baile?. ¿Me permitirás que vuelva a tenerte entre mis brazos aunque solo sea bailando?

—No, no puedo...

—Eso no puede perjudicarte, en cambio a mí, me harías tan feliz —casi suplicó como un niño cuando desea algo fervientemente.

Una vez más, Sara accedió al ruego del joven porque por imposible que le pareciera, Walt tenía razón: estaba sintiendo algo en su interior, un sentimiento que no recordaba haber tenido nunca, ni siquiera por Marc; un sentimiento puro, sincero, demasiado real. Walt provocaba que su corazón enloqueciera cuando estaba cerca de ella, cuando la rozaba con sus manos, cuando la desconcertaba mirándola con esos ojos tan llenos de vida, de alegría, o al hablarle de la forma en que lo hacía. Sentía que algo estaba ocurriendo y que de pronto, Marc podría no ser el único que ocupase su corazón ¿pero cómo podía ser esto cierto?. Sin duda se estaba engañando creyendo que lo que le sucedía es que se había enamorado. Marc y ella llevaban unidos casi toda su vida, compartiéndolo todo, sus alegrías, sus penas, incluso esa mismísima noche se habían comprometido formalmente. ¿Cómo iba a abandonar todo eso porque un perfecto desconocido le hubiera dicho cuatro frases bonitas, e incluso, le hubiera hecho creer que ella sentía lo mismo que él? Era imposible que se hubiera enamorado de él. Imposible e increíble.

La música cesó y Sara, se asustó al ver a Marc dirigirse hacia ella. De repente, sintió una mezcla de vergüenza y miedo pero se repuso casi de inmediato saliendo sonriente a su encuentro.

—¡Marc, por fin has vuelto! ¡ Cuánto has tardado!

—Parece que no te has aburrido en mi ausencia —respondió el joven mirando a Walt de arriba a abajo.

—Ven, quiero presentarte a Walt —lo cogió del brazo para acercarse a Walt —este es Walt... Walt... se interrumpió pues se dio cuenta de que ni siquiera conocía su apellido.

—Walt Loraine —dijo éste sacándola del apuro y extendiendo su mano para saludar a Marc.

—Walt ha sido muy amable sacándome a bailar —dijo ella un poco nerviosa.

—Gracias por tu amabilidad con mi novia, todo un detalle por tu parte, —Marc no se esforzó en disimular su enfado —¿podemos hablar un minuto, Sara? —le preguntó apartándola ligeramente y quitándose la máscara que cubría su rostro.

—Claro —le sonrió, haciendo ver que no había notado su tono sarcástico e imitando sin saber por qué el gesto de Marc, se quitó la máscara. Dirigiéndose a Walt le dijo:

—Gracias por hacerme compañía, lo he pasado muy bien, espero que te encuentres a gusto en tu estancia en el pueblo.

—Y yo espero volver a disfrutar de tu compañía en otra ocasión. Ha sido un verdadero placer conocerte, Sara —contestó sin importarle

demostrar su interés por ella, y besando prácticamente en el aire la mano que la joven le había tendido para despedirse, antes de que Marc se la llevase de allí apresuradamente.

—¿Qué te pasa Marc, ocurre algo? —preguntó preocupada cuando estuvieron a solas en el jardín.

—Qué te pasa a ti te podría preguntar yo, ¿estabas deseando que me fuera para bailar con ese, o qué? —dijo en un tono demasiado alto.

Sara no creía recordar haber oído a Marc hablarle así nunca.

—No me grites, Marc —se puso muy seria. —Ése, como tú dices, ha tenido la delicadeza de sacarme a bailar para que no me aburriera

sentada en el rincón donde me quedé cuando te marchaste —alzó también la voz.

—Sabes muy bien el motivo por el cual me he ido, además, tú misma me has dicho que me fuera.

—Sí, pero en realidad no quería que te fueras, y precisamente esta noche. Tampoco creía que ibas a tardar tanto en volver. —le recriminó con un tono cambiado, algo caprichoso e infantil.

—¿Significa eso que me has echado de menos? —dulcificó él también su voz acercándose a ella.

—Pues claro que sí —contestó rápidamente, queriendo convencerse de que así había sido.

Marc acarició su pelo.

—¿Me perdonas? tienes razón, he sido un tonto, pero al verte con ese tipo, he sentido tantos celos... —se justificó.

—Marc... lo interrumpió Sara.

—¿Qué?

—Tú... tú me quieres... ¿verdad? quiero decir, ¿estás enamorado de mí? —no sabía cómo hacerle una pregunta como aquella, sobre todo porque ya sabía la respuesta, supuestamente, incluso, seguramente, Marc creería que se lo habría dicho muchas veces, aunque ella, no lo recordase del modo que le hubiera gustado que él lo hubiera dicho.

—Sara ¿por qué me preguntas eso? ¡Naturalmente, ya lo sabes!. ¿No te parece que tan solo un tonto enamorado puede comportarse tan estúpida y celosamente como yo lo he hecho sin que le dieras motivo? —dijo besándola.

Sara correspondió a este beso sonriendo, en cierto modo las palabras de Marc la tranquilizaron; sin embargo, un sentimiento que se parecía mucho al de culpabilidad, se paseó impunemente por su cabeza y de pronto, este mismo sentimiento traicionó a su mente, porque al recordar a Walt, durante décimas de segundo, tal vez más, imaginó que era Walt y no Marc quien la estaba besando. No quería volver al baile; volver a ver a su "supuesto enamorado", por eso pidió a Marc que se marcharan ya. Éste accedió gustoso pues no era persona de demasiado bullicio y Sara se cogió de su brazo para volver a casa callada y pensativa. Sin saber por qué, tuvo la necesidad de volver la cabeza para mirar atrás y confirmó su sospecha: allí estaba él, apoyado en la puerta principal que daba al jardín. Su esbelta figura, y su capa, ondeando al viento, le hacían parecer una sombra triste en la oscuridad de la noche. A pesar de estar a cierta distancia, Sara creyó recibir en sus ojos, el intenso calor de los de él.

Pasados unos días, la mágica noche del baile todavía iba de boca en boca entre las amigas de Sara, algunas de las cuales habían conocido a jóvenes de otros pueblos con los que estaban empezando a quedar para salir. Pero, secretamente, Sara estaba segura de que ninguna de ellas habría disfrutado tanto como ella lo hizo. Su vestido, heredado de su madre, su compromiso oficial con Marc, el baile... Walt... No era la primera vez que pensaba en él desde el día que lo conoció, pero sobre todo, desde aquella noche. Aquella noche en la que una avalancha de sentimientos encontrados se enfrentaron en su cabeza y en su corazón. No lo había vuelto a ver. Casi no se escandalizó al darse cuenta de que, en el fondo, no le importaría verlo de nuevo. Una tarde en la que ella y sus amigas Lisa y Carmen volvían del cine, se encontraron con él, y Sara, se inquietó al notar que se había sonrojado inmediatamente al verlo frente a ella.

—¡Hola! —las saludó alegremente, visiblemente feliz.

—¡Hola! —contestaron efusivamente y al unísono las amigas de Sara, que no habían visto nunca al joven y por tanto, se sorprendieron de aquél saludo.

—Hacía días que no nos veíamos —sonrió mirando a Sara, la cual no había contestado a su saludo.

Lisa y Carmen miraron a la vez a Sara con sorpresa, arqueando las cejas y abriendo sus ojos como platos, expectantes, esperando la respuesta de su amiga.

—Sí —fue lo único que ésta articuló a decir.

—¿No vas a presentarnos? —preguntó Lisa atrevida y descarada.

—¡Claro, perdón!. Walt, estas son mis amigas, Lisa y Carmen.

—Es un placer conocerlas, señoritas —dijo elegante y cortésmente mientras les estrechaba la mano.

—Muchísimo gusto —respondieron las chicas sonriendo tontamente.

—Sara aún me quedan muchas cosas bonitas de conocer por aquí —¿algún día querrás enseñármelas? —sonrió pícaramente.

—Lo siento —dijo ella sin poder evitar ponerse colorada. —Estos días tengo muchas cosas que hacer.

—Yo seré tu guía... —si quieres —se apresuró a decir Lisa sin importarle ser "oportunista".

—Y yo os acompañaré —aseguró Carmen pasando por alto la mirada asesina que Lisa le dedicó.

—Será un placer para mí que me vean acompañado por dos bellas damas como vosotras, gracias —les sonrió Walt caballerosamente —Podemos quedar mañana mismo alrededor del mediodía, si no teneis ningún compromiso, si lo teneis puedo esperar sin problema.

—Aquí estaré —contestaron las chicas a la vez y como si solamente se hubiera dirigido a una de las dos.

—Bueno, pues hasta mañana entonces, señoritas, y gracias por ser tan amables.

—No hay de qué —volvieron a solaparse la una a la otra.

—Ah, adiós Sara —dijo dirigiéndose a ella antes de marcharse como si se hubiera olvidado completamente de la presencia de la joven.

—Adiós —respondió un tanto malhumorada sin entender el por qué.

Pero Sara ¿cómo puedes decir que eres nuestra amiga? —preguntó Lisa a modo de regaño —¿conoces a un chico como este y no me lo presentas?

—No nos lo presentas —puntualizó Carmen.

—¿Quién es?. —¿Dónde lo conociste? —la atosigaron a preguntas.

—En realidad, no creáis que se de él mucho más que vosotras. Coincidimos hace unos días en la parte alta del río y nos saludamos...

—En el río... ¿A solas? —dijo Carmen dejando caer las palabras utilizando un tono que buscaba ser provocador.

—¡Cómo te envidio! —suspiró profundamente Lisa.

—No seáis niñas —les regañó Sara sin poder evitar seguir la broma.

—Estoy deseando que llegue mañana.

—Yo también, ya estoy pensando en qué ponerme.

Las tres rieron a gusto, divertidas, como siempre que salían juntas.

Sara no se explicaba el motivo por el cual le había sentado tan mal que Walt la hubiese prácticamente ignorado cuando ella rechazó su propuesta; o tal vez, lo que no quería admitir, era que en el fondo, desearía ser ella la que tuviera una cita con él al día siguiente.

Pasados unos días Sara volvió a quedar con sus amigas y éstas estaban encantadas con Walt, para el que solo tenían halagos y buenas palabras.

—Es encantador —aseguró Carmen —tan educado y correcto...

—Como sacado de un cuento de hadas —corroboró Lisa.

—No será para tanto —contestó Sara casi en un tono seco.

—Realmente lo es, yo nunca había conocido un chico con un trato tan atento, dulce y cariñoso.

—Detallista, romántico —siguió elogiándolo Lisa, mostrando una florecilla ya prácticamente seca que lucía en la solapa de su chaqueta. —Sin olvidar lo tremendamente atractivo que es.

—Creo que sois dos exageradas —replicó Sara.

—Claro, tú lo dices porque ya tienes a Marc, pero nosotras que estamos solitas... Ya me gustaría que se fijase en mí —suspiró Carmen.

—Sí, pero Walt solo tiene en sus pensamientos a su único y verdadero amor —dijo Lisa empleando un tono casi de mofa al decirlo.

—Ah pero ¿es que tiene novia? —se interesó Sara.

—¡Qué más quisiera él! por lo visto la ha conocido hace unos días. Se quedó prendado de ella —contestó Lisa frunciendo la comisura de

sus labios y a la vez arqueando las cejas para expresar y reforzar su incredulidad.

—Pobre, se ha enamorado como un tonto, se le nota demasiado. Continuamente nombra cómo es y como deja de ser esa chica misteriosa —señaló Carmen con fastidio. Por lo que dice, ella no le hace ningún caso ¿te lo puedes creer? debe ser una engreída.

—O una verdadera tonta, —aseguró Lisa —si no lo es, realmente no sé qué motivo puede tener para rechazar a un chico tan maravilloso.

"O ya está comprometida", pensó Sara escuchando a sus amigas, a las que ahora oía lejanamente, pues se hallaba sumida en sus pensamientos: ¿podría ser cierto que Walt no le hubiera mentido al asegurarle que se había enamorado de ella? Dios mío, pero ¡si acababan de conocerse!. ¿Qué pensarían sus amigas si supieran que ella era esa tonta de la que hablaban?. ¿Y Marc? —se asustó de repente. ¿Qué pasaría si Marc se enterase?

—Sara, Sara... ¿Me estás escuchando? —preguntó Lisa.

—¿Eh? Ah, sí, sí, perdona, lo siento, he recordado que quedé con Marc para irlo a buscar al trabajo. Ya está ayudando a papá para asegurarse un puesto en la fábrica. Cuando acabe este año sus estudios quiere "colgar los libros para siempre"—sonrió moviendo la cabeza y sin darse cuenta, o tal vez a propósito, desvió y zanjó la conversación referente a Walt despidiéndose de ellas con dos besos.

Carmen y Lisa siguieron compartiendo con Walt alguna que otra salida pero Sara no había vuelto a coincidir con él desde el día en que lo presentó a sus amigas y estaba segura, o por lo menos quería convencerse, de que eso era lo mejor para ambos. Además, Marc y ella eran cada día más felices, y verlo en su empresa, trabajando codo con codo con su padre, le hacía ilusión, de algún modo, era como si consolidasen cada vez más su relación.

A una semana escasa de comenzar el mes de octubre y con él, la vuelta a los estudios finales, Sara echaba de menos volver a montar, más aún sabiendo que de poco tiempo libre dispondría para poder hacerlo al comenzar a estudiar, cosa que a diferencia de a Marc, le encantaba. Tenía pensado cabalgar con Relámpago por la montaña y bajar hasta el río, pero evitaría acercarse a la parte más alta de éste, donde había conocido a Walt y que era su zona preferida según le comentó. Por otra parte, cabía la posibilidad de que Walt ya no fuera por allí y ella debía seguir haciendo su vida y disfrutando de lo que le gustaba. Llegó al río sofocada, como siempre, a pesar de que el calor de mediados del mes de agosto ya era más soportable. Desmontó para descansar. Se sentó en el suelo, sin alejarse del caballo, mirando el correr del agua, concentrándose en ese blanco sonido que tanto le gustaba y tranquilizaba. No era un río demasiado caudaloso y eso hacía que los habitantes del pueblo se bañasen con confianza en él. Ni rastro de Walt. Se alegró, pero su alegría no duró demasiado.

Una cabeza asomó de repente del fondo del agua y Sara distinguió enseguida la cara de Walt cuando éste, sin abrir los ojos sacudió la cabeza. ¡Tenía que estar buceando precisamente allí!. Prácticamente frente a ella. Aprovechando que no la había visto y que había vuelto a sumergirse, Sara se levantó apresuradamente con intención de irse. Cogió las riendas de Relámpago, pero un entusiasta y sorprendido ¡hola! que la paralizó por unos segundos, impidió que montase en el caballo.

"Me ha visto" —pensó fastidiada.

—Hola, ya me marchaba —mintió.

—¿Cómo, sin saludarme?

—No te había visto —volvió a mentir.

—Ya que estás aquí, ¿te importaría acercarme mi ropa, por favor? Iría yo mismo pero me temo que estarías algo incómoda si me vieras

tal y como estoy ahora —sonrió burlonamente.

Sara, aunque molesta, hizo lo que le pidió, no por complacerlo, sino para no darle pié a que volviera a tratarla de maleducada, y evitando, de este modo, una conversación basada en este hecho. Le acercó sus cosas lo suficiente como para que pudiera cogerlas estirando una mano, y repitiéndose una y otra vez que dijera lo que dijese no le consentiría volver a embaucarla con "sus encantos".

—Vuélvete por favor, voy a vestirme —dijo de una forma algo aniñada, tanto, que la joven no dudó un instante en que le decía esto para tomarle el pelo, pues estaba completamente segura de que a Walt, poco le importaba si se volvía de espaldas a él o no, para no verlo desnudo.

—¡Si ya me iba! —dijo como justificándose pero vuelta de espaldas a él —espera a que me marche y podrás vestirte tranquilo, hombre.

—Mujer, pero si ya casi estoy —se quejó —cualquiera pensaría que estás huyendo de mí, ¡caramba!.

— "Precisamente" —murmuró ella.

—¿Dices algo? —preguntó Walt alzando la voz. —¡No te oigo!.

—Nada, nada— contestó Sara, resignandose a quedarse a esperar.

—Ya puedes volverte —parecía divertido con esta situación.

Sara lo hizo. Walt abrió sus brazos moviéndolos de manera cómica, inclinándose hacia delante, en un intento de imitar el gesto que hacían los antiguos bufones al saludar a su público. Se sorprendió al admitir su primer pensamiento al verlo: el joven, estaba increíblemente atractivo habiendo dejado que un mechón de su cabello mojado cayese de manera desgarbada por su frente, confiriéndole un aspecto más aniñado, más dulce, aún si cabe, más seductor. Casi de un manotazo lo apartó, pero no consiguió su

propósito, porque el mechón, rebelde, volvió a cubrir una parte de su frente. No dejaba de sonreír, tanto, que se habían formado en sus mejillas unos simpáticos hoyuelos.

—Hace unos días que vengo a esta parte del río para bucear un rato, los peces y yo nos hemos hecho buenos amigos, como por aquí afuera nadie quiere venir a saludarme... —dijo intencionadamente.

Sara captó la indirecta pero aún así no reaccionó. Le sonrió, parecía tan inocente en ese momento, tan encantador... Solo acertó a decirle un tímido "me alegro".

—Ya hacía tiempo que tú no te dejabas caer por aquí —parecía estar regañándole.

—Mi padre no quiere que monte cada día, hace poco tuve un pequeño accidente... por llamarlo de alguna manera y tuve que hacer un obligado reposo —le dijo una medio verdad.

—Lo siento, no lo sabía ¿qué te pasó? puedes explicármelo si quieres —Walt se sentó en la hierba cruzando sus piernas y golpeando el césped mirando a Sara para que hiciera lo propio.

La joven lo hizo, se sentó a su lado y con la misma sensación de confianza que siempre había tenido en sus encuentros con él, empezó a explicarle el suceso ocurrido con Carla. Walt la escuchaba, se sorprendía, se enfadaba, le daba la razón. A esta conversación siguió otra y otra. Los jóvenes charlaban como si se conociesen de toda la vida, se entendían, reían por lo mismo, por todo y Sara se sorprendió, o quizá no demasiado, de estar tan a gusto.

—Me alegro mucho de que te hayas quedado un rato a hablar conmigo, gracias —dijo levantándose y ofreciéndole su mano para ayudarla cuando le dijo que debía marcharse ya.

—Podríamos volver a vernos otro día... —sugirió.

—No puedo... — empezó a decir ella.

—¡Ah, sí, claro, me había olvidado de tu príncipe! ¡qué más quisiera yo que borrarlo de tu vida también!

—¡Walt! ¿Por qué te empeñas en ser tan desagradable? cuando quieres eres tan dulc... —se interrumpió, pero ya era tarde para que él no aprovechase en su favor este elogio.

—¿Dulce? ¿Lo dices en serio?, —la cogió de ambas manos emocionado, como si hubiese escuchado las palabras más bonitas que le hubieran dedicado nunca —¿de verdad te lo parezco?

—A veces, solo a veces —parecía regañarle.

—Si tú quisieras, si me dejases intentarlo, yo podría llegar a serlo mucho más —casi le susurraba mientras se acercaba a ella peligrosamente.

—Pero no puedo y no quiero —se escuchó decir dudando ella misma de lo que estaba diciendo.

—¿Estás segura? —insistió como desafiándola.

—Sí —aseguró tan rápida y firmemente mientras retiraba sus manos de las de él, que dudó, acertadamente, de haber sido convincente.

Sin pensarlo, Walt la cogió por la cintura y la atrajo hacia él atreviéndose a besarla y profetizando que no sería rechazado. Sara casi ni se sorprendió al corresponderle al suave beso, pero a la vez tan intenso, que la hizo estremecer. Tan pronto como pudo volver a la realidad, y fue consciente de lo que aquél beso significaba, intentó levemente apartarlo.

—No estás segura, mi querida y adorada Sara, —confirmó él, separándose ligeramente de la ruborizada joven —Ya no lo estás.

—No hables por mí, Walt Loraine. No sé por qué te empeñas en hacerlo constantemente. He sido una idiota al confiar en ti. Quería ofrecerte mi amistad, conocerte, estoy a gusto contigo pero a ti no te interesa nada de todo eso. Yo no puedo darte nada más. Estoy comprometida y quiero a mi novio. Tan pronto como te ha sido posible te has aprovechado del momento, estropeándolo. ¿Eres tan vanidoso que no concibes el hecho de estar con una chica sin que ésta suspire por ti? pero te diré una cosa: este beso no ha significado nada para mí ¿me oyes? ¡Nada! —concluyó terriblemente furiosa.

Sin darle tiempo a la réplica, o tal vez temiendo que la tuviera, Sara se apresuró a montar, e hizo salir tan rápido de allí a Relámpago como si huyesen del mismo diablo. Walt no le impidió que se fuera; se quedó paralizado, incapaz de distinguir si se arrepentía más de no detenerla o de lo que acaba de hacer, posiblemente, había cometido un grave y terrible error, y lo que era peor, probablemente irreparable. Esperaba que ella le diera la oportunidad de disculparse.

—Sara, cariño, ¿estás ocupada? ¿puedes venir un momento, por favor? —oyó preguntar desde su habitación a su querida Dana.

—¿Qué pasa? —preguntó asomandose al descansillo y comenzando a bajar por la escalera.

Dana se hizo a un lado para que la joven pudiera ver un ramo de rosas rojas, adornado con algunas violetas que había colocado sobre la mesa del recibidor.—Esto es para ti —señaló las flores con una poco disimulada sonrisilla que pretendía ser una mezcla de complicidad y extrañeza porque o mucho se equivocaba la mujer, o al poco detallista y algo "sosito"de Marc, nunca se le hubiera ocurrido sorprenderla de esta manera tan romántica y bonita.

—¿Quién las envía? —preguntó en un intento de distraer a Dana, tal vez para que ésta no se diera cuenta de que imaginaba de quién

podía provenir ese detalle.

—No lo sé, un repartidor las ha traído, traen tarjetita... —dijo con cierto retintín al mostrarle un sobre, antes de retirarse discretamente a la cocina para dar intimidad a la joven.

Sara se acercó a la mesa sobre la cual Dana había puesto el jarrón con el precioso ramo. Podía oler, desde donde se encontraba, sin necesidad de acercarse más, el embriagador perfume de las flores escogidas. Lo cogió, y lo acercó a su cara, como si quisiera percibir todavía con mayor intensidad el maravilloso aroma. Subió las escaleras en dirección a su habitación. Se sentó en su cama, dejando el jarrón con el ramo en su mesita de noche. Acomodó el gran almohadón como para intentar ponerse de la manera más cómoda posible para leer, cogió con sumo cuidado el sobre y comenzó a leer.

"Mi queridísima Sara, no sabes cuánto siento lo que pasó. Lo siento con toda mi alma, te lo juro. Permíteme arrodillarme delante de tí para suplicarte el más sincero perdón que jamás pedí; espero que perdones a este tonto al que nunca le sale nada bien. Sé que me pasé de la raya, dando por supuesto algo tan maravilloso como imposible, ahora me doy cuenta, ahora que ya es demasiado tarde para este iluso enamorado, ahora que me he comportado contigo como nunca debí, como no pretendía, como no te merecías. Ojalá podamos algún día empezar nuestra amistad con buen pie, al menos espero obtener eso de ti, no quiero perderte. Por mi parte estoy dispuesto a intentarlo con todas mis fuerzas. Perdóname, te lo suplico, dame una oportunidad para que pueda defenderme e intentar borrar esa imagen tan mala que ahora tienes de mí. Te prometo que jamás volverá a repetirse, que no volverás a temer nada malo estando conmigo, pues lo último que desearía en este mundo es hacer daño a mi amada. Lo que pasó es fruto de lo que siento por ti, mi Sara, unos sentimientos que correrían locamente a tu encuentro por mucho que yo intentase evitarlo, pero, comprendo que tengo que hacerlo, para, al menos conservarte. Si supieras, lo

feliz que me siento cuando estás a mi lado, cuando me sonríes, cuando me hablas, cuando me escuchas... Si pudieras tan solo imaginar lo que sufro al verte marchar, sin saber si volveré a verte... No puedes culparme por amarte, porque el amor es libre y amarte con toda mi alma es mi fortaleza diaria, mi lucha diaria tal vez; para mí ya ha sido suficiente castigo haberte ofendido, el haber contribuido a que perdieras la poca fe que ya de por sí tenías en mi. Por eso te ruego: perdóname, perdóname, por favor. Te querré siempre, siempre, por más que creas que soy un vil y loco embustero."

No venía firmada, no hacía falta. Sara leyó la carta una y otra vez, quizá pensando qué respuesta darle. A pesar de que estaba inmensamente complacida de que Walt le hubiera pedido perdón de esta bonita manera, pensó que lo más acertado, que no tal vez lo más conveniente, sería no contestarle. Simplemente evitaría, aún más, volver a encontrarse con él a solas, como hasta el momento había hecho. Puede que de esta manera, él se diera cuenta de que su corazón pertenecía a Marc, así también debía creerlo ella, ya que lo que pudo sentir en sus encuentros, no podía ser amor, de ninguna manera, a pesar de que lo pareciese demasiado evidentemente. A punto estuvo de tirar la carta a la papelera, pero, en lugar de eso, la guardó celosamente en el interior de su libro preferido, no sin antes darle un beso a modo de… ¿despedida?

No había vuelto a verlo desde el incidente, cierto era que no salía a cabalgar, y que se había refugiado, por no decir escondido, en la fábrica de sus padres, donde iba a diario y donde Marc y ella pasaban muchas horas, pero ni siquiera se había cruzado con él por el pueblo, y eso que la casa del tío de Walt no se encontraba muy lejos de la suya, tan solo los separaban unas cuantas calles. Sin embargo, sabía de él a través de la boca de sus amigas Carmen y Lisa, quienes, extrañadas, ya no tenían el mismo buen concepto de él. Las veces que había salido con ellas, se había mostrado frío y distante y habían oído comentarios acerca de que el joven, parecía divertirse en los pueblos de alrededor y que no le importaba ir

rompiendo los corazones de las jovencitas que caían rendidas bajo sus pies, seducidas por su innegable encanto. Lo único que las amigas de Sara le reconocían y agradecían de todo corazón, era que con ellas, tal vez por el respeto que les demostraba, nunca se había comportado de un modo grosero o descortés, sino todo lo contrario.

Sara se negaba a creer que ella fuera la culpable de este cambio tan radical en Walt, aunque en el fondo sabía, que muy posiblemente, era la responsable de la vida que estaba llevando ahora el joven. Pero todo esto ¿por qué? jamás le había dado motivos para que pensara que compartía los sentimientos que decía tener hacia ella, por lo menos, de lo que sí estaba segura, es que lo había intentado en la medida que Walt se lo había permitido. Por otra parte, se alegraba de no haberse dejado embaucar por el joven porque ahora se daba cuenta de cómo era en realidad: una persona a la que poco importaban los sentimientos de los demás. Posiblemente, si ella hubiera creído también sus engaños, ahora sería una desdichada. "Pobre Marc, —se dijo apenada —¿cómo pude dudar ni un segundo de nuestro amor? pensar en dejarte por él"...

Llegó el mes de octubre, y con él la consabida vuelta a los estudios de los jóvenes. Ese era el último año que pasarían allí. Cuando el curso concluyera, cada uno de ellos tomaría un camino para abrirse a su futuro profesional. Algunos, querían intentar trasladarse a la ciudad, buscar allí un trabajo diferente a las opciones que el pueblo ofrecía: dedicarse al campo, o entrar a formar parte de las tres fábricas que tenían en el pueblo, las dos de textiles, una de la familia de Sara y la perteneciente a los Salcedo, los abuelos de Lisa, o la que preparaba ricos embutidos, donde Carmen tenía claro que se instalaría para seguir el negocio familiar. Otros jóvenes estudiantes deberían abandonar el pueblo para estudiar en la universidad, era el caso de Sara, quien desde siempre lo había tenido clarísimo. Acabados sus estudios, y con toda la pena que le generaba el dejar atrás a su padre, Dana y a Marc, tenía muy claro que cumpliría la

decisión que había tomado desde muy pequeñita: seguir los pasos de su madre yéndose a París, la capital por excelencia de la moda, para aprender todo lo que su madre aprendió y que, no en vano, les había permitido estar todavía al frente del mercado nacional; tal vez, incluso podrían ampliar sus aspiraciones y abrirse al mercado internacional... Su padre no estaba especialmente entusiasmado con la inminente idea de dejar a su pequeña trasladarse sola a una ciudad extranjera, pero sabía que no la podía retener, y que si no la dejaba ir, su hija sería desdichada toda su vida por no haber podido cumplir este deseo, a parte de que conocía mejor que nadie a Sara y tenía la certeza de que era imposible disuadir a su testaruda niña de una idea que a ella se le hubiera metido en la cabeza. Siempre había sido así.

Aquella mañana, cumplida ya una semana del comienzo del curso, Sara y Marc entraron en clase y se sorprendieron al escuchar un gran revuelo. Se acercaron a un grupo de estudiantes que se hallaba reunido en torno a la mesa de Carla.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —oyeron decir a la profesora.

—Ayer por la mañana cuando llegué a mi casa me di cuenta de que no lo llevaba. Tiene que estar por aquí —oyeron la voz de Carla, que, consternada, iba de mesa en mesa, revisando los cajones de sus compañeros, buscando Dios sabía qué.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara acercándose a Carmen.

—Parece que "la estirada" ha perdido algo...

—¡Aquí está! —exclamó a voz en grito la aludida.

Todos se sorprendieron al ver que Carla sujetaba en alto, para que pudieran verlo, un largo collar que había sacado del cajón de la mesa de Sara.

—Aquí estaba, en la mesa de Sara. ¡Ella lo robó! —acusó lloriqueando.

—¿Es eso verdad, Sara? —dudó la maestra.

—¡Por supuesto que no!. ¡En mi vida había visto ese collar! —protestó Sara muy enojada y sin entender de qué iba todo eso.

—¡Estaba escondido en tu mesa, yo lo he encontrado ahí! —replicó Carla fuera de sí.

—¿No será que tú misma lo dejaste en mi mesa para acusarme de robartelo? —acusó Sara segura de sí misma.

—¿Por qué motivo iba yo a hacer una estupidez semejante? —contestó algo nerviosa. —Tú me lo robaste, no lo niegues, debió caérseme y tu lo cogiste y lo escondiste aquí ¡eres una ladrona!. —Carla le mostraba el collar agitándolo, como si la estuviera amenazando con él, parecía que sus ojos, algo saltones ya de por sí, fueran a salírsele de las órbitas. Sara pensó en lo ridícula que estaba y en que daba realmente pena, pero no se la tuvo cuando decidida, se dirigió hacia ella caminando deprisa y con cara de pocos amigos con intención de estamparle una bofetada que finalmente no pudo regalarle porque Lisa, adivinando sus intenciones, la detuvo y dirigiéndose a su prima le dijo:

—Querida prima —su voz denotaba burla —no sé por qué estás haciendo toda esta comedia. Ayer por la tarde te vi. Llevabas ese mismo collar, tu lindo collar que ha aparecido ahora en la mesa de Sara. ¿Por qué mientes diciendo que por la mañana ya no lo tenías?

—Me habré confundido —se mostraba algo nerviosa —se me caería por la calle, si es que tú dices que lo llevaba, ella lo encontraría y vino a esconderlo aquí. Es un collar muy valioso, pertenece a nuestra familia desde hace siglos...

—¿Y por qué iba a cometer la tontería de esconderlo aquí para que todos pudiéramos verlo en su mesa, los cajones no están cubiertos, no es un buen escondite... —siguió hablando Lisa en su contra.

—¿ No estaría más seguro escondido en su casa? —preguntó Carmen maliciosamente, como para "echar leña al fuego".

—Yo que sé —contestó Carla furiosa y contrariada —vosotras sois sus amigas... por eso la defendéis...

—Ellas tienen razón Carla, tú eres la única que está mintiendo —dijo Carlos de repente.

—Me gustaría escuchar lo que tienes que decirnos —aseguró la profesora mirando al joven.

La directora me prestó ayer la llave de la biblioteca, al salir del instituto me di cuenta de que me la había quedado y esta mañana he venido más temprano para podérsela devolver; al pasar por delante de nuestra clase he visto a Carla, estaba merodeando por las mesas. No le he dado importancia, hasta que ahora, atando cabos, está claro lo que estaba haciendo: esconder en la mesa de Sara su collar para inculparla. ¿Con qué fin? —lanzó una pregunta al aire que nadie respondió.

—Estaba... estaba buscando mi carpeta, no... no la encontraba y pensaba que tal vez me la habría dejado en clase —balbuceó sabiendo que nadie la creería y que daba igual lo que dijera.

—Carla quiero hablar con tus padres... esto que has hecho hoy es algo muy feo —dijo la maestra.

—¡Claro! —alzó la voz —ya entiendo lo que pasa, yo soy la nueva, y ella tiene a sus amigos para que la respalden. Seguro que entre todos planearon robarme el collar —seguía insistiendo en su mentira.

—Carla, deja de decir tonterías y acompáñame, iremos a hacer una visita a la directora.

En cuanto la profesora salió por la puerta acompañada a regañadientes por Carla, todos se pusieron a cuchichear. Sara tenía las mejillas encendidas por la rabia que sentía: —Gracias por defenderme, por suerte cuento con buenos amigos.

—Todos la conocemos ya —explicó Pedro —sabemos que es capaz de cualquier cosa para llamar la atención.

—La verdad es que me parece que soy el blanco favorito de Carla cuando quiere hacerse notar.

—Sí, debe ser porque en su otra vida de bruja le robaste la escoba —bromeó Mónica.

—O al novio —rió Beatriz.

A la hora de la salida, Marc y Sara fueron juntos como siempre hacia sus casas.

—Marc, he estado pensando una cosa.

—Ya lo sé: que no te irás a París y que dentro de unos años nos casaremos y seremos muy felices, como en los cuentos de hadas.

Sara sonrió por la ocurrencia. —Eso suena muy bien pero me temo que no iba por ahí. Se trata de Carla ¿tú tienes alguna idea de por qué me puede tener tanta manía? Yo no le he hecho nada jamás, pienso que, como es tan caprichosa, tiene que ser porque quiere algo que yo tengo y ella no.

—Déjame pensar —dijo Marc poniéndose delante de ella y llevándose una mano a la barbilla en actitud pensativa ¿qué puede ser? podría envidiar tu precioso pelo ensortijado, tal vez tus bellos

ojazos llenos de vida, tu bondad, ya si nos ponemos también a indagar en las virtudes interiores... tu simpatía... ¿sigo?

—Marc, —pareció regañarle —te lo agradezco, me siento halagada, pero creo que no se trata de nada de eso.

—¿Ah, no? entonces ¿qué es eso tan especial que desea?

—Tú, Marc, tú eres a quien ella desea —le dijo seria, totalmente convencida.

—¿Qué? ¿yo? pero ¿qué dices? —no daba crédito a lo que escuchaba.

—Piénsalo Marc, no hay otra razón: el día que la conocimos... ¿Recuerdas? Juraría que esa pelota no te golpeó por casualidad. Cómo te miraba, cómo a mi ni me vio; el día de la carrera... ¡intentó quitarme de en medio!. Siempre intenta atraer tu atención.

—Pero Sara, ella es así, intenta ser el centro siempre, lo hace con todo el mundo.

—Sí, pero tú no le haces ni caso y para una persona tan engreída como ella, tan pagada de sí misma, eso es algo muy difícil de asimilar. Ella es una niña mimada que patalea hasta que consigue su capricho. Basta que tú ni la mires para que quiera conseguirte. Además, tú... tú también te has fijado en esa repelente.

—¿Yo? pero, ¿qué estás diciendo, amor? ¡Qué cosas se te ocurren!, Sara, por favor, ¿pretendes sacarme loco o algo así? —preguntó el chico incrédulo.

—En la fiesta que dio Juan el domingo, la mirabas continuamente, ya me di cuenta, le sentaba bien ese vestidito de color azul ¿no crees?

—Sara ¿quieres hacer el favor de dejarlo ya? ¡Yo que sé si le quedaba bien o no el dichoso vestidito azul!. Yo solo tenía mis ojos puestos en tí, la chica más bonita de la fiesta con quien tengo el privilegio de compartir mi vida. ¿Está claro? —dijo haciendo que se enfadaba al pellizcarle una mejilla durante unos segundos.

—¡Marc, eres un cielo! —repuso muy contenta —he sido muy mala: te he preparado una pequeña trampa porque el vestido de Carla no era azul, sino blanco. Esperaba que tú te dieras cuenta de este error y me rectificases, pero en serio no te fijabas en ella, o no has picado... —sonrió frunciendo hacia un lado su boca. —En todo caso, ¿me perdonas? —juntó sus manos en forma de plegaria acercándolas a la cara de Marc. —Por favor —lloriqueó con voz de niña pequeña.

—Eres terrible —le regañó él, dándole un corto beso en los labios.

—¿Te imaginas cómo me odiaría Carla si nos viera ahora? —le preguntó divertida sin separarse de él.

—No lo sé, —contestó su novio cogiendola por la cintura —pero se me ocurre una idea... podemos seguir así durante un largo e interminable rato esperando a que pase y nos vea.

Entre risas, bromas, y cómplices empujones de enamorados, llegaron a la casa de Sara, quien aún seguía metiéndose con Marc nombrando a su enemiga. Al abrir la puerta, éste la empujó levemente hacia adentro diciendo: —¡Qué mala eres!

—¡Y tú qué mentiroso! Marc quiere que lo invites a comer —dijo la joven saludando a Dana dandole un beso y cogiendo una cereza del plato que la mujer llevaba en la mano para ponerlo en la mesa del comedor.

—¡Sara! —exclamó el aludido regañándole. —Dana, ya conoces a Sara, solo he pasado para saludaros —se justificó algo avergonzado.

—¡Eso está hecho Marc! y sí, ya conozco a esta mocosa, afortunadamente —contestó Dana —aún así, insisto en que te quedes a comer, he preparado un pastel de fresas ¿no te gustaría probarlo? —preguntó irónicamente al acalorado jovencito.

—Desde luego que sí, por supuesto Dana pero no quiero que te molestes...

Sara carraspeó como poniendo en duda sus palabras y Dana se marchó a la cocina no sin antes soltar una carcajada. Cuando se quedaron solos, Marc se acercó a Sara para increparla por su comportamiento dejándolo en evidencia ante la mujer, pero la joven, viéndolo venir, corrió hacia el otro extremo de la mesa, creando así un pequeño juego improvisado.

—¡Ah! ¿Con que esas tenemos? ¿Quieres jugar? —preguntó Marc captando la indirecta.

—¿Se te ocurre algo mejor? —interrogó ella burlonamente.

—¡Claro que sí! —repuso Marc sin esfuerzo al alcanzarla.

Sara se resistió a perder y hubo un forcejeo entre ambos provocando que cayeran al sofá. Marc se inclinó entonces para besarla, pero Sara, divirtiéndose y disfrutando del momento, le puso en la boca a su novio la cereza que había cogido y que no se había llegado a comer.

—¿Quieres ahogarme?. Eso es jugar sucio —se quejó.

—¿No me digas? —se burló de él.

La puerta de la casa se abrió. Jon había llegado. Sara se levantó para ir a saludarle quitándose de encima a Marc, quien, como no se esperaba semejante empujón, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos de equilibrio para no caer al suelo. Sara ni siquiera se volvió para ver cómo estaba cuando lo llamó patoso.

—¡Vaya un recibimiento!, —exclamó Jon al entrar bromeando y abriendo los brazos para poder abrazar a su pequeña —aunque reconozco que un poco patoso sí que soy.

—Papaaa, ¿qué dices? —¡no te decía a ti! —aclaró entre sus brazos y dandole un sonoro beso en cada mejilla —es que Marc se ha caído.

—¿Te has caído o te ha tirado, Marc? —preguntó su padre saludando al joven efusivamente.

—Pues eso mismo me pregunto yo —estrechó la mano de Jon tras sacudirse la ropa.

—Pero ¡qué mala fama tengo! —dijo levantando los brazos para expresar su queja. Menos mal que sois dos contra una...

—Yo te quiero igualmente —sonrió su padre. ¿Y tú, Marc?

Marc se puso completamente colorado y Sara, dando un suave manotazo en el brazo de su padre a modo de reprimenda le rogó:

—Papá, por favor...

—¿Qué pasa? ¿no será Marc mi yerno dentro de unos años?

—¿Lo tienes todo planeado, papá?

—Yo sí ¿vosotros no, parejita inseparable?

—Bueno, —interrumpió Dana muy oportuna —¿pero es que nadie va a ayudarme a poner la mesa?

—¡ Si! —repuso Sara abriendo el cajón de la alacena para coger los cubiertos. ¿Y qué tal en la fábrica papá?

—Bien , pero no tanto como quisiera, me he dormido un poco en cuestión de moda y los Salcedo lo han sabido aprovechar. Creía que Luis metería la pata dejando la fábrica en manos de su hermana

pequeña, pero creo que ella podría rescatarla del cierre. Sus modernas confecciones están vendiéndose muy bien.

—¿A qué te refieres, papá? —preguntó extrañada.

—Hay una tendencia a volver a la moda hippie que llevábamos en los 60, pero mezclada con minifaldas, pantalones acampanados, ropa estampada combinando rayas con rombos... Una moda poco elegante, extraña, un tanto estrambótica —explicó Jon mostrando así su desacuerdo con la evolución de la moda. Sin embargo, esto no importa, es la moda, y parece ser que la madre de Carla está a la última y a la gente le gusta. La moda está por encima del gusto.

—Pues tendremos que estar también a la última, papá —admitió Sara sentándose a la mesa para empezar a comer. —¡Por extraña que sea!

—El poder de convicción de la señora Salcedo juega un importante papel a la hora de hacer la venta, —reconoció Dana —algunas señoras me cuentan... — hizo un gesto con la mano moviéndola hacia arriba y hacia abajo como queriendo expresar así la cantidad de cosas y fantasías que le explicaban sus amigas del pueblo —se creen todos los halagos, todos los piropos que les dice a la hora de probarse los conjuntos que confeccionan y venden; les dice que tal o cual prenda es igualita que la que lleva esta o aquella actriz y que incluso, ¡les queda mejor que a ella! —rió por la ocurrencia.

—¡Qué mujer!, no me extraña que su hija sea como es —apuntó Sara negando con la cabeza —Suerte que ni Lisa ni sus padres son así.

—¡Es cierto, no parecen primas! —aseguró Marc abriendo mucho sus ojos en señal de asombro.

—No tienes de qué preocuparte papá, seguro que puedes "ponerte las pilas", y en cuanto yo vaya a París te iré pasando información — le dijo guiñándole el ojo como si fuera a realizar un trabajo de

espionaje. —Y todas esas pobres señoras engañadas ahora, podrán ir a la moda igualmente, pero comprándonos a nosotros, vestidas con ropa cómoda y natural adecuada para ellas y sus tallas, grandes, medianas o pequeñas y no plásticos estrechos pensados para que alguna "top model" los luzca en el cine —rió acariciando el brazo de su padre, al cual notaba algo pensativo.

Las Navidades estaban casi a la vuelta de la esquina; Sara disfrutaba muchísimo con todos los preparativos que conllevan estas entrañables fiestas. No se cansaba de ir y venir a las tiendas comprando de todo para todos. Unos días antes de la Nochebuena, una de sus amigas, Marta, celebraba su cumpleaños organizando una fiesta en su casa. La joven estaba muy contenta porque además, sus invitados parecían estar pasándolo bien. Cuando llevaban un ratito en la fiesta, Marc fue a saludar a su amigo Toni que estaba de permiso por estas fechas, y al que, según decían, parecía haberle hecho bien tomar la decisión de alistarse en la Marina. Sara le acompañó para saludarlo, pero un poco aburrida, se disculpó y comenzó a deambular por la estancia. Sus pies la detuvieron en seco cuando reconoció a Walt sentado en la barra del improvisado bar, sirviéndose una bebida. Se hallaba de espaldas a ella, lo que le dio algo de tiempo para decidir qué debía hacer: saludarlo o esquivarlo. Sin embargo, no tuvo que pensar demasiado, puesto que el joven, como si hubiera advertido su presencia, se giró en ese momento y la vio. Ella solo atinó a hacer una mueca como si quisiera sonreírle y alzó levemente su mano en señal de saludo. Walt no le hizo ningún caso y volvió a darle la espalda para concentrar su atención solo en su bebida. Precisamente fue este desprecio el que la decidió a acercarse a él.

—Hola , Walt. ¿Cómo estás? —dijo con voz apagada.

—Mal, pero eso a ti no te importa —contestó de mala gana.

—Walt, no sé cómo lo haces, pero hablando contigo siempre consigues que me sienta culpable de algo. Yo nunca te he engañado

respecto a mis sentimientos hacia ti...

—No, tú eres la que se engaña —aseguró poniendo más hielo en su bebida.

—¿Qué es eso que estás bebiendo?

—Hace siglos que mi madre no se ocupa de mí ¿vas a hacerlo tú ahora? —le contestó secamente.

—Tan solo me preocupaba por ti; me... me gustaría que al menos pudiéramos ser amigos... —titubeó al decir esto.

—¿Te gustaron las rosas? —preguntó de repente.

—Eran preciosas —sonrió sincera —¿cómo sabías que eran mis flores favoritas?

—Lisa me lo dijo. Ella y Carmen sí que son buenas amigas mías. No como otras que ni siquiera contestan cuando se les pide perdón.

—La madre de Lisa me manda a menudo rosas de su jardín —le explicó por decir algo, sabiendo que a él le traía sin cuidado.

Walt no contestó y de nuevo, actuó como si ella no estuviese allí.

—Walt, si no quieres mi amistad... lo siento, es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Por qué no contestaste a mi carta? —retomó el tema.

—No te he visto desde entonces, ¿cómo querías que lo hiciera?

—Tú sabes muy bien dónde encontrarme, además, ya sabes cual es la casa de mi tío, podrías haber venido alguna vez.

—¿Te imaginas lo que podrían pensar de mí si me viesen salir de casa de tu tío? la gente se aburre, comenta... —se sonrojó.

—Merecía algo más que tu tortuoso silencio; aunque me comportase como un estúpido, nunca quise hacerte daño, y tú lo sabes Sara, lo sabes bien.

Sara no tuvo oportunidad de volver a defenderse porque una risueña jovencita a la que no había visto nunca, se acercó a ellos, y cogiendo a Walt por el brazo, se lo llevó de su lado alegando que lo buscaba desde hacía rato.

Sara se quedó como hipnotizada viéndolos alejarse, tal vez, esperaba que él se deshiciera de esa chica y volviese junto a ella, o, simplemente, que se girase, y le dedicase una sonrisa, una despedida, cosa que no ocurrió. Walt se dejó llevar, como si esa joven dispusiera de su persona.

Siguió dando vueltas por la estancia, pensativa. Las voces de una conversación sostenida en tono demasiado alto, llamaron su atención. Un grupito de jóvenes parecía discutir en la habitación contigua.

—La fábrica de los Comas ha funcionado bien toda la vida —distinguió la voz de su amiga Carmen, algo alterada, como si intentase defender el apellido de Sara.

—¡Claro que sí, mi madre siempre me explica que tenía que hacer un buen rato de cola en la tienda para que la atendieran! —reconoció la voz de Pedro.

—Puede ser, pero ahora ya no es así, mis padres trabajan con los tejidos actuales, hay que estar a la moda, y el padre de Sara no lo está. Si alguien todavía va a comprar a su tienda lo que confeccionan, es porque les tienen lástima: la madre de Sara murió tan joven —suspiró Carla como si se compadeciera de la joven.

Sara se abrió paso casi a codazos entre los jóvenes que le tapaban la visión de Carla y cuando estuvo frente a ella le gritó enfurecida:

—¿Cómo te atreves a pronunciar el nombre de mi madre ensuciándolo en tu venenosa boca?

—No seas tan maleducada querida, aunque, no te culpo: ¿qué se puede esperar de una pobre huérfana de madre, cuyo padre trabajaba tanto intentando resucitar su empresa que no pudo estar pendiente de ella y su buena educación?

Apenas si había acabado de escupir la última palabra cuando Sara, esta vez sí, se dio el gusto de estamparle una sonora bofetada que despertó la sorpresa de algunos, la risa incontenida de otros y la satisfacción de todos. En cuanto Carla reaccionó, intentó devolvérsela sin conseguirlo, y antes de que pudieran darse cuenta, ambas estaban enzarzadas en una pelea. Intentaron separarlas, pero era tarea imposible. Finalmente, entre unos cuantos amigos, y Walt, que escuchando el alboroto se había acercado, las pudieron separar.

—¿Estás bien? —preguntó a Sara sujetándola por el brazo.

—¿Ahora tienes un guardaespaldas, o tal vez es algo más? ¿sabes cómo llaman a las mujeres que van con más de un hombre? —Carla volvió a cargar contra Sara, y Walt tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que ésta no se le escapara en un intento de volver a pegar a Carla.

—Lárgate de aquí, Carla, haz el favor. —le gritó su propia prima— Eres un verdadero demonio, lárgate —le repitió muy enfadada.

—No me explico quién te habrá invitado, —se preguntó Marta — porque yo, desde luego no lo he hecho —extendió su mano como para, ahora sí, invitarla, pero a marcharse.

Carla, contrariada y mostrándose ofendida, aunque levantando su cabeza muy dignamente, empezó a caminar por el pasillo que los jóvenes, colocándose a ambos lados de ella, le habían preparado para facilitarle la salida.

—Vamos —le dijo Walt a Sara —vámonos de aquí.

Marc apareció entonces, tarde, y medio enterado de lo que había ocurrido.

—Me han ido a llamar ¿qué ha pasado? ¿estás bien? —preguntó no tan preocupado como posiblemente arrepentido por no haber estado junto a su novia en ese momento.

—Me siento peor de lo que debería sentirme —reconoció ella.

—Te llevaré a casa —fue la respuesta de Marc que prácticamente la arrancó de los brazos de Walt, pero, sin dejar de agradecerle su ayuda. Sara miró a Walt, le sonrió y él, ahora sí, para satisfacción y tranquilidad de la joven, le devolvió la sonrisa asintiendo con la cabeza a modo de despedida y complicidad.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Sara a Marc a modo de regaño cuando estuvieron en la calle.

—Estaba hablando con Toni y los otros en el porche, lo siento, lo siento de verdad, parece que nunca estoy cuando me necesitas...

—No necesito que me defiendas, pero sí me hubiera gustado que hubieses estado a mi lado, Marc —respondió ella muy seria.

—Bueno, tenías a tu ángel de ojos azules. No sé cómo lo hace, pero él sí que siempre está ahí, al acecho, para salvarte y rescatarte de cualquier peligro. —hablaba con cierto rencor.

—Walt se ha portado conmigo como un verdadero amigo, igual que otros que me han ayudado —saltó inmediatamente en su defensa.

—¿Ese? —se burló Marc —ese no tiene amigas. Se rumorea qué es lo que entiende él por amistad. Pregúntale a cualquier despechada de los alrededores que haya podido conocer la amistad de este

individuo —rió con desprecio. —Muchas conocen ya a ese lindo playboy.

—No hables así de Walt —casi le gritó —él es mi amigo, y conmigo se ha comportado siempre como tal. Las veces que hemos coincidido, ha sido atento y amable, igual que lo ha sido siempre con Carmen, con Lisa... —no sabía por qué le importaba tanto que Marc hablase mal de él, cuando, por lo que parecía, él solito se había ganado la fama de la que ahora gozaba.

—Sí, sí, vuestro amigo... —se rió emitiendo una carcajada burlona e incrédula. —Hasta que un día, pretenda embaucaros con su bonita sonrisa e intente conseguir de vosotras lo que busca en todas las demás. Si no lo ha intentado ya... Si no fueras tan tonta te habrías dado cuenta ya de cómo es tu amiguito...

Sara soltó de un tirón la mano de Marc y frenó sus pasos en seco.

—¡Ni yo soy una tonta ni Walt un... eso que lo has llamado! —estaba muy enfadada —pero si tú piensas que lo soy, es mejor que me dejes en paz —sentenció mirándolo con lágrimas en los ojos.

—Sara... perdóname —le rogó con una voz tan dulce que no parecía la misma persona que hacía unos minutos casi le vociferaba —no sé lo que digo, pero sí sé que debería haber estado allí, contigo, en ese momento, y cuando he llegado y he visto que nada podía hacer ya, porque tu superhéroe te había salvado y te llevaba cogida del brazo tan familiarmente, como si fueras suya... no sé, pero he sentido tanta rabia... por un momento he creído... el verte con él me ha enfurecido —se detuvo un instante —la sola idea de que pudiera perderte algún día me hace sentir y decir cosas...lo siento de verdad, perdóname, amor mío, perdóname, por favor, mi cielo —suplicaba.

Sara puso su mano en la barbilla de él, obligándole a levantar la cabeza que había agachado avergonzado.

—No tienes de qué preocuparte, Marc —dulcificó su voz —siempre estaremos juntos, —le aseguró —como siempre lo hemos estado.

—Siempre, ¿verdad Sara? ¿verdad? —repitió él casi lloriqueando como si fuera un niño pequeño consentido.

—Siempre —le confirmó ella, pues no tenía duda de que así sería.

Aquella noche Sara se acostó tarde, entretenida envolviendo los regalos que había comprado para su familia y amigos más íntimos para felicitarles la Navidad. También se había acordado de Walt. Realmente quería conservarlo como amigo y no había tenido ocasión de agradecerle que la apartase de las garras de Carla. No le importaba lo que pensasen de él, tampoco lo que dijese Marc; Walt siempre había sido muy sincero con ella, desde el primer momento en que se conocieron. Ahora, se sentía orgullosa, dichosa de conocerlo. Parecía como si algo hubiese cambiado, quizás solo era que quería creerlo, pero se sentía feliz pensando que Walt formaba parte de su vida. De alguna manera, él siempre le había proporcionado una tremenda confianza, un sentimiento que no podía explicar. Se sentía a gusto con él, disfrutaba estando con él, y sabía, que no era de un modo romántico, al menos, no solo de ese modo. Por eso, reconocía que había hecho muy mal ignorándolo como lo había hecho tras el envío de aquél ramo reconciliador; se había cerrado a cualquier posibilidad de verlo, temiendo, seguramente, que él volviera a intentar conquistarla; sin embargo, ahora se sentía distinta, fuerte, y estaba dispuesta a defender y a luchar por conseguir la amistad del joven, por hacerle entender, nuevamente, a quién pertenecía su corazón, si es que se presentaba otra ocasión para tenérselo que demostrar. Decidió, pensando feliz en él, que al día siguiente iría a verlo a casa de su tío, para invitarlos a los dos a la cena de Nochebuena. El tío de Walt era muy amigo de su padre y habían pasado juntos muchas celebraciones. Sería una cena tranquila y familiar.

Walt abrió la puerta y su cara mostró una mezcla de incredulidad y alegría al verla, seguramente, Sara era la última persona en el mundo a la que esperaba ver llamando a su puerta. Recordó la cara de pocos amigos que Marc le dedicó al agradecerle salir en defensa de su novia, y aquella visita lo descolocó, pero de un modo agradable. Estaba vestido con unas ropas manchadas de pintura, lo que hizo suponer a Sara que estaría trabajando, pintando algún cuadro.

—Bueno, ¿no vas a invitarme a pasar? —¡No tengo todo el día! —bromeó, sonriendo divertida al ver la cara de sorpresa de Walt.

—¡Pues, claro, pasa! —estiró de su mano para que entrase —Lo siento, —se disculpó —¡no esperaba esta grata visita!.

—No quisiera interrumpirte, puedo volver más tarde, supongo que estás ocupado pintando —presupuso señalando su ropa.

Walt entonces se llevó una mano a la cara como si hubiese olvidado algo importante, en un divertido gesto que hizo sonreír a Sara.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin dejar de reír.

—Cierra los ojos, por favor —rogó juntando las manos —me he quedado tan sorprendido por tu visita que no me he dado cuenta de una cosa...

—¿De qué? —preguntó divertida por el misterio.

—¿No habrás visto nada? —preguntó como un niño asustado.

—¡No! — aseguró ella —tapándose la cara con las manos para demostrarle que no vería nada.

—¿Seguro? —oyó su voz más lejana y algo camuflada entre el ruido que estaba haciendo trasteando con los botes de pintura.

—Segurísimo, ¿qué haces?

—No los abras todavía —fue la única respuesta que obtuvo.

—¡Que no los abro, pesado!. Me encantan las sorpresas ¿sabes?

—Espero que ésta no te defraude, —dijo él seriamente —ya puedes abrirlos —ordenó algo nervioso.

Sara obedeció y se quedó boquiabierta cuando contempló el cuadro que Walt había pintado para ella, donde se reconocía a sí misma, con Yuma, estaban saltando una gran valla, participando en una carrera. La famosa carrera que debía haber ganado.

—Soy yo... y ¡Yuma! —sus ojos se bañaron en lágrimas al recordar ese día en que podía haber perdido a su adorado caballo y tras el cuál, el pobre animal nunca pudo volver a correr como lo hacía.

—¿Te... te gusta? —se atrevió a preguntarle el joven.

—¡Oh, Walt! —dejó que sus lágrimas corrieran libremente por sus mejillas. Quiso abrazarlo, y se dirigió hacia él con los brazos abiertos para hacerlo, pero Walt, alzó su mano frente a ella para detenerla, y corrió a ponerse una bata limpia con la que cubrir su ropa y evitar mancharla.

—Ahora ya puedes venir —abrió sus brazos para acogerla. ¿De verdad te ha gustado? —le preguntó mientras la consolaba acariciando su espalda fraternalmente.

—Es precioso, Walt, gracias... no sé qué decir —no dejaba de llorar.

—Quería regalarte una cosa especial, por Navidad... y para ganarme tu perdón. No sabía si las flores habrían logrado este objetivo. Se me ocurrió que tal vez este cuadro ablandaría tu corazón. Ya sé que no hace justicia a tu belleza, pero aún soy un principiante —se justificó.

—¿Qué dices? ¡Claro que la hace! Oh, quiero decir... —rectificó nerviosa —que estoy muy bien. Ay Dios, lo estoy arreglando cada vez que hablo. —sonrió nerviosa — ¿Tú me entiendes, verdad?

Él emitió una sonora carcajada contagiando a Sara, que rió también con verdaderas ganas.

—Me alegro de que te guste.

Ambos se miraron sonriendo, sin que ninguno de los dos dijese nada en unos incómodos segundos que parecieron ser eternos para Sara.

—¡Qué tonto soy! —pareció despertar de pronto apartándose un poco de ella. —¡No te he ofrecido nada!

—¿Estás solo? —preguntó Sara echando un rápido vistazo a la estancia. La casa era de construcción moderna. El tío de Walt la había restaurado y arreglado por dentro hacía poco y la joven, aún no había tenido oportunidad de verla. En la planta de abajo, de un solo ambiente, cocina y comedor compartían unos muebles de color amarillo claro, y un suelo embaldosado con formas geométricas. Las paredes, decoradas con papel pintado blanco, procuraban una luz muy natural, agrandando la estancia.

—Sí, mi tío ha salido. ¿Por qué me lo preguntas? ¿No te fías de estar a solas conmigo?, ¿de nuevo temes al que dirán, a los comentarios que pueda hacer la gente de manera inacertada y gratuita, Sara?

—Nada de eso —descartó la joven negando con la cabeza.

—¡Estupendo! —se alegró Walt dando una palmada. —Una chica inteligente como tú no puede hacer caso a las estupideces que puede llegar a decir una bruja como Carla. ¿Te gusta el chocolate? —se fue de un tema a otro con increíble naturalidad.

—¡Mucho! —exclamó tomando asiento con plena confianza.

—No sé si será una presunción por mi parte —empezó a decir él mientras preparaba el chocolate —te lo digo solo como un comentario gracioso —aclaró como si fuera a desvelarle un gran secreto. —¿Sabes que tu archienemiga intentó anoche tontear conmigo? —rió divertido.

—¿En serio? cuenta, cuenta —rogó acomodándose en su silla mientras cogía la taza de chocolate que él le ofrecía.

—Me encontré con ella por la calle al volver a casa, poco después de la escena... —le explicó abriendo una caja que contenía dulces en su interior y ofreciéndosela a la joven.

Sara sabía a qué escena se refería. Walt siguió hablando.

—Se hizo la encontradiza; no sabía de qué manera sonsacarme con sutiles preguntas cuál era mi relación contigo. Suerte que yo soy perro viejo y no me dejo engañar —dijo muy satisfecho.

—¿Y qué pasó? —preguntó abriendo los ojos, tremendamente interesada, sin pensar que tal vez él pensase que era una chismosa.

—Le dejé bien claro que no me interesaba su compañía y no quieras ver lo mal que se lo tomó —rió divertido. —Los enemigos de mis amigos, son mis enemigos —aseguró.

—Gracias, Walt, gracias por defenderme. Realmente te comportaste conmigo como un verdadero amigo y he venido a agradecertelo. No sé que tiene esa sinvergüenza en mi contra, siempre me ha odiado.

—Creo que jamás he tenido una amiga —dijo algo triste. —Las mujeres nunca me han tomado como tal, supongo.

—Hablas como si tuvieras cincuenta años, Walt —le regañó.

—A veces me siento como si los tuviera —aseguró —mis diecinueve han dado mucho de sí ¿sabes? —pareció entristecerse de golpe.

—Perdona, Walt, siento si he dicho algo que te haya entristecido.

—No, no te preocupes, forma parte de mi pasado, un pasado no demasiado agradable, tal vez me iría bien que alguien me escuchase, una amiga ¿quieres saber si es cierto lo que cuentan de mí? —le preguntó de repente.

—No me interesa lo que digan, yo solo veo cómo te has comportado conmigo, cómo tuviste la nobleza de pedir perdón y cómo veo que eres ante mí. Lo demás no importa.

—Aún así, siento que debo explicarte la triste historia de mi vida, para que me conozcas un poco más, como tú me hablaste de ti, aquél día... es lo que hacen los amigos, ¿no? escucharse.

—Walt, yo... —empezó a decir.

—No importa, de verdad, quiero que lo sepas, que lo escuches de mis labios, no de boca de otros, así podrás tenerme tanto odio o quizá tanta lástima como yo mismo me tengo.

Sara calló y Walt siguió hablando:

—Mi padre murió cuando yo tenía doce años. Fue un durísimo golpe para mí darme cuenta de que la única persona que me entendía y me quería en este mundo, ya no volvería jamás. Dos años después mi madre me abandonó dejándome a cargo de mi abuela paterna, enferma, pobrecita, que no sabía qué hacer para sacar adelante a un hombrecito al que casi ni conocía. Nunca he vuelto a saber nada de mi madre; tal vez esté muerta, o viva feliz con el tipo con el que se fugó, por el que me cambió; puede que tenga hermanitos en alguna parte de este mundo. —hizo una mueca que quiso ser una sonrisa — Una vecina de mi abuela —prosiguió —se apiadó de mí cuando ésta ya no pudo hacerlo, postrada como estaba casi todo el día en su cama; esta buena mujer me acogió en su casa, para entonces, yo ya había cumplido los diecisiete; había repetido el último año de bachillerato y al acabar el curso de preparación universitaria, tuve

claro que no podía, ni quería seguir estudiando; ni me interesaban los estudios, ni estaba centrado para estudiar; intenté buscar trabajo, quería ayudar a mi vecina con los gastos de mi manutención, pero tampoco fue fácil. ¿Quién iba a contratar a un mocoso que no tenía experiencia en nada? Aún así, finalmente conseguí algunos esporádicos trabajos, pero que no daban para mucho.

Cumplidos los dieciocho, una tarde llegué temprano del trabajo a casa, bueno, a mi alojamiento, o como lo quieras llamar. Mi vecina tenía invitadas, y una de ellas, una especialmente, me miró de una forma, desconcertante... insinuante podría decirse. Me propuso un trato, no es lo que piensas: yo la sacaría a todas partes, para que sus amigas pudieran saber, supongo, que aún estaba de buen ver para tener la compañía de un jovencito bien parecido. Me pagaba dinero, bastante dinero, y yo no veía nada malo en ello, tampoco mi vecina me disuadió de esta idea. Con lo que me daba, podía pagar de sobras mi alojamiento y pude matricularme en una academia de pintura. A mi benefactora se le debió escapar un día nuestro común acuerdo, porque, sus amigas, me propusieron también participar en este juego: también querían tener su oportunidad para lucirme por ahí, en las fiestas o reuniones a las que las invitaban. Un día, parecí despertar y pensé en qué clase de vida era esa; tenía dinero sí, me podía dedicar a la pintura, cosa que me encantaba, pero ¿era feliz? no, no lo era, porque teniendo todo eso, no tenía nada, no me sentía bien conmigo mismo. Hablé con mi tío, el único pariente que me quedaba, ni siquiera sabía que existía, ni el que existía yo, hasta que mi abuela, moribunda, me habló de su existencia. Él es hermano de mi madre, nunca se llevaron bien, y cuando se vino a vivir aquí, perdió todo el contacto con ella. Ni siquiera sé si a mi tío le gusta que esté en su casa "sin pegar brote", pero quiero creer que no le desagrada, nos llevamos bien, por suerte, heredé el buen carácter de mi padre —hizo una sonrisa forzada. Bueno, Sara, hasta aquí mi historia ¿bonita, verdad? —se burló — ¿aún te sigue pareciendo que soy digno de tener tu amistad?

—Ya te he dicho antes que no me importaba nada, solo a quien tenía delante de mí y cómo yo veía que eras —contestó ella sin mostrar signos de sorpresa. —Soy tu amiga, tú no tienes culpa de cómo se sucedieron los acontecimientos, tan solo eras un chico que había perdido de un plumazo a su familia, de la noche a la mañana.

—Siento mucho haberme comportado contigo como un imbécil, un degenerado...

—Tampoco fue para tanto —le quitó importancia ella.

—Mi tío y tú sois las únicas personas que nunca me han pedido nada, bueno, a excepción de mi difunta abuela —se entristeció.

—Lo siento —dijo Sara poniendo una mano encima de la suya.

—Y quiero decirte, que tú también puedes confiar en mí —pareció emocionado de repente —y que, ya que no puedo aspirar a nada más, seré tu mejor amigo, el mejor que hayas tenido nunca. En el fondo, hiciste muy bien en rechazarme, quizá siempre he sido un niño creído de que tan solo con su físico podía obtener a todas las chicas que se le cruzasen por el camino, eso es tal vez lo que me hicieron creer. Ahora, pensándolo fríamente, me avergüenzo solo por el hecho de haber imaginado que una persona tan maravillosa como tú iba a hacer caso a un pobre e iluso vividor como yo. Tiene mucha suerte tu Marc. Yo nunca podré aspirar a tener a mi lado a una chica como tú.

—No digas eso, Walt, sabes que el que yo te rechazara nada tiene que ver con tu persona, yo... estoy comprometida. Tú eres encantador —le dio unas palmaditas en la mano para reafirmar sus palabras —. No seas tan pesimista. Tienes muchas cualidades a parte de tu físico. Me cuentan Carmen y Lisa lo bien que se lo pasan contigo, la buena conversación que tienes, lo detallista que eres. Ellas nunca hablarán mal de ti, porque han conocido al verdadero Walt, el que ha respetado su amistad y disfrutado de su compañía. Ellas han sido las primeras en sorprenderse por este cambio. Acabas

de llegar aquí, date un poco de tiempo. Céntrate en la pintura, como me dijiste que harías y olvida a ese Walt del pasado, ese no eres tú. Tienes un maravilloso futuro por delante, lo sé, cree en ti, por favor — le rogó.

—Mi chiquitina dandome lecciones —sonrió haciendo alusión a los escasos dos años de edad que los separaban. —Eres una verdadera amiga.

—Tú también, cincuentón —dijo de manera que él soltó una carcajada. —Por eso quiero invitaros a ti y a tu tío a pasar la Nochebuena con papá, Dana y conmigo, en casa. No admito un no por respuesta. —aseguró al ver que él negaba con la cabeza.

—Te lo agradezco mucho pero me sentiría un poco desplazado, además la gente puede murmurar... —alegó.

—Tu tío y mi padre son muy buenos amigos, no será la primera Navidad que pase con nosotros, y tú eres su sobrino, eres mi amigo, y por tanto, lógico que vengas —aclaró ella. —Además, si no vienes ¿cómo podré darte tu regalo? —desveló la sorpresa como para forzarlo a ir.

—¿Me has comprado un regalo? —parecía realmente emocionado.

—Pues claro, ¿qué te pensabas, que solo tú podías hacer regalos maravillosos a los demás? —preguntó señalando su cuadro.

Walt sonrió, feliz de haberla hecho dichosa.

—Tengo que irme ya, —le dijo Sara, y parecía algo apenada cuando se levantó de su confortable asiento—Dana se preguntará dónde me he metido, le dije que solo salía un momento. Gracias por la improvisada merienda, el chocolate estaba en su punto —aseguró juntando sus dedos índice y pulgar en señal de aprobación.

—Gracias a ti por venir, Sara. Gracias por escucharme, por entenderme; tu visita me ha hecho mucho bien, puedes creerme —se llevó las manos de la chica a la boca para besarlas en señal de agradecimiento.

—¿Dejo el cuadro en manos de su creador? ¿todavía está fresco? No quisiera estropearlo llevandomelo a casa ahora —razonó.

—Sí, por favor, —rogó asintiendo con la cabeza —todavía le faltan unas cuantas pinceladas y ya estará listo para que te lo puedas llevar.

Aquella Nochebuena, Sara estaba especialmente cansada y nerviosa porque había pasado todo el día ayudando a Dana a tener listos los preparativos para la cena. Le hacía mucha ilusión contar con la presencia de Walt, que su padre y Dana lo conocieran. Ahora que sabía que tenía su amistad, atrás había quedado su miedo de estar con él, todo lo contrario, sentía como si ambos se hubieran convertido realmente en los mejores amigos, aquellos a los que cuentas alegrías, pero sobretodo penas. Se puso el vestidito corto de terciopelo negro que Dana le había regalado hacía unas semanas, como regalo por su diecisiete cumpleaños, recogió su ensortijado cabello en un clásico moño que la hacía aparentar más edad, dejando que unos rebeldes mechones, cayeran libremente a ambos lados de su cara, y resuelta, bajó al comedor.

—¡Qué guapa estás! —le dijo su padre al verla, cogiéndole la mano y haciéndole dar una vuelta sobre sí misma como si bailasen.

—Lo mismo digo, caballero —sonrió a su padre, haciendo una reverencia.

—Casi, casi vas a la moda —observó poniendo un dedo en su barbilla como si pensase.

Su padre estrenaba ese día un traje de color marrón caramelo a rayas, combinado con una camisa de cuello enorme.

—Me resisto a confeccionar los pantalones, con "pata de elefante" —señaló Jon, haciendo uso de la palabra que se había puesto de moda para distinguir a los pantalones cuyos bajos eran tan anchos que parecían realmente patas de elefante.

—Bueno, pero ese cuello de camisa con el que parece que vayas a echar a volar en cualquier momento, me da esperanzas de que, no estás del todo al margen y de espaldas a la moda —rió Sara divertida contagiando a su padre con su ocurrencia.

—Ayudemos a Dana a poner la mesa o sino, la tendremos murmurando y quejandose toda la noche —aseguró su padre.

Alrededor de las nueve sonó el timbre y Sara se apresuró a abrir la puerta, no sin antes, coquetamente, mirarse en el espejo del recibidor, para asegurarse de que su nuevo peinado estuviera todavía en su sitio. Disimuló su sorpresa al ver tras la puerta al señor Domenech, el tío de Walt, que venía sin la compañía de su sobrino.

—¡Sara, chiquilla, cómo creces cada día y que guapa estás! —la saludó efusivamente dándole dos besos.

—Gracias, señor Domenech, ¡estreno peinado! —dijo tocándose el pelo, tal vez intentando al comentar esta banalidad, ocultar su desilusión porque Walt, finalmente no había aceptado su invitación.

Como si el hombre hubiera podido leerle sus pensamientos, o quizá porque su sobrino así se lo había pedido, justificó acto seguido su falta alegando que había pasado mala noche, y que no se sentía bien para comer las cosas tan ricas que seguro les habían preparado. Sara lo lamentó, y le rogó que le transmitiera que le deseaba una pronta mejoría, sin embargo, no creyó que esa fuera la razón por la cual no se presentó y decidida a averiguarlo, se dijo que al día siguiente le "pediría explicaciones" por su desplante.

La cena preparada por Dana y su pinche, Sara, fue del agrado de Jon y su invitado, quien, aficionado como Walt al arte, pero en su

rama musical, cuando llegó la hora de los postres, turrones, y brindis con cava, les deleitó tocando armoniosamente al piano unos clásicos villancicos que todos se animaron a tararear, rodeando al hombre familiarmente. La estampa era verdaderamente navideña y Sara, creyó que aprovechando ese bonito momento en el que había empezado a nevar, era hora de que abrieran los regalos.

La velada se alargó considerablemente; Jon y su amigo recordaron "viejos tiempos" y Sara, a quien le encantaba conocer historias, los escuchaba verdaderamente entusiasmada, hasta que se le fueron cerrando los ojos, e inevitablemente, dio algún que otro cabezazo que no pasó inadvertido a los presentes. El señor Domenech reconoció que, lamentándolo mucho, era hora de marcharse, y Sara, intentando casi sin conseguirlo, mantener sus ojos abiertos, se despidió de todos cariñosamente. Cayó rendida en su cama, evidentemente, no le costó dormirse, pero su mente, antes de dejarla descansar, aún tuvo tiempo para ¿castigarla? con un último pensamiento dedicado a Walt.

—¿Quién es? —escuchó la voz un tanto apagada de Walt detrás de la puerta de la casa de su tío.

—Soy yo, Sara.

Walt abrió la puerta.

—¡Dos veces en escasos días, parece que mi suerte está cambiando! —bromeó haciéndola pasar.

—¿Por qué no viniste en realidad? —le preguntó sin tapujos.

—No creí que mi presencia sería echada de menos en una cena tan familiar —dijo sabiendo que tampoco esta excusa la convencería.

—Te estuve esperando —respondió algo seria.

Walt la miró algo apenado, tal vez, incluso arrepentido.

—¿Puedo ofrecerte alguna cosa? —dijo como si quisiera ganar tiempo para pensar en su próxima respuesta, alguna más creíble.

—No, gracias —contestó escuetamente.

Walt se había apartado ligeramente del sitio de donde estaba, y al hacerlo, Sara pudo ver unas maletas que había en el suelo.

—¿Os... os vais a alguna parte? Tu tío no nos lo dijo.

—Solo me voy yo, Sara —respondió en un murmullo.

—Pensaba que estabas a gusto aquí —su suposición era casi un susurro.

—Y lo estoy, —confirmó el joven —mucho, el estar en este remanso de increíble paz, y sobre todo, el haberte conocido... —se detuvo un instante —ha sido lo más maravilloso que he tenido nunca, pero quizás precisamente por eso, no quiero quedarme aquí. No me malinterpretes, por favor, tu amistad me hace feliz, el verte me hace feliz; sin embargo, sé que no puedo conformarme con eso y sería un castigo para mí, verte y no poder tenerte, perdona mi sinceridad. Tal vez, de aquí a un tiempo, lo consiga: estar junto a ti y solo considerarte como una amiga pero, ahora mismo, no puedo, lo siento pero no podré —concluyó abriéndole de par en par su corazón.

—¿A dónde irás? — fue su única y evasiva pregunta.

—Volveré a París. Me centraré en mis estudios de pintura. Quiero dedicarme realmente a eso. Tal vez nos veamos por allí... —intentó sonreír para endulzar la amargura de esa despedida.

—¿No pensabas despedirte, verdad? —aseguraba más que preguntaba.

—Bueno, la verdad es que hace tanto tiempo que no me despido de nadie... Dudaba, no sabía si egoístamente, sería lo mejor para mí.

Sara no supo qué decirle; de repente, una avalancha de emociones se agolparon en su mente; sentimientos que creía haber controlado ya, pero que, estaba claro que se resistían a dejarla libre y desocupar su corazón y su mente. ¿Cómo iba a saber qué decir, si ni siquiera sabía cómo interpretar lo que estaba sintiendo en ese momento, ni qué significaba ese nudo que le oprimía la garganta y le encogía el corazón?

—Te he traído tu regalo —se oyó decir interrumpiendo sus pensamientos.

Walt lo cogió y lo desempaquetó visiblemente emocionado.

—¡Una caja de pinturas! —exclamó sorprendido. —Vaya, un regalo muy práctico, muy útil, ahora lo será mucho más —sonreía intentando mostrarse alegre, a pesar de que su cara lo delataba.

La abrazó, y ella correspondió sinceramente a esta muestra de agradecimiento, se daba cuenta de que, si nada lo impedía, esta sería con toda seguridad la última vez que vería a Walt. Por su parte, éste se apartó enseguida de ella, pues no quería incurrir en el error de volverla a besar, tan fervientemente como deseaba, rompiendo así la promesa que se había hecho a sí mismo, de que no la volvería a besar sin que ella no lo deseara.

—He embalado tu cuadro —dijo señalando un paquete envuelto en papel de regalo con motivos navideños —por si acaso, antes de irme, reunía el coraje suficiente para entregartelo en mano, pero, ya que has venido… te lo puedes llevar —no quería parecer grosero, dando por sentado que sería mejor si su visita se acababa en breve.

—Gracias —acertó a decir ella.

—Aquí está —lo cogió para acercárselo, dejándolo sobre la mesa.

—Bueno —dijo ella cogiendo su regalo —te dejo, supongo que tendrás cosas que preparar.

—Poco equipaje tengo en la vida... —parecía lamentarse. —Mi tren sale dentro de dos horas, si te apetece venir a despedirme...

—No será agradable verte marchar... ahora que habíamos empezado una bonita amistad —explicó para que él no malinterpretase sus palabras.

Walt sonrió tristemente al decir: —Esto parece una inevitable despedida... —la cogió de la mano para acompañarla a la puerta. Sara la atravesó y se giró hacia él, como para recordar su cara antes de marcharse. Alzó la mirada al marco de la puerta. Algo que colgaba de él le había llamado la atención y sonrió al decirle:

—Estás bajo un objeto peligroso...

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Cuando alguien está debajo de la ramita de muérdago navideña, debe ser besado por la persona más próxima que tenga a su lado — se sonrojó al explicárselo.

—No tenía ni idea de esta costumbre, pero, aquí solo estamos tú y yo —observó él —y supongo, que tú no querrás besarme...Sara...

—Este es un caso especial. Es Navidad, la tradición debe cumplirse, —dijo como justificando lo que estaba a punto de hacer— y este es el último momento que vamos a compartir a solas, así es que…

Dejó el cuadro en el suelo y se acercó más a él, poniéndose de puntillas para poder cogerlo de las mejillas y darle un tímido beso en los labios. Fue un segundo, ni llegó a serlo pero cuando Sara apartó sus labios de los de él, no le soltó la cara, y ambos, abriendo sus ojos, parecieron perderse en los del otro; Walt, atreviéndose a pensar que no sería rechazado, la cogió por la cintura, y la atrajo

hacia él para volverla a besar apasionadamente. Sara creyó ser Escarlata O'Hara en brazos de Rhett Butler, los protagonistas de la película "Lo que el viento se llevó".

—Sara... mi Sara —le susurró él pegado a su boca —dime que me quieres, que este beso sí ha significado algo para ti; no me iré si tú me lo pides...

Sara se separó levemente de él, pareciendo volver al planeta Tierra.

—Claro que te quiero, Walt... pero... no... no, de una manera romántica —dijo intentando convencerse de que lo que estaba diciendo era cierto. —Te tengo mucho cariño, en el poco tiempo en que nos conocemos te has convertido en alguien demasiado especial para mí, me siento atraída por tu persona, pero no es esa clase de amor lo que siento por ti, lo siento...

—Tus labios no parecían compartir tu opinión —... se entristeció encontrándose nuevamente con el muro imposible de atravesar.

—Me encanta que nos hayamos hecho amigos, por eso me da muchísima pena que hayas decidido irte, ahora que empezábamos a serlo de verdad, por eso te he besado, porque no creo que volvamos a vernos.

—Para mi, la respuesta que tus labios me han dado, es la prueba de que debo irme, ahora lo creo más todavía, porque tú te empeñas en mentirte a tí misma, pero a mí no me mientes y no podría dejar de insistir, una y otra vez para que te dieras por vencida, y dejases que tu cuerpo hablase por ti.

El tío de Walt apareció en ese momento, muy oportunamente, y Sara se puso colorada, agradeciendo que no hubiera llegado cinco minutos antes para ver cómo se habían besado. Saludó cordialmente al señor Domenech, disculpándose por tener que marcharse ya, y apenas ella misma se escuchó cuando le dedicó a Walt un escueto adiós.

Entró en su casa, abriendo la puerta de par en par, con algo de prisas, agradeció que estuviera vacía para no tener que explicar por qué subía los escalones de dos en dos, acortando de esta manera el llegar antes a su habitación, llorando desconsoladamente, sin tener que reprimirse, y tropezándose con el regalo último y único que tendría de Walt. Dejó el cuadro en el suelo y se dejó caer sobre su cama, sin parar de llorar, y preguntándose por qué si no sentía nada por él, nuevamente la invadía ese terrible vacío que aparecía, atormentándola, cada vez que se separaba de Walt. Sin embargo, tuvo la suficiente capacidad como para darse cuenta de que esta vez, ese tremendo vacío era mucho más intenso que las otras veces, éste, incluso, parecía ser físico, llegaba a notar el dolor que le producía no volver a ver a su amor.

Walt se dirigió a la estación de tren tan tristemente solo como había venido. Denegó el ofrecimiento de su tío de acompañarlo en coche, y se despidió de él agradeciéndole haberlo acogido en su casa, sabiendo que seguramente, no volverían a verse. Al llegar a la estación, miró hacia un lado y hacia otro de las vías, esperanzado, por si ella se hubiera arrepentido... Subió a su tren, colocó en el compartimento superior su minúsculo equipaje y se sentó a esperar, o más bien desear, que el tren se alejase lo más antes posible de allí para dejar a su amada atrás. Tenía muchas horas por delante para pensar, casi todo un día; primero, debía llegar hasta Barcelona, donde cogería otro tren que lo llevaría hasta su destino final; así es que se recostó en su asiento e intentó adquirir una postura lo más cómoda posible para aguantar un viaje tan largo. Quería creer que merecería la pena trasladarse a vivir allí, igual que lo pensaba cuando hizo el viaje a la inversa. El silbato que anunciaba la inminente salida del tren sonó por segunda vez. Walt tenía la mirada perdida en algún remoto lugar, cuando, la visión de Sara corriendo desesperada hacia el tren, lo hizo levantarse de su asiento e ir a buscar la puerta más cercana. El tren empezaba a moverse ya, y Sara, que había acelerado su paso al verlo asomado, esperándola, pronto estuvo por fin a su lado. Walt extendió su mano, y Sara alargó la suya para cogerla.—Ven conmigo —suplicó con los ojos

enrasados en lágrimas, aún sabiendo que no iría con él, puesto que su Sara no traía equipaje visible consigo, y tenía la certeza de que no abandonaría a Marc.

—No quería que te fueras enfadado conmigo, por favor, no te enfades, por favor — le suplicó, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No lo estoy. ¡Te quiero! —respondió casi a voz en grito esperando que ella dijese lo mismo. —Pero Sara, no lo dijo, aunque ahora estaba casi segura de que le hubiera gustado decírselo tan sinceramente, tan claro, como Walt siempre se lo había dicho a ella. Pero ese "casi" era demasiado poderoso, era el que le hacía sentir tanta inseguridad, el que le hacía dudar en dejar a su compañero de toda la vida por un chico al que no conocía, por el que sabía que sentía algo muy fuerte, pero quien no dejaba de ser un desconocido, posiblemente solo lo había idealizado y no era amor verdadero lo que sentía por él. Quizás si hubiera tenido más tiempo para centrar sus ideas, para poder conocerlo, para poder decidirse... pero no sería así, y seguramente, que él se fuera era lo mejor que les pudiera pasar a ambos, y sobre todo, a Marc.

Sara no dejaba de llorar. El tren empezó a coger demasiada velocidad y sus entrelazadas manos, forzosamente, tenían que separarse. ¡Walt la sujetaba tan fuerte!, se diría que en un último intento de hacerla subir al tren, para que huyera con él y empezaran juntos una nueva vida. Sara tuvo que soltarlo, el andén se acababa... Ambos se miraron en la distancia, inmóviles, sin saludarse, hasta que el uno para el otro fueron dos puntitos en el horizonte, y seguramente, con el propósito de no olvidarse jamás.

Las lágrimas no dejaban de brotar de los ojos de Sara para correr descontroladas por sus encendidas mejillas. Y de nuevo, el vacío, la profunda soledad, la ansiedad... todos estos desagradables sentimientos volvieron a anidar en su cabeza, agolpandose sin darle un minuto de tregua, de descanso. Sentía con una convicción

pasmosa que Walt se había llevado consigo algo muy valioso para ella. Posible y seguramente, su destrozado e indeciso corazón.

Pasaron los meses y aunque lo había intentado con todas sus fuerzas, la emotiva despedida entre Walt y ella todavía no se había borrado de su mente. Puede que él siempre hubiera tenido razón, cuando le decía que habían conectado desde el primer instante en que se habían visto. Ella nunca lo tomó en serio. ¿Cómo podía creer algo así, si apenas habían coincidido cuatro o cinco ocasiones a solas? Él parecía haber sido sincero cada vez que le había confesado su amor, pero ¿cómo podía saber que no era lo mismo que le decía a todas las chicas que había conocido?. ¿Quién podría asegurarle que una vez la hubiera conseguido, no la dejaría? Y ella... ¿cómo saber lo que sentía realmente por él?. Puede que se hubiera equivocado respecto a sus sentimientos, que tan solo fuera una ilusión lo que sentía cuando estaba a su lado, aunque, con Walt había vivido experiencias tan distintas a la relación que tenía con Marc, con quien llevaba unida casi toda su vida, y al que poco tenía que contar; se culpó al pensar eso, al tildar de monótona su relación y a Marc de aburrido.

Con Walt, sin embargo, había sido todo tan romántico, tan especial, tan intenso... parecía sacado de una novela rosa, de un cuento de hadas, el protagonista de aquellas historias tan bonitas en las que ella nunca había creído demasiado; tampoco había tenido ni ocasión, ni el por qué hacerlo: la vida le hizo crecer con Marc, y no hubo necesidad de pensar nada; su relación había seguido el curso que todos esperaban. Marc y ella se habían prometido en innumerables ocasiones que no se separarían nunca, y que cuidarían el uno del otro toda su vida... tal vez, ese era "el problema", puesto que muchos hermanos también se prometen esas cosas, cosas que algunos cumplen y otros no. O quizás, la relación con Walt había sido de cuento, más parecida a un sueño que a la realidad, y por eso precisamente, ella no podía tirar por la borda su noviazgo con Marc.

Aunque, ya poco importaba lo que había sido porque Walt se había marchado y lo más probable era que nunca más se volvieran a ver.

A veces, Marc la notaba distraída, absorta en sus pensamientos, y le preguntaba el por qué, pero ella inventaba cualquier excusa, y al hacerlo, sobretodo, evitaba mirarlo directamente a los ojos y pensaba, sin quererlo, que aquellos ojos que la miraban inquisidores, podrían ser los de Walt y no los de Marc; entonces, lo abrazaba fuertemente y le decía que lo quería, porque en el fondo, era verdad.

Por fin llegó el inicio del verano, y con él, el final del curso y de los estudios de los jóvenes del pueblo. Sara no había malgastado el tiempo: durante ese año reforzó su francés yendo a una academia de idiomas en Lérida tres veces por semana, y en la cual había conseguido obtener un nivel alto del idioma que le permitiría poderse defender los próximos dos años que pasaría en París.

El mes de septiembre llegó demasiado rápido, o tal vez, fuera aquello de que, cuando no quieres que el tiempo pase deprisa, él, caprichoso, hace precisamente lo contrario. Sea como fuera, en casa, las caras tristes acompañaban a sus seres queridos, quienes no por gusto, habían tenido que aceptar su irrefutable decisión de marchar. A pesar de que quería aparentar que no estaba triste, el día de su partida, Sara no pudo evitar echarse a llorar, coincidiendo con cada dos o tres abrazos que les daba a cada uno para despedirse. Ni su padre ni Dana quisieron verla alejarse en un frío tren, por eso, solo Marc la acompañó a la estación.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —le preguntó como si se le fuera la vida.

—¡Estar con tus amigotes! —bromeó Sara.

—Te voy a echar mucho de menos. ¿Vendrás siempre que puedas? ¡tampoco estamos tan lejos! —protestó recordando que días antes, Sara le había dicho que tal vez no le sería posible hacer muchas escapadas.

—¿Crees que porque no te vea a menudo voy a olvidarte, Marc? —parecía regañarle.

—¡Más te vale no hacerlo! —dijo acercándose para darle un beso antes de bajar del tren, tras escuchar el segundo silbato que indicaba su inminente marcha.

—No lo haré —le aseguró Sara —correspondiendo a este beso que se le antojó demasiado cordial.

Se asomó a la ventanilla para poder verlo.

—Te quiero —dijo el joven estirando su mano para alcanzar la de ella, apenas rozando los frágiles dedos de su amiga y amada Sara.

—Te quiero —repitió la joven pensando, de repente, las pocas veces que se lo habían dicho. Cuando el tren arrancó, las puntas de sus dedos se separaron enseguida, sin embargo, no dejaron de saludarse, agitando los brazos hasta que ya no pudieron distinguirse. Inevitablemente la mente de la joven rememoró la despedida que meses antes habían protagonizado Walt y ella, y que le pareció muy distinta de aquella, en la que ambos se habían quedado inmóviles, como si el tiempo se hubiera parado para ellos. Se sentó en su asiento y sin darse cuenta, sus ojos, empañados en lágrimas, las dejaron caer libremente por sus mejillas.

—Las despedidas son siempre dolorosas —oyó la voz de una joven que sentada frente a ella le ofrecía un pañuelo de papel.

—Sí —aseguró Sara algo avergonzada y sin saber distinguir por cuál de los dos sus lágrimas se dejaron caer.

—Soy Violeta, encantada —dijo la chica ofreciéndole su mano en señal de saludo —quiero decir, que ese es mi nombre —aclaró como si tuviera la necesidad de hacerlo —mucha gente bromea diciéndome: "Ah, Violeta, ¿eres de otro planeta, o algo así?", se creerán muy graciosos —se fingió enfadada, pero seguía sonriendo.

Sara también le sonrió mientras la miraba. Violeta, una joven que tendría más o menos su edad, de pelo oscuro y cortado en una media melena lisa, con flequillo, tenía unos grandes ojos negros y pestañas muy largas; le empezó a hablar de manera rápida, y gesticulando sobradamente, denotando tener un carácter muy expresivo.

—¿Hacia dónde te diriges? —le preguntó acomodandose en su asiento.

—A París, quiero estudiar en una academia...

—¡Ah, París! —la interrumpió, y Sara estaba casi segura de que ni se dio cuenta de que lo había hecho. —Yo también me dirijo a París. He estado estudiando francés en mi ciudad, en Lérida, pero como quiero ser traductora simultánea, necesito tener mucha práctica en el idioma; entonces pensé que lo mejor sería trasladarme hasta la capital francesa ¿no te parece? —le preguntó después del discurso gratuito que Sara no le pidió.

—Por supuesto —acertó a responderle de la manera más cordial que pudo, y sabiendo que era la respuesta que la joven esperaba escuchar.

—¡Ay, perdona! —rogó juntando sus manos en sus labios en actitud de súplica —lo siento, hablo demasiado, no me doy cuenta... —se puso colorada.

—No, tranquila, soy yo la que debe disculparse; estoy pensando en otras cosas que me ponen triste —se sinceró —me encantará compartir el viaje con una compañera habladora. ¡Así no nos aburriremos! —su tono era más cordial y tranquilizó de esta manera a Violeta, quien procuró hablar y dejar hablar, reprimiendo en la medida de lo posible sus continuas "explosiones verbales".

El viaje iba a ser largo y en el fondo, aunque a ratos sus pensamientos le hacían distraerla llevándola a otros escenarios que

estaban lejos de allí, Sara agradeció tener una compañera tan dicharachera como Violeta. Al llegar a Barcelona para coger el tren dirección a París, parecían ya buenas amigas, y no hubo necesidad por parte de ninguna de las dos, de preguntarse si volverían a compartir compartimento. Se acomodaron y siguieron conversando amenamente, hasta que Violeta se dio cuenta de que a Sara se le estaban cerrando los ojos, y creyendo acertadamente, al recordar que tomó su asiento llorando amargamente, que habría tenido un día duro y lleno de emociones, la dejó cerrar los ojos tranquila y cuando tuvo la certeza de que se había dormido, se las arregló para colocarle un minúsculo cojín detrás de la nuca para que estuviera más cómoda. Se pasó durmiendo casi todo el viaje, despertándose y volviéndose a dormir, y solo se despertó del todo cuando oyó decir en voz baja a su compañera: —Hemos llegado. La estación de Gare d'Orsay —Violeta tocó su brazo con suavidad, para despertarla sin asustarla.

Sara se despabiló, y pidió disculpas a Violeta por no haber sido una buena compañía al dormirse.—¡No te culpo, soy una pesada! —aseguró la joven riendose de sí misma.

—Para nada, pero estaba rendida — se justificó con una sincera sonrisa, y recogiendo el cojín que se había caído al suelo, se lo devolvió dándole amorosamente las gracias— tú sí eres una buena compañera de viaje, me alegro mucho de haberte conocido, Violeta.

Ambas cogieron sus equipajes y se esperaron cortesmente la una a la otra para despedirse formalmente al bajar del tren.

—Espero no haberte agobiado demasiado —sonrió Violeta inocentemente.

—En absoluto, he estado encantada charlando contigo, me hacía mucha falta distraerme —respondió sinceramente —Hasta que me he dormido —hizo un gracioso gesto con los ojos hacia arriba.

—Ha sido un placer conocerte. Espero que te vaya muy bien.

—Gracias, te deseo lo mismo.

Violeta se acercó y le dio dos besos para despedirse. La cordialidad de la joven, tomaba un poco por sorpresa a Sara, poco acostumbrada a tener demasiados gestos cariñosos, más que con los suyos.

Cansada de dar vueltas en busca de un hotel que le pareciera equiparable al precio exorbitado que pedían por su estancia en él, se paró frente a un hostal, el último de la lista que se había preparado, y decidió probar suerte.

—Demasiado caro —contestó tristemente al recepcionista.

Se sorprendió al escuchar el eco de sus propias palabras que había pronunciado en español sin darse cuenta. Al otro extremo del mostrador de recepción, reconoció a su parlanchina compañera de viaje, quien, habiéndola escuchado también, le sonreía agitando la cabeza a modo de negación.

—Ciertamente lo es, todos son demasiados caros, estoy cansada de deambular ¿y tú? —preguntó acercándose a Sara.

—Desde luego. Creo que habré entendido bien el precio...

—Sí, lo has entendido perfectamente y sí, es abusivo —aclaró.

—Se me ocurre... —empezó a decir Sara —casi sin atreverse a expresar la idea que se le había pasado por la cabeza.

—¿Qué? —quiso saber muy intrigada Violeta. ¿Qué propones? ¡Soy toda oídos! —puso su mano cómicamente detrás de su oreja.

—Mi madre estuvo aquí antes de yo nacer; se alojó en un pequeño apartamento que le alquiló un matrimonio durante su estancia en París. Yo quería intentar probar suerte por mí misma, espabilarme, sin tener que recurrir a la comodidad de "que me lo dieran todo

hecho" —explicó como queriendo demostrar algo —pero... visto lo visto... creo que es la mejor opción y... no sé... ¿Qué te parece si compartiéramos el alquiler de ese apartamento? Contacté con el matrimonio antes de venir, por si ya no se dedicaban a alquilar pisos, pero sí, lo hacen... Esa era la última de las últimas opciones que tenía para vivir aquí. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas? ¡Nos saldrá muchísimo más barato! —concluyó como si tuviera que convencer a Violeta, quien por toda respuesta, ya se había agachado para coger su equipaje y contestarle graciosamente:

—Yo no ronco. Tú guías...

Sara saltó su primera carcajada en mucho tiempo y le contestó: —¡Yo tampoco! Pero de guiar nada, tendremos que preguntar, y tú dominas el idioma mejor que yo. —Sara se alegraba enormemente de haber coincidido con Violeta, esa chiquilla alocada y divertida con la que se había comprometido, atrevidamente tal vez, a compartir su estancia en París. Estaba segura de que no se arrepentiría, y que su compañía le haría mucho bien para no pensar demasiado cuando saliera de la academia y se sintiera sola. Al menos, de lo que estaba segura era de que con Violeta, nunca se iba a aburrir. Siempre había echado de menos el no tener un hermano, aunque, Marc lo había sido también, Marc era todo para ella. ¡Y qué lejos estaba ahora! pero no, no tenía que ponerse triste y su vida debía centrarse ahora en sus estudios. Mañana mismo se matricularía en la academia de moda.

Sara sacó de su bolso una pequeña agenda y buscando la dirección, Rue d'Arcole, se la enseñó a Violeta, quien la memorizó y comenzó a preguntar a los transeúntes cercanos, quienes las fueron guiando muy amablemente, recomendandoles, de igual modo amable y sincero, que hicieran esta travesía a pie, en vez de coger algún medio de transporte, que les resultaría más caro y menos gratificante también a la vista porque caminando, podrían contemplar más de cerca, algunas bellezas que se encuentran en las bonitas calles de la ciudad de París. Por suerte, sus maletas

equipadas con unas ruedas, invento reciente de Bernard D. Shadow, les hicieron más llevadera la distancia entre la estación y el apartamento, situado en los alrededores de la Catedral de Notre Dame y que era aproximadamente de una media hora a su buen paso. Tuvieron tiempo de charlar, de reír sin parar y de conocerse mejor y también, de comprobar que no les habían engañado al decribir las maravillas que irían encontrando a su paso.

Saliendo de la estación de Gare d' Orsay, al cruzar la calle, enseguida vieron el río Sena, caminando junto a él, escucharon el bullicio que venía de los "bouquinistes" (vendedores de libros antiguos en casetas verdes), y les llegó el olor a pan recién horneado proviniente de alguna "boulangerie", y que, inevitablemente, hizo que se detuvieran a comprar algún delicioso croissant, que además les serviría de desayuno. Cruzaron el río por el Pont Royal, desde pudieron ver a lo lejos la famosa Torre Eiffel, y fueron a parar cerca del museo del Louvre. Continuaron su espectacular travesía, bordeando el río, entre árboles y jardines llegaron al Pont Neuf, el más antiguo de París. Al cruzarlo, entraron en la Île de la Cité, en la Place Dauphine, tan pequeña como silenciosa, para después bordear la Conciergerie y la majestuosa Sainte-Chapelle. En ese momento, las chicas alzaron la vista para encontrarse cara a cara con las imponentes, impresionantes y majestuosas torres de Notre Dame, que parecían darles la bienvenida al que sería su nuevo hogar durante los próximos dos años, situado en la Rue d'Arcole, una calle corta pero muy pintoresca, llena de turitas, que conectaba directamente uno de los puentes que habían cruzado, Pont d'Arcole, con la plaza de Notre Dame.

El matrimonio arrendatario que rondaría aproximadamente la edad de su padre, la recibió con los brazos abiertos. No les pasó inadvertido el tremendo parecido de Sara con su madre, y así se lo hicieron saber; lejos de entristecerse por haber nombrado a su madre, la joven se alegró enormemente, pues para ella, si merecía

algún elogio, ese era el único que la hacía enorgullecerse. Las acompañaron al piso y las jóvenes no disimularon su satisfacción.

La estancia gozaba de una luz natural encantadora que entraba con todo su esplendor por los enormes ventanales del salón comedor; la decoración en papel pintado indicó a las jóvenes que hacía poco tiempo que las habían empapelado, pues era el típico papel, algo extravagante, de moda en esos años: una especie de grandes abanicos naranjas que decoraban la sala donde se encontraba el comedor en sí, y los mismos enormes abanicos, pero en color verde, presidían el salón, para, de alguna manera, separar un poco los dos ambientes.

El moderno papel escogido, se hallaba en armonía y consonancia con el mobiliario perfecto para amueblarla: una gran mesa redonda con la superficie pintada en color naranja plastificado, y cuyas patas, de un color blanco inmaculado, le daban un aspecto extravagantemente moderno; las sillas que la rodeaban, eran de un plástico moldeado también combinando los colores blanco y naranja. Apoyados contra la pared, se encontraban cuatro sillones, de colores verde avocado y amarillo mostaza, que los decoradores habían juntado con gusto y acierto para crear mediante este improvisado sofá, un ambiente un tanto retro, pero indiscutiblemente cálido y acogedor, que desde luego, encantó a las dos nuevas amigas.

A la gran cocina, equipada simple y únicamente con los justos y necesarios muebles en alegres y acertados combinados naranja y marrón, tampoco le haría falta el empleo de la luz artificial, puesto que al igual que la sala principal, dos amplias ventanas , a las cuales les habían descorrido las finas cortinas, le proporcionarían una luz natural hasta bien caída la tarde. La línea de baldosas blancas que cubría la pared, era, en algunos tramos, oportuna y geométricamente interrumpida por algún baldosa de color azul marino.

Las chicas dispondrían además de tres amplias habitaciones, situadas en el pasillo del apartamento y dispuestas una seguida al lado de la otra. Estaban equipadas cada con una cama, una pequeña mesita y un armario doble; solamente una de ellas no daba al exterior y por tanto, no disponía de la regalada luz natural, pero para ellas, eso carecía de importancia: ya harían reparto de habitaciones. Seguro que no discutirían por eso.

El cuarto de baño, decorado con azulejos de color verde menta, al igual que en la cocina, pero de un modo más caprichoso, intercalaba entre algunas de estas baldosas, y en perfecta combinación, un pequeño azulejo de un color amarillo vibrante, y contaba, según le pareció a Violeta, quien así lo expresó, con la bañera más grande que ella hubiera visto nunca. A la joven le hicieron especial gracia también los dos grifos del lavamanos, que parecían, de tan brillantes,estar hechos en oro, así como el ornamento esférico, este sí, realmente bañado en oro viejo y algo recargado, del espejo central que presidía el amplio cuarto de baño.

Las vistas no podían ser más espectaculares: desde uno de los enormes ventanales del salón comedor, justo frente a ellas, las jóvenes pudieron contemplar la magnífica Catedral de Notre Dame, majestuosa e imponente, cuya fachada estaba decorada con esculturas de figuras de caracter religioso, colocadas en grupos y de manera ordenada. Dos altas torres cuadradas y simétricas, flanqueaban dicha fachada, donde a través de tres grandes portales o puertas decoradas con las esculturas citadas anteriromente, se tiene acceso a la impresionante catedral, aunque más impresionantes tal vez les parecieron a las dos señoritas, las casi espeluznantes figuras esculpidas en piedra de las gárgolas, que en la zona de las torres y el tejado, en lo alto de los muros, de estilo gótico, parecían vigilar el corazón de París. A las chicas se les antojó que parecía que en cualquier momento se iban a venir abajo, por la disposición que tenían sobresaliendo tan prominentemente de dichos empedregados muros. Entre las torres de la entrada, justo en el centro de ambas. un gran y espectacular rosetón de vitrales, recogía

entre sus cristales de colores, la mágica y especial luz, con la que, no en vano, se describe a la ciudad de París, al denominarla acertadamente como la ciudad de la luz.

El matrimonio Laffaire les dijo que si no querían compartir este apartamento, y preferían vivir cada una en su piso, ellos disponían de viviendas más pequeñas y más económicas, que también estaban desocupadas en ese momento, pero las chicas, ya se habían enamorado de aquél piso, de aquellas vistas, y de su amistad.

Capítulo 3

París le encantaba. En los tres meses que llevaba en la capital francesa, Sara ya se había convertido en una ciudadana parisina más; paseaba a menudo, después de asistir a sus clases en la academia de corte y confección, a las cuales asistía cada mañana y que no podrían irle mejor: estaba aprendiendo muchísimo, desde diseño de moda, sabiendo seleccionar los tejidos más adecuados para la elaboración de cada prenda, hasta obtener conocimientos acerca de las tendencias del momento, pasando por la confección de patrones y los diferentes tipos de costura. En las calles y en los cafés de la capital francesa de aquellos años 70, se vivía un ambiente de bullicio constante, donde se mezclaban variopintos artistas tanto de la música, como de la moda y del arte en general.

París, denominada "ciudad de la luz" por ser la primera capital europea en utilizar lámparas de gas para iluminar las vías públicas, lucía especialmente hermosa esas semanas próximas a la Navidad, en las cuales resplandecía más aún, adornada con luces de todos los colores, en tiendas, avenidas, balcones...

La convivencia con Violeta, como ambas previeron, resultaba armoniosa y divertida. Nunca discutían por nada: aunque tuvieran los mismos horarios, se las ingeniaban para no estorbarse, sobre todo en el lavabo, porque también estaban de acuerdo en no pasar más del tiempo necesario y preciso para arreglarse. Ambas salían corriendo por las mañanas, cada una a sus obligaciones y coincidían para comer algunos mediodías en casa, cuando Violeta no tenía que trabajar, ya que estaba compaginando sus estudios de traductora con un empleo que había conseguido casualmente, mirando el tablón de anuncios de su escuela, como oficinista en una importante cadena de grandes almacenes y donde también había conocido a un joven, Pierre, de padre español y madre francesa, con el que se veía de vez en cuando y que según ella, era demasiado buena persona.

Sara no iría a su casa ese mes; serían las primeras navidades que pasaría lejos de su familia y de Marc. Era un viaje demasiado largo y costoso como para pasar solamente unos días con ellos, por eso, aún lamentándolo mucho, estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería que los visitase en verano, aprovechando los dos meses de parón que tendría en la academia hasta empezar su segundo y último año en París. Eso la entristecía pero tener la compañía de Violeta la ayudaría, ya que ella tampoco viajaría a su Lérida natal por el mismo motivo.

Aquella tarde, Sara decidió caminar un poco más y se aventuró a acercarse al Jardín de las Tullerías. Le habían hablado muy bien de él, y cuando lo vio, no se arrepintió de haber caminado aproximadamente los tres kilómetros que separaban su apartamento del jardín. Su ubicación, entre el Museo del Louvre y la Place de la Concorde, le hacían ser uno de los lugares más visitados de la ciudad, sin embargo, Sara paseó tranquila a través de sus infinitas avenidas llenas de árboles, de flores, de fuentes y hasta de estanques. Rodeado además por piezas de esculturas clásicas, el jardín era perfecto para disfrutar tanto de las maravillas de la naturaleza como para recrearse en el arte.

Se agachó para intentar acariciar el que supuso, suave plumaje de un pato, el cual, adivinando sus intenciones, salió corriendo en dirección al estanque para refugiarse en el agua y librarse de su perseguidora. Sonriendo aún, levantó la cabeza y se quedó mirando a un perrito que le llamó la atención porque estaba estirando la pata del pantalón de un joven que no le hacía demasiado caso. El chico estaba sentado en un banco y permanecía con la cabeza hundida en sus manos, ocultando su cara como quien está inmensamente preocupado. Vestía un traje azul marino bastante maltrecho, tanto, que daba la impresión de haber pasado la noche durmiendo con él, en aquél frío banco. Ante la insistencia del perro, el joven levantó ligeramente la cabeza, dejando al descubierto parte de su rostro y Sara se quedó petrificada cuando lo vio porque ese destartalado muchacho, no era otro que su Walt. Este había cogido al perrito en

brazos, y sentándolo junto a él, le dio algo que rebuscó entre las bolsas que tenía al lado suyo. De pronto, se levantó e intentó arreglar su arrugado traje con ayuda de sus manos. El perrito bajó de un salto del banco y se situó junto a él, seguramente esperando que empezasen a caminar. Sara no sabía qué hacer. Le hubiera gustado acercarse para saludarlo, sin embargo, desechó esta idea porque algo le decía que a Walt no le haría gracia que lo viera en ese estado de dejadez. El joven cruzó la calle seguido por su amigo que movía su colita graciosamente en inequívoca señal de felicidad. Sara los siguió a una distancia prudencial y los vio meterse en un estrecho portal, prácticamente carente de luz. Una mujer y un hombre salían muy contentos en ese momento y se chocaron con Walt, quien no pareció inmutarse. Ellos ni lo miraron y siguieron con sus bromas, echándose uno encima del otro como si estuvieran bebidos. La puerta quedó abierta de par en par y Sara aprovechó para colarse en el portal. No había ni rastro de Walt, por lo que dedujo que no debía vivir en un piso demasiado alto. Al lado izquierdo, observó que había una gruesa señora con el pelo lleno de rulos sentada en una silla, comiendo un bocadillo frente a un pequeño televisor y riendo tanto que empezó a toser provocándose un inevitable peligro de atragantamiento, que solucionó enseguida echando mano a una botella de whisky que tenía a su lado. Sara supuso que sería una especie de recepcionista, puesto que detrás de ella, unas cuantas llaves colgaban de un armarito situado en la pared, con los números de las habitaciones. Tal vez era una especie de hotel, pero Sara no había visto ningún cartel que lo indicase afuera. Al fondo del angosto descansillo del portal, pudo ver tres puertas. Se asomó por el hueco de las escalera situada a la derecha de la "recepción", mirando hacia arriba, y pudo comprobar que a pesar de no contar con ascensor, el número de pisos era bastante considerable, al menos siete u ocho. Los escalones, enormes y rotos en su mayoría por varios tramos, así como las paredes, que parecían haber sido pintadas con mil capas de pintura una encima de otra, denotaban el completo abandono del estado del edificio. Sara, pensando todavía en si debía hacer lo que estaba a punto de hacer, se dirigió a la primera puerta situada en el descansillo, antes de

aventurarse a subir por aquella escalera que parecía sacada de una película de miedo. A pesar de su indecisión, y con cierto temor por lo que podía encontrar, llamó a la puerta con tres golpes secos, intentando aparentar seguridad. Pasados unos eternos minutos, un hombre delgadísimo, vestido con una camiseta de tirantes y unos anchos pantalones le abrió la puerta, mirándola con cara de incredulidad mientras se rascaba los escasos cuatro pelos que poblaban su cabeza. Parecía que se acababa de levantar, o así lo denotaba no ya su aspecto, sino la voz ronca con la que le preguntó:
—¿Qué quieres, mocosa?

—¡Oiga, no soy una mocosa!—contestó Sara, atreviendose a contestarle de un modo tan chulesco y desvergonzado como el maleducado hombre lo había hecho.

El hombre no le discutió y comenzó a cerrar la desvencijada puerta tranquilamente, pero Sara apoyó su mano en ésta para impedírselo.

—No, espere, por favor, lo siento, estoy buscando a un amigo, Walt Loraine , ¿lo conoce? —suplicó.

—¿Quién es, Paul? —gritó desde adentro una voz femenina.

—¡Ja! —soltó una risita burlona sin hacer caso a la mujer —¡Tenías que ser amiga del príncipe! —reflexionó seguro de lo que decía y mirando a Sara de arriba a abajo.

—¿El príncipe? —repitió esta extrañada.

—¡Sí, eso es lo que se pensaba que era cuando llegó aquí! —rió de nuevo.

—¿Con quién hablas?. ¿Quieres volver a la cama? —volvió a oírse la voz de la mujer.

—¡Ya voy, pesada! es una pesada, —le aseguró a Sara —vive arriba, —siguió diciendo refiriendose a Walt, y señaló con su dedo pulgar a

la escalera —en el primer piso, la primera puerta. Todo de primera, como él —rió su propia gracia antes de cerrarle la puerta a la joven en las narices, quien algo dubitativa, empezó a subir los escalones que la llevarían al primer piso.

Algunas de las puertas del entresuelo estaban abiertas, ofreciendo a la joven muestras de las miserables vidas que llevaban las personas que habitaban allí: en uno de los pisos, un marinero discutía con una chica, a su gusto demasiado joven, por culpa de un dinero que éste le mostraba muy enfurecido; otra vivienda mostraba una escena no menos dramática: una mujer le vociferaba a una anciana que bien podría ser su madre por su gran parecido físico, aunque algo deteriorado, seguramente por el mal llevado paso del tiempo. La mujer mayor se hallaba sentada frente a una miserable mesita de una roída madera y mantenía su rostro tapado con sus manos, apoyado en la mesita mientras lloraba desconsoladamente. Sara quería salir corriendo de allí, no recordar nunca las desagradables y tristes imágenes que había podido ver, pero tenía que encontrar a Walt, y sobre todo, tenía que sacarlo de aquél antro.

Una mujer joven le abrió la puerta. Llevaba como única prenda un transparente camisón, tanto, que Sara se puso colorada al darse cuenta de que todo su cuerpo podía intuirse bajo él. La joven no se tapó, como si estuviera acostumbrada a que la vieran prácticamente desnuda pero sí que se percató del apuro que había hecho sentir a Sara y pareció divertirle. Se acercó un cigarrillo a los gruesos labios antes de preguntar.

—¿Quién narices eres tú?

—Usted no me conoce y tal vez me haya equivocado. Estoy buscando a Walt Loraine. Soy amiga suya. —dijo intentando guardar la compostura pero seriamente, para no parecer una chiquilla asustada.

La puerta se abrió entonces de par en par y Sara pudo ver cara a cara a Walt, un Walt que se le antojó tan diferente, que dudó que fuese él. Se quedó mirándola, Dios sabe lo que se le pasó por la cabeza durante aquellos escasos segundos, antes de apartarse, escondiéndose del punto de visión de Sara, volviendo a meterse en el piso, pero quedándose apoyado en la pared, junto a la puerta, sin dejar de frotarse el rostro de manera continuada, nerviosa y desesperada.

—Me parece que no quiere verte —se burló la chica al ver la actitud de Walt.

—Eso parece, disculpe si la he molestado —contestó Sara antes de marcharse de allí tremendamente desconcertada y arrepentida.

La mujer cerró la puerta: —¿Qué te pasa, quién es esa? —le preguntó de mala gana cuando vio que Walt, todavía apoyado en la pared, no dejaba de golpearse la frente con el puño cerrado. —¿No me oyes, te digo que quién es esa? —repitió alzando la voz.

Walt dejó de repente de golpearse con el puño, puño que de pronto estampó en la pared con inmensa rabia. La mujer dio un respingo, asustada.

—Ella es mi amiga —dijo entonces Walt como si se hubiera despertado de repente —mi amiga ¿me oyes? es mi amiga —casi gritó para escucharse bien.

Cogió al vuelo la chaqueta que había colgada en el perchero, y abriendo la puerta, bajó los escalones de dos en dos para evitar perder a Sara.

—¡Sara! —gritó desesperado mientras miraba hacia abajo por el hueco de la escalera para ver si la veía —¡Sara! —repitió.

Sara, que había bajado lentamente, no ya por el peligro que entrañaba no poner bien los pies en los destrozados escalones para

no caer rodando escaleras abajo, sino porque las lágrimas que se agolpaban para salir alocada y desenfrenadamente de sus ojos, le impedían que escapase de allí volando, tal y como deseaba, frenó en seco al escucharlo por casualidad, cuando su desconsolado y sonoro llanto le dio una tregua. Walt la alcanzó justo cuando estaba en el último peldaño de la sinuosa escalera y se colocó delante de ella. Se aferraba a la barandilla, como si necesitase un apoyo para aguantarse en pie.

—Sara... —susurró — mi Sara... —se atrevió a apoyar ligeramente su mano sobre la que ella mantenía en la barandilla.

Sara lo miró como quien ve a un fantasma. ¿Qué le había pasado?. ¿Dónde estaba su esbelta figura, su bonito cabello que ahora aparecía como una especie de masa grasosa cubriendo su frente?. ¿Dónde estaba aquél intenso brillo que llenaba de vida sus traviesos y bailarines ojos azules?. ¿Dónde estaba Walt?

—Creí que ya no te acordabas de mí —acertó a decir para recordarle su buen recibimiento.

—Eso jamás ocurrirá, yo... no quería que tú... —tartamudeó —no quería que me vieras así... pero no quería que te fueras... y volver a perderte. He luchado contra mi orgullo y he ganado yo —intentó esbozar una sonrisa —Ha sido como un sueño volver a verte.

—Tengo que irme ya, no vivo muy cerca de aquí, y ya empieza a oscurecer. Me alegro de haberte visto.

—Pero cómo, ¿tan pronto? no hemos podido hablar... dame un poco de tiempo para poderte explicar... necesito explicarte... por favor... —le suplicó.

—No tienes por que explicarme nada, no he venido para eso, además, cada uno vive como quiere y lleva la vida que quiere.

—O la que le ha tocado vivir, o la que se merece... ¿No es eso lo que estás pensando ahora?

—Yo no he dicho eso... ¿sigues creyendo que me lees el pensamiento?

—Pero esta vez no me he equivocado.— le aseguró —¿De verdad te alegras de haberme visto? ¿en este estado? siempre tan educada, tan correcta, diciendo y haciendo lo que debes para no alterar las cosas —pareció enfadarse.

—No creo haber hecho bien siguiéndote, no pareces ser la misma persona a la que estaba buscando.

—¿Me has visto en el parque? — se avergonzó al preguntarselo.

Sara asintió con la cabeza. No sabía la reacción que tendría.

—Sí , Sara, sí que soy esa persona, el mismo perdedor al que tú conociste y al que estabas deseando quitarte de encima como fuera.

Sara no le contestó y acabó de bajar el último peldaño para marcharse.

—Permíteme que te acompañe a casa, por favor... por favor —le rogó tan lastimosamente que parecía que se iba a echar a llorar.

Por toda respuesta, la joven se cogió de su brazo, y Walt retirando su pelo hacia atrás y respirando profundamente, exhaló satisfecho, como a quien le perdonan la vida para decirle un tímido "gracias".

De camino a casa, los dos amigos hablaban como si se hubieran visto el día anterior; al principio, la conversación fue más triste, cuando Walt le explicó cómo había llegado a vivir en aquella especie de tugurio, rescatando a aquella chica de las garras de un violento cliente demasiado borracho; le habló de sus primeros meses en París. Se matriculó en la academia de pintura, incluso, vendió algún

retrato, pero pronto su suerte acabó: sin trabajo, sin ingresos... no pudo permitirse pagar la academia, tuvo que dejar su apartamento, se hundió en una depresión; tampoco intentaba vender ningún cuadro; se refugió en el juego, en bares de mala fama... La chica, agradecida, habiéndolo visto pasar muchas noches al raso, le ofreció su casa hasta que encontrase algún trabajo, pero la suerte seguía sin acompañarlo hasta la fecha.

—Walt, francamente estás metido en una situación difícil, no estaría de más que dejases que te echasen una mano. Necesitas asearte, arreglarte, salir de ese antro donde estás metido, dejar de consumirte y de dormir en el parque... Escúchame por favor, hasta el final, y que no me interrumpa ese estúpido orgullo tuyo. En el mismo rellano de nuestro piso, se alquila uno, es un estudio, es perfecto para una sola persona, déjame que te ayude, no es muy caro, me lo puedo permitir... —dijo llevándose su dedo índice a la boca para impedirle que hablase, y siguió diciéndole —solo es un préstamo, hasta que consigamos un trabajo, no te preocupes, te cobraré hasta el último franco —le aclaró —en serio, tengo buenos amigos aquí, seguro que alguno de ellos nos puede ayudar, sé que es una buena idea, igualmente que sé que no te arrepentirás. Si yo necesitase ayuda y tú me la ofrecieras, no dudaría en aceptarla.

—Suena tan bonito que casi me estás convenciendo —se emocionó.

Sara creyó por unos segundos vislumbrar ese juguetón tintineo de sus ojos.

—Entonces... ¿aceptas? —le estiró la mano como si cerrasen un trato.

—Solo si me prometes una cosa.

—Me das miedo —rió.

—Si encuentro este trabajo, además de devolverte tu dinero ¿me dejarás que te invite a cenar algún día?

—¡No esperaba menos!

Hablando y riendo, disfrutando de su compañía, como siempre habían hecho, llegaron al apartamento donde la joven residía.

—Te espero mañana entonces, a partir de las 14:00h. de la tarde yo ya estoy en casa. Puedes pasar a la hora que a ti te vaya mejor.

Walt se llevó la mano de su amiga a los labios, y dándole un discreto beso le contestó:

—Gracias, aquí estaré. Pasaré entonces algo más tarde de esa hora.

Al día siguiente, Walt se presentó en el apartamento de las jóvenes a la hora en punto convenida. Sara pudo comprobar con alegría que el joven se había esmerado en arreglarse, esto le habría servido sin duda para sentirse algo más animado y poder abrirse a la esperanza de encontrar un trabajo y sacudirse lo antes posible la depresión en la que se había sumido. Se había afeitado y peinado su pelo hacia atrás, el cual lucía tan bonito y natural como ella recordaba. Observó, fijándose y procurando que él no lo advirtiera, que seguramente había vuelto a utilizar sus manos a modo de plancha como cuando lo vio en el parque, para intentar quitar las profundas arrugas que éste mostraba pero, a la vista estaba que no había alcanzado su objetivo. Le ofreció algo de beber que él rehusó y le enseñó su apartamento.

—Esta es la habitación de Violeta, es una chica encantadora, lo comprobarás cuando la conozcas —empezó a decir Sara —la conocí muy providencialmente en el tren que nos llevó hasta Barcelona y ya no nos hemos separado. Mira, esta es mi habitación y esta otra la utilizamos como trastero: yo guardo mi máquina, —dijo señalando orgullosa la máquina de coser que acababa de adquirir y que le encantaba —y Violeta sus archivos y apuntes. Este es el lavabo... aquí está la cocina... como verás, entra mucha luz, como en la sala principal...

Sara había cogido a Walt de la mano y lo paseaba por todo el piso enseñándoselo entusiasmada, orgullosa de su momentáneo hogar.

—Tenéis un piso precioso, me gusta mucho, ¡enhorabuena! —le sonreía feliz disfrutando al verla tan emocionada.

—Gracias, cuando mi madre estuvo en París, se hospedó en estos apartamentos que alquila el matrimonio Laffaire. Contacté con ellos antes de venir, como última opción, llámame tonta pero quería demostrarme que podía valerme por mi misma y espabilarme yo solita, sin embargo... ¡los hoteles son tan caros! Fue una verdadera suerte que todavía se dedicasen a arrendar pisos; Violeta y yo vimos, como suele decirse: "los cielos abiertos" cuando se nos solucionó este problema.

Hablaba demostrando su felicidad, gesticulando incluso demasiado, algo que quizá se le había contagiado de la expresiva Violeta. Walt la observaba sonriéndole y pensando en que, si eso era posible, le gustaba todavía más "esa nueva y desenfadada Sara" que parecía de pronto más madura, más espontánea.

—Antes de ir a hablar con los Laffaire y, por favor, te pido que no te me ofendas —dijo juntando sus manos en actitud de súplica —me gustaría hacerte un regalo.

Se fue a la habitación que utilizaban de "trastero" y regresó a los pocos segundos con un traje de caballero precioso, de color azul marino.

—En la academia confeccionamos todo tipo de prendas; no sé qué hacer con este traje. He intentado regalárselo a Pierre, un amigo de Violeta, pero le está demasiado grande. Si a ti te sienta bien, me harías un favor si te lo quedases: el cuarto se nos está quedando pequeño. ¿Quieres probártelo? Puedes pasar a mi habitación a cambiarte.

—No me ofendo, te estoy muy agradecido —dijo sinceramente.

Walt cogió el traje y pasó a la habitación de Sara para cambiarse. Al salir del cuarto sin la chaqueta puesta y pidiéndole a Sara que le abrochase los botones de los puños y del cuello, pues los ojales estaban poco abiertos, ésta, rogó porque él no la hubiera visto cómo se había ruborizado al volver a ver al Walt que recordaba, al que con su sola presencia parecía abrumarla.

La camisa, sin ser especialmente apretada para él, le marcaba unos pectorales que ella no sabía ni que existían y que nunca hubiera pensado que le llamasen la atención. Tal vez no recordaba haberse fijado ya en ellos. El color blanco le sentaba muy bien, parecía que lo iluminaba de una manera casi inmaculada y que del mismo modo, esta luz inundaba por completo la estancia. En ese momento, se oyeron unas llaves en la cerradura de la puerta. Como si estuviera haciendo algo malo, Sara dio un respingo, tremendamente asustada e incluso ahogando un gritito.

—¡Dios mío, es Violeta, qué situación más violenta! —dijo apartando con toda la velocidad que fue capaz sus manos del cuello de Walt, dejándolo con los botones todavía sin abrochar —Hola, Leti, qué sorpresa, creía que hoy comías con Pierre —soltó toda la frase de golpe, visiblemente nerviosa.

—Ya veo que no me esperabas —sonrió divertida mirando a Walt de arriba a abajo con expresión complacida.

Cuando oyó este comentario, Sara se quedó de una pieza, pero más sorprendida aún se mostró al escuchar decir a Walt de un modo casi sensual y socarrón:

—Bueno, querida mía, será mejor que me acabe de vestir.

Sara quiso que Walt captase todo el fuego de su mirada intentando dejarlo fulminado ahí mismo pero suavizó su rostro para dirigirse a su amiga y pedirle que se acercase para poder presentarle al descarado Walt.

—Sara me ha dicho que eras encantadora, ahora veo que no exageraba en absoluto —rió al ver que la joven se sonrojaba.

—Me gusta este chico —dijo mirando a su amiga.

Walt, sonrió y desistiendo de poder abrochar los botones del pecho de su camisa, fue a la habitación para probarse la chaqueta.

—Pero ¿de dónde has sacado a este dios del Olimpo? —preguntó Violeta casi susurrando a Sara. Y lo más importante ¿qué está haciendo exhibiendo sus pectorales en nuestra casa? —movió las manos cómo si no entendiera nada y buscando una explicación que no le llegó porque Walt salió en ese momento con la chaqueta puesta. Violeta se llevó la mano a la cara tapándose la boca exageradamente e hizo como si necesitase apoyarse en la silla que tenía al lado, fingiéndose próxima al desmayo.

—Me tenéis intrigada ¿esto es un pase de modelos, o algo así? —preguntó desconcertada. ¡Y pensar que por poco me lo pierdo!.

Sara le dio por fin una explicación, contándole a rasgos generales que Walt era un amigo de Arfa con el que había coincidido casualmente en París, que necesitaba un empleo y había venido a hablar con los Laffaire para saber si tenían algún apartamento disponible porque ya no podía hacer frente al gasto del alquiler de su piso.

—¡Qué casualidad! —exclamó Violeta —Jean se marcha de la empresa, quiere establecerse por su cuenta, es el encargado de la sección de moda masculina; te daré la dirección y te pasas por allí y si no tienes suerte, pues ya "haremos lenguas por ahi".

La cara de Walt se iluminó y Sara miró a Violeta, asintiendo con la cabeza, mientras abría sus labios para dedicarle un mudo "gracias", que su amiga supo entender inmediatamente.

Decidieron ir en ese momento a hablar con el matrimonio arrendatario. Violeta los acompañó también, pues según dijo le hacía gracia ver cómo eran los apartamentos disponibles más pequeños. Walt estuvo encantado cuando vio su posible nueva residencia. La estancia era un loft perfectamente iluminado, con unos muebles no tan modernos como los de las chicas, pero que para él, eran mucho más de lo que podría haber pretendido: una sencilla mesa de forma ovalada y chapada en madera, estaba rodeada de cuatro sillas forradas de skai, de un color marrón que combinaba perfectamente con la mesa; la adquisición de estos muebles resultaba más económica, sin embargo, el empleo de los materiales con los que estaban fabricados, les daba una apariencia más resistente a la vista. Si Walt fuese el nuevo inquilino del piso, dispondría de una bonita y amplia habitación, única en el piso, pero suficiente para él solo; un lavabo equipado con ducha e incluso un bidé, y una pequeña terraza donde mentalmente pensó que su perrita podría estar tomando el sol encantada de la vida, de su nueva y diferente feliz vida. Pensó que tal vez, el matrimonio no le permitiría que compartiese su apartamento con Rita, y eso lo entristeció, pero se las ingenió para preguntarles, de un modo que pareciese casual y solo una mera curiosidad, si llegado el caso, admitían en sus apartamentos la presencia de algún animal de compañía y cuando la respuesta del matrimonio fue afirmativa, pues se confesaron además unos tremendos amantes de los animales, Walt interiormente se ilusionó, ya que Rita había sido su única buena compañera desde hacía unos meses y esto significaba que podrían seguir compartiendo sus días. Si la respuesta hubiera sido negativa, no hubiera dudado en rechazar la tentadora oferta.

El señor Laffaire insistió en rebajar en algunos francos el precio del alquiler al joven por tratarse del amigo de sus inquilinas favoritas. Walt miró a Sara: de ella dependía la decisión.

—Walt, yo creo que te lo puedes permitir. Un apartamento precioso, para tí solo, en pleno centro —empezó a decir para que él supiera que por su parte, ya estaba todo decidido.

—¡Y con tan buenas vecinas! —agregó Violeta.

—Bueno, pues si todos estamos de acuerdo, no hay más que hablar —expresó contento Walt, estrechando la mano del matrimonio.

Violeta se le abrazó: —¡Bienvenido! —le dijo encantada.

Walt miró a Sara, como esperando que ella imitase el gesto de su amiga y Sara lo hizo. Walt la estrechó con fuerza y le susurró al oído un "millones de gracias", tan suave, que hizo estremecer a la joven. Se apartó ligeramente de ella y sujetó su cara con ambas manos. Sara se puso colorada de inmediato cuando el joven le dio dos sonoros besos en las mejillas, deteniéndose demasiado entre un lado y otro de su cara y mirándola a los ojos mientras lo hacía. A ninguno de los presentes extrañó este gesto sencillo de demostración de amistad, al contrario, la señora Laffaire sonriendo divertida y dio unas palmadas divertidas como si lo celebrase; su marido los invitó a pasar a su casa para tomar un café o lo que les apeteciese y poderse conocer mejor. Violeta sonreía complacida porque como buena persona enamoradiza, ella en todo veía amor y alegría. Sin embargo, Sara rememoró los momentos a solas vividos con Walt, momentos románticos, podría denominarlos apasionados, pero solo en la corta medida que ella había permitido, gracias a sus continuas negativas. De repente, sintió de nuevo el bombeo de su desbocado corazón palpitando en su cabeza. Le dio la impresión de que el tiempo se había parado y que aquellos largos nueve meses que habían pasado desde su separación no habían transcurrido realmente. Ninguno de los dos había hecho mención a su último encuentro, el día de su triste despedida en la estación de Arfa y ahora, allí estaban, abrazados, como si el juguetón destino quisiera que retomasen de nuevo su amistad.

De vuelta al apartamento de las chicas, Violeta le dio una tarjeta a Walt con el nombre de la empresa donde trabajaba y le indicó que dijera que iba de su parte. Walt la cogió agradecido y esperanzado.

Sara estaba trabajando en casa aquella tarde. Tenía que confeccionar un vestido en tela de tafetán; necesitaba estar muy concentrada, ya que este tipo de tejido es complicado de coser si no se utiliza una aguja fina y una tensión baja en la máquina, para evitar en la medida de lo posible que se vaya resbalando y además porque se trata de un tejido un tanto rígido a la hora de manejarlo con presteza. Si le salía bien, tenía pensado regalárselo a Violeta, podría ser perfectamente su vestido de novia o bien el apropiado para el llamado "segundo día", en el cual la novia puede vestir con un vestido elegante, pero más cómodo que el utilizado en su boda. Y no es que Violeta hablase ya de su boda, pero sí que hacía insinuaciones al respecto.

El timbre de la puerta que de pronto sonó como si alguien lo estuviera pulsando una y otra vez sin descanso, de un modo terriblemente insistente, la hizo parar su trabajo con sumo cuidado para acercarse a la puerta y preguntar quién era.

—Yooooooo —reconoció la voz de Walt mientras seguía apretando insistentemente el timbre de la puerta.

Sara le abrió la puerta y Walt la cogió en brazos como si fuera una pluma mientras le daba vueltas por toda la estancia.

—¡Te han dado el trabajo! —aseguró casi gritando, contagiada por su entusiasmo.

—Síííí —contestó Walt dejándola en el suelo —Síííí —repitió emocionado —se acabó mi pesadilla y todo te lo debo a ti, mi nenita y a Violeta, claro. Espera, —rogó precipitadamente volviendo a salir por la puerta para coger dos grandes paquetes que había dejado en el suelo —os he traído un regalo. Este es el tuyo —se lo dio nervioso, procurando no perderse la expresión de la cara de la joven.

Sara lo aceptó emocionada y Walt, tras cerrar la puerta, se puso a su lado entusiasmado como un niño para ver cómo abría el paquete.

—¿Por qué te has molestado? No hacía falta, no quiero que malgastes tu dinero — le regañó tomando asiento.

—Me hacía mucha ilusión poder compraros alguna cosa para agradeceros las molestias que os he ocasionado, y la verdad es que me lo he podido permitir. Tomadlo como un regalo adelantado de Navidad— se justificó sentandose junto a ella.

—No seas tonto, lo hemos hecho encantadas.

Visiblemente emocionada abrió su regalo, y no pudo ocultar su sorpresa cuando ante ella apareció un precioso y enorme bolso de piel de ante decorado con coloridos bordados de índole étnica y flecos alrededor de su tapa.

—¡Oh, Walt, es magnífico, y muy útil! ¡Gracias! —lo abrazó unos segundos —me encanta, de verdad.

—Lo he escogido en color marrón medio para que pueda ser más combinable —explicó como si fuera un gran entendido y aceptando el abrazo contentísimo.

—¿Sabes? Me hará mucho bien tenerte aqui —dijo de repente con los ojos empañados en lágrimas —estas serán mis primeras Navidades lejos de mi casa, de mi padre, de Dana...

—Y de tu príncipe —le recordó Walt.

—Sí, —asintió ella cogiendo el pañuelo que él le ofrecía —hubieran sido unas Navidades muy tristes ¡con lo que yo las disfruto! Me encanta escoger algún obsequio para cada uno de ellos, que les puede gustar más o menos, pero que siempre les emociona; decorar la casa; poner villancicos en nuestro pequeño tocadiscos, ¡tararear las letras, uniendo mi desafinada voz con la de los niños que los cantan! —rió divertida recordando esos bellos e inigualables momentos vividos con su querida familia —siempre hemos estado muy unidos, el tenerte aquí será un poco como si estuviera allí. Me

alegro mucho de haberte reencontrado y te doy las gracias por estar conmigo, Walt.

—En cierto modo, parece como si no hubiera pasado el tiempo, como si se hubiera parado en aquella estación y volviésemos a empezar.

Sara lo miró sonriendo con tristeza al apartarse un poco de él y Walt, como si hubiera adivinado lo que pensaba, le aclaró:

—No te preocupes, no quiero volver a acosarte, no quiero que te sientas mal a mi lado. Realmente ha sido un milagro volverte a encontrar, el que me hayas salvado, literalmente, por eso, y porque he aprendido a comportarme, no volveré a molestarte. Estoy resignado y si solo puedo aspirar a ser tu amigo, seré el amigo más maravilloso que hayas tenido jamás.

Sara le sonrió dulcemente esta vez, asintiendo con la cabeza como para darle la razón y pensando en por qué, realmente, tenía que ser tan maravilloso.

—Te dejo el regalo de Violeta, es el mismo bolso, para que no os peleéis —sonrió —ahora me voy, ya tengo empaquetadas mis cuatro cosas, en un rato vendré a instalarme —le dijo entusiasmado como una criatura a la que le han regalado el juguete que quería.

Se despidió, y en poco más de una hora ya estaba de vuelta. Sara fue a abrirle y al hacerlo, la perrita de Walt la saludó efusivamente, saltando tan alto como podía para alcanzar los favores de la joven.

¡Holaaaa, bonitoooo! —dijo Sara con una extraña vocecilla agachándose para cogerla en brazos. —¿Estás contento, verdad? — la acariciaba mientras dejaba que la besuquease.

—Ejemm... —carraspeó Walt— no es por nada pero, es perrita — sonrió divertido mientras Sara se disculpaba.

—¡Uy! — Sara se llevó una mano a la boca mientras la abría, a modo de sorpresa —perdona guapa, no me había dado cuenta. ¿Cómo te llamas, pequeñina mía? —le preguntó —¡eres preciosa!.

—Te contestaré en su nombre, se llama Rita —dijo Walt sonriendo abiertamente y encantado de que a Sara le gustasen los perros.

—¿Rita? —se sorprendió.

—Sí —respondió Walt —viene de Sarita, espero que no te importe...

—¿Le has puesto mi nombre a una perrita? —rió por la ocurrencia.

—Verás, un día estando en el parque se me acercó; parecía estar abandonada, o perdida, no llevaba ninguna identificación, ni collar. Compartimos la cena y desde ese momento, no nos hemos separado ni un instante. Es una maravillosa amiga, me anima en los momentos tristes y mantiene a sus pretendientes a raya. ¿Comprendes ahora el motivo de la elección de su nombre? —sonrió algo burlón.

—¡Es increíble! —dijo Sara fingiéndose enojada y siguiendo a Walt hasta la puerta de su piso.

Nada más entrar, Rita hizo un rápido reconocimiento de todas las estancias, parecía estar muy contenta: su rabito se movía como un molinillo un fuerte día de viento. Walt dejó su equipaje en el suelo y lo primero que hizo, dirigiéndose a la cocina fue coger un plato, llenarlo de agua y sacar de una bolsa el comedero y su comida para que la perrita pudiera familiarizarse con el entorno y saber que, a partir de ese momento, ese sería su hogar y nunca más volverían a gritarle, como había hecho en ocasiones su "compañera de piso", cosa que les había costado más de una discusión. Satisfecha su curiosidad y cumplida su misión de olfatear todo el piso, Rita vino a la cocina, atraída por la olor a su comida, a la que no hizo ascos y se dirigió a la terraza, donde seguramente intuyó, que a otras horas más tempranas del día, algún rayito de sol, la visitaría; se hizo un

pequeño ovillo, dispuesta a descansar, pues el camino había sido largo y las emociones intensas, y Walt, conociendo ya sus costumbres, le puso al lado su camita para que estuviera más cómoda y Rita, casi con los ojos cerrados, se puso sobre ella quedando dormida prácticamente al instante.

—Es un amor —dijo Walt mirándola complacido —¿sabes? yo nunca había sentido el calor del amor desinteresado de nadie, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin amigos... Rita es todo eso, la quiero con locura. No sé qué habría hecho sin ella, esta preciosa pequeñina era la que me daba la fuerza y me animaba a levantarme cada mañana para estar pendiente de su bienestar y su felicidad.

—Lo sé —asintió Sara —Te entiendo perfectamente. Ya es tarde, dejémosla descansar. ¿Tienes algo para cenar? ¿quieres cenar con nosotras?.

—No, te lo agradezco. He traído alguna cosa, cenaré temprano y me retiraré. Yo también estoy cansado. Mañana será otro día —le sonrió.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Sara, que descanses y millones de gracias de nuevo.

—No se merecen.

Walt cerró la puerta pero al cabo de unos segundos volvió a abrirla y cuál sería su sorpresa al ver que ella todavía estaba ahí. Ambos sonrieron: —Me preguntaba… —dijeron los dos a la vez.

—Habla —dijo Sara.

—No, habla tú, las mujeres primero.

—Bueno, me preguntaba, si querrías... mañana Violeta y Pierre cenarán juntos por ahí, tal vez te apetecería venir a casa a cenar conmigo, si puedes, no sé, si te apetece... —repitió nerviosa.

—Acepto encantado —la interrumpió.

—¿Aceptas? —casi se sorprendió.

—Eso he dicho, estoy deseando descubrir cómo cocinas.

Su tono sonó como si pusiera en duda las artes culinarias de la joven y ésta, que lo captó, le contestó: —No creas que soy una inexperta, en casa siempre me fijaba en cómo cocinaba Dana; aprendí mucha teórica y aquí he adquirido la práctica —aseguró subiendo una ceja en descarada señal de desafío ante la atenta y burlona mirada del joven, que le contestó aprobando el comentario: —Estoy seguro de que me encantará lo que cocines. Completamente seguro —reiteró.

—¿Tú que querías decirme? —preguntó Sara.

—Nada.

—¿Nada? ¿ para qué has abierto la puerta entonces?

—Tan solo quería verte otra vez —sonrió socarrón.

—Venga...

—Bueno, había pensado, que tal vez un día podríamos dar un paseo juntos, con Rita, si quieres —por su triste tono de voz parecía resignado a asumir la negación de ella.

—Acepto encantada —sonrió repitiendo las palabras que él había dicho, y feliz al ver el rostro de Walt iluminado por su respuesta.

Quería sorprender a su amigo, pero tampoco quería hacer un menú demasiado complicado; podría pasarle aquello que a veces ocurre que cuanto más empeño y esfuerzo pones en algo, peor te sale. Tampoco sabía cuáles serían sus preferencias, así es que se decantó por preparar una ensalada variada, algunos aperitivos y un pastel de verduras del que se sintió orgullosa, no solo por su original aspecto en forma de "brazo de gitano", sino por su buen sabor.

De postre optó también por algo sencillo, sin complicaciones: compró una barra de helado de tres sabores, nata, fresa y vainilla, que pondría en forma de bola en anchas copas de cristal, y las adornaría simplemente con el típico barquillo de masa dulce en forma de abanico.

Apenas acababa de sentarse un rato para descansar tras su laboriosa presentación de la mesa, a la cual había desprovisto del hule que siempre utilizaban para no mancharla, y a la que había "vestido" con un bonito mantel de ganchillo que ella misma había hecho, cuando sonó el timbre de la puerta. Al abrir se encontró con un enorme y precioso ramo de flores: rosas rojas y violetas, como el de aquél día. La cara sonriente de Walt apareció de repente tras ellas: —¿Llego tarde? —preguntó aún sabiendo que llegaba antes de tiempo a la cita.

—¡Qué va! si te descuidas me pillas aún en la cocina, con las manos en la masa —dijo de un tirón cogiendo el ramo —gracias, son preciosas, las pondré en agua.

—¿Dónde está mi Rita? ¿habrás sido capaz de venir sin ella? —regañó Sara al oír cómo la perrita rascaba la puerta del apartamento de Walt.

—No sé, como es un poco traviesa —empezó a decir él.

—Vé ahora mismo a buscarla, ¡malo! —palmoteó el antebrazo de su amigo.

Walt obedeció y fue a abrir la puerta a Rita que salió disparada de su casa para meterse en la de Sara, quien ya la esperaba con los brazos abiertos y a los que la perrita se abalanzó sin dudar.

—Vaya, esto tiene muy buena pinta, y muy romántica —observó Walt al fijarse en las velas en forma de corazón con las que Sara había decorado la mesa.

—No te hagas ilusiones —bromeó ella —las tenía por ahí y las he puesto, toma, —dijo pasándole una caja de cerillas —enciéndelas ¿quieres? ¿Rita ha comido ya? —se preocupó.

Walt asintió y le recordó que aunque no lo hubiera hecho, Rita utilizaría su táctica de poner carita de buena y ojitos de "¿en serio no me vais a dar nada?", para hacerlos sentir culpables y obligarlos a compartir algo de su comida con ella. Era algo que ya había aprendiendo en el tiempo que llevaba con su querida perrita. Sara rió divertida y cogiendo de nuevo a Rita en brazos utilizó su vocecilla más infantil para preguntarle: —¿Ah, sí? ¿eso haces tú, pequeña pillina?, seguro que el papá exagera —afirmó convencida.

—¡Uy, el papá! —se sorprendió él por el modo en que Sara lo había denominado —seguramente Rita será la única hija que tenga jamás.

—¡Eso nunca se sabe! —contestó Sara dejando que Walt le apartase la silla caballerosamente para que se sentase.

—Sí, hay cosas que sí se saben, no tengo demasiada suerte con las mujeres —afirmó y pareció entristecerse.

Sara no contestó y cuando él estuvo sentado desvió el tema al preguntarle graciosamente:

—Bueno, ¿no vas a probar nada? ¿crees que te voy a envenenar como si fueras un emperador romano?

—No sé, no sé —bromeó también él, probando el pastel de verduras que Sara le había puesto en su lado, ante la atenta mirada de ésta.

— "Mmmm", francamente rico, —contestó —mis más inceras felicitaciones a la cocinera.

La joven sonrió entusiasmada y suspiró como si acabase de ser aprobada tras realizar un difícil examen. Se mostró entonces más distendida y tranquila, riendo y hablando con Walt de todo, disfrutando de su compañía sin pensar que hacía algo malo, sin temer que nadie los viera. Él le contaba feliz cómo había sido su primer día en el trabajo, lo a gusto que habían pasado la noche Rita y él, compartiendo cama, aunque ella tuviera la suya, disfrutando de un mullidito colchón, de lo bien que le había sentado su desayuno, sentado, sin prisas por marchar.

En ese momento, Rita salió disparada de la terraza como si algo la hubiera asustado y tiró la botella abierta de champán que Walt había dejado en el suelo, provocando que se derramase parte del contenido de la botella por la estancia.

—¡Oh, Rita, mira lo que has hecho! —le regañó aunque con la dulzura con la que siempre lo hacía cuando la pequeña cometía una imprudencia —lo siento Sara, si me das una bayeta lo recogeré.

Sara regresó en un minuto con dos paños y dándole uno a su amigo, se arrodilló junto a él para ayudarle a limpiar. Accidentalmente sus manos se rozaron; la joven retiró la suya de inmediato, visiblemente nerviosa y sorprendida a la vez por la inesperada reacción que había tenido ante un gesto tan insignificante. Se levantó del suelo apresuradamente para decirle: —Iré a buscar una fregona, así acabaremos antes. Vuelvo en un minuto —afirmó sin mirarlo.

Walt la observó retirarse sin decirle nada; no le había pasado inadvertido este detalle. Al acabar de limpiar, tomaron asiento de nuevo, y fue Walt quién rompió el incómodo silencio que se hizo repentinamente entre ellos tras el pequeño accidente, diciendo lo

primero que se le pasó por la cabeza: —estaba todo delicioso, tenías razón. Gracias. Te ayudaré a recoger la mesa y me retiraré antes de que se haga más tarde.

Sara se lo agradeció, pero cuando Walt le propuso compartir la tarea de fregar los platos juntos, rehusó el ofrecimiento (tal vez para evitar que sus manos volvieran a rozarse), excusándose en que no se hace fregar los platos al invitado, y alegando que así al día siguiente no se aburriría, porque al ser sábado, no tenía clases en la academia. Walt aceptó este argumento y saliendo de la cocina, se dirigió al salón para buscar a Rita con intención de marcharse. La llamó, y ésta le contestó ladrando insistentemente desde la terraza, como si quisiera que la fuese a buscar. Walt y Sara accedieron a su reclamo y salieron a la terraza. No supieron encontrar el motivo por el cual la pequeña había ladrido con esa insistencia, pero se quedaron un rato haciendole compañía.

La noche no era demasiado fría, pero corría una ligera brisa. Las luces navideñas, perfectamente visibles a esa hora de la noche, parecieron encandilarlos con su intermitente parpadeo. Sara las miraba entusiasmada —¡Qué bien se está aquí! —casi susurró al respirar hondo, como si quisiera retener ese momento.

—¡Y qué bonita visión! —dijo Walt mirándola de una manera que le hizo creer que esta última exclamación iba dirigida a ella. Pensar esto la puso nerviosa, solo esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

—Sí —repuso tímidamente —¡Qué bonita es la Navidad!, ¿verdad?

—Sara, ¿te pongo nerviosa? —preguntó el joven de repente.

—¿ Nerviosa? ¿por qué? —preguntó como si no supiera a qué se refería, pero intuyendo, sin equivocarse, lo que él iba a decirle.

—Antes, al rozarnos, has retirado tus manos... de una manera… ¡parecías tan contrariada!.Entenderé si no quieres volver a verme.

—No me he dado cuenta —mintió mordiéndose el labio inferior.

—¿Seguro?

—Por supuesto —afirmó rotundamente, volviendo a mentir.

—Entonces, ¿por qué te has apartado de mi lado? ¿Por qué me evitas?

—No te evito, pero si te lo ha parecido, quizá sea para que no te confundas —titubeó.

—Realmente, ¿no sientes nada por mí?

—No, quiero decir, no en un modo romántico, Walt, ya lo sabes —le aclaró.

Walt se puso de repente muy serio, su cara reflejaba lo que a Sara se le antojó como una profunda tristeza e intentó suavizar su negativa.

—¿Cómo no me voy a poner nerviosa delante de un chico tan guapo como tú? —pretendía bromear para destensar el momento pero la respuesta de Walt la descolocó una vez más.

—¿Ves como estabas nerviosa?. Antes no me has dicho la verdad, ya sabía que me mentías, puedes mentirme también ahora —parecía esperanzado, deseando escuchar una respuesta positiva por fin.

Sara se apoyó en la barandilla, de espaldas a él, evitando mirarlo. Walt la cogió por el antebrazo y suavemente la giró hacia él, de manera que quedasen uno frente al otro. El joven apoyó sus manos en la barandilla, de forma que ella quedara "atrapada" entre sus brazos. Se miraron un instante y de pronto, Sara creyó percibir ese bailarín brillo en los ojos de él, ese brillo de un azul intenso, penetrante y a la vez transparente que hasta ese momento no había aparecido, y al que tanto, ahora se daba cuenta, había echado de

menos. Se acercó a ella despacio y creyendo sin equivocarse que ésta vez no sería rechazado, se atrevió a besarla.

—¡Walt! ¿Qué has hecho? —lloriqueó asustada, abriendo los ojos literal y metafóricamente. —¿Qué has hecho? —intentó apartarse.

—No, mi Sara ¿qué hemos hecho? ¿aún no lo tienes claro? Ambos sentimos lo mismo, se le llama amor, mi amor. No es tan terrible. ¿Qué más pruebas necesitas? —le preguntó acariciándole sus ruborizadas mejillas, su rizado cabello, evitando despegarse de ella.

—¡Sí que es terrible, yo me he comportado de una manera terrible! —dejó que sus lágrimas cayeran libremente por su cara. —Esto no puede ser, de ninguna manera Walt, por favor, suéltame, lo siento.

—¿Por qué no puede ser? ¿no puedes escuchar a tu corazón? ¿al mío? —parecía suplicarle.

—Existe otra persona, lo sabes — evitaba mirarlo a los ojos.

—¿No puedes dejar de pensar en él un segundo y pensar en ti, en mi, en nosotros? Él es tu amigo de la infancia, compartisteis penas, alegrías; está bien, pero eso no te compromete a nada más. Tú no lo quieres, de eso estoy seguro, como ahora estoy seguro de que a quien quieres como a un amigo es a él, y no a mí.

—Walt, Marc es mi novio, estamos comprometidos, no es solo un amigo de la infancia. ¿No lo entiendes? yo no puedo hacerle esto, traicionarlo por la espalda, ahora... que estamos tan lejos, que no puedo hablar con él.

—¿Y tú?¿no te traicionas a ti misma, a tus sentimientos, a los míos, a nuestro amor? atiende a razones Sara, escucha a tu corazón. Nunca te he engañado, amor —se agachó para coger a Rita, que reclamaba sus mimos. La perrita se colocó entre ambos, sin dejar de besarlos, como si quisiera evitar que estuvieran tristes. —Yo nunca te he engañado —repitió —aunque jamás me hayas creído, aunque

pensaras que solo serías un simple capricho para un pobre y estúpido chico que solo es fachada, como yo.

Sara negó con la cabeza porque Walt no era solo una fachada para ella, ni para nadie, pues estaba segura de su valía como persona. Él siguió hablando, tenía ganas de explicarle cómo se sentía, lo que sentía por ella, lo que siempre sintió y lo que nunca dejaría de sentir.

—La primera vez que te vi te clavaste aquí adentro —se señaló el corazón —y te juro por lo que más quieras que todavía estás ahí y que lo estarás para siempre. Tú eres la única mujer por la que sé que merece la pena vivir, cuyo recuerdo me daba las fuerzas necesarias para intentar salir adelante. ¿No crees que fue un verdadero milagro volvernos a encontrar, que fue la manera tan fuerte en la que pensábamos el uno en el otro la que nos reunió de nuevo?. Ya sé que no te merezco, que tal vez no sea para ti, pero no me gustaría morirme sin intentar demostrarte que te equivocas respecto a mi.

Sara le tapó la boca para impedir que siguiera hablando.

—Reconozco que cuando te conocí, sí que tuve esa impresión de ti, la de que eras un rompecorazones capaz de añadir uno más a tu lista sin importarte nada más; pero después, ese pensamiento cambió, te conocí mejor y quise creer que no eras así y comprobé encantada que no me había equivocado porque eres un ser increíble, con el que me siento francamente bien, con el que puedo hablar de todo, reír por todo y al que he besado con sinceridad "mea culpa" —admitió —pero lo que siento por Marc está por encima de eso, por encima de ti, de nosotros. Me siento mal, terriblemente mal por lo que he hecho y porque él no se lo merece, no merece que lo engañe, ni siquiera que lo piense; ¡Marc es tan importante para mí! No espero que lo entiendas, tal vez no lo entiendo ni yo, pero es así, al menos, lo será hasta que lo vea, hasta que, si me atrevo, le pueda explicar lo confundida que estoy, porque así me siento Walt, lo siento, perdóname, pero no voy a arrojarme a tus brazos, no quiero

ni debo hacerlo, por lealtad, por amistad y por el amor que me une a Marc.

—Es tarde y estamos cansados. —fue la respuesta más coherente de lo que Sara esperaba. —Estoy dispuesto a esperar, si tú eres capaz de corresponderme algún día, te aseguró que no me voy a dar por vencido, no te molestaré, no te incomodaré, pero estaré a tu sombra, a la espera. Todo el tiempo que haga falta. Todo el que necesites.

Dejó a Rita en el suelo y cogió a Sara de la mano cuando salieron de la terraza. Sara le acercó su abrigo y le dio las gracias por venir. Walt no estaba contento, pero tampoco triste, pues se iba esa noche con algo más de lo que había llegado: la esperanza de que algún día, Sara lo quisiera más que a Marc.

Ninguno de los dos volvió a hablar del tema. Seguramente, porque Walt intuía que sería mejor no avasallar a Sara para no forzar una negativa y Sara, para no caer en la tentación de decirle que sí. El domingo salieron juntos con Rita para dar un largo paseo y ambos se sintieron a gusto, en cierto modo, aliviados por no tener que hablar del mismo tema de siempre. Sabían que se querían, y de momento, era suficiente.

El día de Nochebuena, las dos jóvenes invitaron a Walt y a Pierre a su apartamento; pensaron que sería una bonita ocasión para que los chicos se conocieran. Sara estrenó su vestido corto de punto. Era de color marrón oscuro; sus mangas, más amplias al finalizar un poco más arriba de las muñecas, acababan en tres rayas horizontales en colores blanco, naranja y un suave granate, así como el bajo del vestido. Optó por dejarse el rizado cabello suelto, solamente recogido por una gruesa diadema, también de color marrón que contrastaba con su dorado cabello y confiriéndole un aspecto muy moderno y juvenil. Violeta, muy navideña ella, se vistió con una minifalda de cuadros negros y rojos, cambiándola con una blusa de color rojo intenso, en cuyo largo cuello, que iba casi de hombro a

hombro, se había puesto un foulard en color verde musgo. En cuanto a su negro cabello, que había dejado crecer poco más de su clásica media melena, pero conservando su recto flequillo, lo recogió en un sencillo moño, que le daba un toque muy distinguido para la ocasión. Walt y Pierre, que habían venido a la cena también muy elegantes, ambos con modernos trajes de "moderada" pata de elefante, de colores oscuros y coincidiendo también en sus jerséis de cuello de cisne, de color crema Walt y de un amarillo mostaza Pierre, adularon a las chicas, resaltando que estaban especialmente bonitas. A la cena tampoco faltó Rita, a quien Sara, anticipándose a los regalos navideños, había comprado un precioso jersey estampado en divertidos y coloridos motivos geométricos, con el que la perrita parecía saber que estaba causando sensación, ya que no dejaba de pasearse delante de todos para que la pudieran piropear con razón.

La velada transcurrió en paz y armonía. Walt y Pierre congeniaron a la perfección; Pierre era muy aficionado al arte, y Walt le mostró entusiasmado su libretilla de bocetos, que siempre llevaba encima para no dejar pasar la inspiración, estuviera donde estuviera. Encantado con sus dibujos, Pierre animó al artista para que volviese a retomar sus clases, y Walt, emocionado como un niño, no dejaba de agradecerle su interés y sus consejos. Sara y Violeta los miraban sonrientes, contentas de que se llevasen tan bien; Violeta, siempre tan "celestina", no dejaba de pensar secretamente en que Walt sería la perfecta pareja para su amiga, y sin querer, o queriendo, se las arregló para preguntar a Walt sobre temas del corazón, quien sin tapujos, ni vergüenza, admitió estar muy enamorado de una joven que no le correspondía, pero asegurando que nunca perdería la esperanza de poderla conquistar.

—¿La conozco yo? —preguntó Violeta, curiosa.

—¡Leti! —le regañó Sara.

—No pasa nada, —contestó Walt, y creó un misterioso silencio de unos escasos segundos que a Sara le parecieron horas, para

continuar diciendo: — no, no la conoces.

Siguieron hablando de otras miles de cosas. Sara observaba a Walt: ¡estaba tan feliz por él!, orgullosa del cambio que su amigo había conseguido. Volvía a ser el joven apasionado por la vida que conoció en su pueblo; el muchacho improvisador, cariñoso, divertido y tan atractivo, ¿por qué no admitirlo, si era tan evidente?. ¡Claro que podría enamorarse de él!, si es que no lo estaba ya. Sin embargo, ella no podía dar alas a este sentimiento, probablemente idealizado. Ella estaba ligada a Marc, y sería muy feliz a su lado, deseaba poder serlo. Cuando esto ocurriera, Walt acabaría por salir de una vez de su corazón y de su mente y ocuparía únicamente el lugar que le correspondería, el que tendría si consiguiera verlo, por fin, solo como a un amigo.

En un abrir y cerrar de ojos llegó la primavera, y tras ella, el temido verano para Walt, pues significaba que su amada se iría y pasaría casi tres meses en Arfa con su familia y... con su rival. En este tiempo transcurrido, Sara y él habían estrechado sus lazos de amistad, y eso, para Walt, había tenido que ser suficiente, y no se arrepentía, porque tenerla como amiga era más que nada, y al menos, la conservaba a su lado; solo tenía que hacerla sentir bien, demostrarle que se podía fiar de él, que ya no era aquél díscolo presuntuoso al que conoció un año y nueve meses atrás.

El domingo por la mañana, a Violeta no le importó levantarse más temprano para compartir con Sara el último desayuno del que disfrutarían juntas hasta que ésta regresase de su pueblo para volver a la academia.

—Llámame cuando llegues.

—Lo haré.

—¿De verdad que no te importa que no te acompañe a la estación? Me horrorizan las despedidas y prefiero llorarte aquí sin que nadie me mire —se justificó.

—No te preocupes, Walt dijo que me acompañaría.

—¡Ahhhh! —exclamó con retintín —entonces me alegro de no ir, solo sería un estorbo para vosotros.

—¿Pero, qué estás insinuando? —abrió la boca en señal de sorpresa y tirándole una miga de su croissant a Violeta que impactó de lleno en su nariz. —Walt y yo solo somos dos buenos amigos.

—Ja, ja, ¡a mi no me la cuelas! —rio ésta contraatacando con un pedazo de su bollito, que también alcanzó su objetivo de pleno: la boca sonriente de Sara.

—¿Con que quieres pelea, eh? No sabes lo que has hecho, pequeña —amenazó ésta levantándose y cogiendo un cojín del sofá para tirárselo a Violeta con toda la fuerza que pudiera.

—¡No, no, para! —contestó ella sin poder contener la risa, e intentando al pedir clemencia, distraer la atención de Sara para poder tener tiempo de levantarse y coger otro cojín con el que defenderse.

En pocos segundos, las dos jóvenes corrían por la casa como dos niñas, jugando felices, lanzándose todos los cojines que encontraban a su paso, hasta que, de pronto sonó el timbre de la puerta. Violeta pidió una tregua para ir a abrir. Sara accedió, pero, arrepentida en el último instante, y justo cuando abrió la puerta, le tiró el cojín traicionero que fue a estamparse de pleno en la cara de Walt.

—¡Bingo! —dijo cuando Violeta no pudo reprimir su risa y Sara su sorpresa. —¿Quién va ganando?

—¡Yo! —se apresuró a decir Violeta —porque el tiro de esa tramposa no vale, estaba bajo tregua —se quejó.

—¿Cómo que no vale? —lloriqueó Sara.

—¡No, vale! —le contestó Walt tirándole el famoso cojín de tregua.

—¡Tú no jugabas! —volvió a protestar, cogiendo el cojín al vuelo y demostrando grandes reflejos.

—¡Claro que sí, señorita, intervine en el juego en el preciso instante en que tu cojín volador me acertó en plena cara.

Sara no pudo contener la risa pero juntó sus manos en señal de pedir perdón. —Lo siento.

—Está bien, te perdono, pero solo de momento, esto no puede quedar así. —también rió, divertido — ¿Estás lista?

—Sí —repuso Sara poniéndose de pronto algo triste —recojo el desayuno y ya estoy. Dame un minuto, por favor.

—¡Deja eso donde está! —le regañó su amiga con amor y dulzura — ¿quieres perder el tren? yo lo recogeré —extendió sus brazos para abrazarla y ponerse a llorar casi al mismo tiempo.

—Iré a por mis maletas —dijo la joven que lloraba también cuando dejó de abrazar a Leti.

—No sabe lo que la voy a echar en falta —le confesó a Walt cuando estuvieron a solas.

—Yo también —se entristeció el joven al responder. Yo también — repitió casi para sí mismo, olvidando lo sagaz que era Violeta.

—Me parece que tú la vas a echar de menos aún más que yo —dijo con doble intención, pues naturalmente, no le había pasado desapercibida la "especial" relación que ambos intentaban ocultar.

—No sé por qué lo dices —sonrió casi pícaramente.

Walt y Sara llegaron a la estación cogidos de la mano, en actitud muy diferente de cuando se despidieron por primera vez en Arfa. Ambos habían permanecido casi todo el trayecto callados, como si ya se hubieran dicho todo lo que sabían que tenían que decirse.

Antes de subir sus maletas al tren, Walt apretó la mano de Sara y casi le rogó:

—No te vayas. Tengo miedo de que al estar con Marc... lo elijas a él; miedo de que olvides estos meses que hemos estado juntos; todos los momentos que hemos compartido: haciendo la compra, enseñándome a cocinar, como si fuéramos una pareja de verdad —suspiró —pero ya no sé qué hacer para competir con él, nada, supongo, ¿quién soy yo al fin y al cabo? un indeseable que nada tiene que ofrecerte.

Sara le tapó la boca para que dejase de hablar y Walt, cogiendo su mano, se la besó con dulzura. —No quiero que hables así. Tú eres la persona más encantadora que he conocido; te admiro muchísimo porque has levantado la cabeza y te has recuperado con creces.

—No lo hubiera conseguido nunca si no hubiera sido por ti porque providencialmente me encontraste y me rescataste del abismo.

—Tú lo has hecho posible, tú quisiste salir de donde estabas metido. Mírate —le acarició la cara con amor —tú ya no eres ni una sombra de ese indeseable del que hablas y tampoco creo que lo fueses jamás. Eres el chico desinteresado y cariñoso que contagia con su alegría a todo aquél que lo conoce. El hombre que me ha hecho feliz.

El tren volvió a dar señales de su inminente salida. Subieron deprisa y buscaron el vagón de Sara. Walt colocó su equipaje caballerosamente. Comenzaban a moverse. Walt se resistía a separarse de su lado. Era como si pensase que si permanecía junto a

ella, Sara recapacitaría y por fin aceptaría que también ella lo amaba.

—¡Bájate ya! —casi le gritó. Walt, es peligroso, tienes que bajar ya, por favor, no hagas que me vaya preocupada. Puedes hacerte daño.

Walt se encaminó hacia la puerta, pero de pronto, giró sobre sus pasos, y corrió hasta el asiento de Sara, y tal vez creyendo que sería la última vez que tendría la oportunidad de hacerlo, se agachó a la altura de sus labios y besándola le susurró: —Te quiero, mi Sarita, no lo olvides, te lo ruego.

Algunos pasajeros silbaron y aplaudieron a Walt, mientras éste, saltaba peligrosamente del tren que ya había alcanzado cierta velocidad. Sara se levantó asustada y hasta que no se aseguró de que él estaba a salvo, no volvió a tomar asiento.

—Eso es amor —le aseguró la señora que se sentaba frente a ella.

—¡Está completamente loco! —le contestó la joven sonriendo.

Pensó en ese momento que la próxima vez que lo viera, y por el bien de los tres, tendría que tener claros sus sentimientos hacia él; ese pensamiento, paradójicamente la llevó hasta Marc, a quien seguía queriendo. En los últimos meses, Walt se había convertido en alguien muy especial para ella: le encantaba su manera de ser, su porte entre arrogante y conquistador que se mezclaba con unos sentimientos puros y dulces, hacia Rita, Violeta, Pierre, y hacia ella. Tal vez lo que sentía por él era solamente un tremendo cariño, aunque reconociese que le había gustado que le hablase de amor, que la hubiera hecho vibrar de emoción, y hasta haber correspondido a sus ardientes besos, pero es que... para eso también creía tener explicación: ¡Marc era tan diferente a él! en contadas ocasiones se habían dedicado un "te quiero", y ahora, curiosamente le daba importancia, no recordaba que la hubiera besado como Walt la besaba; sin embargo, también lo quería, o quizá, a quien realmente quería como a un amigo, era a Marc. ¿Qué

podía hacer? hiciera lo que hiciese, haría sufrir a uno de los dos y simplemente pensar en eso, la hizo sentirse terriblemente culpable. El viaje era largo y pensó que lo mejor sería intentar descansar.

Se apresuró a coger su equipaje y bajar de dos en dos los escalones de la escalerilla que la separaban de la estación de su querido Arfa. Miró hacia un lado y hacia otro, pero no había ni rastro de Marc. Era extraño porque si había algo que su novio no soportaba, era la impuntualidad, porque él presumía de la suya, casi "británica".

—¡Sarita! —escuchó a sus espaldas la inconfundible voz de Jon.

—¡Papá! —gritó emocionada dejando las maletas en el suelo para abrazar a su padre. —¡Te has adelgazado! ¿es que no comes en casa? ¡no deberías trabajar tanto, siempre te lo digo pero nunca me haces caso! —le reprochó enfadada.

—Estaba deseando verte y ya me estás regañando, mira que vuelvo a subir tus maletas y te vuelves a París... —bromeó.

—¡Cuánto te quiero papá! —dijo dándole un sonoro beso.

—Y yo a ti, mi pequeña.

—Oye, ¿cómo es que no ha venido Marc contigo? ¡no le habrá ocurrido nada!.

—¡No, no, claro que no! pero dime: ¿cómo te va en la academia? ¿estás aprendiendo mucho?.

—¿Qué pasa, papá? ¿le ha pasado algo a Marc? —insistió, pues se dio cuenta de que su padre estaba intentando distraer su atención.

—No pasa nada, hija, tranquila —le respondió algo nervioso.

—Papá... —Sara seguía sin creerlo, conocía a su padre demasiado bien y sabía que algo pasaba con Marc.

—No ha podido venir, pero te lo explicaré luego, cuando lleguemos a casa, tenemos tiempo de hablar de eso —seguía sin contestar a su directa pregunta.

—Dime lo que sea, papá, por favor, me estás asustando —le rogó casi llorando.

Verás cariño, es que, en tu ausencia, pues, verás... —parecía no atreverse a decir qué era lo que pasaba realmente, intentando reunir el valor necesario para decírselo —Marc está bien, solo que… ¡se ha casado! —soltó de golpe y sin titubear, para no hacerla sufrir por más tiempo, pensando que le había pasado algo malo al chico.

Sara pensó que le habían echado encima un jarro de agua helada. No podía creer lo que su padre le decía. ¡No podía ser cierto!. Sin duda le estaba gastando una broma.

—Venga, papá, —le pidió sin poder evitar que sus ojos se empañasen en lágrimas —dime la verdad.

—Es la verdad, mi niña, quisiera decirte que no lo es, pero es la maldita verdad —contestó Jon, poco habituado a emplear palabras fuera de tono y menos delante de ella, demostrando así su gran rabia.

La joven se arrojó a los brazos que su padre le ofrecía, llorando desconsoladamente: —Pero, ¿por qué?¿qué ha pasado? ¿por qué me ha hecho esto? —las preguntas se agolpaban en su cabeza.

—Tuvo que hacerlo, no tenía otro remedio, ven, dejaré el coche aparcado en la estación, e iremos caminando a casa, iremos por el camino más largo —intentó sonreír a su hija —así tendremos tiempo para hablar.

—¿Por qué tuvo que hacerlo?

—Esa descarada y sinvergüenza de Carla Salcedo no dejaba de perseguirlo, ¡de asediarlo!

—¡Carla!¡No! —le interrumpió casi gritando.

—Se pegaba a él como una ventosa, todo el mundo lo comentaba. En Nochevieja, uno de vuestros amigos dio una fiesta; ambos estaban invitados; por lo visto bebieron más de la cuenta y, bueno, Marc nos lo vino a explicar cuando ella, le dijo que —se entrecortó —que estaba embarazada. Él no podía creerlo, pero por lo visto era cierto; los padres de ella tomaron cartas en el asunto. Nos rogó que te lo dijéramos, no se atrevía ni a mirarnos a la cara.

Sara recordó entonces algunas frases sueltas de la última carta que Marc le escribió: ahora cobraban sentido. Ahora sí que las entendía.

"Cuando vuelvas tenemos que hablar"; "recuerda siempre que te quiero, nunca lo olvides, mi amor". Entonces no les había prestado demasiada atención, ya sabía que la quería, y tampoco dio importancia al hecho de que él no le hubiera contestado a la carta que le había escrito hacía poco más de un mes: también sabía que a Marc no le gustaba escribir y eso lo justificaba todo.

—Entendía que no pudieras perdonarle —siguió hablando su padre.

—¿Perdonarle? —preguntó Sara irónicamente. —¿Perdonarle que se haya casado a mis espaldas con mi enemiga porque la ha dejado embarazada?, —su voz denotaba el desprecio que sentía —se ha portado como un cobarde, no solo me ha traicionado, sino que malgastará su vida con esa víbora, que solo lo quería porque él no le hacía caso y por hacerme daño a mí; en el fondo me da lástima de él, siempre fue una persona débil. ¡Jamás en mi vida volveré a dirigirle la palabra! — rompió a llorar desconsoladamente.

—Vamos, amor, necesitas descansar —su padre la cogió del brazo, obligándola a avanzar.

Aquella noche apenas pudo dormir. ¡Qué triste broma le había gastado la vida!. Ella, que había pasado meses sometida a una gran presión, que había hecho un terrible esfuerzo para no dejar que aflorase en su corazón ningún sentimiento por Walt, no porque no confiase en él, ahora ya no, sino por no traicionar a Marc, a su amor, a su amistad. Desde luego, Carla le había hecho mucho más daño de lo que se podía imaginar, no solo por arrebatarle a Marc, si no porque ahora, nunca sabría si hubiera continuado su noviazgo con él, o si desde la distancia, con desventaja, y si lo echaba de menos lo suficiente, habría aceptado que amaba a Walt. Ahora no podía volver a París y decirle que sí, que aceptaba que salieran juntos, no sería justo, y él no lo merecía; siempre había sido sincero, la estaba esperando pero ella ¿sería sincera ahora?

Los primeros rayos de sol que entraron por la ventana de su habitación la despertaron. Sonrió al escuchar el canto de los pájaros, feliz de estar en su casa; para ella eran música celestial, no como el trajín del ir y venir del tráfico que oía en París. De pronto, su sonrisa se truncó en tristeza cuando recordó lo sucedido: Marc jamás volvería a subir los escalones de dos en dos, golpeando fuertemente la puerta de su habitación llamándola dormilona y reclamándola para ir al río, de buena mañana, para desayunar juntos a su orilla; ni caminarían por la pradera cogidos de la mano y haciendo miles de proyectos, incluso con su padre, quien ya los veía casados y trabajando en su fábrica. Todo eso no volvería a suceder nunca. Sentía que con su traición se había llevado no solo su amor, sino miles de recuerdos, de momentos especiales, de complicidad.

Se levantó, se vistió y bajó lentamente las escaleras hasta el comedor. Dana estaba en la cocina.

—Buenos días mi pequeña ¿no te has levantado muy temprano?

—Ya no podía estar en la cama —dijo sentándose en la silla como una autómata.

—Nena, lo siento, te prepararé tu desayuno, ya verás como se borra esa expresión tan triste de tu linda carita.

—¿Cómo estarías tú si se hubiesen reído de tí y te hubieran dejado plantada?

—No pienses en ningún momento que Marc se ha reído de ti, sabes que él sería incapaz de hacerte daño.

—¿Te parece que no me ha hecho suficiente daño, Dana?

—Debía casarse con ella.

—¿También debía dejarla embarazada? —casi le gritó.

Inmediatamente se disculpó por sus malas maneras hacia ella.

—Ocurrió accidentalmente, él nos lo vino a explicar.

—Sí, ya sé que a la única a la que no le dijo nada fue a mi.

—Eso estuvo muy mal por su parte, debió hablar contigo, comportarse como un hombre, lo mismo que ha hecho con ella y no tener miedo a afrontar la realidad.

—¿Por qué papá y tú no me lo dijisteis? —casi era un reproche.

—Tu padre quería decírtelo en persona, que estuvieras con nosotros cuando te enterases, con tu familia.

—Papá lo hizo por mi bien, lo entiendo, pero es gracioso, ¿sabes cuántos sufrimientos podíamos haber ahorrado si lo hubiera sabido? —casi parecía sorprenderse al escucharse decir sus pensamientos en voz alta.

Dana le puso la taza de café con leche en la mesa y se sentó junto a ella.

—Creo que tienes algo que decirme, soy toda oídos —dijo Dana intrigada.

Sara se puso colorada solo de pensar en Walt pero no le importó contarle a la mujer, que era como si fuera su madre, "su aventura" con Walt y en cierto modo, se sintió liberada, por fin podía hablar con alguien de él. Le explicó su fortuito encuentro, cómo había cambiado, ¡lo trabajador que era!, se emocionaba describiéndolo como una persona amable, responsable y mucho más serio de lo que ella creyó al conocerlo.

—¿Estás enamorada de él? —dijo Dana más afirmando que preguntando.

—Hemos compartido mucho de nuestro tiempo libre juntos; lo he pasado muy bien con él, como hacía años que no recordaba. Ahora que lo pienso: jamás pensé que pudiera sentirme tan a gusto con un chico que no fuera Marc. Pero él es diferente, hace que todo me parezca maravilloso y ¡me siento tan a gusto a su lado!

Dana sonrió, se dio cuenta de la manera en que su pequeña resaltaba la palabra "él", cuando hablaba de Walt y le dijo: —Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Crees que lo amas?

—No lo sé Dana, no puedo saberlo porque el amor y la lealtad que tenía hacia el chico que me ha dejado plantada, me impidió abrirle mi corazón a Walt como merecía, y ahora no lo sabré nunca. Quería pasar estos meses feliz con Marc, renovar mis sentimientos por él si es que los había perdido, estar segura de mi amor, por uno... o por otro, pero estar segura —repitió empezando a llorar.

Dana apretó su mano y ella siguió hablando, se diría que contenta de poder hacerlo por fin: —Pobre Walt, él haciendo lo imposible para convencerme de que sentíamos algo el uno por el otro, y yo, sin querer darnos una oportunidad hasta hablar con Marc, tal vez, ni siquiera nos la hubiera dado después de verlo, no lo sé, Dana.

—Quizá las cosas han pasado así, precisamente para que puedas estar con Walt, nada pasa por casualidad. Yo no veo ningún problema, querida.

—Vine sin saber qué era lo que sentía por el uno o por el otro, puede que me estuviera dando cuenta de que, seguramente, mi relación con Marc era ya el fruto de la monotonía, pero hubiera estado con él toda mi vida si no hubiese aparecido Walt, bueno ¡qué digo! si no hubiera existido esa... En fin, tengo que esperar un tiempo, Dana, necesito aclarar mis ideas, y estar segura de que si algún día le digo a Walt que lo quiero, que yo sepa que es la verdad y que él sepa que no le miento, que no se lo digo porque ya no tengo a Marc. Así tiene que ser, y así será.

—Te mereces ser feliz, Walt también, ya no hay ningún impedimento para estar juntos.

—Es curioso que te refieras a Marc como un impedimento —observó sonriendo tristemente —pero no es tan fácil para mí.

—Veo que por más que hablemos no voy a convencerte, eres muy tozuda —dijo la mujer levantándose para recoger la mesa del desayuno.

—Agradezco mucho tus consejos, Dana, de verdad —contestó ayudándola.

—Ya, ya, — dudó de lo que la chica le respondió —pero acabarás haciendo lo que a ti te parezca, como siempre haces, adorada tozuda.

Jon entró en ese preciso momento en la cocina y saludándolas efusivamente se dispuso a preparar su desayuno como cada mañana.

Sara apenas salía de casa; se entretenía tejiendo en aguja de ganchillo, labor que había descubierto gracias a Violeta, a la que

estaba confeccionando un pantaloncillo corto, tipo short, que pensó que le encantaría. Se había acercado a las caballerizas casi inmediatamente después de su llegada para saludar a Yuma y a Relámpago, a los cuales se abrazó y les confesó cuánto los había echado de menos. Sus mejores amigas, Carmen y Lisa, se acercaron a verla el mismo día en que llegó y no tuvieron que decir nada, solo abrazarla fuertemente y llorar con ella, como hacen los verdaderos amigos. Ambas se iban a pasar el verano fuera, y lamentaron no poder pasar más tiempo juntas, pero Sara les confesó que no tenía demasiadas ganas de estar con nadie y que no se preocupasen, que estaría bien. Transcurrida una semana de su estancia en casa, su padre la invitó a acompañarlo a la fábrica con la excusa de que no se pasaba mucho por allí, pero realmente, lo que quería era enseñarle los cambios que había hecho en la tienda, que ya no era una especie de trastienda anticuada a la que se accedía teniendo que bajar obligatoriamente unos peldaños que la separaban de la fábrica, simplemente apartando una cortina de terciopelo granate. Jon había habilitado otra entrada, la principal, que cerró cuando su esposa murió y le mostró orgulloso a su hija lo preciosa que había quedado recién pintada, decorada a la moda, rejuvenecida, ideal para ella y sus novedosas ideas. Por toda la tienda había maniquíes con trajes actuales, mostradores llenos de coloridos jerséis, colgadores aguantando anchos pantalones de pana, vaqueros, y como novedad, ¡hasta calzado!, pares y pares de botas camperas cubrían el suelo invitando a caminar con ellas.

La tienda estaba repleta de gente, personas que debían ser de fuera del pueblo porque Sara no los conocía. Miró a su padre, agradecida, pues sabía que todos esos cambios los había hecho por ella, para que se sintiera a gusto, y cuando volviera de París, pudiera dedicarse por completo a dirigir la empresa de sus abuelos, la herencia de su querida madre.

—Ahora mismo, estamos trabajando en tejidos tanto de tela como de lana, para ampliar la venta en el mercado; he hecho una gran inversión en maquinaria nueva, pero necesitaré que alguien con tus

conocimientos me asesore sobre qué tipo de tejidos comprar, cuál es el mejor precio en el mercado, qué material es mejor para confeccionar lo que queramos vender... He hecho caso a mis proveedores, pero no siempre juegan limpio, solo quieren vender —le explicó su padre tremendamente orgulloso de su hija.

—Papá no sabes cómo te agradezco esto, ya he aprendido muchas cosas, soy buena estudiante, lo sabes, y desde este momento, puedo empezar a darte algunos consejos —le guiñó el ojo a modo de complicidad —lo has hecho para que esté distraída estos meses ¿verdad? ¡ gracias! —lo abrazó fuertemente.

—Cambiaremos el nombre de la tienda: "Boutique Jenny", "Modas Jenny" ¿qué te parece? Hermanos Puig ya está un poco anticuado ¿no crees? —le siguió proponiendo su padre.

—Yo pondré mis conocimientos, el nombre tendrás que escogerlo tú —sonrió ilusionada. —Te prometo que voy a hacer todo lo posible para que la tienda de mamá vuelva a ser tan importante como lo fue entonces. ¡Veo que has conseguido llenarla de gente tú solito!. Tengo mucho tiempo libre, ahora que, bueno, ahora que estoy sola... ya me entiendes papá, no me refiero a ti y a Dana.

—Lo sé, cariño. Marc era como un hijo para mí; perdona que te lo nombre, pero quisiera pedirte que no vivas en su recuerdo, eres muy joven y ahora tienes el camino libre para abrir tu corazón a otra persona.

Sara se lo quedó mirando pensativa y recordó su conversación con Dana, al término de la cual, muy casualmente, su padre había aparecido por la cocina, saludándolas pero evitando mirarlas.

—Me oíste hablar con Dana —le aseguró esbozando una ligera sonrisa. —Walt no se merece que yo quiera estar con él ahora porque ya no tengo a Marc.

—Pero tú admites que estás bien a su lado, que es una gran persona. Seguro que Walt no lo ve como tú y que se alegrará muchísimo de saber que ahora tiene la oportunidad de acercarse a ti sin problema.

—No se lo voy a decir papá, no hasta que no vuelva a París; no quiero que se precipite, que dé por hecho que voy a decirle que sí, porque no lo sé. Necesito tiempo. Probablemente tengáis razón, pero yo quiero estar completamente segura de mis sentimientos. Él lo merece. Sé que no estáis de acuerdo, sin embargo, esto es lo único que yo siempre he tenido claro.

Tal y como había previsto Jon, su hija pasaba muchas horas en la tienda, arreglando papeles, revisando facturas e, incluso, dando su toque personal a la decoración de la tienda. Un mediodía, aprovechando que la tienda estaba cerrada al público, se hallaba cambiando unas cortinas de los ventanales que daban a la calle; se había subido en una escalera a la que le faltaba uno de sus tacos, y cuando iba a bajar, la escalera se balanceó de manera que si no hubiera sido por la intervención de unos brazos milagrosos, que la cogieron al vuelo, la joven hubiera caído al suelo. Sara, ahogó un gritito espantada y de espaldas aún a la persona que la había salvado, le dio las gracias, pero al girarse, y ver a Marc, su sonrisa se tornó de inmediato en una mueca de desprecio y odio que fulminó a su exnovio.

—¿Qué estás haciendo aquí?.

La voz de Sara no sonaba con la dulzura que Marc recordaba.

—Quiero hablar contigo —casi ni la miraba.

—¿Ahora? —se burló la joven —Vete. No tenemos nada de qué hablar.

—Espera, Sara, por favor —dijo sujetando su antebrazo para evitar que la joven se marchase de su lado.

—¿Piensas que soy una idiota? ¿qué quieres explicarme, la manera en que me traicionaste?. Ahórrate los detalles, sé la manera, lo sé perfectamente, lo que no entiendo es el por qué lo hiciste, Marc.

—Sabes que apenas he probado el alcohol en mi vida y aquella noche, no sé, no creo que bebiera mucho más que otras veces, y sin embargo, me sentía muy extraño, parecía que no era dueño de mis actos, como así resultó ser, Sara, no fue intencionado, puedes creerme.

—Puedo creerte, pero eso no hará que te justifique. De ninguna de las maneras. El problema es que tú la creyeras respecto a lo del bebé.

—¿Qué quieres decir? ¿ese niño que está en camino... puede que no sea mío? —ni siquiera había sopesado esa posibilidad.

—¡Cómo quieres que yo lo sepa, si no lo sabes ni tú! —contestó de mala gana.

Marc ni siquiera había pensado en esa posibilidad y su cara palideció.

—Entonces, no tenía por qué haberme casado —dijo como si estuviera medio dormido. Dejarte, así...

—¿Has aprendido a quererla?

—¿Cómo puedes preguntarme eso?. Sabes muy bien que el único amor de mi vida siempre serás tu, Sara. Te prometí que te cuidaría eternamente y ¡mira cómo he faltado a mi palabra!, lo siento, lo siento de verdad. Pero nada impide que sigamos siendo amigos, que te siga protegiendo.

—¿Protegerme de quién?, no te preocupes, porque sé muy bien valerme por mí misma y también tengo amigos que se ocupan de mi bienestar, aquí y en París, no sufras por mí.

—Sé que Violeta es muy buena amiga tuya, allí estás en buenas manos.

—Violeta, su novio Pierre, Walt...

—¿Qué? ¿así es que me estás haciendo creer que estás furiosa por lo que yo tuve que hacer por obligación, cuando tú te estabas viendo en París con ese degenerado a mis espaldas? —casi le gritaba, colérico.

—No hables así de él. Walt es muy buena persona y eso, perdona, pero es más de lo que se puede decir de ti.

—¿Lo defiendes?, ya veo que el único que se ha comportado como un idiota en toda esta historia he sido yo, a quien han engañado dos mujeres a la vez. Resulta que yo no he podido dejar de mortificarme un solo instante desde que ocurrió el "accidente" y tú mientras tanto, ¡divirtiéndote con ese!.

—Que yo sepa, aquí el único que se divirtió a mis espaldas, fuiste tú; yo tengo la conciencia muy tranquila de que no he hecho nada malo. No cambies las tornas ahora, queriéndome hacer culpable de algo que no tiene fundamento y es muy descortés por tu parte que hayas insinuado lo que has pensado de mí. ¡Ah! y una última cosa: procura que ese niño nunca sepa que fue un accidente, como lo has llamado; él es el verdadero inocente de esta trama dramática, no lo olvides. Y ahora, te ruego que me devuelvas las llaves de esta tienda, porque esta será la última vez que entres aquí, y la última vez que te dirija la palabra —sentenció extendiendo su mano para que Marc le diese las llaves con las que había podido entrar.

—¿Sabes? creo que no te ha importado tanto el hecho de que me haya casado, como el que lo haya hecho con ella; aunque a veces lo

parezca, yo tampoco soy tonto, Sara. —dijo cargado de razón —No quiero que nos despidamos de esta manera, por favor, solo te pido un abrazo, lo necesito, en recuerdo de nuestra amistad, por favor.

Sara accedió y ambos se abrazaron con fuerza. En el fondo, la joven también necesitaba el abrazo de su amigo, y despedirse de él con cariño; al fin y al cabo, los dos sabían que ese sería el último encuentro, el último abrazo, el último adiós. De repente, Marc la besó y por un instante, Sara creyó que nada había cambiado, que su novio no se había casado, que había recuperado su vida con él, pero reaccionó, y lo apartó casi empujándolo:—¡Marc, no vuelvas a hacer eso nunca más!

—¿Por qué no? Carla no me quiere, y según tú, yo no soy el padre de ese niño... ¿Por qué no podemos estar juntos?. Sé que tú me quieres y que podríamos volver a ser felices, como siempre lo hemos sido. Me divorciaré, en... en cuanto pueda, no quiero separarme de ti. —sollozaba como si le fuera la vida en ello.

—Pero ¿qué locura se te ha pasado ni siquiera por la cabeza? ¿pretendes que sea tu amante, que nos veamos furtivamente? —Sara no daba crédito a lo que estaba oyendo. —Te conozco Marc, o al menos eso creía; no podrás dejarla nunca y cuando veas a esa criatura, no lo abandonarás, sea o no tu hijo. Ya nada sería igual Marc y creo que merezco algo más que lo que me estás ofreciendo, yo ya no te veo de la misma manera, ya no siento por ti más que cariño, un amor de hermano, de amigo. —se sinceró, porque además, y de repente, ahora estaba completamente segura de lo que estaba diciendo, de lo que sentía por Marc, su amigo de toda la vida. —Te ruego que te marches ahora y que no vuelvas a aparecer en mi vida proponiéndome disparates.

—Te quiero, Sara, y siempre te querré, hasta el día en que me muera —le aseguró con tono serio, adulto, un tono que Sara desconocía que tuviera y que le sorprendió. Fue como si de repente,

aquél no fuera el Marc que ella conocía, su amigo del alma, y su consecuente novio.

No le contestó, pero supo reconocer en ese "te quiero", seguramente el más sincero que Marc le había dicho jamás en toda su relación.

Algunas veces, de camino a la fábrica, se cruzaba con Marc y su embarazadísima esposa, echando cuentas, puede que el bebé incluso naciera antes de que ella regresara a París. Sería niño, y Carla, feliz por su próxima maternidad, no dudaba en asegurar a todo el que se lo preguntase y al que no también, que no tardarían en intentar tener "la parejita". En las ocasiones en que se habían cruzado, Sara, hacía todo lo contrario de lo que Carla hubiera esperado: saludar a Marc efusivamente como si no le hubiese importado que se casase, para conseguir de este modo, que su enemiga no se regocijase en su dolor. Marc le contestaba del mismo modo, pero su saludo era totalmente inocente, carente de la falsedad que había en el de Sara. Su cara se iluminaba al verla y sonreírle. Este gesto no pasaba inadvertido a los ojos de su mujer, quien esperaba, cuando provocó que Marc se casase con ella, herir a Sara arrebatándole lo que más quería, lo que siempre deseó, solo por qué sí, solo por maldad. En el fondo, le hubiera gustado que Sara montase una escena, y que se hubiera puesto en evidencia delante de todos en el pueblo, puesto que fue ella la que, al fin y al cabo, abandonó a Marc yéndose a París por tanto tiempo. Sin embargo, había vuelto a perder, nada había salido como ella esperaba.

Los domingos por la mañana, Sara aprovechaba para montar un rato, bajar hasta el río o recorrer la montaña. Aquél domingo se dirigió a las caballerizas y mientras saludaba a sus caballos, un joven que cubría su cabeza con una gorra se le acercó.

—Un telegrama para Sara Puig —dijo sin levantar la cabeza.

—Gracias, en la casa de enfrente te darán una propina, aquí no tengo nada para darte.

—¿Qué te parece un beso a modo de saludo? —contestó el joven quitándose la gorra y descubriendo así su cara.

—¡Walt! —gritó Sara arrojándose a sus brazos. ¿Qué haces aquí?

—Mi amor, si supieras cuánto te he echado de menos —le susurró besándola en el pelo, en las mejillas, sujetándole la cara con sus fuertes manos.

—Me encanta tenerte en Arfa, yo también te he echado mucho de menos ¿sabes? — no dejaba de sonreirle ni un instante.

Walt no le contestó, en vez de eso, lo que hizo fue sellar su boca con un dulce beso pero se apartó de ella enseguida para decirle:

—Lo siento, olvidaba que puede aparecer por aquí.

—No te preocupes, no aparecerá.

—¿Cómo estás tan segura?

—Luego hablaremos, tengo que explicarte algo importante. Iba a montar, pero podemos hablar aquí.

—He traído mi caballo. —sonrió.

—Vamos entonces —dijo Sara, quien, cuando hubo preparado a Relámpago, salió al galope del establo sin dar tiempo de reaccionar a Walt, quien acercándose hasta donde estaba su caballo, salió disparado tras ella, tremendamente emocionado.

Dana los vio pasar desde la ventana de la cocina y rogó para que su niña se hubiera planteado su forma de pensar.

Llegaron al río sofocados, pero sin dejar de reír y hablar. Sara se bajó del caballo y se aproximó a la orilla para refrescarse como siempre hacía. De espaldas y medio agachada como estaba, no se dio cuenta de que Walt se acercaba sigilosamente; el joven le dio un suave empujón para seguir con la broma. Sara perdió el equilibrio y se agarró a la camisa del joven para no caerse, provocando que ambos cayesen al suelo uno encima del otro. Aprovechando que estaba sobre el cuerpo de Sara, Walt se inclinó hacia esta para besarla.

—Te quiero.

Sara lo detuvo poniendo su mano en el pecho de él, e hizo ademán de quererse incorporar; Walt, la cogió de la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Qué pasa, Sara?

—Walt, tenemos que hablar —dijo extremadamente seria.

—¡Oh, Dios mío, lo has elegido a él! ¡Lo sabía! ¡Sabía que no tenía ninguna oportunidad de conseguir tu amor! —se reprochaba.

—No, no es eso, Walt, resulta que, bueno, ante todo quiero que entiendas mis razones, quizá no te guste lo que voy a decirte, pero, verás, es que Marc se ha casado, aunque yo...

—¿Qué? ¿qué Marc, qué? —no daba crédito a sus oídos. Pero ¿cómo no me va a gustar lo que me has dicho, si es el milagro más grande que podía haber sucedido?. ¡Ya nada te impide estar conmigo, es maravilloso, Sara! —la había cogido en brazos y no dejaba de dar vueltas con ella, loco de felicidad.

—De eso precisamente quería hablarte, Walt. —empezó a decir cuando él la dejó en el suelo y aún sabiendo cuál sería la reacción del joven —Tú sabes que yo vine con mil y una dudas, el hecho de que se haya casado no me ha facilitado la elección, no quiero

amarte porque ya no lo tengo a él, es más, no sería justo para tí y seguramente, en un futuro, podrías reprochármelo: que ya no tenía elección y me quedé contigo. No quiero que sea así, Walt, necesito tiempo; es lo mejor, para los dos, créeme, por favor —casi le suplicaba.

—Lo único que creo, Sara, es que tú nunca tuviste intención de decirme que sí. Pero dime, ¿qué fue? ¿te di tanta lástima? pobre desgraciado, pensarías: "dejaré que se haga ilusiones y luego le diré que no ha tenido suerte"; sin embargo, tus planes se han venido abajo, pero no pasa nada, vuelves a inventar una excusa: ganar tiempo; seguramente tu idea es hacerme esperar tanto como para que me aburra y por fin te deje en paz. No hace falta que hagas eso ¡y yo que creí que tú eras diferente!. Ahora lamento el haberte vuelto a encontrar. Debí olvidarte hace mucho tiempo; he tenido muchas oportunidades de hacerlo ¿sabes? —hablaba con rabia, sin pensar en lo que decía.

—Realmente pensé que habías cambiado, —se entristeció Sara — quería olvidar que siempre fuiste un rompecorazones. ¡Qué tonta me siento! ¿cómo pude pensar que conmigo actuarías de diferente manera, que yo era diferente para ti? en el primer instante que has tenido me has echado en cara con cuántas podrías haber estado si no te hubiera hecho perder el tiempo, de verdad que lo siento; tienes razón: yo no valgo tanto como para esperarme.

—Yo no he dicho eso, no saques las cosas de quicio. ¿Qué querías que te dijera?: "está bien, Sara, ya nada nos separará, pero aún así, te seguiré esperando, para que te aclares, no sé qué puede suceder con el paso del tiempo que te haga decidirte para estar conmigo, seguramente lo que pasará es que se enfríe nuestra relación, pero no te preocupes, que yo soy tan imbécil que te vuelvo a creer, que te vuelvo a esperar"...

—¿Y qué hubieras preferido que te dijese yo: "Marc se ha casado, ¡qué bien!, ya puedo salir contigo, aunque no sepa lo que siento por

ti"¿eso te hubiera gustado más? ¿y después, cuando te hubieran acosado y surgido las inevitables dudas, entonces qué?

—No sé por qué me he molestado en venir hasta aquí, quería darte una sorpresa y me la has dado tú a mí, ¡una sorpresa que podría haber sido tan grata!... pero que te empeñas en que no lo sea, por tus estúpidos principios, ¿por qué siempre tienes que ser tan tozuda? —Se dirigió hasta donde estaba su caballo con intención de marcharse. Sara corrió tras él:

—¡Walt, espera! ¡tienes que entender mis razones, si realmente me quisieras me comprenderías! —las lágrimas ya escapaban de sus cansados ojos.

—Porque te quiero más de lo que nunca he querido a nadie en este mundo he venido hasta aquí y porque no quiero que me hagas más daño, me voy ahora. Tu respuesta siempre fue negativa y por más que espere, siempre será así —sentenció alejandose al galope.

Llegó a casa a media tarde, entró cabizbaja; su padre y Dana no tuvieron que preguntarle qué había pasado. No tenía ganas de hablar con nadie, pero se dejó caer en el gran butacón, sentándose entremedias de sus dos seres más queridos. Estuvieron hablando mucho rato. No intentaron convencerla. Les explicó que no hacía falta, ya no tenía dudas: en el momento en que vio a Walt alejarse, tan enfadado, y sin hacerle el menor caso, notó como si el corazón se le hubiera roto en mil pedazos, y supo entonces que lo quería de verdad, con locura, tanto como él a ella. Ya no le importaba nada, ni sus posibles futuros reproches, ni sus principios. Lo hubiera querido aunque Marc no se hubiera casado. No tenía ninguna duda. Seguramente, nunca la tuvo: se enamoró de él el primer día en que lo conoció, por mucho que lo hubiera intentado ocultar. Así se lo tenía que confesar, y por eso, decidió que se acercaría a casa del tío de Walt por la mañana. Ahora era mejor descansar; mañana sería el gran y bonito día en que cambiaría su vida y quería poder vivirlo intensamente, tal y como Walt y ella se merecían.

—¡Hola Sara, pasa! —le ofreció el tío de Walt.

—No, José, se lo agradezco, solo he venido para hablar con Walt. ¿Puede decirle que estoy aquí, si es tan amable? —le preguntó con cierta vergüenza, mirando hacia adentro de la estancia.

—Lo siento Sara, no está. Me dijo que debía volver con urgencia a París. Ha cogido el primer tren de la mañana. Aún se veían las estrellas —intentó hacer sonreír a la joven, pues se dio cuenta de que algo había pasado entre los jóvenes por la cara que ella puso entre triste y decepcionada al escucharlo.

Sara aparentaba estar bien delante de su padre y Dana, no quería que se preocupasen más por ella, sobre todo, quedando tan pocas semanas para que se volviera a marchar.

—No llores más, Dana, antes de que te des cuenta me tendrás de nuevo degustando tus manjares y dándote quebraderos de cabeza.

—Quedan muchos meses para volverte a ver, y cada uno tiene un montón de días —se quejó la mujer.

—¡No seas exagerada! —regañó Sara contagiándose de su llanto.

—Ten mucho cuidado hija mía, no nos ocultes nada, por favor, y si nos necesitas, esta señora y yo, viajaremos arrastrando nuestros viejos cuerpos para consolarte —le dijo su padre señalando a Dana y a si mismo.

—Tranquilo papá, estaré bien —le aseguró abrazándolo y besando su ya arrugada mejilla.

Cuando el tren emprendió su marcha de Arfa, Sara se sintió increíblemente sola, terriblemente angustiada. Quería ver a Walt, pero algo le decía que ya nada volvería a ser como antes. Violeta le

había dicho que no le sería posible ir a recogerla, así es que comenzó a caminar, pero, decidió pararse a esperar que pasase un taxi, porque la verdad es que estaba demasiado cansada como para ir hasta su apartamento a pie. Recordó el día en que su amiga y ella se conocieron e hicieron juntas el recorrido hasta la que ahora era su casa; ese día todo eran risas y ninguna de las dos notó la distancia entre la estación y los apartamentos.

Un joven que pasaba bastante deprisa tropezó con su maleta y la volcó. Inmediatamente se disculpó:

—Oh, lo siento, señorita ¿le he hecho daño? —su acento evidenciaba que no era nativo francés, sino más bien americano, tal vez inglés.

—Mucho, — le contestó Sara en español —me has tratado de usted y eso duele mucho, porque me hace pensar que se me ve mayor de lo que soy.

El joven rió con su respuesta inesperada y también habló en español.

—Es usted, quiero decir, eres muy simpática; me llamo Byron Higgins y es un placer conocerte, aunque haya sido de esta manera tan brusca —sonrió alargando una mano que Sara estrechó a modo de saludo.

—Sara Puig. ¿Americano, inglés? —preguntó refiriéndose a su país de origen.

—¿Tanto se me nota que no soy francés? —fingió ponerse triste — nací en Estados Unidos, pero el trabajo de mis padres les hace viajar de allí a aquí. Y por cierto, aún no has contestado a mi pregunta.

—¿Pregunta? ¿qué pregunta? —se extrañó.

—¿Quieres tomar algo conmigo? Puedo llevarte a casa luego, he venido con mi padre en coche.

—¡Sara!

—¡Leti! —saludó efusivamente a su amiga al verla desde lejos.

Violeta corrió al encuentro de su querida "hermana" y ambas se fundieron en un fuerte y larguísimo abrazo.

—¡Cuánto te he echado de menos! —se quejó Violeta.

—¡Pues anda que yo a ti!. —corroboró Sara —¡Dijiste que no podías venir!, me encuentras aquí por los pelos, si no llega a ser porque me he entretenido hablando con By... ¡Uy! ¿dónde está? — se preguntó Sara cuando dio media vuelta y Byron ya no estaba a su lado.

Busco en todas direcciones y lo vio a cierta distancia hablando con un señor. Él la miró y la saludó, agitando su mano antes de entrar en el coche.

—¿Quién es ese chico? —preguntó su amiga, siempre curiosa y celestina. — Nunca lo había visto contigo, creía conocer a todos tus amigos—realmente parecía preocupada por este hecho.

—Es Byron —le explicó su amiga sonriendo ante la sana e incorregible necesidad de su amiga por enterarse de todo — Lo acabo de conocer. Tropezó accidentalmente con mi maleta.

—Sí, sí, accidentalmente dice, ¡qué inocente eres!. Sabes, tienes una mágica atracción hacia los chicos guapos —le confirmó Violeta riendo y cogiéndose de su brazo para emprender juntas el camino a casa.

—¡Pero qué fantasiosa eres! —le recriminó riendo.

Durante el trayecto, Sara tuvo la tentación de preguntar a su amiga por Walt, pero se contuvo, porque quería explicarle al llegar a su apartamento todo lo que había pasado. De pronto, como si le hubiera leído el pensamiento, Violeta le dijo:

—Tengo un chismorreo que contarte: creo que Walt está saliendo con alguna que otra chica.

Sara creyó que el mundo se le caía encima, ¿Cómo podía ser eso cierto?. ¡Tan solo hacía unas semanas que él había regresado!

—Sara, ¿has oído lo que te he dicho?

—Sí, sí, perdona. Seguro que es cualquier amiga, en su trabajo hay muchas chicas.

—Bueno, alguna mañana me he cruzado por la escalera con ella… salía del piso de Walt.

—¿Por las mañanas? —intentó que su voz no delatase su mayúscula sorpresa pues eso significaba que habían pasado la noche juntos.

—¡Sí! —exclamó Violeta entre decepcionada y extrañada.

Ninguna de las dos volvió a sacar el tema referente a las amistades de Walt hasta que estuvieron en casa. Al llegar, Sara se desplomó en uno de los sillones. Estaba algo pálida. Violeta se sentó a su lado.— Oye Sara, yo sé que está pasando algo. ¿No me lo quieres decir?, ¿no confías en mí?

—Claro que sí, Leti.

—Pues entonces, explícame qué es lo que está pasando entre Walt y tú. Me dijo que a lo mejor se acercaba por Arfa, pero vino enseguida... de un viaje tan largo; de la noche a la mañana, veo a esa tipa saliendo de su casa, él evitándome, ahora tú disimulando tu sorpresa, ¡te has quedado muda de repente!

—¿Recuerdas que un día me preguntaste si me gustaba Walt y te contesté que yo solo tenía ojos para Marc?

—Sí, claro —contestó dejando caer las palabras, intuyendo lo que Sara le iba a decir.

—Pues, te mentí un poquito —se sonrojó.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamó palmoteando —sabía que había algo entre vosotros: la manera de comportaros, la forma en que os mirabais cuando creíais que nadie, que yo —especificó —no os veía. Todo, todo, yo lo sabía —siguió hablando y reforzando su seguridad volviendo a dar palmas —pero, espera un momento —pareció entristecerse de momento —entonces, ¿Marc?.

Sara puso al día a su amiga, quien no dejaba de poner todo tipo de caras, de sorpresa, de ira, de incredulidad, conforme la iba escuchando: —Es natural que estés abrumada por todo lo que ha ocurrido en tan poco tiempo, la vida te ha dado un giro de 180 grados; es natural que quieras aclarar tus ideas, necesitas pensar tranquilamente, sin que nadie te presione.

—¡Oh, Leti! no sabes cómo agradezco tus palabras, empezaba a creer que estaba loca por pensar así. Sé que quiero a Walt, pero irse de esa manera, y ahora, ¡consolándose ya en brazos de otra! Sin ni siquiera dejarme hablar con él con tranquilidad—se lamentó.

—Quizá pensó que intentabas darle largas y que no pensabas decirle que sí. Tal vez entendió tu explicación como una mera excusa.

—Así es, Leti, tal cual; eso fue exactamente lo que me dijo que creía que yo intentaba hacer: utilizar esa excusa para no hacerle caso.

Violeta frunció el ceño y arrugó sus labios como quien se entera de algo desagradable que no tiene remedio.

—¿Quieres que yo hable con él? —se ofreció intentando arreglar las cosas.

—No, Leti, te lo agradezco, ni tú ni yo hablaremos con él. Si quiere que hablemos que venga a decírmelo. Actuó de una manera muy soberbia al irse de Arfa, pudo esperar, reflexionar, pero en vez de eso, optó por la vía rápida: huir y volver a su pasado como galán, por decirlo de alguna manera. Estoy un poco cansada, creo que me echaré un rato. ¿Te importa, querida?

—Claro que no, amor. Procura descansar —dijo acercándose para darle un beso en la frente.

Sara comenzó sus clases días más tarde. Procuraba pasar menos tiempo en casa, y si tenía que trabajar confeccionando algún modelo a modo de práctica para la academia, se encerraba en su habitación, donde el sonido de su máquina de coser la ayudaba a no estar pendiente de si la puerta de Walt se abría o se cerraba.

Aquellas navidades fueron muy distintas a las pasadas, en las que Sara vivía ajena a la traición de Marc, e intentando que su amor por Walt no floreciera. Aquellas navidades las pasaría sola, ni siquiera Violeta y Pierre estarían con ella, ya que la pareja viajaría a Toulouse, ciudad donde vivían los padres de Pierre, quienes estaban deseando conocer a la maravillosa joven que había robado el corazón de su adorado pequeño.

Una benevolente fortuna sonrió a la joven, se portó bien con ella, concediéndole que en todos estos meses, Walt y ella ni siquiera se cruzasen en su rellano. Sin embargo, el día de Nochevieja, cuando tras comer las tradicionales uvas (que ya dudaba que le trajeran suerte), iba a acostarse, un tremendo ruido proveniente de la escalera la sobresaltó. Abrió la puerta y se encontró con el lamentable espectáculo que le ofrecían sus llorosos ojos: una jovencita vestida con ropa de fiesta estaba intentando sin conseguirlo sostener a Walt en pie, quien se tambaleaba riendo y canturreando repetidamente una estúpida cancioncilla, seguramente inventada por él mismo y sus muchas copas de más.

—¿Puedes ayudarme? —le preguntó la chica al verla.

Sara bajó unos cuantos escalones para reunirse con ellos y cogió a Walt de un brazo pasándoselo por su hombro y siendo imitada por la joven. Lo entraron en la casa de Sara porque ninguna de las dos creyó que podrían sostenerlo en pie mientras abrían la puerta de su casa.

—No necesito su ayuda, Myra, dile que se vaya —refunfuñó al mirar a Sara.

—¡Cállate, yo sí la necesito! —contestó ella.

—Dile que tres son multitud... ¿es que no le han enseñado educación, señorita? —dijo groseramente.

—No le hagas caso —rogó la chica —está como una cuba.

—Cariño, te presento a mi ángel guardián; siempre aparece cuando la necesito y tiene la gran desgracia de verme cuando estoy en mis mejores momentos. —seguía hablando con voz aguardentosa.

Lo sujetaban como podían y decidieron tumbarlo en el sofá.

—Aquí dormirá la mona. Gracias —dijo la joven mirando a Sara.

—No te vayas, cielo, hablemos un rato —dijo sujetando a la mujer por el brazo.

—No, gracias, no quiero que me expliques otra vez tus penas y desgracias, ya tengo suficientes con las mías. Me voy a mi casa.

Se despidió de Sara muy contrariada pero agradeciéndole su ayuda, y antes de cerrar la puerta de un portazo, dijo: ¡No me llames!.

Sara se quedó observando a Walt un instante, quien estaba jugueteando con un peluche que siempre estaba en el sofá y que había caído al suelo al tirar a Walt como pudieron sobre él. Era un

peluche de un osito que Sara le había traído a Rita de su pueblo y que, evidentemente, no le había podido dar. De pronto recordó que Rita estaría sola y rebuscó en la chaqueta de Walt las llaves de su casa para ir a buscarla.

—¡Hoolaaa! —le dijo al verla tan cerca de él —¿quieres que estemos juntitos tú y yo ahora que se ha ido esa tonta, pequeña?

Como si no hubiese escuchado nada, Sara siguió buscando las llaves hasta que por fin las encontró, y dejando su puerta abierta, fue corriendo a buscar a Rita. La perrita, alarmada al escuchar el tono de la voz de Walt, la saludó cariñosa como siempre, pero tan solo durante un segundo, para salir disparada hacia el piso de Sara y echarse encima de Walt, a quien, dormido ya como un tronco, ni siquiera despertaron los lametones de su querida perrita. La joven se lo quedó mirando: ¡parecía tan vulnerable ahora, acurrucado y abrazado al peluche!

—¿Por qué tienes que ser como eres? ¿por qué insistes en destrozarte la vida? ¿qué ha pasado con el hombre romántico, dulce y encantador que me mostraste? ¿solo era una fachada para engañarme? ¿por qué tuviste que hacer que me enamorase de ti? — se lamentaba sentada a su lado sosteniendo a Rita, quien muy triste, había venido a refugiarse entre sus cariñosos brazos. Sara le ofreció algo de comer, pero viendo que no habría forma de que la pequeña comiera mientras Walt estuviera en ese estado, se dirigió a su habitación para dormir y dejó a Rita acostada encima de su dueño, tapándolos con una gruesa manta.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, no había rastro ni de Walt ni de Rita, pensó que seguramente había preferido marcharse a su casa. A media mañana oyó que llamaban a la puerta, golpeandola ligeramente, sin usar el timbre, como si quien llamaba temiera molestar al hacer esta visita. Se asomó a la mirilla y abrió la puerta.

—Hola —murmuró Walt, casi sin atreverse a mirarla a la cara. —Venía a agradecerte el haberme cobijado en tu casa y preocuparte por Rita, estoy realmente muy avergonzado. Lo siento, de verdad.

—No hay de qué avergonzarse —contestó ella —lo que te pasó le puede pasar a cualquiera y yo no hice nada extraordinario.

—¡Tú siempre tan correcta! —gritó dando un puñetazo en el marco de la puerta.

—¡Está bien! —contestó ella también gritando —¿algún insulto más antes de cerrar la puerta?

—He venido a disculparme por mi conducta de anoche, creo que no estuve muy elegante —dijo más calmado.

—Tampoco lo estuviste cuando te fuiste de Arfa, pero no pasa nada, no hace falta que te disculpes, por mi puedes hacer lo que quieras con tu vida, ya no me importa. Por cierto, quería darte las gracias por al menos haber conservado tu trabajo y no haber hecho quedar mal a Violeta cuando te recomendó.

—No soy tan estúpido, bueno, sí que lo fui, cuando te creí, cuando pensé que de verdad sentías algo por mí, cuando me enamoré de ti, pero todo eso está ya olvidado.

—¿Olvidado? hace apenas unos meses que me declarabas tu amor, que yo me sentía culpable por no ofrecerte el amor puro que te merecías, y ahora, con todo el cinismo que te caracteriza me dices que ya me has olvidado? eres peor de lo que pensaba. No te importa nada ni nadie que no seas tú mismo. Has estado engañándome desde el primer instante. ¡Cómo te debiste divertir al ver que casi fui capaz de rendirme a tus brazos. ¡No quiero volver a verte en mi vida! ¡Fuera de mi casa! —gritó cerrándole la puerta en las narices, entre otras cosas para no darle la satisfacción de verla llorar.

Apenas si salió de su apartamento esos días festivos y casi, ella que siempre había esperado con alegría la Navidad, deseaba que se acabasen las fiestas para volver a empezar sus clases y pasarse la mayor parte posible del día fuera de casa. Ya no le quedaban lágrimas por derramar, solo sentía mucha rabia, y se lamentaba preguntándose cómo era que en tan poco tiempo, dos de las personas a las que tanto había amado y en las que tanto había creído, la pudiesen haber engañado tan impunemente. Por fin llegó el sábado, día en que Violeta y Pierre llegaban de su viaje por Toulouse. Tenía muchas ganas de verlos, y de volver a tener en casa a su querida amiga, y que rieran juntas y olvidarse de todo. Compartir su felicidad, ya que no podía tener la suya propia. Se abrazó a ellos cuando los tuvo delante, sintiendo que eran los únicos en los que podría confiar siempre.

—Sara, ven, siéntate conmigo, —le pidió Violeta señalándole el sofá —tenemos que darte una noticia que te alegrará muchísimo.

La joven obedeció a su amiga y ocultó de la mejor manera que supo su tristeza cuando Violeta le comunicó que Pierre y ella se casarían en unos meses. Sin duda, era una maravillosa noticia y por supuesto, se alegraba por ellos, pero... ahora sí que se quedaría sola de verdad. Por suerte, pronto también ella abandonaría París y se volvería a su pueblo, donde tendría el castigo de ver cada día a Marc y a su mujer, lo cual, sin duda, no la haría sufrir tanto, y sería con creces más soportable para ella, que temer cruzarse con su Walt en cualquier momento.

—Sara, no llores, harás que lloré yo también, —le regañó —escucha, tendrás que ayudarme con muchas cosas, ¿verdad que lo harás? tú eres una hermana para mi.

—Claro que lo haré, hermana querida.

Las dos jóvenes se abrazaron riendo y llorando a la vez, tan felices, que apenas oyeron a Pierre cuando les dijo que iba a buscar a Walt

para darle la buena noticia. Su prometida intentó impedirlo, pues él no sabía nada sobre lo ocurrido entre Walt y Sara en Arfa.

—No he podido detenerlo —se lamentó Violeta mirando casi asustada a Sara —no le expliqué lo que pasó, lo siento, ahora vendrá... ¿lo has visto estos días?

Sara le explicó a grandes rasgos el episodio de la escena de la borrachera de Walt, y cómo al día siguiente habían puesto punto final también a su amistad.

Violeta no supo qué decir; lamentó que Sara hubiera pasado sola ese mal trago y le aseguró que Walt y ella se reconciliarían, de eso no cabía duda. Pocos minutos después el timbre sonó y Violeta fue a abrir la puerta mientras Sara, rezaba interiormente suplicando que Pierre entrase diciendo que Walt prefería no venir, o algo parecido.

—¡Walt! —oyó decir a su amiga, quien se abrazó al muchacho feliz de verlo.

—Violeta, cariño, dime que no es verdad lo que me han dicho ¿te casas con otro? —la voz de él sonaba tan agradable como ella la recordaba.

—¡Tonto! —le regañó dándole un beso.

Sara se dirigió a la cocina y salió unos segundos después con una bandeja de canapés.

—Quería ofreceros algo para daros la bienvenida, pero me temo que ahora, no será suficiente para celebrar vuestro compromiso.

—¡Déjame que te ayude! —le pidió Pierre sujetando por un extremo la bandeja. —Será más que suficiente... hoy, mañana lo volveremos a celebrar, comeremos juntos por ahi ¿verdad Leti?

—Bueno, sí, claro —contestó esta mirando a Walt y a su amiga a la vez para observar la reacción de estos. Vio que el joven se había acercado a Sara y casi sin mirarla le había dicho algo que no pudo entender, y le pareció que Sara le contestó, pero sin mirarlo tampoco a la cara.

Los cuatro jóvenes se sentaron alrededor de la mesa y hablaron y rieron como siempre, pero Walt y Sara seguían sin dirigirse la palabra directamente, aunque no podían evitar mirarse de vez en cuando, paseando la mirada rápidamente, sin detenerla un segundo, y a pesar de que ambos lo estaban deseando, ninguno de los dos hizo nada para resolver la violenta situación.

Las semanas que pasaron no mejoraron su relación, sino todo lo contrario, cada vez se enfriaba más. Aunque Violeta y Sara pasaban incluso más tiempo juntas, comprando cosas y organizando todo para la boda, la joven se sentía completamente hundida. Su amiga se daba cuenta y se le ocurrió que con la excusa de celebrar su cumpleaños, prepararía una fiesta, Walt y su nueva compañera asistirían también y Pierre invitaría a algunos de sus amigos; a Sara no le entusiasmó la idea pero Violeta era muy insistente y Sara pensó que no le vendría mal distraerse un rato, aunque se pasase toda la noche en la cocina, con la excusa de tener a todos los invitados bien atendidos procurando que no les faltara de nada. Violeta prefería apostar a que cuando Walt viese a Sara con otros chicos, dejaría de hacer el tonto buscando relaciones inestables que no le atasen con mujeres que no le importaban, y volviera a amar a su amiga.

La noche de la fiesta la joven tenía la esperanza de que Walt no hubiera aceptado, pero nuevamente se equivocó, porque Walt apareció del brazo de una rubia oxigenada que pronto se soltó de su brazo para acercarse bailoteando a la mesa donde estaba preparada la comida y cogiendo, maleducadamente, todo tipo de los aperitivos que encontraba a su paso, sin dejar de moverse al ritmo de la

música y saludando a todo el mundo como si los conociera. Violeta le presentó a Sara a todos los amigos de Peter.

—Hola de nuevo —le dijo un joven sonriente saludándola —no creía que existiesen los milagros, pero por lo visto sí: ¡he vuelto a verte!

Sara se quedó algo pensativa al estrechar la mano que el joven le ofrecía pero pronto recordó que había conocido a Byron en la estación, el día de su regreso a París.

—Encantada de volver a verte, monsieur Byron —bromeó.

Durante toda la velada, los dos jóvenes no se separaron y estuvieron hablando, riendo y bailando como si se conociesen de toda la vida. Era visible que ambos había tenido un gran "feeling". Violeta se acercó a Sara uno de los pocos minutos en los que Byron se había separado de ella y le dijo:

—El chico no puede ser más guapo y agradable... ¿te has fijado en cómo os mira Walt?

—La verdad es que no ¿está todavía por aquí? —preguntó con un visible desagrado y una total indiferencia al respecto.

Byron se les aproximó sorteando graciosamente a los invitados, alzando sus dos copas de cava para evitar que se las tirasen.

—¡Propongo un brindis por el futuro matrimonio, y porque no sea el último!

—Porque sean muy felices —siguió Sara, levantando la copa que Byron le había traído.

—Y que coman perdices —terminó éste.

Cuando la fiesta se dio por finalizada tras la marcha de muchos invitados, Byron propuso a Sara tomar una última copa con él, y ésta

sorprendiéndose al escucharse, le dijo que sí. Había estado realmente a gusto con Byron; ese muchacho de aspecto frágil, se le antojó de estudiante recién salido del colegio, alto tímido en su apariencia, pero de buena conversación, y gran simpatía, muy ocurrente, aunque fuera ahora que llevaba unas cuantas copas de más; con sus cabellos rubios y sedosos peinados hacia un lado y sus diminutas gafas redondas, Byron parecía ser un joven realmente encantador.

Estuvieron hasta altas horas de la madrugada por ahí, y al despedirse, ambos iban un poco "más que alegres". A Sara se le cayeron las llaves al suelo, y Byron las recogió y se las dio entre risas:

—Sus llaves, señorita ¿o es que me está invitando a subir con usted?

—Despertaríamos a Violeta, y eso no estaría bien.

—Bueno, entonces hasta mañana, no te librarás tan fácilmente de mí.

—Ni lo pretendo, hasta mañana. —dijo tambaleándose y sin dejar de reír.

Cuando Sara estaba llegando al último escalón de su rellano, subiendo con serias dificultades y agarrada a la barandilla, dio un traspiés y los zapatos, que se había quitado en el portal por dos motivos: porque el dolor de pies la estaba matando y para no hacer demasiado ruido con sus tacones, se le cayeron de las manos. Quitó rápidamente la mano de la barandilla e intentó cogerlos al vuelo sin éxito; el girar sobre sí misma hizo que sus pies se cruzasen de la manera más inverosímil, provocando la pérdida de su equilibrio y que cayera resbalándose, quedándose sentada tres escalones más abajo, lo cual fue una gran suerte, pues podía haber tenido una caída mucho más peligrosa. Walt abrió en ese momento la puerta de casa, alertado por los ladridos de Rita, que salió disparada para preocuparse por el estado de Sara.

—¿Sara? ¿qué te ha pasado? ¿te has hecho daño? —le preguntó angustiado y levantándola con cuidado.

—Me encuentro mal, estoy muy mareada.

—Vamos, apóyate en mí, —dijo cogiéndola por la cintura para entrarla en casa —te daré algo para que te encuentres mejor.

La pasó en brazos a su casa y la tumbó en el sofá.

—Puedes estar aquí hasta que se te pase la borrachera.

—No estoy borra... ¡Voy al baño! —dijo tapándose la boca antes de salir disparada hasta el cuarto de baño.

Cuando salió, Walt y Rita la estaban esperando. La perrita fue hacia ella saltando hacia sus piernas para asegurarse de que estaba bien.

—Rita, no molestes a nuestra Sara, ahora no puede estar por ti, pequeña, no se encuentra bien —le explicó a la perrita, quien, entendiendo lo que le decía, se acurrucó a los pies de Sara para no molestarla cuando ésta tomó asiento, pero sin dejarla sola.

Walt le acercó una taza de café, le puso una manta en los hombros y se sentó frente a ella.

—Gracias, —dijo algo avergonzada —me encuentro mucho mejor. Siento haberte despertado.

—No estaba durmiendo, tranquila. ¿Cómo es que has bebido tanto? Tú no tienes costumbre — le recriminó de manera suave.

—¿Y tú sí? ¿Por eso te recogí hace poco más borracho que una cuba? —dijo sin saber por qué estaba de tan mal humor.

—Ya ves, —contestó Walt, tranquilo pero serio —ahora te he podido devolver el favor.

—Lo siento, no quería decir eso, perdona —se disculpó sinceramente — Estoy algo confundida y muy avergonzada.

—Aparte de emborracharte, ese, Byron ¿te ha hecho algo? ¿te ha dado alguna cosa?.

—Pero, ¿qué dices? ¿crees que todos los hombres son como tú? — volvía a estar alterada.

—¿Y cómo soy yo, eh? ¿cómo soy, Sara? ¿acaso crees que tu lord Byron, en una de sus borracheras, se comportaría mejor contigo de lo que lo he hecho yo? por lo pronto ya te ha obligado a beber con él —le gritó.

—¡No me hables así! ¡Yo no soy una borracha, ni Byron tampoco, él es mejor que tú aún estando borracho! —Sara se arrepintió inmediatamente de lo que había dicho. Esperaba que Walt la echase de su casa, o le gritase o le dijera, como ella hizo, que no quería volver a verla.

—Tienes razón —dijo calmado —olvidaba lo mal que siempre te he tratado, que soy un vil gusano que hace todo mal ante tus perfectos ojos.

Se levantó y se encerró en su habitación dando un portazo. Sara fue a buscarlo, llamó a la puerta para pedirle perdón.

—Walt, perdóname por favor. Tenemos diferentes puntos de vista respecto a lo que nos pasó. ¡Ábreme la puerta, por favor! Si este no es un buen momento para hablar, busquemos uno, pero escúchame.

—Ni este ni ninguno —sentenció Walt a voz en grito desde adentro.

Definitivamente, era muy difícil que Walt y ella volvieran a reconciliarse; no hacían otra cosa que discutir por todo, y se tiraban "los trastos por la cabeza". Tal vez era cierto aquello que dicen que del amor al odio hay un paso, pero se resistía a creer que Walt y ella

se odiasen, al menos, ella no lo odiaba; si no odiaba a Marc, ¡cómo iba a poder odiar a su amor!. Esperó unos segundos en el piso del joven, por si éste se arrepentía y salía de la habitación para que pudieran hablar, para que pudieran volver, al menos, a ser amigos, pero eso no pasó, y la joven, apurando su taza de café, la dejó en la mesa, plegó la manta con la que Walt la había tapado y la puso encima del sofá. Se agachó para acariciar a Rita y salió de allí con la certeza de que nunca más volverían a ser los mismos.

Últimamente se estaba viendo mucho con Byron. Se entendían bastante bien: les gustaban las mismas cosas, compartían agradables momentos, con él todo parecía fácil y divertido, pero... no era Walt. Violeta le preguntaba a menudo cómo estaba. Ella también se negaba a creer que el amor de sus dos amigos pudiera haber acabado así y aún a riesgo de parecer una entrometida, intentaba por todos sus medios que volvieran a quererse.

—Estoy bien con Byron —empezó a decir. —Pero... desearía que fuera Walt y no él quien estuviera a mi lado, quien riese conmigo, el que me abrazase... —dijo casi con vergüenza.

Violeta, siempre tan entusiasta, dio una palmada y exclamó: —¡Por fin, por fin lo has dicho! ¡Por fin lo has podido comprobar! esto era lo que estabas esperando: estar segura de tus sentimientos hacia él, no porque Marc se casase, no por sentirte sola, sino porque ahora que estás con otro, has podido darte cuenta de que a quien siempre has querido ha sido a Walt.

—Sí, ha sido así desde siempre, desde el primer momento en que lo vi, así fue —se puso colorada.

Leti la abrazó al verla ruborizarse y casi le habló como a una niña:

—No seas tonta. Habla con Byron lo antes posible, es un buen chico, lo entenderá: no puedes estar con alguien al que no amas, y tú lo

sabes bien. Cuanto más tiempo dejes pasar, peor será para ambos.

Sin embargo, Violeta se equivocaba, ya que, aunque era cierto que Byron era bueno, su mala compañía en demasiadas ocasiones: la bebida, lo hacía convertirse en otra persona, en alguien violento.

Sara lo citó en casa para poder hablar con él de manera más tranquila; le pediría perdón por no querer volver a salir más con él, amparándose, además de en la verdad: que había comprobado que no sentía lo que él por ella, que no le gustaba que bebiese tanto. Byron, quien ya había venido un poco "alegre", se excusó diciendo que estaba pasando por un mal momento y que no volvería a pasar, pero Sara no lo creyó y le rogó que no se lo pusiera más difícil. Byron, enfurecido, apartó de un manotazo lo que había sobre la mesa, hiriéndose la mano con un jarro de cristal que se rompió al chocar con otro, antes de que todo cayera al suelo. Sara corrió hacia él para detenerlo.

—¡Vete de mi casa! —le ordenó muy enfadada.

—¡Me has estado engañando, maldita! —dijo cogiéndola del cuello.

Sara forcejeó para librarse de él, aunque todos sus esfuerzos fueron inútiles. Empezaba a quedarse sin respiración. Byron la soltó, pero antes de apartarse de ella, le dio una fuerte bofetada. La joven cayó al suelo, casi sin sentido.

—¡Ya me voy, no volverás a verme nunca! —le gritó enloquecido.

Salió de la casa dejando la puerta abierta de par en par. Bajó las escaleras como "alma que lleva el diablo", llevándose por delante a Walt, que subía en ese momento. Al verlo huir de esa manera, inmediatamente se temió que algo malo pasaba y subió los escalones de dos en dos para llegar rápidamente al piso de las chicas. Cuando entró, Sara todavía estaba en el suelo y no se movía.

—¡Sara! —gritó desesperado arrojándose al suelo y levantándola para comprobar si reaccionaba —maldito hijo de... —exclamó al ver el labio de Sara sangrando. —Cariño, despierta, despierta, mi amor, por favor, por favor —le acariciaba la cara y el pelo mientras le rogaba que volviera en sí. —Perdóname, te lo ruego, perdona mi estupidez, jamás volveré a separarme de tu lado. Sara, amor, hablame, despierta, despierta, mi vida. ¡Te quiero tanto!.

—Walt —murmuró por fin entreabriendo un poco los ojos. ¿Eres tú?

—Sí, mi vida, soy yo, gracias a Dios que estás bien, gracias a Dios —repetía nervioso y emocionado a la vez —mi niña, mi niña —las lágrimas escapaban de sus ojos sin que hiciera nada por impedirlo.

Sara le acarició la mejilla: —Has tardado mucho en volver —quería esbozar una ligera sonrisa, pero el terrible dolor del labio se lo impidió.

Walt se acercó para besarla, pero la voz de Violeta que entraba acompañada de Pierre, rompió el hechizo del mágico momento.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó angustiada —¡Sara!

—Byron le ha pegado, pero ya está bien —dijo mirando a Sara sonriendo —¿verdad, mi amor?.

Sara sonrió también y asintió y Leti, a quien no se le escapaba nada, se tranquilizó al escuchar cómo había llamado el joven a su amiga.

Walt y Violeta ayudaron a Sara a incorporarse.

—Ahora vuelvo —dijo Pierre yendo hacia la puerta.

Walt, adivinando sus intenciones, lo retuvo: —No, Pierre, no vayas, sé lo que pretendes hacer, pero no es una buena idea: Byron es un hombre violento y si ha bebido más aún, la cosa podría acabar muy

mal. Si Sara quiere, lo denunciaremos, pero tú no te enfrentes a él, amigo.

—Tienes razón —admitió Pierre.

Walt trajo de la cocina un paño con cubitos de hielo y se lo ofreció a Sara, para entonces, ésta no solo tenía el labio ya muy hinchado, sino también la mejilla donde Byron la había golpeado. —Ese tipo no me gustó nada desde el primer momento en que lo vi, con su carita de niño bueno. A ver si ahora, por fin te das cuenta de que los lobos, normalmente vienen disfrazados de corderos.

—Oh, Walt, lo último que necesito es que me regañes y me des lecciones. Gracias a Dios que ha salido de mi vida, y lo puedo contar.

Violeta la abrazó llorando.

Aquella noche, Sara apenas pudo conciliar el sueño, no tan solo por el intenso dolor que sentía , sino por el placer que le producía escuchar en su mente, una y otra vez, las palabras de amor que su Walt le había dicho cuando estaba recuperando la consciencia.

A mediodía, cuando escuchó cerrarse la puerta de Walt, señal de que ya estaba en casa, resuelta, fue a verlo.

—¡Hola, Sara! ¿cómo te encuentras? —su voz sonaba amable.

—Mucho mejor, gracias, holaaa pequeñina —dijo saludando a Rita.

—Siéntate, por favor.

Sara obedeció, seguida por la perrita, que no dejaba de lamerle la mejilla herida.

—He venido a agradecerte lo que hiciste ayer —dijo dulcemente.

—Solo lamenté no haber llegado unos minutos antes, porque sino, te aseguró que ese malnacido no te hubiera puesto una mano

encima —se sentó a su lado para estar más cerca de ella.

Sara lo miró complacida. De repente, sintió que la inundaba una gran felicidad, su corazón bombeaba galopando enloquecido, porque frente a ella, de nuevo estaba aquél encantador muchacho al que conoció unos años atrás, pudo percibir, incluso, aquél intenso y bailarín brillo de sus ojos azules, aquél que creía ya desaparecido. Sintió como si no hubiera pasado el tiempo, como si solo existieran ellos dos y su verdadero amor, y se sintió liberada, libre por fin para poder corresponderle sin coacciones, sin el miedo a los fantasmas, a las sombras del pasado, o a la existencia de reproches porque además, ahora estaba realmente segura de que él, su Walt, también la amaba, y que nunca, nunca jamás, habían dejado de quererse.

—Me miras de una forma extraña —advirtió Walt. ¿Qué pasa?

—¿Dijiste en serio esas palabras?

—¿Qué palabras? —preguntó extrañado.

—Las que te oí decir mientras estaba entre este mundo y el otro —intentó bromear —que me querías y que nunca más me dejarías.

—Las decía tan en serio como te las he dicho siempre, desde el primer instante en que te cruzaste milagrosamente en mi camino.

—¿Quieres saber por qué me pegó?

—No tienes por qué decírmelo, Sara.

—Pero quiero hacerlo y no me iré de aquí hasta que te lo haya dicho, hasta que hablemos y nos sinceremos, como quise hacer cuando fui a buscarte a casa de tu tío.

—¿Fuiste a casa de mi tío? no sabía nada ¿por qué no me lo dijiste? —cogió su mano, eternamente enamorado.

—Cuando volví ya estabas con otra... luego con otra... —se sonrojó.

Walt hizo un movimiento con la mano, negando con la cabeza como para transmitirle que no siguiera hablando.

—Por favor, no me lo recuerdes. Esas chicas no significaban nada para mí, no sé si salía con ellas para intentar olvidarte a ti o para autocastigarme y convencerme de cómo soy.

—Te odié como nunca pensé que podía llegar a odiar a nadie en mi vida, porque te quería, porque te adoro y no podía soportar verte con ellas y comprendí lo que tú me decías que sentías cuando me imaginabas con Marc, porque sentí lo que tú decías que sentías, y era un dolor tan grande... una tristeza tan profunda... Supongo que accedí a conocer a Byron para, en cierta manera, demostrarte que también yo podía estar con chicos, y que también sabía divertirme. A pesar del dolor, me alegro de que él fuera ese lobo que dices que se disfrazó de cordero, porque, cuando salíamos juntos, me daba cuenta de que no lo quería, de que solo pensaba en tí, y que preferiría morir sola si no estaba contigo, porque tu eres el único hombre al que he amado de verdad, quería estar segura, y aunque ya lo estaba antes de salir con él, mis sentimientos por ti no cambiaron nunca, te querré siempre, como te mereces, como lo siento de verdad.

—Mi amor, mi Sarita... —parecía como si llorase y riese a la vez, cogiendo las manos de su amada con infinita dulzura— ¡si supieras las veces que he deseado que de tus preciosos labios salieran esas benditas palabras!, pellízcame ¿quieres? ¡así sabré que no estoy soñando otra vez! y si es así, no quiero despertarme. No me despiertes, por favor, quiero estar dormido para siempre...

Sara no le pellizcó, en vez de eso, se acercó y le dio el beso más sincero que tenía reservado para él.

Los ojos de Walt brillaban como nunca.

—Ahora, nada ni nadie nos separará —dijo pegado aún a ella.

—Nada ni nadie —repitió Sara.

Llegó el mes de mayo, y con él, la boda de Violeta y Pierre. La joven había enviado una invitación a los padres de Sara porque le hacía mucha ilusión conocerlos y ellos se animaron a venir. Su hija y Walt les enseñaron los rincones más bonitos de París: visitaron la Torre Eiffel, la Catedral de Notre Dame, y hasta el Jardín de las Tullerías, que recordaba a los jóvenes su feliz reencuentro.

Un día, después de dejarlos descansando en casa, Walt le propuso a su novia:

—Sara, aprovechando que tu padre y Dana están aquí, había pensado decirles una cosa.

—¿Qué cosa? —quiso saber.

—Que me has dicho que sí.

—¿Que sí a qué? —preguntó intrigada.

—A que vas a casarte conmigo —dijo deteniendo sus pasos, y poniéndose delante de ella, hincó una rodilla en el suelo, a modo de petición, mirándola tan dulcemente como lo hizo cuando la conoció.

Muchos transeúntes se sonreían, los señalaban y comentaban, al contemplar en directo esta declaración de amor, pero Sara, poniéndose completamente colorada, lo cogió de la mano para obligarlo a levantarse diciéndole:

—Sí, sí, sí ¿cómo puedes preguntar esas tonterías? ¿y cómo es que tienes tan poco sentido del ridículo?.¡Levantate, todo el mundo nos está mirando! —le regañó, pero sonreía y pensó que jamás había sido más feliz de lo que lo era en ese momento, frente a su adorado Walt.

—En el mundo solo estamos tú y yo, mi amor, tú y yo —casi gritó cogiéndola por la cintura y elevándola en el aire para balancearla como a un muñeco.

Hablaron con su padre y Dana, quien no paraba de llorar de emoción ¡su pequeña iba a casarse! ¿no sería todavía demasiado joven ?.

Sara les explicó con lágrimas en los ojos, que cuando se casasen, Walt y ella fijarían su residencia de momento en París, ya que Walt había conseguido un buen puesto en la empresa donde trabajaba justamente ahora, pero les prometió que no dejaría desatendida la tienda de su madre, porque Walt y ella estaban de acuerdo en que cada mes, ella viajase a Arfa durante unas semanas, cumpliendo así su compromiso con la empresa, encargándose como siempre fue su idea, de mantenerla en activo y "a la última".

La joven estaba tan contenta y a la vez tan sorprendida! ¡Todo había ocurrido tan rápido! ¿quién le hubiera dicho hacía apenas un año atrás que iba a fijar su residencia en París porque se iba a casar con el amor de su vida?

Terminó sus estudios en la academia y consiguió su deseada titulación, con la cual estaría preparada para hacer frente a las necesidades de la fábrica de sus padres y cumplir así su sueño de la infancia. Atrás quedaban las lágrimas, las noches en vela, los sufrimientos; ahora todo sería muy distinto y su futuro sería maravilloso y lo sabía porque lo compartiría con el amor de su vida.

Apenas aguardaron unos meses para celebrar su boda, que sería fijada para el día 28 de agosto; ninguno de los dos quería esperar más: ya habían perdido y desperdiciado demasiado su tiempo estando separados por culpa de los demás, ahora, les tocaba vivir y ser felices, como siempre debieron ser, como ambos se merecían.

Todo resultó ese día tal y como ella había soñado. Allí estaba Walt, más atractivo que nunca, vistiendo su moderno traje negro, quien hubiera podido iluminar la capilla de la iglesia solamente con el brillo de sus enamorados ojos azules y que estaba, como se suele decir, "más nervioso que un flan", aguardando a su amada a los pies del mismo altar en el cual el padre de ésta había esperado también a su adorada madre el día de su boda. El joven se emocionó al verla entrar cogida del brazo de su padre, mientras sonaba el himno nupcial en el organillo de la iglesia. No podía dejar de mirarla, de pensar en lo guapa que estaba su futura mujer con aquél vestido de novia de un color marfil extremadamente suave, vestido que Violeta había insistido en confeccionarle para este maravilloso día que viviría su querida "hermana". Era de corte clásico, aunque con un sutil toque moderno. Por la parte delantera, un escote redondo suave, no demasiado profundo, mostraba el frágil y delgado cuello de la novia. El cuerpo del vestido, de encaje fino, en el cual se dibujaban unos delicados bordados florales, se ceñía en la cintura, desde donde salía la falda del vestido, confeccionada en tela satinada, y que caía en forma recta hasta el suelo. Las mangas, algo abultadas desde los hombros, tal y como marcaba la actual moda de los 70, eran largas y de gasa transparente y se ajustaban en los estrechísimos puños, con pequeños botoncitos forrados con la misma tela satinada de la larga falda. Por la parte de atrás, el cuello del vestido se cerraba con un único botón forrado también en satén a la altura de su nuca, pero que, a partir de ésta y gracias a un semiabierto escote en forma de V que acababa poco antes de llegar a la mitad de la espalda de la joven, dejaba entrever lo bonita que la tenía, sin embargo, Sara, casi de una manera maníatica, en pocas ocasiones la llevaba descubierta. La dichosa novia cubría su rostro, (que aquél día se le antojó a su futuro marido aún más angelical) con un velo de tul liso, largo y muy ligero. Su amiga Rebeca, la mejor peluquera del pueblo de Arfa, la había peinado recogiendo su frondosa melena en un sencillo moño, embellecido con casi imperceptibles florecillas blancas y azules, un recogido que resultó tan sencillo como lo era la novia y que le encantó, pues expresamente le había pedido a su amiga que quería sentirse lo más cómoda y natural posible ese día, petición que de

igual modo se extendió al maquillaje, que solamente consistía en marcar con un toque de colorete de un tono carmín suave, sus ya de por sí acaloradas mejillas, color que también escogieron para resaltar en sus finos labios, y por último, una sombra de color verdoso dando algo de color a sus casi rosáceos párpados, color que acertadamente combinaba a la perfección con sus acaramelados ojos.

Jon se paró al lado de Walt, y retirando el brazo con el que su hija lo llevaba cogido, "le entregó a la novia", colocandola al lado de su futuro marido, de un modo lento, casi en armonioso ritual, con los ojos bañados en lágrimas, pero mirando a Walt con una inmensa sonrisa iluminando su cara que delataba sus sentimientos encontrados al perder de algún modo a su eterna chiquitina hija.

Cuando Walt, sin dejar de sonreir a Sara, tanto con sus labios como con sus ojos, le colocó el anillo en su temblorosa mano, ella, lo miró enamorada y alzó la mirada hacia el cuadro que se hallaba detrás del altar, que representaba un fresco de la Virgen y el Niño; inevitablemente, se acordó de nuevo de su madre y de sus ojos escaparon unas lágrimas que, su ya marido Walt Loraine, retiró suavemente de sus mejillas antes de obedecer al párroco, quien le daba permiso "para besar a la novia". Sara le correspondió dichosa, y desde lo más profundo de su corazón, le pidió a su madre que rogase por ellos, para que fueran tan felices como ella y su padre lo habían sido. Antes de salir por la puerta de la iglesia de Arfa, para ser recibidos con bombardeos de arroz y pétalos de rosas rojas por parte de sus invitados, Sara se apretó contra el pecho de su esposo y le susurró:

—Ahora ya te he conseguido y te prometo que te voy a hacer tan feliz, que nunca querrás separarte de mi lado.

—Lo mismo te prometo yo, mi vida —aseguró besandola con infinito amor, perdiendo de vista el mundo.

Tras despedirse de su padre y de Dana en el puerto de Barcelona, ambos se fundieron en un romántico abrazo bajo la luz de luna de la bonita ciudad Condal, mecidos por la suave brisa que aquella noche corría en el barco que les conduciría hasta Venecia, para celebrar su deseada luna de miel.

Capítulo 4

Tras diecisiete años de matrimonio, la vida no había cambiado demasiado para Sara. Walt y ella estaban cada día más unidos, dichosos viendo crecer a su hija Diandra, que había nacido al año de su unión y ya era una jovencita preciosa que había heredado los graciosos ojos de su padre y de su abuela, y la melena dorada y ondulada de su madre. Seguían viviendo en el apartamento que años atrás les había pertenecido a las chicas, el cual habían comprado tras el fallecimiento del señor Laffaire. Su padre y Dana ya lucían unas elegantes canas, propias de su edad cercanos a cumplir los 67, pero lejos de sentirse mayores, ambos seguían siendo tan activos y juveniles como acostumbraban a ser y seguían trabajando en sus quehaceres con el mismo entusiasmo que siempre. Sara había cumplido su promesa, y cada mes, durante todos estos años, había vuelto a su casa para ocuparse en persona del negocio familiar, ahora, además, gracias a la tecnología, lo tenía mucho más fácil, pues disponía de un ordenador con el que podía hacer hojas de cálculo y enviarle a su padre correos electrónicos al ordenador que ella le regaló.

Violeta y Pierre se habían trasladado a vivir a Toulouse, cerca de la casa de los padres de Pierre. La joven iba a menudo a ver a sus padres a Lérida, viaje que hacía coincidir con las fechas en que su amiga estaba en Arfa para poder verse.El matrimonio también había tenido una niña, Adriana, que ahora contaba quince años de edad, pues a diferencia de Sara y Walt, Leti y Pierre habían esperado un poco para traer al mundo a su linda hija, que era el vivo retrato de su madre.

Sara se había montado en casa un pequeño taller donde confeccionaba sus propios diseños que vendía en algunas de las mejores boutiques de París y además arreglaba las variadas cosas que sus vecinos y conocidos le traían, ya fuera para que les hiciera el

bajo de un pantalón, o les cosiera unos nuevos botones en sus antiguas chaquetas para darles un toque más moderno, consiguiendo el fabuloso resultado esperado.

Walt se había volcado de lleno en su afición y pasión por la pintura y le estaba yendo muy bien, no en vano, ya eran muchas las galerías de arte moderno que le reclamaban que expusiese sus cuadros de estilo "arte pop" en sus salas, y el joven no podía estar más contento.

Trabajar para ellos mismos les había otorgado una completa libertad, que se traducía en poder pasar los meses de verano en Arfa, y que su hija pudiera disfrutar de la naturaleza, lo cual le encantaba. Los primeros días de su presencia en la tienda, Sara recibía las visitas de amigos y vecinos que venían más a saludarla que a comprar, pero no le importaba, de igual manera que la traían sin cuidado los chismes y cuentos que le venían a explicar sobre Marc y Carla, que básicamente podían resumirse en la lástima que les daba a todos este matrimonio de conveniencias que solamente estaba unido por no hacer daño a su hijo.

Los paseos en caballo de Diandra eran frecuentes, a ella, igual que a su madre, le gustaba mucho cabalgar, haciendo largas excursiones. Un día, durante un paseo matutino, tuvo un pequeño incidente. Estaba tumbada en el prado, descansando bajo un pequeño montículo elevado y densamente cubierto de vegetación, cuando un enorme caballo le pasó por encima dándole un susto de muerte. El joven que lo montaba ni siquiera se habría percatado de su presencia si ella no hubiese gritado. Hizo frenar a su caballo y volver sobre sus pasos al ver a Diandra. Bajó del animal visiblemente preocupado y se echó al suelo poniéndose a su lado: —¡Dios mío! ¿estás herida? —le preguntó ayudándola a levantarse.

—No —dijo ella temblando todavía.

—Si te hubieras levantado en ese momento... ¡no quiero ni pensarlo! ¡No te he visto! — el joven estaba visiblemente muy nervioso.

—La culpa ha sido mía, sé que esto es poco visible desde la planicie del prado, ha sido una imprudencia por mi parte —le sonrió para tranquilizarlo.

—¿Pero, seguro que estás bien?

—Sí, de verdad, gracias, no te preocupes. Solo me he llevado un buen susto, eso no te lo puedo negar, pero así aprenderé y no lo volveré a hacer más, eso te lo puedo asegurar —puso la mano en su corazón, como para demostrarle con este gesto que no le mentía.

—Gracias a ti por intentar quitarle "hierro al asunto" —sonrió —soy Daniel, y es un placer conocerte, aunque haya sido de manera tan violenta —le estiró su mano a modo de saludo.

—Diandra —se presentó ella estrechando su mano.

—Un nombre bonito para una chica bonita, claro —afirmó él.

—Gracias —repuso poniéndose colorada por el inesperado piropo.

—Tú no eres de por aqui ¿verdad? porque si te hubiera visto, te recordaría —dijo sin vergüenza.

—Vivo en París, mi madre es de Arfa, por eso venimos los meses de verano, antes no podíamos permitirnos venir tanto, por el trabajo de mi padre, pero ahora, que trabaja por libre, podemos pasar más tiempo aquí y mamá ya me deja montar sola —explicó contenta.— Esto me encanta.

—A mí también, siempre que puedo me acerco hasta aquí, ahora que me he negado a ir al centro de verano. Verás: —dijo como si estuviera a punto de contarle un gran secreto —mi madre me envió de pequeño a un colegio en Barcelona al que iba también en verano,

pero este año me he negado a ir, ya soy mayor de edad y puedo hacerlo; incomprensiblemente, mi padre me ha dado la razón y ahora que lo pienso, creo que es la primera vez que lo veo llevándole la contraria en algo.

Se hizo un silencio entre ambos, y Diandra se iba a despedir, pero Daniel le dijo de repente:

—¿Te apetece dar un paseo?

—Bueno — contestó la joven sonriéndole.

Cogieron las riendas de sus caballos y comenzaron a caminar despacio. Enseguida se hallaron enfrascados en una conversación, y en otra, y en otra... habían conectado francamente muy bien.

El caprichoso viento jugueteaba de manera obsesiva con los dorados rizos de Diandra, prácticamente el único rasgo que la asemejaba a su madre. De repente, el chico, frunciendo el ceño en actitud reflexiva, la miró de una manera un tanto curiosa, tan inquietante que sorprendió a Diandra, cuando le dijo:

—Me recuerdas a alguien.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

—Es, tu pelo... creo, verás, esto no se lo he contado nunca a nadie, confío en que me guardarás el secreto.

—¡Claro que sí! —repuso la joven solemnemente y levantando al mismo tiempo su mano derecha como si lo estuviera jurando.

—Mi padre tiene una foto en su escritorio —empezó a decir misteriosamente.

—¿Una foto? —se extrañó la joven.

—Sí, es de una chica, muy guapa, de ojos color caramelo y el cabello, ondulado así, no sé, así… como tú —repitió —¡es tan parecido!. Mi padre no sabe que he visto esa foto, la guarda celosamente disimulada entre papeles de su escritorio, supongo que para que mi madre no la vea ¡imagínate! — sonrió maliciosamente— ¡como si mi padre hubiera podido querer a otra! ¡si no hay mujer más preciosa que mi madre!.

Diandra notó el tono de burla de Daniel: —A la vista está que no te llevas muy bien con tu madre.¿Y no sabes quién es esa mujer?

—No tengo ni idea, pero si guarda esa foto con nostalgia, es que debió estar enamorado de ella. ¿Por qué se casaría entonces con mi madre, si no la quería?

—¡Daniel! —le regañó —¿Por qué dices eso? ¡Parece como si no quisieras a tu madre!.

—Ella no me quiere a mi. Tampoco le tengo demasiado aprecio a mi padre, te recuerdo que he crecido sin ellos —dijo sin parecer importarle.

—Se ha hecho muy tarde —dijo Diandra —mi madre me matará si no llego a tiempo para la comida.

—Solo nombras a tu madre ¿tu padre no está con vosotras?

—Sí, pero papá es diferente, él no me regaña tanto. Mamá se enfada si estoy sola mucho rato fuera de casa.

—Pues si es por estar sola por lo que tu madre te "pega bronca", dile que desde hoy, si tú quieres, yo te acompañaré a todas partes. No tengo amigos aquí. Nos haremos compañía mutuamente. —resolvió.

—Me encantará que me hagas compañía, en realidad, yo tampoco tengo muchos amigos por aquí. —aceptó la joven de buen grado.

Cada día, Diandra y Daniel se esperaban en la pradera; poco a poco se estaban convirtiendo en buenos amigos, tanto, que los momentos que compartían eran los mejores del día para ambos.

Una tarde, Diandra estaba ayudando a su padre a arreglar la biblioteca, cuando le dijo de repente y bajo la confianza y complicidad que le tenía: —He conocido a un chico muy simpático.

—¿Ah, si?

—Sí, se llama Daniel y es muy simpático —repitió sonrojándose.

—Y dime —preguntó su padre con una sonrisa de oreja a oreja —¿es simpático este Daniel?

—Sí, es muy... ¡papá! —le regañó cuando se dio cuenta de que solo se burlaba de ella.

—¿Y él también piensa que tú eres muy simpática? —le preguntó con dulzura.

—Pues, supongo que sí, si no, no le gustaría estar conmigo, digo yo… — exclamó algo contrariada y quedandose un poco pensativa.

La carcajada de su padre resonó por toda la habitación haciendo que su hija lo mirase como si creyera que se había vuelto loco de repente.

—¿De qué te ríes, papá?

—De nada cariño, bueno, sí, me río de mí, por no haberme dado cuenta de que ya no eres una niña, mi pequeña —dijo abriendo sus brazos para que ella se acurrucase, como siempre, en ellos—cielo, está bien que tengas un amigo, pero ve con cuidado, ¿vale? ¿dónde os conocisteis? —quiso saber su padre a modo de cotilleo.

—Papá ¿algunos de estos gruesos libros te han golpeado en la cabeza? ¡Dices unas cosas! Nos conocimos un día que fuí a dar un paseo por la pradera, ¡y me dio un susto!

—¿Cómo?. ¿Qué quieres decir? —se mostró extrañado y preocupado.

Diandra explicó a su padre la escena vivida el día en que conoció a su amigo, y el saber que no pasó nada lo tranquilizó.

Aquella noche Walt le contó a su esposa la conversación que habían mantenido Diandra y él.

—Un amigo ¿Y quién es?

—No lo sé, pero me parece que se está enamorando de él.

—¿Enamorada? No seas fantasioso, Walt —le recriminó, pero estaba pensativa. —¿No es muy joven para eso?

—Bueno, depende —dijo acercándose a ella —te recuerdo que tú tenías su edad cuando yo te conocí y por aquél entonces, no estabas sola —dijo sin nombrar a Marc pero tampoco parecía haberle importado hacerlo. —Desde ese día, sabes que no pude olvidarte, aún no puedo —se fingió contrariado, cogiéndola por la cintura.

—Pero entonces, eran otros tiempos, éramos diferentes.

—¡El amor qué entiende de tiempos, de modas, el amor es siempre amor! —la besó apasionado, siendo correspondido de igual modo.

—Lo sé, pero hablaré con ella, supongo que ya tiene edad para tener amigos... —parecía triste y estar contestandose a sí misma al decirlo.

Su marido se rió de ella. —Pues claro que la tiene, Sara, por favor, ¡tiene casi diecisiete años!.

Sara habló con su hija al día siguiente y le propuso que invitase a cenar a su amigo. Llegada la noche, Diandra apareció muy contenta con Daniel. Sara se quedó petrificada al verlo. Aquél jovencito que parecía mirarla como si la conociera, con unos profundos ojos negros ¡era Marc! "¡Dios mío, no puede ser! —se dijo a sí misma — ¡Daniel es el hijo de Marc! ¡Tiene que serlo!".

—Mamá, mamá ¿qué te pasa? —preguntó la joven a su madre al verla palidecer como si de pronto hubiera visto un fantasma.

—Encantada de conocerte... Daniel; espero que no pienses que soy una maleducada, me siento un poco mal, ¿me perdonas que suba un rato a mi cuarto?

—Claro —acertó a decir el joven.

—Te acompaño, querida —dijo Walt, muy extrañado —Diandra, cariño, tu abuelo y Dana están en la cocina ¿por qué no vas a presentarles a tu amigo?

Cuando estuvieron solos en su habitación, Walt le preguntó a su mujer qué le pasaba.

—¡Es su hijo, Walt, es su hijo! —repetía nerviosa dando vueltas nerviosamente por el cuarto.

—¿El hijo de quién? ¿de qué hablas, amor?

—¡Del hijo de Marc, de Daniel!

—¿Qué?

—Lo que has oído, Walt. Dios mío, ¡con la de chicos que hay por aqui y tener que ir a conocer, precisamente, al que menos debía!

—Pero, ¿cómo estás tan segura? —le preguntó su marido que no daba crédito a lo que Sara le estaba diciendo tan convencida.

—¡Es su vivo retrato, vida! por un instante he creído retroceder en el tiempo y que tenía a Marc frente a mí.

—Ya veo cuál es el problema: te molesta que el chico te recuerde a Marc cada vez que lo veas, ¿no? —presupuso su marido.

—Claro que no, no se trata de eso. ¿Qué crees que pensará su madre cuando conozca a tu hija?. ¿Olvidas el odio que me tenía? Tengo miedo de que pueda hacer daño a Diandra.

—Realmente ¿es eso lo que te preocupa? —le preguntó seriamente.

Sara se lo quedó mirando y le pidió, casi rogandole:—No, no, no, por favor, esto es lo que yo quise evitar... No sigas por ahí, Walt.

—Lo siento, Sara mi vida, tienes toda la razón, lo siento de verdad, perdóname —le suplicó —quizá nos hemos precipitado sacando conclusiones y solo sean buenos amigos, venga, —dijo pellizcándole suavemente las mejillas —haremos que estas paliduchas mejillitas vuelvan a coger color y bajaremos para cenar con tu hija y su invitado.

—Espero que tengas razón pero mucho me engañaría si no creyese que esta relación nos traerá más de un problema.

La velada transcurrió sin más interrupciones. Daniel parecía haber caído bien a todos, pero Sara tenía sus reservas hacia él por ser el hijo de Carla; si había heredado el físico de su padre, lo más probable fuese que hubiera heredado el carácter malvado de su madre, aunque, a la vista estaba que era un buen chico. Sin embargo, a Sara se le grabó a fuego aquella frase que le dijo su marido tras el incidente con Byron: que los lobos, a veces vienen disfrazados de corderos.

—Mamá, ¿a ti qué te parece? ¡Mamá! —exclamó Diandra cuando vio a su madre distraída.

—Dime, cariño —dijo como si la hubiese deshipnotizado en ese instante —perdona, estaba un poco despistada ¿qué me decías?

—Daniel dice que dentro de unas semanas se celebrará una carrera de obstáculos; yo ya tengo edad para participar ¿podré hacerlo? papá dice que decidas tú.

—Sé que se celebra una carrera, y no me gustaría que participases. Puede ser peligroso.

—Pero mamá —lloriqueó —tú participaste y la abuela también. No es justo que no me dejes hacerlo a mi—se quejaba con razón.

—Sara, no tiene por qué ocurrir nada y Diandra monta tan bien como su madre —la apoyó Walt intentando que accediera a su súplica.

—Tendré mucho cuidado, mamá, te lo prometo. Solo quiero correr, me hace mucha ilusión, quiero sentir la experiencia que vivisteis vosotras, debe ser muy bonita—hizo una mueca de resignación.

—Más te vale tener cuidado, jovencita —dijo su madre en señal de aprobación.

Diandra se levantó de la mesa y rodeó con sus brazos a su madre por la espalda a modo de abrazo, besandole la mejilla.

—¡Gracias, mamá!

Poco después de terminar el postre, Daniel comunicó que ya debía marcharse.

Diandra lo acompañó a la puerta y Daniel estiró levemente de su mano para hacer que saliera con él al porche.

—Diandra —dijo susurrando cuando estuvieron afuera—¿recuerdas la foto de la que te hablé, la que mi padre guarda?

—Sí, claro —se encogió ella de hombros.

—¡Pues agárrate! esa mujer de la foto, es tu madre —dijo con convicción.

—¿Qué estás diciendo, te has vuelto loco? —respondió malhumorada. —Eso no puede ser, de ninguna manera, es imposible.

—Es ella, te digo que es tu madre Diandra. No ha cambiado nada, está igual que en aquella foto, por eso tú me la recordabas tanto.

—Eso no puede ser — respondió enfadandose cada vez más.

—¿Por qué no? tu madre vivió aquí hasta que se fue a París, mi padre y ella pudieron ser amigos, no es imposible, sería lo más lógico.

—Mi madre no es esa mujer —exclamó con algo de rabia.

—Está bien, está bien, puede que me equivoque —la calmó él —no quiero que te enfades.

—Claro que te equivocas —sentenció la joven.

Los dos jóvenes no volvieron a hablar del tema pero Diandra, desde aquél día, miró a su madre de otra manera y no entendía el por qué el padre de Daniel tenía una fotografía de ella en su escritorio.

El sábado que tenía lugar la carrera, amaneció un día espléndido. Diandra había estado entrenando cada mañana, supervisada por su madre y en ocasiones acompañadas por Daniel. Sara, ahora le daba consejos para intentar que ganase, y ella haría lo imposible por conseguirlo.

Toda su familia estaba allí. Su abuelo, su padre y Dana, cogieron los mejores asientos para verla, mientras Sara y Daniel esperaban hasta el último minuto para animarla. Como cada año, de entre todas las celebraciones, la carrera era el acontecimiento más esperado.

Daniel vino a sentarse con sus padres. Los participantes ya se encontraban en la salida. Diandra estaba muy nerviosa, pero a la vez, tranquila; quería estar concentrada, alerta y aunque no ganase, demostrar a su madre que podía confiar en ella. A pesar de que cuando sonó el pistoletazo de salida, estaba un tanto despistada, pronto reaccionó y no tardó demasiado en ponerse en cabeza. No escuchaba las palmas, los gritos que los animaban, la música de la orquesta que amenizaba el espectáculo, tan sólo escuchaba el galopar de su caballo, y su voz interior que la iba animando; la ganadora de otros años la seguía muy de cerca, pero ella no se dejó intimidar y astutamente supo dejarla atrás; iba sorteándolo los obstáculos con maestría y precisión. Se agachó a la altura de las orejas de Poni, el caballo que su padre le regaló cuando cumplió doce años, y le susurró: "Corre, bonito, corre, tenemos que ganar esta carrera para mamá".

Poni entendió perfectamente lo que le quiso decir, y adelantó al caballo que tenía pegado a su lado, corriendo sin parar hasta que llegó a la meta. Cuando traspasaron la línea azul que delimitaba el final de la carrera, Diandra no dejó de acariciarlo, diciéndole:

—¡Hemos ganado!¡Hemos ganado!¡Lo hemos conseguido, Poni!

Ahora volvió a escuchar los vítores de los presentes, los aplausos, la orquesta. Todos los jinetes se acercaron para felicitarla y su familia no tardó en rodearla. Su padre, orgulloso, la bajó del caballo como si cogiese una pluma. Su madre, no dejaba de mirarla sonriendo y llorando a la vez. Daniel también se había acercado y cuando el tumulto de gente se lo permitió, se aproximó a ella y la abrazó diciéndole: ¡Enhorabuena, eres la mejor!. Para entonces, Sara ya no luchaba por detener y ocultar sus lágrimas, y su hija se abrazó a ella

llorando también.—Estoy orgullosa de ti, cariño, —le dijo dandole mil besos — lo has hecho muy bien.i Muy bien, mi amor!.

Diandra estaba más contenta por su madre que por ella, pensaba interiormente en el día en que una tramposa le arrebató su triunfo y tenía intención de regalarle el trofeo. Desde una distancia prudencial, Marc y Carla habían contemplado estupefactos la escena, pues ellos no sabían que Daniel conocía a la hija de Sara y Walt.

Carla se acercó por la espalda a su hijo y le dijo:

—Hijo, vámonos ya, aquí no hay nada que ver, y todavía tenemos que saludar a muchas personas.

—Id vosotros —contestó él —ahora iré yo.

—Ve tranquilo Daniel, no te preocupes, ya nos veremos —le dijo Diandra para no asistir a un forcejeo de opiniones entre madre e hijo.

—Tan cariñosa como siempre —comentó Walt cuando se hubieron alejado —Esta mujer no cambiará nunca. Cada día es más odiosa.

—Le habrá dado un ataque cuando haya visto con quién se junta su hijo —rio Sara.

—¿Por qué? ¿es que conocéis a la madre de Daniel?

—Sí —contestó el matrimonio al unísono.

—Cariño, ¿crees que Daniel es un buen chico? — le preguntó Sara.

—Claro que sí, mamá ¿por qué me preguntas eso?, ¿qué pasa?

—Ya has visto cómo es su madre y te aseguro que el ser desagradable, en ella es casi una virtud.

—Quédate tranquila mamá, Daniel es muy bueno conmigo, nos llevamos muy bien. Habrá heredado el carácter de su padre.

Sara se puso ligeramente colorada y miró a Walt de reojo, quien estaba la mar de feliz hablando con su suegro y con Dana. Una voz anunció que en unos minutos se procedería a hacer la entrega del premio a la ganadora.

—Mamá, quiero que subas conmigo a recoger el premio. Quiero que sea tuya.

—¿Mía? ¿por qué, mi niña? ¡la has ganado tú!.

—Porque es tuya, tú me enseñaste a montar y por eso he ganado. Esta copa sustituirá a la que aquella tramposa te robó cuando competiste. Si está aquí, me gustaría ver qué cara pone cuando la recojas —rió.

—Diandra, esa tramposa de la que hablas es la madre de Daniel, ella fue quien me hizo caer.

—¿Qué? —preguntó atónita la jovencita, pensando que solamente le faltaba escuchar eso para confirmar lo que Daniel le había explicado.

—Sí, querida mía —dijo Dana metiéndose en la conversación —Carla es su madre, y cuando lo ha visto con nosotros, ya ha visto cómo se lo ha llevado.

—Por eso estabais tan raros el día que lo conocisteis ¿sabíais ya que era su hijo?

—No, pero Daniel es el vivo retrato de su padre cuando tenía su edad, son dos gotas de agua; nos lo imaginamos solamente, pero estaba muy claro, amor. —le aclaró su madre.

—Entonces... si te hizo todo eso que siempre me has explicado, tampoco me va a soportar a mí, si sabe que Daniel y yo, quiero

decir, si se entera de que somos amigos… —dijo poniéndose colorada.

—Es probable que le prohíba verte ahora que sabe que eres nuestra hija —le advirtió su padre —Carla es una mala persona, cariño.

El nombre de Diandra resonó por los altavoces. La joven cogió a su madre de la mano para subir juntas al improvisado escenario donde los ganadores de los diferentes concursos celebrados, recogían sus premios. El alcalde hizo entrega de la copa a la joven y le pidió que dijera unas palabras, como era costumbre.

—Estoy muy contenta por recibir este premio y saludo a mis compañeros que han sido unos rivales muy difíciles de vencer: ¡todos hemos ganado! pero sobretodo, estoy muy ilusionada por poder entregar este premio a una persona a la que se lo arrebataron hace algunos años haciendo trampas en esta carrera tan bonita y limpia. Yo me llevo el premio hoy por montar como ella me ha enseñado, pero ella es la ganadora, como lo debió ser entonces. Este premio es para ti, querida mamá —dijo muy emocionada haciendo entrega a su madre de la copa de campeona de la carrera.

Los aplausos, silbidos y murmuraciones no se hicieron esperar entre el público asistente. Algunas miradas buscaron a Carla quien, inútilmente, intentaba prohibir a su hijo que silbase de satisfacción ante las palabras de Diandra.

—¿Por qué estás tan contento? ¿Qué te importa a ti esa? —preguntó secamente a su hijo—¿Acaso la conoces para celebrar su triunfo?

—Diandra es mi amiga, y me alegro muchísimo de que haya ganado —contestó inocentemente el joven a su desconcertada madre.

—¡Te prohíbo que vuelvas a verla! —le espetó tal y cual había profetizado Walt.

—¿Qué? —Daniel detuvo en seco sus aplausos.

—Hay miles de chicas que se morirían de ganas de estar en tu compañía. No quiero volver a verte con esa mocosa. ¿Ha quedado perfectamente claro?

—No puedes prohibirme que la vea —dijo sin entender a su madre.

—¡Claro que puedo!

—Pero ¿qué te ha hecho ella?

—Haz lo que te digo Daniel, soy tu madre y por muy mayor de edad que seas, esto no te lo voy a consentir. Te advierto que estás bajo el techo de mi casa, y que si no me obedeces, ya puedes ir buscándote otro alojamiento.

Daniel miró a su padre en busca de refugio, pero la mirada de Marc se hallaba muy lejos, perdida en sus recuerdos.

Diandra y Sara ya habían bajado del escenario y estaban celebrando la victoria más íntimamente. Daniel deseó estar allí con ellos, pero la amenaza de su madre era demasiado contundente y de momento, tenía que hacerle caso.

—Vámonos ya, este espectáculo ya no es lo que era —dijo Carla cogiendo a su hijo por el brazo para obligarlo a caminar —Daniel, deja de mirar atrás, me vas a hacer tropezar, ¡mira hacia adelante!

La fiesta continuó, Walt y Sara bailaban divertidos al son de la música. A Diandra se le había acercado un joven con el que parecía estar aburriéndose un poco.

—¿Me concede este baile, señorita? —la joven reconoció la voz de su oportuno padre a sus espaldas y cogió apresuradamente y sin vacilar, la mano que éste le tendía, disculpándose respetuosa con su apesadumbrado acompañante, intentando que no se le notase demasiado su deseo de dejar de bailar con él: —Gracias papá, pobrecito, pero no sabía cómo quitármelo de encima.

—Espero que no te importe bailar con un cuarentón.

—¿Estás loco? Es verdad lo que dicen de los hombres ¡no os dais cuenta de nada! ya he pillado a más de una jovencita mirándote.

—¿Así es que aún estoy de buen ver?

—Yo diría que de muy buen ver, papá. ¡Qué suerte tuvo mamá contigo, eres tan bueno, moderno y comprensivo! —dijo pellizcándole la mejilla.

—Tu Daniel también es bueno contigo ¿verdad?

—No es mi Daniel, —le regañó fingiendose enfadada —pero sí que es muy bueno con todo el mundo, demasiado a veces, creo yo.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber su padre muy extrañado.

—Lo he visto alejarse con sus padres, seguro que ella no le ha dejado acercarse. Ni siquiera se ha despedido de nosotros —dijo con tristeza —¿Por qué le hace caso?

—Porque es su madre, cariño.

—Papá ¿Por qué odia tanto esa mujer a mamá? ¿acaso no tendría que ser mamá quien debería estar enfadada por lo que le hizo?

—Por eso y por muchas cosas más, pero tu madre no es una víbora como Carla. Simplemente la ignora, no existe.

—Mamá es muchísimo más guapa que ella, y a su lado parece su hija, seguro que por eso le tiene rabia.

—Pero, ¿en qué quedamos, ahora resulta que el que he tenido la suerte de casarme con tu madre he sido yo? —ambos rieron.

—Me encanta veros tan felices —dijo Sara acercandose —pero ¿os importa si nos vamos retirando ya? Dana parece un poco cansada.

—Claro que no, ¿vamos? —respondió Walt sonriendo a su pequeña.

Después de cenar, Diandra no tardó en subir a su habitación: estaba rendida. Casi estaba conciliando el sueño cuando unos golpecitos en la ventana la sobresaltaron. Se levantó y abrió la ventana: —¿Qué haces aquí? —casi le gritó a Daniel.

—¡Shhh! ¡calla, voy a subir! —ordenó este comenzando a subir peligrosamente por la cañería del agua hasta descansar en el tejado sobre el cual estaba la ventana de Diandra.

—Vas a caerte —susurró ella. —¡Estás loco!.

—No me pongas nervioso, ¿quieres? esto me recuerda a una historia en Verona —dijo sonriendo y mirándola con dulzura.

—Sí, pero ni tú eres Romeo ni yo Julieta —lo desengañó.

—Me gustaría mucho que lo fueras ¿quieres serlo Diandra?

Antes de que ella pudiera contestar, Daniel le dio un beso en los labios que ella correspondió con inmensa ternura y deseo: —¿Por qué te fuiste tan pronto? —le reprochó.

—He venido a darte la enhorabuena, ¡corrías como un rayo!

—No has contestado a mi pregunta —dijo impidiendo que la volviera a besar. —Aunque ya lo sé, tu madre no quiere que me veas, ¿verdad?

—Sí, es verdad ¿cómo lo sabes?

—Mis padres me explicaron algo...

—A mi ni siquiera eso: no quiere ni oír tu nombre.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó con tristeza, aunque esperaba que él no hiciera caso a su antipática madre y pudieran

seguirse viendo como siempre, sin miedo a que su madre los viera, ahora que su amistad se había transformado casi sin darse cuenta, en amor.

—Me ha prohibido la entrada a mi casa si vuelvo a verte, pero no me importa, te veré como sea.

—¿A escondidas? yo no tengo por qué esconderme de nadie, ni tú subir por los tejados como si fueras un ladrón —dijo enfadada — Será mejor que no nos veamos, Daniel.

—¡Sí que nos veremos! ¡Lo solucionaré, pero no dejaré de verte! — casi gritó con gran convicción, para luego suavizar su tono al preguntarle: ¿Irás mañana a la pradera? por favor… —casi le suplicaba —así me explicarás lo que te contaron tus padres, ¡soy el único que no sabe nada de esta historia!

—Sí, de acuerdo, ahora baja.

—Hasta mañana —dijo acercándose para darle un rápido beso.

Tal y como se habían prometido, los dos jóvenes se reunieron en la pradera al día siguiente. Era curioso para ellos saber que, ahora que les habían prohibido verse, era cuando por fin había salido a la luz lo que ambos sentían, sellándolo esa noche con su primer beso de amor. Él la estaba esperando y cuando ella llegó, la ayudó a bajar caballerosamente del caballo y la abrazó fuertemente.

—En el fondo, me alegro de que todo esto haya pasado, de este modo he podido declararte mis verdaderos sentimientos hacia ti.

—Yo también —se sonrojó ligeramente la joven. No comprendo por qué tu madre puede odiar tanto a la mia.

—He estado pensando y creo que puedo tener una idea del por qué, pero primero cuéntame lo que tú sabes, a ver si así podemos atar cabos.

Diandra le contó a Daniel lo que a ella le habían explicado sus padres: que su madre le robó la carrera a Sara, pero si había algún otro motivo, ella lo desconocía y así se lo hizo saber.

—Mi padre tiene una foto de tu madre, seguro que mi madre la descubrió y se puso furiosa. Tu madre debió entrometerse en la relación y por eso la mia no la soporta.

—¿Qué? ¿estás loco? ¡Mi madre no haría una cosa así!, más bien creo que debió ser al revés, que fue la tuya la que se entrometió, como tú dices. —estaba furiosa.

—¿Y por qué tiene que ser mi madre la mentirosa? —preguntó de repente Daniel.

Diandra lo miró incrédula al decirle:

—¿Acaso no sabes cómo es tu madre? Tú mismo me dijiste que no os quiere, que te envió fuera de su vista, que te prohíbe tomar tus propias decisiones... por mi puedes creer lo que quieras, pero en una cosa reconozco que sí que tiene toda la razón: ¡no debemos volver a vernos!

Antes de que pudiera reaccionar, Diandra empezó a montar en su caballo.

—¡Espera, Diandra! —suplicó el chico intentando retenerla sin éxito.

La joven no lo escuchó y salió a galope de su lado para alejarse de allí lo antes posible. No entendía cómo Daniel podía ser tan tonto, ¿inocente?, no sabía con que tipo de calificativo denominarlo, ahora que estaba tan enfadad con él. ¿Cómo podía creer que su madre había sido una descarada y se había interpuesto en la relación de sus padres?

Llegó a su casa llorando desconsoladamente y subió las escaleras de camino a su habitación como si alguien la estuviera persiguiendo. La

visita de sus padres no se hizo esperar: —¿Podemos pasar? —preguntó Walt.

—Claro —respondió en un sollozo.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras? —quiso saber su madre sentándose a su lado y casi adivinando la respuesta de su hija.

—No lloro por nada —siguió sollozando, negando la evidencia como si fuera una niña pequeña que se enfada con el mundo sin motivo.

—¿Has discutido con Daniel, no es cierto?

—Es un idiota y no quiero volver a verlo más. ¡Nunca!—repitió

—¿Tan grave ha sido? —preguntó su padre.

Diandra no contestó y Sara le dijo:

—Se trata de su madre ¿no es cierto?, no te preocupes hija, tal vez Daniel no te merezca, era difícil que el veneno de Carla no se hubiera extendido en él. Encontrarás otros amigos que...

—¡Mamá! —exclamó ella cortando a su madre —¿Por qué, por qué tiene él?... —no pudo seguir.

—¿Quién tiene qué, cariño? si no nos lo explicas no podremos contestar a tus preguntas.

—El... el padre de Daniel —volvió a interrumpirse.

—¿Marc? ¿Qué le pasa? ¿qué tiene, hija?

—¿Por qué, por qué él tiene una foto tuya escondida para que nadie la vea? Daniel cree que es por eso por lo que ella te odia, cree que vosotros, bueno, que tú... quizás te entrometiste en su relación —dijo de un tirón pareciendo aliviada—y yo no creo que tú hicieras eso.

Walt y Sara se miraron perplejos y éste, no pudo evitar soltar una sonora carcajada de las suyas, ante la atónita mirada de su hija que no entendía nada.

—Walt, por favor —le regañó su esposa dándole una palmada en la rodilla. —Todo esto tiene una explicación, cariño, tranquila, tu padre y yo te lo contaremos todo y si quieres explicárselo a Daniel para que eso no afecte a vuestra relación, eres libre de hacerlo.

Sara y Walt explicaron a su hija el misterio de por qué Marc tenía una foto de ella, así como toda la verdad sobre la relación entre ellos.

—Yo ya lo sabía, sabía que ella tenía que ser la culpable de vuestra enemistad, en ningún momento dudé de ti, mamá, tú eres una persona maravillosa —se abrazó a ella llorando. —Se lo dije a Daniel, ¡ lo sabía! —afirmó como si le hubiesen quitado un tremendo peso de encima.

—Ya lo sé mi amor ¿por eso te enfadaste con Daniel, porque me insultó?

—Más o menos.

—Diandra, si quieres conservar la amistad del pobre muchacho, tienes que explicarle todo lo que te hemos contado, para que él también sepa la verdad y entienda por qué su madre no quiere que te vea.

—Tienes razón, papá —también lo abrazó —gracias, gracias a los dos.

La figura de Dana apareció tras la puerta entreabierta.

—Cariño —dijo asomando su cabeza y dirigiéndose a Diandra — Daniel está abajo, quiere verte ¿qué le digo?

—Dile que ahora baja —contestó su padre en su nombre levantándose de la cama y ofreciendo su mano a su hija para que hiciera lo propio.

—Ahora tienes la oportunidad de explicarle todo —la animó su madre.

—¡Voy! —exclamó saltando de la cama muy contenta y limpiándose casi de un manotazo las lágrimas.

—¿Quién me iba a decir a mi, que después de tantos años, esa Carla seguiría dándome quebraderos de cabeza? —dijo Sara medio sonriendo y negando con la cabeza de manera incrédula.

—Me gustaría ver esa foto que tiene, imagino lo bonita que estarías —dijo su marido cogiéndole las manos y atrayendola hacia él.

—¡Ni siquiera recuerdo habérsela dado! —rió—debíamos ser unos niños todavía, fue un peligro por su parte conservarla—reconoció.

—Bueno, no me preocupa: él tiene solo una foto, yo tengo a la original. — exclamó abrazandola con inmenso amor y ternura.

Diandra y Daniel salieron fuera de la casa para hablar. Se sentaron en el porche.

—Ahora se explica todo —reconoció el joven —pero amor, yo venía a pedirte perdón: no conozco a tu madre para haberla juzgado, pero sí que conozco a la mía y sé que es capaz de hacer lo que sea para salirse con la suya... pero es mi madre ¿sabes? y bueno, en cierto modo sentía que tenía que "defenderla". Iré a pedirle perdón a tu madre ¿me perdonas tú?

—Sí —dijo en un suspiro de alivio, apoyando su cabeza en el hombro de él, y dejando que le acariciase la mejilla.

—¡Fuego, fuego! ¡despertad, hay fuego! —la voz de Dana alarmó a todos de la catástrofe.

—¿Dónde hay fuego, Dana? —preguntó Walt saliendo de su habitación, mientras se abrochaba la camisa y bajaba de dos en dos los escalones.

—¡En la tienda! ¡Mira! —señaló a la ventana.

—¡Vamos! —ordenó Walt dirigiéndose al establo para coger una manguera y extintores.

Toda la familia lo siguió. Cogieron cubos, calderos y palanganas para llenarlos del agua del abrevadero e intentar sofocar el fuego, un fuego endemoniado que ya parecía estar demasiado vivo y extendido. Los vecinos se unieron a ellos, entre todos estaban consiguiendo que el fuego se apagase. De repente, se oyó una especie de crujido, y en un abrir y cerrar de ojos, gran parte de una gruesa viga de madera se desprendió del techo.

—¡Cuidado, Dana! —gritó Walt corriendo hasta donde estaba la mujer, pero sin poder evitar que la viga golpease su hombro derecho, la tirase al suelo, y cayera sobre una de sus piernas.

—¡Dios mío, Dana! —gritó Sara cubriéndose la cara con las manos.

La mujer se hallaba en el suelo sin sentido, a causa del fuerte impacto que había recibido. Sara, aturdida e indefensa se acurrucó en el pecho de su padre.

—Respira con dificultad, ¡saquémosla de aquí! —gritó Walt.

Lo ayudaron a sacar a la mujer afuera, y la llevaron a casa; el fuego ya estaba sofocado. Alguien fue a llamar al médico, que se presentó en unos minutos. La espera fue insoportable. Jon no dejaba de dar vueltas por toda la casa como un toro encerrado, mientras Sara, sentada en la butaca preferida de Dana, y rodeada por su hija y

Daniel que se habían sentado a sus pies, se hallaba con la mirada perdida; recordó entonces imágenes de cuando era niña: de cuando su padre le comunicó la muerte de mamá, lo bien que la había educado Dana, como si hubiera sido su madre, todos sus consejos, sus intentos porque no comiera antes de hora sus ricos guisos...

—¿Cómo está? —preguntó Jon a su yerno cuando lo vio aparecer por la escalera.

—Bien, se ha despertado, pero...

—¿Qué? —gritó Sara yendo hacia él.

—El doctor cree que es mejor llevarla a un hospital para saber si, bueno, su rodilla ha sufrido un gran impacto, tal vez… tal vez, —repitió sin poder continuar —puede que no pueda volver a caminar.

—¡No, Dios! —suplicó Sara echándose en brazos de su marido para llorar desconsoladamente.

—Llamaré a una ambulancia —acertó a decir su padre.

Sara no se apartó un solo instante de la cama del hospital donde se hallaba ingresada Dana. La habían tenido que operar, pero debido a su edad, los médicos no habían podido asegurar su perfecta recuperación. Walt y su suegro ayudados por Diandra y Daniel, se encargaban mientras tanto de supervisar el estado en que había quedado la tienda. El aparatoso incendio se había cobrado tanto género como mobiliario, y haría falta mucho tiempo para restaurarla. De entre los escombros, Jon rescató el cuadro de su Jenny que Walt le había pintado para que presidiera la tienda. El marco estaba totalmente quemado pero la figura de su mujer estaba milagrosamente salvada, aunque algo ensombrecida a causa del humo. Jon limpió delicadamente el cristal con su pañuelo.

—No te preocupes, pintaré otro igual y volverá a estar en su sitio de honor —le dijo Walt cariñosamente al ver lo que hacía.

—Gracias, Walt —sus ojos se bañaron en lágrimas.

En un par de días, Dana estuvo de vuelta en casa, caminaba con ayuda de dos muletas, pero se estaba defendiendo bastante bien. Segura de que la mujer estaría inmejorablemente atendida, Sara se decidió a ir aquél día a la tienda para ver cómo iban las cosas; muchas eran las clientas que asomaban la cabeza y lamentaban lo ocurrido. De pronto, escuchó una voz que dijo:

—¡Vaya, pues tampoco ha quedado tan mal!

Sara, que estaba hablando con su marido, se giró en redondo al escuchar la estridente voz. Como una fiera que va a por su presa, caminó deprisa hasta la puerta, donde efectivamente estaba Carla, y sin mediar palabra le estampó una sonora bofetada en plena cara.

—¡Lárgate, de aquí! ¿Qué vienes buscando? .¿Querías ver con tus propios ojos el daño que has causado? —gritó.

—¡Sara, Carla no es culpable del incendio! —reprochó Marc sujetando a su mujer por un hombro, quien todavía se estaba frotando la mejilla.

—¿Quién te ha preguntado a ti, pelele? —se dirigió a Marc insultandolo—y en cuanto a ti, víbora malnacida, escúchame bien: jamás, te saldrás con la tuya de ver destruida esta tienda; no vuelvas a escupir tu veneno sobre ningún miembro de mi familia ¿me oyes bien? porque sino, vas a lamentar de verdad haber nacido. Te juro por mi madre que va a ser lo último que hagas—se atrevió a amenazarla—¡Ya estoy más que harta de tus canalladas! —le gritó.

—Vámonos de aquí —dijo Marc llevándose a su esposa que aún no reaccionaba al escuchar las verdades que Sara le estaba diciendo.

Tan pronto como se hubieron ido, Sara se echó a llorar y se refugió en los brazos de su marido: —¡Fue ella, Walt, lo sé, ella lo hizo!

—Sara, sé cómo te sientes, pero debes tener cuidado con lo que dices, aunque dijesen que el incendio había sido provocado, no tenemos pruebas de que fuera ella, a pesar de que yo también lo creo. Debes tranquilizarte ahora, mi amor, todo se solucionará, ya lo verás.

Dana recuperó la movilidad muy pronto, en pocas semanas caminaba con cierta soltura, pero a pesar de eso, Sara barajó la posibilidad de no volver inmediatamente a París cuando llegase septiembre para poder cuidarla. Habló con su marido, quien le dijo que ya hablarían de eso, todavía tenían verano por delante para poder estar todos juntos.

La reconstrucción de la tienda se finalizó; afortunadamente, gracias a la colaboración de todos, el fuego se había extinguido enseguida y no había alcanzado a propagarse a la fábrica, lo cual sí que hubiera sido un verdadero desastre. Sara no podía ser más feliz: las ventas en la tienda habían vuelto a ser tan buenas o mejor que antes, y eso la hacía sentir muy bien. Hasta la boutique llegaron un día unos folletos sobre un certamen de moda que se celebraba en Barcelona, y sabiendo que en casa estaba todo en orden, decidió ir a apreciar de cerca este mundo de la moda que siempre la había fascinado. A Walt no le hizo demasiada gracia que se fuera, pero comprendiendo que a su mujer le hacía una gran ilusión, él se quedó con su suegro al cargo de todo. A su regreso, Sara contaba solo maravillas del certamen y aseguró que había aprendido mucho con la experiencia, así es que, cada vez que se enteraba de cualquier evento de este tipo, se iba allí donde se celebrase, sin importarle pasar en algunas ocasiones los fines de semana lejos de su casa. Estaba entusiasmada, atraída y fascinada por esta vida, donde podía hablar con gente interesante, que compartían sus gustos y opiniones, ¡que entendían tanto de confección! En cada regreso su cabeza no paraba de inventar y crear nuevos estilos que había visto en este o en aquél desfile, entusiasmada en ser como los grandes diseñadores; compró tejidos nuevos, creó estilos modernos, diferentes... llegándose a obsesionar con todo ello. No se equivocó en su decisión, a sus

clientes no les importaba hacer largas colas con tal de ir a la última moda; venían incluso de los pueblos cercanos, atraídos por la fama que tenía su tienda de vender exclusivos diseños a precio de fábrica. Al principio de notar este cambio en su esposa, Walt habló con ella, le dijo que se estaba volviendo muy ambiciosa, que se había obsesionado en su empeño por mejorar la tienda y que estaba olvidando y descuidando lo más importante: su familia. Sin embargo, ella le quitaba importancia, lo llamaba exagerado, sin duda, veía las cosas muy diferentes a como las veía su marido. Una noche, tras regresar de un evento en Madrid, ambos tuvieron una fuerte discusión, la primera de su armoniosa vida matrimonial.

—Pasado mañana me iré a Tarragona, se celebra un gran acontecimiento.

—¿Otra vez te vas? Acabas de venir.

—¿No me dejas ir? —hablaba como si se burlase de él.

—Y si te lo pidiese, si te dijera que no fueras ¿lo harías?

—¿Por qué ibas a pedirme eso?

—Simplemente no me gusta ver en lo que te has convertido. No piensas más que en irte por ahi, hacer miles de ventas, y volverte a ir, dejándonos aquí, esperando que vuelvas a ser tú.

—No te pongas así, lo hago por el bien de todos.

—¿Por nuestro bien, o por saciar tu sed de venganza?

—No sé de qué estás hablando...

—El otro día oí decir que habían tenido que cerrar por unos días la tienda de los Salcedo. Por lo visto unos cuantos ratones se habían apoderado de ella. ¿Tienes idea de quién los pudo llevar hasta allí? —le preguntó con sarcasmo, áun a sabiendas de que ella fue sin

duda la que dejó que los ratoncitos campasen a sus anchas por la tienda.

—Tiene gracia. ¿A quién se le ocurriría molestar a los Salcedo?, aunque, de todas maneras, no se puede comparar una invasión de ratoncitos a un incendio — hablaba con sorna— Bueno, querido, lo siento pero tengo muchas cosas que organizar antes de irme.

Walt la retuvo por el brazo para que siguieran hablando.

—Me haces daño.

—¡Estoy hablando contigo!

—Estás acusándome de cosas de las que no tengo ni idea, ya he adivinado tu tono —dijo de un modo un tanto despreciativo.

—¿No te das cuenta de que te estás volviendo como ella? Nunca me habías hablado así, al menos sin motivo. ¿Qué te pasa?. ¿Qué intentas demostrar?

—No intento demostrar nada, pero ya que me preguntas, desearía que cerrasen las puertas de esa maldita tienda para siempre.

—¿Es eso lo que pretendes conseguir? ¿De ahí esa especie de competición que estás haciendo para ser más que ellos? Las dos tiendas siempre han convivido en armonía y las demás nuevas que otros han abierto. Ten cuidado en querer ser alguien que no eres, ¿no te estás dando cuenta de que te estás convirtiendo en ella?

—No les va mal que alguien les baje los humos de una vez por todas.

Su marido la miró como si no la conociera.

—No me mires como si fuera tan raro lo que digo. Ella ha estado fastidiándome a mí toda la vida y yo, como una estúpida, jamás he

hecho nada. Se permite el lujo de prohibir a su hijo que vea a nuestra hija, me humilla, y ahora... casi deja coja a Dana ¿qué será lo próximo? yo no me pienso quedar sentada en una silla esperando a que me vuelva a hacer daño —hablaba con amargura. —¿No te das cuenta de cómo puede llegar a ser esa loca?

—Me doy cuenta de cómo has cambiado tú en estos meses que llevamos aquí. Ya no te importa nada, ni ninguno de nosotros, solo tu venganza personal contra Carla. Has omitido el hecho de que ella te quitase a Marc, ese fue el primer daño que te causó. Todo empezó en ese momento...

—¡Qué tontería estás diciendo! ¿Quieres que haga un recuento de todo lo que esa desgraciada me ha hecho?: humillarme delante de mis amigas, herirme en la carrera, ¡hasta tratarme de ladrona! —le recordó.

—Sí, todo eso es cierto, pero no olvides a Marc.

—Sí por supuesto que sí —exasperó. Ella me quitó a Marc, a mi amigo, a mi confidente, a mi hermano—saltó por fin.

—Y a tu novio —cerró Walt.

—Sí, a mi novio, me quitó a mi novio, ya lo he dicho ¿estás contento? —alzó la voz —¿era eso lo que querías escuchar?.

—Me casé contigo, no con una copia de Carla y si no eres capaz de entender eso y volver a ser mi Sarita de siempre, no sé si quiero seguir a tu lado. —terminó diciendo antes de salir de la habitación y dar un fuerte portazo.

En un principio, Sara tuvo la intención de salir detrás de su marido, arrepentida por lo que estaba haciendo, porque sabía que él tenía razón; también estuvo tentada de echarse a llorar en su cama, pero en vez de eso, preparó su maleta para salir de viaje. Se acabó ser buena con Carla, se acabó dejarse pisar, ahora le tocaba revolverse,

defenderse y defender lo suyo como no lo hizo entonces, porque, aunque ella se dio cuenta de que ya no era amor lo que sentía por Marc, él era su novio y lo que tuvo que hacer es ir a su casa, y por muy embarazada que estuviera, encararse con ella; en vez de eso había optado por callar, pero ahora no callaría, ya estaba harta, había despertado por fin: más vale tarde que nunca. Walt estaba exagerando las cosas, ya hablarían cuando volviese.

A su regreso, su padre y Walt estaban en la tienda. Diandra y Daniel habían salido, así es que Dana no dejó pasar esta ocasión para hablar a solas con su niña, en un intento de hacerle entender que lo que estaba haciendo no le hacía ningún bien, ni a ella, ni a su familia.

—¿Por qué no vienes a sentarte un ratito a mi lado? —dijo cuando la joven bajó de dejar las maletas en su habitación. —Hace tiempo que no hablamos.

— Puedo leer en tu cara que estás disgustada conmigo.

—¿Tan transparente soy para ti?

—Claro que sí, como yo para ti ¿verdad?

—¿Qué te ha pasado, mi cielo?, no eres la misma desde que ocurrió el accidente.

—No me ha pasado nada, Dana, tan solo quiero ponerme al día en mi profesión ¿es eso tan grave? ¿por qué no lo entendéis?

—Grave es que quieras ser como ella.

—Has hablado con Walt —afirmó.

—No, no he hablado con él, pero eso es lo que parece que estés haciendo; tú siempre has seguido adelante, nunca te ha importado

el daño que te hiciera, porque realmente, el que te importase, le daría alas para que te hiciera más daño.

—Eso es lo que yo pensaba, Dana, no quería demostrarle que me afectaba, darle ese gusto, pero no funcionó, seguía siendo el blanco de sus maldades; casi te quedas coja, ¿no importa eso?¿también tengo que soportar eso?

—Carla ha sido mala toda su vida, es algo innato en ella, hacer daño a los demás es algo que tiene por la mano, no le cuesta nada, pero tú no eres así, tú eres buena y vives y dejas vivir, no me gustaría ver cómo por esa malcriada pierdes a tu familia. Walt no se merece que lo trates de este modo, no lo abandones, él siempre estuvo ahi, desviviéndose por haceros felices a ti y a vuestra hija. Esto le está afectando mucho, tendrías que verlo cuando te vas, ¡parece un alma en pena, vagando por la casa como si fuera un fantasma errante.

—Yo también me desvivo por ellos, esto lo hago por todos—se excusó con la "boca pequeña", sabiendo de sobras que no podía engañar a Dana, aunque intentase engañarse a sí misma.

Dana la miró y torció la cabeza para manifestarle con este gesto que dudaba de lo que decía.—Walt tiene miedo, Sara.

—¿Miedo? ¿De qué? —se sorprendió.

—Miedo a perderte con este distanciamiento tuyo, a tu indiferencia por nosotros, a que tu venganza llegue tan lejos que quieras quitarle a Carla lo que ella te quitó a ti.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de Marc.

—No es posible que Walt crea que yo soy capaz de hacer algo así. ¡Yo no soy una cualquiera!

—Claro que no, mi niña, pero a veces, el miedo y el desconocimiento te hacen pensar tonterías.

—Gracias, Dana, sin embargo, no creo estar haciendo nada malo. Esta vez haré las cosas a mi manera. Pero no te preocupes, hablaré con Walt—dijo dando por terminada la monotemática conversación.

Hacía unos días que Violeta se había puesto en contacto con ella, la llamó por teléfono para saber cómo estaban y decirle que tenían pensado pasar unos días por allí para saludarlos y pasar algunos días de sus vacaciones juntos. Sara se alegró muchísimo al conocer esta noticia, tenía muchas ganas de volver a ver a su querida amiga y a su encantadora familia, por eso le aseguró con convicción que ya estaría de regreso de su escapada para cuando ellos llegasen a Arfa.

Diandra y Adriana llegaron poco antes de la hora de la comida de pasear con Daniel, y se alegraron enormemente al ver que Sara ya estaba en casa. Corrieron a su encuentro para saludarla.

—Estáis preciosas, mis niñas —abrió sus brazos para abrazarlas y besarlas. —¿Pero nunca dejas de crecer? —preguntó cariñosamente a modo de regaño a su encantadora ahijada Adriana, quien ya estaba hecha toda una preciosa mujercita.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó su hija en un tono algo áspero.

—Esta mañana, casi a mediodía, Dana me dijo que acababais de marcharos.

—Tia Sara, cuéntanos cómo son esas reuniones de moda a las que asistes, ¡seguro que están llenas de glamour! —le pidió Adriana, emocionada y movida por la curiosidad que sentía.

Sara se sentó al lado de las dos chicas y comenzó a relatarles sus experiencias emocionada. Adriana la escuchaba embobada, sin embargo, su hija lo hacía sin el menor interés, pues no entendía qué tenía de maravilloso pasarse horas mirando cómo se paseaban los modelos con sus trajes y luego asistir a reuniones repletas de un montón de personas a las que seguro que no les importas lo más mínimo. Ella hubiera preferido que su madre hubiese pasado más horas con ella y su padre, ahora que casi se acababa el verano y tendrían menos tiempo para estar juntas. Precisamente, su padre y su abuelo llegaron en ese momento acompañados por Pierre, quien la saludó efusivamente con mucho cariño.

—Creía que no regresabas hasta mañana. ¿Han suspendido algún acto en especial? —fue el sarcástico saludo de su marido al verla.

—No, he venido antes para ver a mis amigos ¿te molesta? —preguntó de mala gana sin importarle que no estuvieran a solas.

Se hizo un inquietante silencio. Walt se acercó al mueble bar y se sirvió una bebida. Dana salvó la molesta situación anunciando que la comida ya estaba lista. Las jovencitas no pararon de cuchichear en toda la reunión familiar. A escondidas, estaban preparando una fiesta sorpresa para celebrar al día siguiente el cumpleaños de Walt; nadie excepto Dana, (que era cómplice de las jovencitas por tener que hacer el pastel) sabía una palabra del asunto que las amigas se traían entre manos. Cuando al llegar la noche se retiraron para dormir, Walt le dijo a su mujer: —Me alegro de que hayas vuelto hoy, no te esperaba, ¿es un regalo anticipado? Ha sido un bonito detalle.

—¿Regalo? —se sorprendió. —¿Por qué lo dices?

—¿Te has olvidado de que mañana?... te has olvidado —afirmó tristemente.

—¿De qué estás hablando, Walt?

—Jamás has olvidado mi cumpleaños —dijo decepcionado.

—No, no lo he olvidado —mintió ella.

—¡Lo has olvidado! ¡No pasa nada, no te preocupes, tampoco soy tan importante!

—Sí, lo he olvidado, lo siento, tengo muchas cosas en la cabeza, lo siento de verdad.

—Sara, hay otro hombre, ¿verdad? —aseguró muy serio.

—No seas estúpido —le insultó ella.

—¿Estúpido? debí suponer que no lo olvidarías tan fácilmente, el pasar tanto tiempo aqui tampoco os ayuda... —dijo sujetándola por el antebrazo.

—¿Qué estás diciendo? —retiró bruscamente su brazo para que no la sujetase. No te inventes cosas. Si como creo te estás refiriendo a Marc, no tengo nada que ver con él, hace años que no nos hablamos!.

—Entonces, se trata de otro; dime ¿qué te he hecho yo para que me trates así?

—Cálmate, Walt, no hay ningún hombre, no hay nadie más que tú. Me insultas al pensar eso de mi.

—Entonces, ¿qué está pasando? —preguntó en un tono casi de desesperación —no intentes eludir el tema, no me hagas parecer un tonto, te lo ruego Sara, por favor, basta ya. ¿A quién quieres engañar comportandote de esta manera que no es propia de ti. No me hagas más daño, no se lo hagas a tu hija, a tu familia y sobre todo, no te mortifiques más a ti misma. Deja ya de aparentar ser lo que no eres.

—Olvidé tu cumpleaños, ¿es eso tan malo? —dijo algo enfurruñada, sin admitir que su marido tenía razón, en una interna lucha contra sí misma, porque de un modo tozudo, quería autoconvencerse y convencerlos, de que no estaba haciendo nada malo intentando evolucionar y segura de que la asistencia a estos eventos la ayudaba a hacerlo.

—¡No es porque olvidases el maldito cumpleaños! —alzó la voz —es porque no eres tú, no estás con nosotros, no paras quieta, no te interesa nada más que tu venganza personal. ¿Por qué no lo dejas ya?

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo rompiendo a llorar —soy una mala madre, una mala esposa, una mala hija, todos tenéis razón. ¿Es eso lo que querías que dijera? ¿ya estás contento?

—Nadie te ha pedido nada, eres tú la que se empeña en ser lo que no eres. Puedes ir, venir, hacer lo que quieras, pero no lo hagas por lo que lo haces. Sara, tú no te das cuenta pero ¡has cambiado tanto!, no sonríes, hablas como si estuvieras siempre enfadada, vas acelerada, como huyendo de aqui. ¿Hace cuánto no has salido a montar con Diandra? ¿Recuerdas la última vez que tú y yo dimos un paseo? cuando no estás fuera, te pasas el día en la fábrica y eso no puede ser.

—¿Te molesta que salga, que me distraiga, que conozca gente con las mismas inquietudes que yo? ¿te gustaría más si me quedase en casa esperando a mi maridito?.

—Será mejor que me calle, —dijo Walt cogiendo su almohada con la intención de irse a otra habitación a dormir —puede que no me arrepienta de lo que podría decirte. ¡No has entendido nada! —le aseguró saliendo por la puerta.

Ya era tarde cuando Walt se levantó; se extrañó de no ver a nadie en casa. Se dirigió al comedor y encendió la luz. Al instante, toda la familia le gritó un "¡sorpresa!", a voz en grito.

Walt se emocionó de verdad, y solo acertó a decir: —Gracias, no esperaba que os acordaseis, ¡como no hacíais ningún comentario!

—Vamos, vamos, Walt, todos sabemos lo mucho que te gusta celebrar tu cumpleaños. —rió Violeta.

—¡Cualquiera se olvida! —confirmó su marido.

—Bueno, no sería tan extraño —dijo Walt tratando de no mirar a su mujer.

Diandra se acercó a él y dándole un sonoro beso, le entregó su regalo.

Todos la imitaron hasta que solo quedó Sara para darle un obsequio.

—¿Y tu regalo mamá? ¡No me has dicho que es!

—Tu madre ha estado muy ocupada estos días, cariño, no ha tenido tiempo de comprarme nada, pero ya lo habíamos hablado: me invitará a cenar y saldrá perdiendo —la justificó su marido.

—No corras tanto querido, a ver si con esto me puedo librar de la invitación —Sara intentó imitar su sonrisa de siempre al entregarle un paquete.

Entre sorprendido e ilusionado, Walt abrió su regalo y se alegró enormemente al ver una cámara fotográfica que ansiaba tener hacía tiempo.

—Gracias —dijo dándole un beso en la mejilla.

—¡Aqui llega el pastel! —anunció Adriana apagando nuevamente las luces para que solo brillasen las velas de la tarta de cumpleaños.

Todos corearon el "feliz cumpleaños", aplaudiendo con ganas cuando Walt apagó las velas, no sin antes escuchar de boca de su hija que debía pedir un deseo antes de hacerlo. Mientras Dana se encargaba de repartir los trozos del delicioso pastel de chocolate, el preferido de Walt, éste se acercó a su esposa para decirle en un tono algo irónico:

—Te habrás levantado muy temprano para comprar mi regalo y llegar a tiempo a la fiesta...en todo caso, te agradezco el esfuerzo.

—No lo estropees —rogó Sara tras captar el tono malintencionado con el que su marido le había hablado. —Ya tienes lo que querías ¿no te basta?

—Papá, he invitado a Daniel y a un amigo, espero que no te importe —la voz de su hija cortó los reproches del matrimonio.

—Cariño, no deberías haber hecho eso sin consultarnos, es una fiesta familiar —le regañó su madre.

—Claro que no me importa, cielo, Daniel es como de la familia.

Daniel y su amigo llegaron un poco más tarde. Todo el mundo se lo estaba pasando muy bien, todos menos Sara, que a pesar de los sabios consejos que le habían dado, no podía evitar mirar al hijo de Carla con recelo, detalle que no pasó inadvertido a su hija.

La fiesta se alargó hasta después de la comida, hora en que los jóvenes decidieron dar un paseo por el pueblo, mientras Jon, Dana, Violeta y su marido, se sentaban tranquilamente a charlar en la cocina. Walt salió al porche para tomar el aire y Sara lo siguió.

—Bonito día —dijo mirándola con una sonrisa cuando la vió llegar.

—¿Ahora me contradices para hacerte el bueno delante de nuestra hija?, eso es un poco feo ¿no crees?

—¿A qué te refieres? —preguntó burlonamente.

—¡Ya sabes a qué me refiero! Daniel no tenía que haber venido. Él no es de la familia.

—¿Realmente estás tan enfadada porque tu hija invitase a su novio, o porque es hijo de quien es?

—Ella no ha dicho en ningún momento que fuera su novio, eres muy "celestino" —se molestó —. Parece que no te importe en absoluto que sea hijo de quien es, sabes que eso será un problema a la larga.

—Querida mía, siento recordarte que esta fiesta la preparó tu hija, y si ella quiere invitar a Daniel, sea o no su novio, está en su derecho.

—¿Me harás el favor de retirar esa falsa sonrisa de tu cara? —le pidió ella muy molesta — no me gusta que se rían de mi —sentenció antes de dar media vuelta para meterse en la casa.

Walt sonreía aún mientras la observaba alejarse, pero cuando se quedó solo, su sonrisa se arqueó, y su cara dibujó una gran tristeza. Sentía que estaba perdiendo a su adorada mujer, y eso era algo que tenía que impedir a toda costa. No se lo podía permitir. De ninguna de las posibles maneras en que ella lo estuviera intentando.

Al día siguiente, Diandra y Adriana entraron en la cocina, y comentaron a sus madres que habían pensado ir de picnic con sus amigos, Daniel y Carlos. Cuando Sara oyó esto, se levantó de un salto de la silla.

—No quiero que vayas, Diandra.

—Mamá, ¿por qué dices eso? —se sorprendió su hija.

—Podéis ser el centro de las habladurías del pueblo, no me parece bien que vayáis solas —inventó la primera excusa que se le pasó por la cabeza.

—Pero, mamá ¿qué hay de malo en eso? estaremos en la pradera.

—¡Diandra, te he dicho que no vayas, y no irás! —casi gritó.

—¿Qué tienes en contra de Daniel, mamá?. ¿Qué te ha hecho él? —las lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Anda cariño, vamos a ver qué hacen los demás —interrumpió Leti cogiendo de la mano a Adriana y saliendo de la cocina para que su amiga y su hija pudieran hablar tranquilamente.

—Solo te digo que no me parece bien que os veáis tanto —se excusó su madre más tranquila cuando estuvieron solas. —Él no me ha hecho nada, tampoco he tenido ningún trato con él —afirmó.

—Entonces, ¿quién, su madre?, —preguntó algo temerosa por su atrevimiento —es muy lógico que ella te tenga antipatía ¿pero tú a ella? ya sé lo que te hizo, pero... —detuvo sus palabras.

—¿Qué dices? ¿te pones de su parte? —preguntó exaltada.

—El padre de Daniel te sigue queriendo ¿por qué sino iba a conservar todavía tu fotografía? ella está celosa, yo lo tengo muy claro, mamá— acabó diciendo casi en un sollozo.

—Diandra, cariño, no sabes lo que dices; tu padre y yo ya te explicamos la historia de esa dichosa foto y además, te puedo decir sin peligro de equivocarme, que a esa bruja no le importa lo más mínimo lo que esconda su marido, ni a quien vea, ni con quien hable. —Sara se mordió inmediatamente el labio porque tan pronto como lo decía se dio cuenta de que su hija podía malinterpretar sus palabras.

—¿Quieres decir que no le importaría si su marido y tú os volvierais a ver? —sus ojos volvieron a empañarse.

—¡No me faltes al respeto, señorita, soy tu madre! ¡Cuidado con lo que dices! —le regañó de un modo que casi asustó a su hija.

—Anoche escuché como papá y tú discutíais, —dijo llorando, pero atreviendose por fin a decir lo que pensaba y sentía —os he estado observando, sé que os pasa algo, que estáis enfadados. No soy tonta mamá y tampoco soy ya una niña; tengo miedo de que el padre de Daniel te vuelva a interesar, perdóname, por favor, pero tengo miedo de verdad, no quiero que papá y tú... —las lágrimas caían incontrolablemente por sus mejillas, su llanto le impedía seguir hablando.

—Pero, cariño —dijo su madre entre avergonzada y sorprendida, como si de pronto las palabras que su hija le había dicho, la hubieran hecho reaccionar, y se dirigió a ella hablandole con la misma dulzura con la que siempre lo había hecho, acercándose para abrazarla —ven aquí, no temas mi vida, eso nunca sucederá: tu padre y yo nos queremos mucho y siempre estaremos juntos, amor; siempre será así, te lo prometo. Únicamente hemos discutido porque yo he estado trabajando más de la cuenta estos meses y no me he dado cuenta de que os estaba descuidando. Vosotros sois lo más importante en mi vida y tu padre es mi único amor, Diandra. Han sucedido cosas terribles, y eso nos ha afectado, pero nos queremos con locura, con la misma locura que te queremos a ti, mi maravillosa niña —la tranquilizó acariciándole el cabello —Y ahora, ve a buscar a Adriana, tenéis que preparar las cosas para vuestro picnic.

—¿Me dejas ir, mamá? — preguntó emocionada.

—¡Cómo no te voy a dejar ir, después de haberme ayudado tanto!

—¿Yo? ¿a qué te he ayudado? —preguntó realmente sin enterderlo.

— A ver las cosas con claridad, a que me de cuenta de que tengo una familia maravillosa, a la que por nada del mundo quisiera perder y que no me merezco. Eso es lo único que me importa —también lloraba, como lo estaba haciendo su hija abrazandola con fuerza .

—Tú eres la mejor madre del mundo y te quiero muchísimo —le aseguró dandole mil besos. —Gracias por permitirme ir, mamá.

—No se merecen, mi amor.

—¡Adriana! —gritó la joven saliendo de la estancia —idate prisa o llegaremos tarde!

Violeta entró en la cocina y Sara le sonrió: —Me alegro de que hayas cambiado de opinión.

—Hemos estado hablando... ha sido increíble cómo unas palabras dichas en boca de mi hija, me han hecho por fin reaccionar. Me ha despertado. No quiero perderos Leti, os debo disculpas a todos. Estaba cegada, alimentando una venganza que no merece la pena satisfacer si al hacerlo pongo en peligro todo lo que me importa, y porque yo nunca he sido así. No sé qué me pasó... cuando vi a Dana tendida en el suelo... no lo pude soportar, ¡tenía que acabar con sus maldades!

—Todos te lo dijimos, pero tenías que darte cuenta por ti misma.

—¡Pobre Walt! de pronto me doy cuenta de lo mal que lo ha debido estar pasando, soportando mis salidas de tono, y tantas cosas que le he dicho; y papá... apenas si me ha hablado en estas últimas semanas, seguro que temía que si lo hacía, me enfadaría con él, tal y como lo he hecho con todos vosotros. ¡Lo siento tanto, Leti! —se derrumbó liberandose por fin de la personalidad tan ajena a ella que parecía haberla poseído desde que Carla provocó el incendio en la tienda.

—Te quiero mucho, queridísima hermana, y estoy muy orgullosa de ti, —le contestó su amiga, abriendo sus brazos para que Sara pudiera desahogarse y refugiarse cálidamente en ellos.

—¡Mamá, mamá! —los gritos de su hija denotaban que había ocurrido algo grave.

—¿Qué pasa? —le preguntó su madre asustada.

—¡La madre de Daniel ha tenido un accidente, está en el hospital!

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé, dicen que iba en un coche y chocó con algo.

—¿Quieres ir a verla?

—No sé, por Daniel, es su madre... pero no quiero que te enfades conmigo, mamá.

—Vamos —dijo cogiendo una chaqueta del perchero —os llevaré al hospital.

Marc ya estaba en el hospital cuando llegaron.

—Papá —le gritó su hijo —¿cómo está?

—Van a operarla, es una operación delicada, no saben si su corazón la aguantará.

—¡Dios mío, puede morir! —sollozó Daniel.

Diandra intentó calmarlo y lo hizo sentarse. Sara se acercó a Marc.—Eres la última persona en el mundo a quien esperaba ver hoy aquí —le dijo el chico sentandose, casi dejandose caer, en los asientos que había a las espaldas de su hijo y de Diandra. Sara se sentó a su lado y le dijo: —Ha pasado mucho tiempo y los dos tenemos hecha nuestra vida. Tal vez ya sea hora de enterrar el hacha de guerra, Marc.

—Tal vez —repitió él como un autómata.

—¿Cómo pasó?

—Se veía con un hombre —empezó a decir —sí, tenía un amante ¿te sorprende? —le preguntó amargamente —hacía años que se veía con él. Siempre que podía se escapaba con su coche para verlo. Esta mañana cuando volvía, tuvo un accidente, un coche no respetó su prioridad y chocaron casi mortalmente.

Sin pensarlo dos veces, Sara cogió la mano de su amigo y la apretó, queriéndole demostrar de esta manera que podía contar con su apoyo y ayuda, tal y como él siempre se la había dado las veces que lo había necesitado.

—¿Te doy pena? —le preguntó.

—No, solamente quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Sara —intentó dibujar una sonrisa en su cansado rostro.

Walt entró en la sala en ese momento, pero ellos no lo vieron ,ya que estaban sentados de espaldas a la puerta. Sin embargo, Walt sí que pudo verlos desde el ángulo donde se encontraba, y donde primero se detuvo su áspera mirada, fue en las manos entrelazadas de su mujer y Marc.

—Hola —dijo saludando primero a su hija y a Daniel, a quienes tenía de frente.

Sara giró su cabeza al reconocer su voz, y retirando discreta, pero rápidamente su mano de la de su amigo, saludó también a su marido: —Hola, cariño —dijo con dulzura.

—Violeta me dijo lo que había pasado ¿cómo está? —preguntó él secamente, sin contestarle, dirigiendose en todo momento a Daniel.

—En este momento la están operando, estamos esperando a que salga el médico para informarnos, pero ha entrado muy grave.

—Lo siento, hijo —su tono era sincero. —Traeré café, te irá bien.

—Te acompaño —dijo Sara levantandose para ir con él.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí? —preguntó a su esposa visiblemente enfadado cuando estuvieron a solas, delante de la máquina expendedora de bebidas.

—Traje a los chicos, Diandra quería verla—contestó calmada.

—No intentes hacerme creer que has venido a hacer compañía a tu hija y a Daniel —espetó malhumorado.

—Por supuesto que sí — replicó fingiendose ofendida ante la duda.

—Pensaste que Marc estaba herido también ¿no es cierto? ¿por eso viniste corriendo?

—¡No! —yo ya sabía que ella viajaba sola —intentaba guardar la compostura ante las acusaciones de su marido. —Pero tú puedes pensar lo que quieras, como siempre haces.

—Entonces, has venido a consolarlo. Por eso le estabas cogiendo la mano —alzó un poco la voz, provocando que una enfermera los mirase al pasar junto a ellos.

—¡Estoy harta de tus celos y tus gritos, no tienes ningún derecho a tratarme así!

—¿Cómo quieres que me comporte? ¿pretendes que aún me alegre de que me engañes con otro?

Sara tuvo el impulso, e incluso hizo el ademán de pegarle una bofetada. Sin embargo, hizo acopio de toda su serenidad al decirle:

—Si has venido a vigilarme, ya te puedes ir por donde has venido. ¡Ah! y quédate tranquilo, no voy a hacer nada de lo que puedas avergonzarte. Nunca lo he hecho, a pesar de lo que puedas creer.

Diciendo esto, dio media vuelta, y sentándose nuevamente al lado de su compungido amigo del alma Marc, le ofreció el vasito de café, que este cogió asintiendo con la cabeza a modo de agradecimiento.

Pasadas unas interminables dos horas, el médico apareció por la sala. Marc se levantó precipitadamente, acercandose a él y siendo imitado por todos.

—¿Cómo ha ido, doctor?

—Lo siento mucho, no hemos podido hacer nada para salvar su vida, ya llegó en muy mal estado y no ha soportado la operación. Lo siento, Marc —dijo estrechando su mano.

—¡No! —gritó Daniel abrazándose a su padre.

Marc correspondió a su abrazo, un abrazo que casi le cogió por sorpresa y que le encantó porque se atrevería a pensar, que esa la primera vez en su vida que había tenido ese contacto con su hijo.

—Les esperamos abajo, cariño, querrán estar solos —dijo Sara a Diandra.

Dos días después enterraban a Carla Salcedo. Por respeto a Marc y a Daniel, toda la familia de Sara acudió al entierro. Pocas personas más se reunieron allí ese nublado día para darle su último adiós.Sara se colocó al lado de Marc, sin importarle para nada los maliciosos comentarios, incluidos los de su marido y se cogió al brazo de su amigo cuando lo notó flaquear. Pocos minutos después de que la entrasen en el nicho familiar, comenzó a llover de manera torrencial, lo que provocó que los congregados allí, se fueran marchando. Walt y Pierre acercaron sus coches hasta donde estaban sus familias y todos subieron a ellos, todos menos Sara y Diandra, que seguían haciendo compañía a padre e hijo. Walt hizo sonar el claxon para avisarlas de que debían subir, pero Sara, girándose hacia donde ellos estaban, hizo un movimiento negativo con la cabeza para indicarles que todavía no se irían. Entonces, su marido salió a toda velocidad

de allí, haciendo chirriar las ruedas del coche, transmitiendo de esta manera su desagrado y su desacuerdo porque Sara se quedase haciendole compañía al, de repente, abatido viudo de la difunta.

Dos horas más tarde, cuando la tormenta cesó y el exagerado calor rompió su tregua, haciendo que el sol volviera a dejar caer con rabia sus sofocantes rayos sobre Arfa, madre e hija regresaron a su hogar.

—Walt quiere verte —le dijo su padre muy serio.

Violeta alcanzó a su amiga antes de que subiera por las escaleras y le advirtió, sujetandola suavemente por el brazo: —Ten cuidado con lo que dices, está hecho una fiera.

Sara subió hasta su habitación despacio, tal vez intentando retrasar el momento de la inminente discusión. Abrió la puerta con cuidado, su marido estaba dando vueltas por la habitación, con las manos a la espalda y visiblemente muy nervioso.

—¿Querías verme? —casi no se atrevió a preguntar.

—¿A qué estás jugando, Sara?¿me lo puedes explicar de una maldita vez? —preguntó poniéndose a su lado en dos zancadas.

—No sé a qué te refieres —empezó a decir para ganar tiempo y saber qué contestar.

—¿Por qué no intentas otra excusa? ¡esa ya está muy oída!

—No te pongas así —intentó calmarlo, bajando la voz para intentar que él hiciera lo propio. —Marc y Daniel necesitaban el apoyo de un familiar. Nadie pareció entenderlo.

—¡Ah! ¿de repente sí son de la familia? ¡Menuda sorpresa! ¿y porque Marc necesite consuelo por haber perdido a su adúltera esposa, tú, la persona menos indicada para estar alli, abandonas a tu familia para estar con él? —gritó sin seguir el ejemplo de su esposa.

—¿Cómo sabes que lo engañaba?

—¡Ja! ¡no me hagas reír! eso era de dominio público, pero claro, como tu no has parado un santo minuto en esta casa, no podías saberlo. Olvidaba que estabas demasiado ocupada en hacer lo imposible por arruinar el negocio de tu enemiga, a la cual hoy has querido dar el último adiós. Y, ¿para qué? me preguntó yo: ¿para asegurarte de que estaba muerta y que Marc se quedaba solo por fin? —concluyó muy excitado.

—Lo que dices me hiere, Walt, no creo que sea tan grave estar cerca de mi amigo en estos momentos, él siempre estuvo a mi lado cuando yo lo necesité.

—Pero, ¿cómo puedes decir una tontería semejante? No os habéis hablado en todos estos años, te recuerdo que tú misma me lo dijiste hace unos días porque, Marc ya no pinta nada en tu vida ¿o si?

—Lo está pasando mal, compréndelo —le suplicó tratando de que su marido recuperase la calma, pues no quería discutir más con él, por más que éste la provocase con sus dudas e injurias.

—Y yo, ¿no lo estoy pasando mal viendo cómo te alejas de mi? ¿desde cuando tienes ese repentino interés por él? ¿acaso hicisteis las paces en algún furtivo encuentro? —su tono era cada vez más despreciativo.

—Estoy más que harta de tus insultos y acusaciones, de que me juzgues por cosas que no he hecho. No hay nada entre Marc y yo. Solo quiero olvidar, y ser feliz con mi familia, sin guardar rencor a nadie.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué momento has decidido eso, desde que Carla ha muerto y ya nada te impide estar con él?

—Estás muy alterado, Walt, no quieres escucharme; nada de lo que te digo te hace entrar en razón. No merece la pena que sigamos

hablando ahora, o mejor dicho, discutiendo; cuando estés más tranquilo, hablaremos, y verás todo con más claridad. —Cogió el picaporte de la puerta para salir de la habitación mientras él le preguntaba a voz en grito:

—¿Tranquilo? ¡Estoy tranquilo! ¡Maldita sea!.

Los gritos de Walt se habían escuchado desde abajo, y el padre de Sara, que había subido alarmado, se encontró con ésta por la escalera: —¿Estás bien? —dijo invitándola a pasar a su despacho — creo que te vendría bien que hablasemos un rato, ¿te parece, mi niña?

—Sí, papá — contestó entrando detrás de él, dejándose caer en uno de los butacones que formaban parte del mobiliario del despacho.

—Hija, yo no soy quien para meterme en vuestros asuntos, pero reconozco, que a Walt no le falta razón para ponerse así.

—Papá, sé que estos días me he portado muy mal con vosotros, sin embargo, acompañar a Marc hoy ha sido para mí muy importante; de algún modo, sentía como si necesitase estar bien con él, dejar atrás lo que pasó, y hacerle saber que cuando me necesite, lo ayudaré, igual que él siempre hizo conmigo; solo es eso, papá, de verdad. Quizá no fuera el mejor momento para darme cuenta de que yo no soy como era Carla, y que necesito estar con los míos y ser feliz y haceros felices, pero ha sucedido así, lo siento, no sé qué más puedo decir. En cuanto a Walt, espero encontrar el momento para poder hablar con él sin que grite, sin que me prejuzgue.

—Es lógico que tenga sus recelos, cariño, y aunque Walt ya tuviera olvidada y superada tu relación con Marc, los acontecimientos que han sucedido, han podido despertar en él las dudas.

—Después de tantos años, ahora me das la razón. Recuerdo bien que cuando yo quería estar completamente segura de que amaba a Walt porque sentía lo mismo que él, y no porque Marc se hubiera

casado, ninguno parecíais entenderlo, pero yo esperé, y estuve segura, aún antes de saber que se había casado. Estos reproches, estos malentendidos eran los que yo quería evitar.Padre e hija estuvieron hablando mucho rato. Cuando Sara entró de nuevo en la habitación de matrimonio, Walt estaba acabando de hacer su maleta.

—¿A dónde vas, Walt? —preguntó entre asustada y sorprendida.

—Me voy a casa. Vuelvo a París, os esperaré allí —contestó secamente, dirigiéndose a la puerta, sin dar más explicaciones.

—¡Walt! —le dijo su mujer sujetando su brazo, como en un intento de retenerlo.

—¿Qué quieres? —respondió muy serio —perdona, pero ahora soy yo el que tiene prisa por marchar, el que ya no quiere estar en esta casa —sus palabras, retumbaron en los oídos de su mujer como una especie de revancha, pues sabía que ella también lo había dejado casi con la palabra en la boca, el día que le recriminó su supuesta, aunque realmente cierta, implicación en el tema de la plaga de ratones en la tienda de los Salcedo; sin embargo, ¿por qué este desprecio viniendo de boca de su marido le parecía tan peligroso? ¿por qué le estaba haciendo tanto daño? Tal vez, porque cuando ella se iba, aunque solamente lo supiera ella, sabía por qué se marchaba y que volvería una y otra vez, porque amaba a su marido, y sus huídas, nada tenían que ver con que hubiera dejado de quererlo. Pero, cuando Walt se marchaba...de repente, sintió un miedo espantoso a perderlo para siempre por su absoluta estupidez, por querer ser lo que no era.

—¿No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

—No, es mejor que me vaya ahora. Así tendrás tiempo para pensar y yo también lo tendré, creeme, nos hace falta. Nos vemos en unas semanas—dió por zanjada la conversación dirigiendose a la puerta.

—Recuerda siempre que te quiero —le dijo ella con todo su cariño.

—No olvides tú lo que yo te quiero a ti, mi Sara —dijo de un modo algo más suave, tranquilizando en cierto modo a su angustiada mujer.

Transcurridos un par de días tras la muerte de su madre, Daniel le dijo a Diandra que tenía intención de continuar sus estudios en Barcelona, pues el haberlos dejado solo fue un arrebato para contrariar a su madre; esperaba que no fuera demasiado tarde para poderse matricular en la Facultad de Química de la ciudad. Aprovecharía para pasar el fin de semana con unos tíos suyos, por eso no se verían en unos días. Diandra lo entendió perfectamente, así como supo, que este año sería difícil, estando ella cursando sus estudios en París y su novio en Barcelona; sin embargo, ambos sabían que la distancia no sería ningún problema para debilitar su amor.

El día en que Daniel cogía el tren para Barcelona, Marc los acompañó a él y a Diandra a la estación, pero supo disimuladamente dejarlos solos para que se pudieran despedir.

Mientras los observaba, desde cierta distancia, no pudo evitar evocar el recuerdo de cuando Sara y él eran novios. ¡Pero ya hacía tanto tiempo de eso!

Cuando Daniel partió, Marc y Diandra fueron juntos hasta el pueblo.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó por romper el incómodo silencio.

—Muy bien, gracias, y mi padre también.

—Te pareces mucho a ella, no es de extrañar que mi hijo se haya enamorado de tí —sonrió —ella era tan dulce y agradable —dijo

nostálgicamente —pero con carácter también —recordó feliz cuando por su mente pasaron imágenes de cuando eran niños y Sara, caprichosa, se enfadaba a veces con él, ¡o con todo el mundo!.

—¡Habla como si estuviera muerta! —le reprochó la joven.

—Tienes razón —rio con ganas —veo que has heredado su genio.

Ella no le contestó.

—Y Dana ¿cómo está? —le preguntó poniéndose serio al recordar a la mujer a la que había querido tanto.

—Estaría mejor si todavía pudiera moverse como antes, ¿no le parece? —casi se arrepintió de atacarlo así, pero no podía dejar de pensar en que él era la causa de la separación de sus padres.

Marc no contestó, se limitó a continuar caminando al lado de la joven que tal vez hubiera podido ser su hija.

Diandra lo miró de reojo, y de repente, sintió lástima por aquél hombre de rostro triste y algo aviejado, (a su antojo) para su edad, aquél hombre del que su madre estuvo enamorada una vez.

Marc la acompañó a la esquina de casa y le dijo:

—Me alegro mucho de que seas el amor de mi hijo. Es maravilloso veros juntos y tan felices. Cuidad de este amor, y no permitáis que nada ni nadie os separe —pareció rogarle, y le ofreció su mano a modo de despedida, mirandola con dulzura e intentando sonreirle.

La joven se acercó a Marc, y para su sorpresa, le dio un beso en la mejilla para despedirse de él. Éste seguía acariciándose la mejilla después de que Diandra cerrase tras de sí la puerta de su casa, como si quisiera conservar ese beso para siempre.

Los días fueron pasando. Para Sara estaban siendo los más largos de toda su vida, e interiormente, a pesar de que había comentado quedarse un poco más si veía que Dana la necesitaba, lo cierto es que viendo a la mujer tan recuperada, estaba deseando volver a París y abrazar y besar a su marido, a quien echaba terriblemente de menos. Sin embargo, había prometido a su hija que se quedarían hasta la fecha de la celebración del baile de disfraces anual, aquél en el que Walt y ella bailaron casi toda la noche y en el que ella supo, casi con certeza, que él era el amor de su vida. Diandra aún no podía asistir a este baile por no tener los diecisiete años obligatorios, pero sí que lo podía hacer en el que se celebraba esa misma noche, para los niños y jóvenes de su edad, en la casa anexa a la consistorial, donde también tenían lugar eventos no menos importantes, como comidas al aire libre en su patio, o celebraciones de conciertos de grupos de actualidad que venían en algunas ocasiones.

Pocos certamenes de moda se celebraban ya en estas fechas, pero aunque hubiera habido alguno interesante, Sara no asistiría, puesto que ya se sentía satisfecha con los conocimientos adquiridos, y ahora, lamentablemente, ya no tenía tan buen recuerdo de ellos porque, en cierta manera, solo fueron una mala excusa para satisfacer su deseo de hacer daño a Carla, cosa que ya no importaba, y también la posible tonta causa del abandono de su marido, lo cual la mantenía diariamente angustiada, porque eso sí que le importaba por encima de todo y porque no lo soportaría. No podría vivir sin su amor.

Violeta y Pierre junto a su hija Adriana ya habían vuelto a su casa en la ciudad de Toulouse. Diandra y Daniel aprovechaban estas últimas semanas de verano en las que estarían juntos para verse cada día, y Sara no se lo impedía en absoluto. La fábrica de los Salcedo había cerrado sus puertas definitivamente, ya que los padres de Carla, destrozados, ya no se sentían con ánimos para estar frente a un negocio, clausurando igualmente su exitosa tienda; era curioso para Sara comprobar como, ahora que los Salcedo ya no serían sus

competidores directos, hasta sentía pena por el matrimonio, quienes habían perdido a su hija de manera tan trágica e imprevista por todos. Según la opinión de los habitantes de Arfa, para los padres, no hay nada más doloroso que la pérdida de un hijo y nunca deberían pasar por un trance semejante.

La tristeza y el mal humor empezaban a anidar en el corazón de Sara; ni siquiera consiguió animarla participar en los preparativos de la fiesta de disfraces, ella que siempre había estado tan ilusionada por hacerlo. Sería maravilloso que Walt apareciese por la puerta en cualquier momento, la cogiera entre sus brazos y besándola tan apasionadamente como siempre hacía, la llevara a un mundo perfecto, a ese mundo donde solo existían ellos dos.

Diandra había animado a Daniel y a Marc a participar también, porque según decía cuando "su suegro" ponía objeciones, a nadie le extrañaría verlo en una causa benéfica como era el baile de disfraces, y además, era todavía demasiado joven como para amargarse en vida. La insistencia de la chica ganó la partida, y padre e hijo fueron juntos a comprar sus disfraces. La presencia de Diandra en su casa, lo animaba enormemente. Ahora que nadie impedía la presencia de la vivaracha chiquilla en su casa, disfrutaba muchísimo de las conversaciones que tenían los tres; estaba seguro de que ahora empezaba a conocer a su hijo, a compartir sus inquietudes, a quererlo como el muchacho se merecía y eso lo hacía sentirse tremendamente feliz y daba por fin sentido a su vida.

—¡Qué magníficos disfraces! —exclamó Dana al ver aparecer a su niña y a Diandra en el salón.

—¿De verdad te gustan? —preguntó la jovencita emocionada —mamá se empeñó en cerrar un poco mi escote —refunfuñó, colocandose bien la roja capa y toqueteando los botoncillos de su blanca blusa.

—¡Claro, que sí —respondió la aludida —¿Alguna vez has visto a Caperucita con su camisita tan desabrochada como querías llevarla tú? A mi me parece que la llevaba bien cerradita, señorita mía.

—¡Mamá, ¡dicho de ese modo parece que sea la Caperucita más desvergonzada de todos los tiempos! —se quejó provocando la risa de su madre y de Dana, que disfrutaban de ese momento de felicidad.

Este año no se habían regateado ni gastos ni esfuerzos para que la fiesta fuera la mejor despedida del verano y que resultase del agrado de todos. "Ojalá pudieras estar aquí", se dijo Sara pensando en su marido. Ese sería el primer año que no estarían juntos en el baile, y quién sabe si no lo volverían a estar jamás; inconscientemente, tenía miedo de lo que le pudiera esperar a su regreso a París.

El salón ya albergaba a los bailarines que se dejaban llevar por el suave ritmo de la música, esa noche en la cual, a través de sus máscaras, la sonrisa pícara de los caballeros se compinchaba con los misteriosos ojos de las damas.

—¡Qué suerte la mía! ¡Me he encontrado con una hada madrina!

Sara sonrió al reconocer a sus espaldas la armoniosa voz y se giró para saludarlo: —No sabía si vendrías.

—La gente ha murmurado siempre por todo. ¿Qué más da si lo hacen hoy también?

—Me alegra oírte hablar así.

—Tengo que respirar un poco ¿me acompañas al jardín?

Antes de que pudiera contestar, Marc la cogió de la mano y la llevó afuera. Un poco contrariada se dejó llevar y se sentó junto a su amigo en uno de los bancos de piedra.

—Hace una noche muy bonita, ¿no te parece, Sara?

La joven se extrañó al escuchar su nombre en boca de Marc de la manera tan dulce como recordaba. ¡Hacía tanto que no lo escuchaba llamarla por su nombre sin que fuera un momento de discusión!.

De pronto se oyó un crujido entre los árboles del jardín y Sara se asustó: —¿Has oído eso? —le preguntó a Marc dando un respingo.

— Tranquila, tengo con qué defenderte —bromeó señalando su espada de mosquetero. Nadie va a hacerte daño estando a mi lado.

Ella sonrió sin ganas.

—¿Ya has concedido algún deseo con tu varita mágica? —le preguntó mirándola con dulzura.

—Aún no he tenido oportunidad —contestó siguiéndole la broma.

—¿Me concederías a mi uno? —le preguntó acercándose más a ella.

—Siempre que esté en mi mano el poder hacerlo, sabes que sí —se apartó ligeramente.

—¿No volverá tu marido antes de que os vayáis?

—No, nos esperará en casa. Hemos hablado esta mañana, siente perderse el baile —mintió.

Marc cogió su mano atrevidamente, y de nuevo, se escuchó el misterioso sonido, como si fuera un chasquido. Sara volvió a sobresaltarse y Marc apretó más fuerte su delicada mano.

—Tranquila, será el viento entre los árboles, no te asustes.

—Volvamos adentro, no me gusta estar aqui —se levantó.

Marc se levantó también, pero no soltó su mano.

—Quería hablar contigo, Sara, por eso te he hecho venir hasta aqui.

—¿De qué quieres hablarme? —dijo para ganar tiempo y saber cómo responderle delicadamente a las palabras que intuía que Marc diría.

—Sara —comenzó a decir intensificando su nombre —en la última conversación que mantuvimos hace ya algunos años, pero que tengo fresca en la memoria como si la hubiéramos tenido ayer, te dije lo que sentía por ti, lo que siempre sentí y lo que nunca dejaré de sentir. Me casé por lo que me casé, y que conste que tener a Daniel ha sido lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, aparte de haber tenido una vez tu amor—calló unos instantes. — Mi comportamiento no fue digno de tu perdón, ni muchísimo menos, pero te pido, después de tantos años, que por favor lo hagas, que me perdones ahora, desde ese hermoso corazón que tú tienes; te juro que en ningún momento fui dueño de mis actos, te lo juro, Sara, yo nunca te hubiera hecho daño, jamás te hubiese engañado y quiero creer que sabes que no miento. Nunca me acerqué a ella, tienes que saberlo.

—Marc, no remuevas el pasado, eso te hace daño, sé que no mientes, yo te perdoné hace muchos años. Ya te perdoné, querido amigo.

—Más daño me hizo tener que dejarte, romper nuestros sueños, nuestro futuro. ¡Tantas cosas se perdieron por mi culpa! —casi sollozaba —¡Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, ojalá no hubiera ido aquella maldita noche a ninguna estúpida fiesta! —se lamentaba.

—Marc, por favor...

—No, déjame continuar, por favor, necesito decírtelo. ¡He sufrido tanto! Era horrible vivir con la angustia de verte y ni siquiera poder hablarte, soñando que tal vez me sonreirías alguna vez, sinceramente, sin que no fuera por no darle a ella la satisfacción de que supiera el daño que nos había hecho, que por fin había conseguido separarnos, por que sí, solo porque se le había metido

en la cabeza que yo me fijase en ella. Cuando tras su muerte te has acercado a mi, me has ofrecido tu ayuda... yo, puede que en mi dulce fantasía lo haya malinterpretado, pero, tu preocupación por mi, la ausencia de Walt ¿tú sigues sintiendo lo mismo que yo, Sara? Pensé que tal vez te habías casado con él porque yo...

—No sigas, Marc, —le cortó la joven —siento haberte hecho confundir con mi acercamiento hacia vosotros; siempre te he querido muchísimo, de eso no te quepa duda. Te juro que fue un golpe durísimo que te arrebataran de esa manera tan inmediata y violenta de mi lado. Nunca lo hubiera imaginado. No lo merecíamos.

—Sara... — se lamentó Marc con tono lastimero.

Ella siguió hablando, tenía que aclarar las cosas entre los dos de una vez por todas: —Fue el hecho de que me quitase algo tan mio lo que me molestó; tú eras mi confidente, mi respaldo, mi amigo del alma, Marc, eso es lo que yo sentía por ti, y ya lo sentía antes de volver de París y que me dieran la noticia. Me negaba a creerlo, era como si te estuviera traicionando pero, para bien o para mal, el corazón no entiende de engaños, ni de costumbres, siento volvértelo a recordar, mi querido Marc, sin embargo, me di cuenta de que lo que sentía por Walt, no era lo mismo que lo que sentía por ti. Me fue muy difícil distinguir entre el amor, y la comodidad que nos brindaba nuestra amistad, y aunque tú no te hubieras casado, perdona si soy demasiado brusca al decírtelo —titubeó al observar su cara de tristeza —Marc, aunque tú no te hubieras casado —repitió cogiéndole la mano con cariño —tú y yo nunca hubiéramos sentido el amor como yo lo entiendo, como el que tengo con mi marido, como el que desde siempre sentí por Walt; perdóname tú, si ahora soy yo la que te lastima, pero necesito sentirme libre en este sentido y tú te mereces serlo también y saber la verdad, tenemos que tener claro que nunca volveremos a ser los mismos y que nuestra amistad, que luego entendimos como amor, es lo que nos quedará siempre.

—Tu marido no sabe lo afortunado que es —respondió intentando entenderla— si en algún momento, entre vosotros pasase algo, yo estaré siempre esperándote—parecía no querer darse por vencido, aferrandose a cualquier oportunidad que ella le diera.

—No puedo vivir sin él, Marc —reconoció sin vergüenza. Si algún día me dejase, removería cielo y tierra para hacerlo volver. No concibo la vida sin su amor, sin tenerlo a mi lado. Esa es la verdad.

—Eso es amor verdadero. Entiendo ahora lo que quieres decir: por mí no luchaste —se lamentó.

Sara se abrazó a Marc, y éste, aunque dolido, le correspondió al abrazo, resignado a tener solamente de nuevo su bonita amistad.

—¿Quieres bailar? —le propuso su amigo señalando hacia el salón.

—Ahora no, Marc, prefiero estar aqui un ratito a solas, pero gracias.

Marc se acercó, la besó en la mejilla y entró en la casa cabizbajo, subiendo los escalones del porche como si le pesasen las piernas al hacerlo. Sara lo observó alejarse con cierta lástima, pero estaba contenta de que por fin hubiesen hablado con claridad. Ahora solo faltaba que cuando volviera a su casa, Walt la dejase explicarse y hablasen con la comprensión y el amor con que siempre lo habían hecho; entonces, su vida con él y su familia volvería a ser maravillosa, tan maravillosa como siempre la habían vivido juntos.

—¿Cómo es que una dama tan bella como usted no tiene pareja en este baile?

La ronca y desconocida voz que retumbó a sus espaldas la sobresaltó. Se volvió hacia el corpulento hombre que, vestido con un elegante traje de "El Zorro", parecía haber salido de la nada para ponerse de repente a su lado. Enseguida pensó que se trataría de un atrevido forastero que al no conocerla, intentaba entablar

conversación, pero tras la inescrutable máscara, cualquiera podría ocultarse.

—¿Siempre va por ahi asustando a las damas solitarias, caballero? —contestó molesta, pues de lo que menos tenía ganas en ese momento era de aguantar a un "moscón". Deseaba estar sola consigo misma.

—Solo a las que merecen mi atención —parecía divertirse con la situación.

—Entonces debo decirle que aunque le agradezco el cumplido, pierde usted su, presumo, valioso tiempo conmigo —contestó también en forma rebuscada y pensando que fuera quien fuese el bromista, era todo un engreído.

—¿Debo deducir que ya está comprometida? —insistía en molestarla.

—Pues sí —contestó escuetamente y de mal humor para quitarle las ganas de seguir con este tonto interrogatorio.

—¿Y dónde está él ahora? Si yo fuese tan afortunado de ser su pareja, no la dejaría sola ni un solo instante, con todos los "buitres" que corren por ahi al acecho de las bellas damas como usted.

—Eso no es asunto suyo —frunció el ceño.

—Puede que piense que soy un entrometido, pero me ha sorprendido gratamente verla aqui sola, tal vez pensando en él. Seguramente no merezca el lugar privilegiado que ocupa en su pensamiento. En todo caso, él no está aqui ahora, y nada le impide divertirse —la tentaba.

—Me parece que se ha calificado muy correctamente como un entrometido, pero si tanto le interesa, le diré que no estoy sola, ni aburrida, simplemente estoy esperando a que regrese mi marido —mintió, dándose media vuelta para entrar a la sala de baile.

El desconocido sujetó entonces suavemente su brazo, haciendo que se detuviera y se volviera para estar de nuevo frente a él.

—Aunque su corazón ya esté ocupado ¿querría concederme el honor de bailar conmigo esta pieza, y así permitir que este pobre enamorado muera tranquilo al haber hecho realidad su más bello sueño?

Sara lo miró entonces detenidamente, y a través de la oscura máscara, reconoció a los bailarines ojos azules que solamente brillaban de la manera en que ahora lo estaban haciendo cuando su dueño estaba realmente feliz. Se detuvo unos segundos para reconstruir la frase que acababa de decir aquél al que creyó un "ligón", al que ni siquiera había prestado atención pero, ahora, ahora recordó que aquella fue la frase que su marido le dijo en aquél primer baile donde reafirmaron su amor, un amor imposible entonces.

Cuando el caballero le acarició la mejilla con el dorso de la amplia mano y sintió que todo su cuerpo se electrizaba, ya no tuvo ninguna duda, pues ese precioso e intenso escalofrío, solo se lo hacía sentir él.

—¡Walt! —lloró emocionada apretando su cara contra la mano de su marido. —¡Has venido! ¡has venido! —repetía sin dejar de llorar de alegría.

—Sí, mi amor, y te prometo que nunca más me volveré a ir. Te pido perdón por haber sido tan tonto, por no escucharte, pero tu actitud, tus viajes, tu reencuentro con Marc, todo me hacía sospechar, y no pude controlar mis celos, por eso me fui, para dejarte pensar, para no agobiarte, para que intentases recapacitar, por nosotros, por nuestro amor —se quitó la máscara, y Sara, cogiéndole la cara con ambas manos, retiró con sus pulgares las lágrimas que, igual que en la suya, también resbalaban por la cara de su adorado marido.

—Dime una cosa —le preguntó Walt pegado a ella—¿de verdad removerías cielo y tierra para ir a buscarme? —la emoción embargaba su corazón, eternamente enamorado.

—¿Estabas escuchando? ¡Claro, el viento entre los árboles! —sonrió Sara al recordar la frase que había dicho Marc cuando oyeron ruidos en el jardín. —Pues sí, la verdad es que iría al fin del mundo para recuperarte, no puedo permitirme perderte, no puedo vivir sin ti, mi amor, no puedo —repetía sin dejar de llorar y sonreir a la vez.

Walt se acercó a ella, y ambos se fundieron en un largo y apasionado beso.

—No te imaginas el infierno que he vivido en nuestra casa, volviendo a dudar, rezando para que la cordura, la confianza y el amor regresaran a nuestros corazones, en especial, a tu corazón.

—Me alegro de que hayas escuchado mis palabras —contestó su mujer con ternura —ahora, ninguna sombra del pasado volverá a hacerte dudar de mi amor, amor —se repitió a propósito, sin dejar de sonreirle —no me dejes nunca, por favor —le suplicó —por favor.

—Te lo prometo, si tú me prometes lo mismo— exclamó besandola.

—Todavía no me has contestado —le dijo Walt mirándola sonriente.

—¿A qué? —se sorprendió ella.

—¿Me concede este baile, bella señora? —preguntó haciendo una graciosa reverencia.

—Por supuesto, mi misterioso caballero —contestó ella rotundamente.

Sara y Walt bailaron dichosos, enamorados como el primer día que se conocieron. La joven cerró un instante sus ojos y buscó entre sus recuerdos el rostro de su madre. Mentalmente le dio las gracias

pues, como su padre le había prometido, su madre nunca la dejó sola, y estaba segura de que ella era la bendita culpable de tanta felicidad.